



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XIX, Vol. CVIII, Núm. 1 (enero-febrero de 1960).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Avenida Coyocacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 23-34-68

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHÁVEZ

AÑO XIX

1

ENERO - FEBRERO
1960

ÍNDICE
Pág. 3



**HECHO PARA
PERDURAR**

FIRMEZA

PUENTE CONSTRUIDO CON ACERO ESTRUCTURAL

PUENTE "MADISCATZIN"
SOBRE EL RIO GUAJALEJO
Ciudad de Tampico - El Monte



**CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y
ACERO DE MONTERREY, S. A.**

OFICINAS DE VENTAS: BALDERAS 68. MEXICO I. D. F.

FABRICA: Calzada Adolfo Prieto al Oriente. MONTERREY, N. L.

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionantes por el número y por su jerarquía en las más diversas ramas del conocimiento, han apartado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se vea visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece unido ante los ojos del lector en una visión que deslumbrará por su amplitud, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del hombre.

● TITULOS PUBLICADOS ●

- LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
- LA TIERRA Y LA EVOLUCION HUMANA
- LOS GERMANOS
- LA CIVILIZACION BIZANTINA
- CARLOS MAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
- EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPIRITU CIENTIFICO
- DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
- LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
- EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
- VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
- LA CIVILIZACION EGIPCIA
- LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGUEDAD
- ISRAEL, DESDE LOS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII a. de C.
- EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACION FRANCESA
- LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
- LA CIUDAD GRIEGA
- EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACION CRANIA
- LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACION
- ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y ORSPERTAS DE LA VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
- LUIS XIV Y EUROPA
- EL LENGUAJE (INTRODUCCION LINGUISTICA A LA HISTORIA)
- LOS HITITAS
- LOS CELTAS Y LA EXPANSION CELTICA HASTA LA EPOCA DE LA TENE
- LOS CELTAS DESDE LA EPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACION CELTICA
- EL MUNDO ROMANO
- LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACION DE LOS LAZOS DE DEFENDENCIA
- LA FORMACION DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
- LA ERA ROMANTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
- LA ERA ROMANTICA. LAS ARTES PLASTICAS
- LA ERA ROMANTICA. LA MUSICA

**ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPON**

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.
 Sírvase remitirme el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, condome a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA **EDITORIAL GONZALEZ PORTO**
 AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA . . .

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.



(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).



Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito: agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto... ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos... ¡lo que importa es RON BATEY!



Vea y escuche "La Hora Batey con Peco Malgesto" todos los Jueves a las 22:00 horas por XEW-TV Canal 2

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$276.550,544.45

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL
DE
CREDITO AGRICOLA,
S. A.

MOTOLINIA Núm. 11
MEXICO 1, D. F.

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DE LOS
AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. **Presidente:** Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. **Vicepresidente:** Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

Sub-Gerente:

Lic. Ricardo Torres Gaitán. Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M. E.



Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
**FONDO DE INVERSIONES RENTABLES
MEXICANAS, S. A.**

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

¡Urbanización terminada!

Obtenga ganancias tangibles y de cuantía, sin esperar
“años y felices días”.

CON TANTITO DE SU SUELDO PUEDE USTED
“APARTAR” UN LOTE



Los servicios de agua, drenaje, pavimentos, banquetas, alumbrado y los UNICOS JARDINES de la zona, están TOTALMENTE TERMINADOS de acuerdo con las especificaciones y bajo la supervisión de las autoridades del Departamento del Distrito Federal, por lo que usted podrá tener la facilidad de construir de inmediato. Podrá comprobarlo cuando venga a ELEGIR o a RESERVAR “CON TANTITO DE SU SUELDO”, el lote que será el patrimonio familiar.

AGUA Y DRENAJES — PAVIMENTOS — ALUMBRADO
JARDINES

Informes en la caseta del Fraccionamiento y en nuestras
oficinas de la Av. Juárez 100, 7o. Piso.
Tels. 10-03-68 y 10-03-69.

COLONIA VALLE DEL TEPEYAC, S. A.



Es la última oportunidad de adquirir un terreno en la
Ciudad de México.

FRACCIONAMIENTO VALLE DEL TEPEYAC

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Obras publicadas:

MECANIZACION DE LA AGRICULTURA MEXICANA

por

Luis Yáñez Pérez.

con la colaboración de Edmundo Moyo Porras. (Agotado).

LOS DISTRITOS DE RIEGO DEL NOROESTE

por

Jacques Chonchol.

LOS BOSQUES DE MEXICO

Relato de un despilfarro y una injusticia,

por

Manuel Hinojosa Ortiz.

**ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL DEL ALGODON
EN MEXICO**

por

Javier Barajas Manzano.

Precios:

MEXICO	ESPAÑA Y AMERICA	OTROS PAISES
\$20.00	2.00 Dls.	2.25 Dls.

En prensa: "DIAGNOSTICO REGIONAL"

Por Fernando Zamora y un grupo de técnicos.

Obra indispensable para el conocimiento de la realidad nacional.



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965

México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

el **DAUPHINE** es el carro
más seguro del mundo

¿Cual de los dos
frena mejor?



ADQUIERALO EN :

AUTOS EUROPEOS DEL NOROESTE, S. A.
Ave. Miguel Alemán No. 33 Oto.
MAZATLAN, SIN.



AUTOS EUROPEOS DEL BAJIO, S. A.
Corregidora No. 6,
CELAYA, GTO.



AUTOMOVILES FRANCESES, S. A.
Ave. Faustino Coballos No. 152
GUADALAJARA, JAL.



CIA. MERCANTIL DEL ISTMO
Heroes de Chapultepec
OAXACA, OAX.



AUTOMOTRIZ FARRERA, S. A.
Av. Central 238
TUXTLA GUTIERREZ, CHIS.



AUTOMOTRIZ DEL SOCONUSCO, S. A.
Calle Central Oriente 28
Tapachula, Chis.



16 Kms. por litro!



**DIST. SONORENSE DE
AUTOS FRANCESES, S. A.**
Miguel Alemán 242
Cd. Obregón, Son.
Tel. 10-42



AUTOMOTRIZ TORRE, S. A.
Edificio Torre
MERIDA, YUCATAN.



AUTOS LAGUNA, S. A.
Av. Juárez 323 Pro.
TORREON, COAH.



MOTORES MODERNOS, S. A.
Morelos No. 639 Oto.
MONTERREY, N. L.



AUTOS FRANCIA, S. A.
Av. Cuauhtémoc No. 393
México, D. F.

EL MEJOR SERVICIO DE REFACCIONES Y
TALLERES, ATENDIDO POR EXPERTOS RENAULT!

¡ SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL!..

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN



INSTITUCION MEXICANA DE SEGUROS

M. E. SCHULTZ N° 140

México A. D. F.

¿ Piensa, Ud. Viajar a Europa ?

SI ES ASI, ESTA OFERTA LE INTERESA.

AUTOS FRANCIA, S. A., representante Renault, le vende un automóvil NUEVO, modelo 1959, marca RENAULT, de 4 ó de 6 plazas, con garantía de recompra, a base de una depreciación fija por meses de uso, pagándole aquí, en México, en dólares.

Por menos, bastante menos, que el flete de su propio automóvil

Al comprar uno de nuestros automóviles usted pagará:

"Ultramar" 4 plazas	Dls. 880.00
"Dauphine" 4 plazas	„ 1,025.00
"Fregate" 6 plazas	„ 1,600.00
"Fregate" 6 plazas, automático....	„ 1,785.00
"Domaine" 6 plazas, guayín	„ 1,625.00
Más Dls. 50.00 de la documentación internacional.	

Los precios anteriores comprenden la entrega en París, pero si usted lo desea en España, Italia, Inglaterra, etc., podemos situárselo, siendo a su cargo el transporte.

PERO EN REALIDAD ESTE PAGO ES MAS BIEN UN DEPOSITO, PORQUE...

AUTOS FRANCIA, S. A. al terminar su viaje le recompra su automóvil con la siguiente depreciación:

	1 mes	2 meses	3 meses	4 meses
Renault 4 plazas... Dls.	175.00	225.00	275.00	310.00
Renault 6 plazas... Dls.	520.00	570.00	630.00	690.00
Guayín DOMAINE . Dls.	595.00	645.00	695.00	755.00

Por cada mes adicional, Dls. 35.00 y \$60.00 respectivamente. Usted entrega el automóvil en París y cobra en dólares su importe en México.

ANTES DE TOMAR CUALQUIER DECISION VEA Y MANEJE ESTOS AUTOMOVILES EN MEXICO Y ADEMAS PIDA INFORMES A SUS AMIGOS QUE YA USARON ESTE SERVICIO.

AUTOS FRANCIA, S. A.

Av. Cuauhtémoc 393 (esquina Baja California).
Teléfono 25-35-72 México, D. F.

CONSORCIO PARA PROMOCIONES INDUSTRIALES, C. A.

Organización venezolana que se encarga de promover empresas industriales.

Suministra ayuda técnica. Proporciona organización administrativa. Mediante los Bancos y Financieras asociados al Consorcio, realiza la colocación de los valores industriales de las empresas que promueve.



Apartado 6847,

Caracas, Venezuela.

Las instituciones financieras de la construcción,

BANCO DE LA CONSTRUCCION, C. A.

Y

FINANCIERA DE LA CONSTRUCCION,

S. A. (FINACO)

contribuyen al desarrollo de esta importante industria
y en general de las otras actividades económicas
del país.



CENTRO PROFESIONAL DEL ESTE
CARACAS . VENEZUELA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México 12, D. F.



Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

ULTIMOS EXITOS EDITORIALES:

Economía:

- P. A. BARAN: *La economía política del crecimiento* (352 pp.)
G. MYRDAL: *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*
(192 pp.)

Sociología:

- J. CHATEAU: *Los grandes pedagogos* (Emp. 346 pp.)

Filosofía:

- G. SANTAYANA: *Los reinos del ser* (704 pp.)

Tierra Firme:

- BENJAMIN CARRION: *García Moreno —el santo del patibulo—*
(Emp. 748 pp.)

Letras Mexicanas

- AGUSTIN YAÑEZ: *La Creación* (Novela. Emp. 314 pp.)
FERNANDO BENITEZ: *El Rey Viejo* (Novela. Emp. 208 pp.)
CARLOS FUENTES: *Las buenas conciencias* (Novela.
Emp. 194 pp.)

Antropología:

- D. FORDE: *Mundos africanos* (352 pp.)

Vida y Pensamiento de México:

- J. SILVA HERZOG: *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*
(604 pp.)
OCTAVIO PAZ: *El laberinto de la soledad* (194 pp.)

Breviarios:

- ALFONSO REYES: *Filosofía helenística* (No. 147. Emp. 312 pp.)
J. BAL Y GAY: *Chopin* (No. 148. Emp. 230 pp.)
J. TORRES BODET: *Balzac* (No. 149. Emp. 240 pp.)
F. ROMERO: *Historia de la filosofía moderna*
(No. 150. Emp. 386 pp.)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XIX

VOL. CVIII

1

ENERO - FEBRERO

1 9 6 0

MÉXICO, D. F., 1º DE ENERO DE 1960

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero-Febrero de 1960

Vol. CVIII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
LEOPOLDO ZEA. Latinoamérica y la guerra fría	7
JESÚS SILVA HERZOG. ¿Comunismo o democracia social? Esquema para un libro	18
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. El primer día, otra vez	53
BENJAMÍN CARRIÓN. Hacia la Segunda Independencia. Ecuador en 1959	60
<i>Libros sobre América</i> , por MAURICIO DE LA SELVA y EUGENIO FERNÁNDEZ MÉNDEZ	73

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

EMILIO SOSA LÓPEZ. El hombre y sus peligros en nuestro tiempo	91
VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE. Sobre la revolución intelectual de nuestro siglo	112
SALVADOR ECHAVARRÍA. El arte como conocimiento	132
FREDERIC H. YOUNG. William James psicólogo, moralista y pragmatista	148
<i>La institución libre de enseñanza y la educación en España</i> , por ANTONIO SALGADO	164

PRESENCIA DEL PASADO

ROMUALDO BRUGHETTI. Tiwanaku: etapas de su arte	171
---	-----

	Págs.
LUIS NICOLAU D'OLWER. Resurrección de Menandro	180
RICARTE SOLER. El pensamiento sociológico de Mariano Otero	192
R. OLIVAR BERTRAND. Prim, un Archivarón del siglo XIX	208

DIMENSIÓN IMAGINARIA

JOSÉ LUIS CANO. Tres poetas frente al misterio (Darío, Machado, Aleixandre)	227
CLAUDE L. HULET. La segunda generación romántica argentina	232
VERA F. BECK. América en la obra de algunos poetas españoles	249
ERNESTO MONTENEGRO. El encantamiento de Federico Gana	260
FERNANDO LEÓN DE VIVERO. La respuesta de "La Pitito"	278
<i>El cuento y la novela en Hispanoamérica</i> , por FRANCISCO MONTERDE	282

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
"La Mujer" (frente a la Iglesia de Tiwanaku). Época Intermedia	176
Monolito Ponce, aun no extraído del pozo H. 13. Tiwanaku. (Foto Ponce Sanfinés). Época Clásica	"
"El Fraile", fragmento. Época Intermedia. Tiwanaku. (Foto Ponce Sanfinés)	"
Monolito Bennett. (Plazoleta del Hombre Americano, La Paz). Época Clásica. (Foto Rubén Vela)	177

Nuestro Tiempo

LATINOAMÉRICA Y LA GUERRA FRÍA

Por *Leopoldo ZEA*

Los Estados Unidos y la URSS, por una serie de razones internas como lo son las próximas elecciones en el primero de estos países, están orientando su política hacia el logro de un acuerdo que, quizá, ponga fin a la guerra fría que se desató el mismo día en que dio término la última guerra mundial. Corea, Formosa, Medio Oriente y Berlín han sido los lugares clave en que esta guerra ha subido de temperatura amenazando a la humanidad con nueva y, en esta ocasión, catastrófica guerra mundial. Esta guerra ha ido acompañada de una extraordinaria exhibición de nuevas armas capaces de amedrentar al adversario. Primero fue la carrera por el control de la energía atómica, cuyas pruebas han sido objeto de múltiples protestas por los daños que estas explosiones pueden significar en un futuro inmediato en la salud de la humanidad; después ha venido la carrera con los cohetes teledirigidos que han alcanzado su máxima expresión en el envío de los satélites artificiales más allá de la órbita terrestre. El avance científico en el campo bélico ha mostrado a los combatientes lo que podía significar, para unos y otros, el calentamiento de la guerra fría. Así lo ha entendido ya la opinión pública norteamericana que ha estado presionando para poner fin a la tirantez internacional. En cuanto a la opinión pública detrás de la Cortina de Hierro es parte de su misma propaganda interna y externa el mantenimiento de la paz, razón por la cual no se tomaría la iniciativa y la responsabilidad para una nueva guerra. En los Estados Unidos la opinión pública, que ha de contar extraordinariamente en las próximas elecciones presidenciales, ha dado origen al viaje del Vicepresidente Nixon a la URSS y al intercambio de visitas entre el Presidente Eisenhower y el Primer Ministro Khrushchev. Intercambio que es seguro dará origen a un mayor entendimiento entre las dos potencias. Entendimiento que puede transfor-

marse en lo que tanto teme Adenauer, un reparto, un tanto racional, de influencias de ambas potencias en el mundo.

¿Qué va a suceder con la América Latina? ¿Se harán a un lado los pretextos que ofrecía la guerra fría para mantener el *status* que conviene a los intereses que representan los Estados Unidos en esta zona del mundo? Todo el mundo sabe que los problemas que se debaten en Latinoamérica, son viejos problemas anteriores a los que ahora plantea la guerra fría; problemas, inclusive, anteriores a la organización del comunismo como doctrina militante. Los problemas de esta América, entre los cuales está el de sus relaciones con los Estados Unidos, son tan viejos como su historia. Son problemas que se plantearon a esta América casi en el mismo momento en que sus pueblos se declararon independientes. Son problemas presentes ya ante sus libertadores. Simón Bolívar, que había buscado la comprensión e interés de los Estados Unidos para la epopeya de la liberación de la América Hispana, sabía muy bien lo que podía esperar. "¡Cuán frustradas esperanzas —escribía en la famosa Carta de Jamaica—; no sólo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa". Este país, decía a su amigo Guillermo White, no hará nada que no convenga a sus intereses: "América del Norte, siguiendo su conducta aritmética de negocios, aprovechará la ocasión de hacerse de las Floridas, de nuestra amistad y de un gran dominio de comercio". Este país ya mira a esta América, pero en función con sus intereses. Allí la Doctrina Monroe en que los mismos se hacen ya patentes. Esta América, la de los Washington y Jefferson, pese a ser los campeones de la libertad no harán nada a favor de ella fuera de su propia sociedad que no convenga a los intereses de ella. "Los Estados Unidos —escribía con amargura Bolívar a Estanislao Vergara— que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad".

El mismo problema que veía Bolívar en 1829 sigue siendo el problema de nuestros días para la América Latina. Esta América sigue sufriendo dictaduras, despojos, asaltos y toda clase de crímenes, hoy como ayer, en nombre de una libertad que le es ajena. En nombre de una libertad abstracta que, en todo caso, no es la propia. Y ha sido la guerra fría la que ha vuelto a otorgar nuevos pretextos para que los intereses de que le hablaba Bolívar puedan seguir siendo defendidos y acrecen-

tados. Hoy como ayer se sigue interviniendo en la América Latina en nombre de la libertad. Ayer a nombre de la libertad y supuestamente para impedir intervenga en esta América el despotismo europeo representado por la Santa Alianza; ahora, también en nombre de la libertad y para impedir, supuestamente, la intervención del despotismo comunista encabezado por Rusia; pero en un caso y en otro para impedir todo lo que pudiese significar una limitación de los intereses de ese país, aun cuando este intento de limitación parte de los mismos pueblos que sufren la imposición de esos intereses. De una manera o de otra se han ligado siempre los esfuerzos de los pueblos de la América Latina por emanciparse económicamente con una supuesta intervención extraña y contraria al Continente Americano, cuando la misma va en contra de los intereses de los Estados Unidos.

Así, podríamos decir que la guerra fría, contra el despotismo europeo en el pasado y contra el comunismo en el presente, han sido siempre buenas banderas para justificar la intervención norteamericana en Latinoamérica. Claro es que ha habido épocas, como en la de Teodoro Roosevelt, en la que abiertamente se ha intervenido en nombre de los intereses norteamericanos amenazados. Sin embargo, en la medida en que la expansión norteamericana sobre el mundo ha crecido se ha visto obligada, cada vez más, a buscar justificaciones morales que no le hagan perder prestigio ante pueblos que pueden entrar en su órbita de influencia. Y ha sido, precisamente a partir de las dos grandes guerras mundiales, que coinciden con su apogeo y predominio, que los Estados Unidos han tenido que enarbolar buenas banderas en contra del despotismo alemán, la brutalidad nazifascista y el imperialismo nipón. Banderas que ahora enarbola frente a la expansión del comunismo encabezado por la URSS. Banderas que, necesariamente, limitan una acción que podría ser abierta y los obliga a buscar justificaciones que concuerden con las banderas enarboladas.

La guerra fría que se ha desatado entre los Estados Unidos y la URSS, decíamos, ha servido de maravilla para justificar la intervención norteamericana en defensa de los intereses de sus inversionistas o para ampliarlos en Latinoamérica. Cualquier acción contraria a ellos es señalada como expresión de la intervención comunista en América y, por lo mismo, como una amenaza a la seguridad del Continente. Los esfuerzos que realizan los pueblos de la América Latina para mejorar sus condi-

ciones económicas de vida chocan, necesariamente, con los intereses ya creados o por crear de los inversionistas estadounidenses, provocando la reacción que impida su logro. Estos pueblos no sólo tienen que luchar contra los cuerpos de intereses nacionales que se oponen a cualquier cambio que afecte su predominio, sino además tienen que enfrentarse a la presión que les hacen los representantes de los inversionistas extranjeros cuyos intereses pueden ser afectados. De esta manera, un problema tan viejo como el de la tierra en Latinoamérica es convertido en un problema ligado a la guerra fría que sostienen las dos grandes potencias mundiales. Y estarán del lado de la libertad y la democracia los que se opongan a cualquier reforma agraria y, en contra, quienes se atrevan a declarar que la tierra debe ser de quien la trabaje. De esta manera vemos alinearse en el campo de la libertad y la democracia, como abanderados de las mismas, a los Trujillo, Somoza, Carías, Batista, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla y otros sangrientos verdugos de los pueblos latinoamericanos. Y en el lado opuesto, como peligrosos enemigos de la seguridad del Continente y por ende contrario a la libertad y la democracia, a los Cárdenas, Arévalo, Castro y otros líderes latinoamericanos que se han atrevido a hacer lo que hacen los Estados Unidos y otras grandes potencias, reclamar en favor de los intereses de sus pueblos.

La seguridad continental, la democracia y la libertad se han transformado en simples pretextos para justificar intervenciones que de otra manera serían como simples agresiones de pueblos fuertes sobre pueblos débiles. Ha sido en nombre de estas banderas que se ha buscado el sometimiento económico y político de los pueblos latinoamericanos. Frente a la amenaza comunista, al servicio de la libertad y la democracia, muchos pueblos latinoamericanos se han visto obligados a aceptar pactos militares que les subordinan, no sólo militar y políticamente, sino económicamente, como pudo saberse con la denuncia del pacto militar hecho por el Uruguay. Pactos que obligan a nuestros pueblos a aceptar condiciones contrarias a su propia existencia. La guerra fría se transforma, así, en un buen negocio. Una guerra, que lejos de ser una amenaza se transforma en un buen instrumento para acrecentar intereses. La amenaza comunista resulta útil para impedir se ataquen intereses creados. Pero, ¿qué sucederá cuando esta amenaza deje de serlo y la guerra fría quede congelada, si las dos grandes potencias llegan a un acuerdo? Juan José Arévalo ya se ha anticipado a esta

posibilidad cuando dice que entonces la amenaza puede representarla Marte. La seguridad mundial frente a la posibilidad de invasión marciana puede transformarse en nueva bandera.

La Revolución Mexicana fue una de las primeras en sufrir los embates de los intereses amenazados por ella. Sólo que entonces no se tenía aún el pretexto de la guerra fría de nuestros días. Claro que se aducieron pretextos humanistas para condenarla y tratar de intervenir como el de poner fin a la matanza que entre sí se hacían los mexicanos. Sin embargo, la reforma agraria del Presidente Lázaro Cárdenas y la Expropiación Petrolera, provocaron ya reacciones que recuerdan a las que ahora se esgrimen. Ya en esta época Rusia se perfilaba como la potencia que un día podría hacer sombra a las grandes potencias occidentales. El comunismo era ya una amenaza mundial. La Revolución Mexicana fue, ya abiertamente, presentada como una revolución comunista, pese a que ahora un embajador norteamericano la presenta como un modelo a seguir frente a revoluciones similares que ahora resultan ser, también, comunistas. El aprovechamiento, ya clásico, de la guerra fría para frenar la transformación social y económica de Latinoamérica lo presentan Guatemala en 1954 y Cuba en nuestros días.

Así lo entendió el general Lázaro Cárdenas, y lo expresó públicamente ante el Mundo, al solidarizarse con la Revolución Cubana en el discurso que pronunciase el pasado 26 de julio, en la gran concentración popular de apoyo al líder Fidel Castro y la Reforma agraria por él propuesta. La Revolución Cubana, dijo ante el millón de oyentes concentrados en La Habana, está inspirada en los más nobles propósitos, especialmente en lo que respecta a la Reforma Agraria. De allí la violencia contra esta revolución, de allí los ataques y calumnias. Algo que no sucedería si todo se hubiese limitado a un simple cambio de hombres. "Su táctica no es nueva; la emplearon ya, hace muchos años, los adversarios de las reformas sociales en nuestro país. Esos mismos intereses inspiraron la leyenda negra de la Revolución Mexicana. Contra nuestros hombres se lanzaron los más diversos cargos. Se les llamó destructores de la riqueza nacional, desquiciadores del orden y enemigos de la civilización. Se les acusó falsamente, ya desde entonces, de estar al servicio de gobiernos extranjeros". "La Reforma Agraria de México recibió los más candentes denuestos de los enemigos de la lucha antifeudal".

La misma táctica se repetía ahora, como se había repetido en 1954 contra Guatemala. Problemas de índole nacional; problemas propios de los pueblos empeñados en transformar su *status* social y económico, eran enfocados en función con una guerra a la que eran ajenos. A su seno se llevaban conflictos de índole internacional y se tomaba a éstos como pretexto, como justificación, para poner fin a cualquier intento de emancipación o reivindicación económica. Las grandes potencias extendían sus fronteras a cualquier punto de la tierra en que se amenazasen los intereses de sus inversionistas. Y se hacía de los problemas planteados en este lugar, problemas que podían haber sido resueltos con un mínimo de justicia y buena voluntad, problemas de trascendencia mundial, en los que no cabía otra solución que el sometimiento absoluto, el aplastamiento de toda demanda, a nombre de la seguridad continental, la paz, la libertad y tantos otros valores que habían inspirado la reclamación aplastada. Por ello el general Cárdenas, refiriéndose no sólo a la Revolución Mexicana y la Cubana, sino a todos los actos de reivindicación económica y social de los pueblos coloniales, dijo: "Los países coloniales, así como aquellos que han alcanzado autonomía política, pero que son todavía económicamente débiles, resisten el peso de grandes problemas, pero es general el deseo de resolverlos: sólo que cada vez que intentan dar pasos por el camino de su liberación política o económica, se les acusa de participar en la guerra fría. Se pretende así, con el escudo de la actual tensión internacional que sufre el mundo, ocultar el sentido verdadero de la lucha popular en favor de la libertad y de mejores condiciones de vida". "Va siendo corriente que cada vez que se reclama respeto a los derechos esenciales del ciudadano o se pide mejoramiento de las condiciones de vida, se acuse a quienes lo hacen de servir al bando contrario a los Estados Unidos dentro del curso de la guerra fría".

La guerra fría se ha convertido en un mecanismo al servicio de los intereses de las potencias que la utilizan, no sólo en contra de sus opositores, o su gran opositor, sino también contra los pueblos que pretendan alterar sus intereses, por reducidos que éstos sean. La guerra fría se ha convertido en un *modus vivendi* de múltiples intereses, los mismos que ahora ven con desagrado el que la misma pueda llegar a un término. Son los mismos intereses que se opusieron a la visita de Krushchev a los Estados Unidos; los mismos que hicieron esfuerzos porque fracasara irritando al líder soviético; los mismos que criticaron

al Presidente Eisenhower por haber permitido esta visita y tratar de entenderse con el premier ruso; los mismos que ahora se oponen a la visita del Presidente norteamericano a la URSS. Aduciendo, con toda franqueza y el cinismo adecuado, que el fin de la guerra fría puede causar una grave crisis económica en los Estados Unidos; la disminución de muchos negocios y, con esta disminución el paro forzoso de millones de obreros. Tal pareciera que el odio, la desconfianza y los temores que la propaganda occidental ha lanzado contra la URSS y contra China fuese pura simulación. Un odio, desconfianza y temor que no tiene otra meta que mantener la estabilidad de una economía apoyada en los pies de barro de la guerra fría. Allí están los miembros de la Élite del Poder, de que habla C. Wright Mills, jugando "al filo de guerra", temiendo, no tanto al estallido de una guerra que pondría fin a la Humanidad, como al término de la guerra fría que deje de justificar su activa intromisión contra todo acto que lesione sus intereses; allí está esta élite temblando contra el término de una guerra fría que altere el *status* económico que ha levantado sobre ella. Nadie quiere la guerra caliente, todos quieren la paz; pero una paz que mantenga, sin alterar, los múltiples intereses creados a nombre de la guerra fría.

Por ello nuestros pueblos —y con nuestros pueblos los que se encuentran en situación semejante al nuestro en Asia, África y Oceanía; y los mismos pueblos occidentales, incluyendo a los Estados Unidos, ven, a pesar del optimismo que han levantado los últimos hechos internacionales que comentamos— ven como un tanto utópico el término real de esa guerra fría. Una guerra que de una manera o de otra ha servido a las potencias en disputa sin que las mismas hayan tenido que llegar a las manos que hubiese implicado el calentamiento de esa guerra. De una manera o de otra los Estados Unidos, y en función con la guerra fría, han afianzado y ampliado sus intereses hasta desplazar, como se vio en el Medio Oriente y en Asia, a sus antiguos aliados occidentales; mientras la URSS, y en función con esa misma guerra, se ha afianzado en la zona que alcanzó al terminar la última gran guerra, al mismo tiempo que ha logrado extender su prestigio, y con él sus doctrinas, entre los pueblos coloniales y semicoloniales que han sufrido y sufren la presión occidental.

Enemigos, sosteniendo doctrinas y posturas antagónicas, los Estados Unidos y la URSS, tal pareciera, sin embargo, que se hubiesen puesto de acuerdo al mantener la guerra fría por

las consecuencias, favorables a los intereses de unos, y las metas que habrán de ser finales de los otros. En unos la preocupación central es económica, en otros política y ambos, aunque parezca paradójico, han logrado éxito en sus metas mediatas o inmediatas. En el Medio Oriente, un ejemplo entre otros muchos, los Estados Unidos a nombre de la seguridad del mundo y en defensa de los valores occidentales, ha logrado llenar el "vacío" dejado por la Europa occidental, Inglaterra y Francia, tal y como se ha hecho ya en otros lugares de Asia y Oceanía en donde también ha sido desplazada Holanda; pero, y como consecuencia de esta acción que ha fortalecido la economía norteamericana, también ha crecido y fortalecido la influencia política de la URSS en esta misma región y en aquellas en que se ha expandido Norteamérica. Los Estados Unidos han ampliado su potencia económica combatiendo al comunismo; al mismo tiempo que la URSS amplía su influencia política mostrando los atropellos a que puede llegar el capitalismo pretextando luchar contra el comunismo.

En la América Latina se ha vivido esta doble presión, este juego en el que los contendientes obtienen ventajas, no tanto a costa del adversario como a costa de los pobres países que sirven de premio o botín. Aquí la guerra fría, como en el resto del mundo sobre el que se busca el predominio, ha servido para frenar toda demanda de reivindicación nacionalista, como señalaba antes, pretextando que la misma no era sino una forma de presión del comunismo internacional que habría que resistir. Negadas las demandas más obvias, las demandas más urgentes, acusando a quienes la sostenían de comunistas y, por lo mismo, de abanderados de intereses ajenos al Continente, se ha prestigiado el comunismo, y la URSS ha alcanzado no sólo influencia entre los millares de descontentos latinoamericanos, sino triunfos morales, de propaganda entre los pueblos no occidentales de otros lugares del mundo; esto es, triunfos políticos que han puesto en peligro de calentamiento la guerra fría. Allí está el caso de Guatemala, el caso que ha podido ser, y aún puede ser, el de Cuba y de otros países que luchan por sus intereses. Aquí la presión fue también doble: los intereses capitalistas y los agentes comunistas presionaron para que se llegase a la situación que convino, como decíamos paradójicamente, a ambos adversarios. La presión comunista, llevada hasta el grado que podía justificar la intervención que anhelaban los intereses capitalistas permitió el doble triunfo. La *United Fruit*

y otros muchos intereses ajenos a Guatemala, se afianzó aplastando todo intento reivindicatorio nacional; pero el comunismo, y con el comunismo la URSS, se prestigió: los Estados Unidos sufrieron una gran derrota moral, esto es, política, de la que ha dado buena fe el Vicepresidente Nixon en su accidentado viaje a Latinoamérica. Ambos contendientes alcanzaron sus metas, uno la económica, otra la política y la única perdida, la sacrificada, fue Guatemala. Todo el mundo clamó contra el "villano" que pisoteando sus propias banderas había dado el golpe de gracia a la pequeña República centroamericana; pero los intereses que movieron y realizaron esta villanía quedaron allí, en la sacrificada nación, más fuertes que nunca. Poco tiempo después se repetiría, en otro lugar del mundo, el mismo juego, pero a la inversa: Hungría. Aquí los provocadores lo fueron los abanderados de la democracia occidental que estimularon la reacción popular húngara contra la URSS, para utilizarla, después, como un arma de propaganda moral contra el comunismo y sus crímenes, mientras la URSS se afianzaba políticamente aplastando toda reacción nacionalista. La guerra fría, en un caso y en otro, como en otros más en que se han ido presentando, sólo ha servido para que ambos contendientes reafirmen sus posiciones en el campo especial que más les interesa. Guerra fría siempre detenida en los límites en que la misma podía convertirse en una amenaza seria para los combatientes; en el momento en que podría lesionar al uno o al otro y no simplemente a los pueblos que sufrían sus consecuencias. Guerra fría que en los últimos meses estaba alcanzando un calentamiento peligroso, y en el que se jugaba, ya, la misma existencia de los contendientes. Es esta guerra fría, a punto de calentamiento, la que se quiere eliminar, o, al menos, reajustar. Un reajuste que acaso permita las ventajas de la misma, pero no sus peligros.

Tal es lo que se perfila en el horizonte internacional y como posible consecuencia del acuerdo a que pueden llegar las dos grandes potencias que se han servido de la guerra fría para mantener y ampliar sus posiciones económicas o políticas. Guerra fría cuyo término no aceptaran los intereses que se han potenciado con ella, si la misma significa un freno o, cuando menos, la inseguridad de los mismos. Se procurará dar satisfacción a las demandas de paz y seguridad de los pueblos occidentales; pero cuidando de que esta paz y seguridad no altere, a su vez, el *status* económico que se ha levantado sobre esa guerra fría.

Esto es, siempre y cuando el término de la guerra fría no signifique un término o limitación de los intereses que han formado este *status*. La URSS, desde luego, podrá aceptar gustosa una solución que le permita, a su vez, poner término a una guerra fría que tantos sacrificios implica para la economía de sus pueblos, ya que aquí, como lo indicábamos, la economía está al servicio de sus metas políticas. Después de todo, sabe por experiencia, que en la medida en que el Capitalismo extreme su presión sobre otros pueblos crecerá la influencia política del comunismo y, por ende, la propia. El término de la guerra fría, como se ve, sólo pondrá fin a los peligros de una guerra mortal entre las dos grandes potencias; pero no a la presión económica y política que sufren los pueblos subdesarrollados del mundo.

Por esto un estadista latinoamericano al comentar la posibilidad del fin de la guerra fría declaraba: "Con guerra fría o sin ella, el pez grande siempre seguirá comiéndose al pez chico". Y es aquí donde se encuentra el eje de la solución o permanencia de ese ineludible hecho. ¿Hasta cuándo los países latinoamericanos van a seguir siendo simples peces chicos? Es la vieja tesis del sofista Calicles justificando una ley natural que parece valer para todo ser vivo; pero allí está la respuesta de Sócrates contra la ley del más fuerte, la ley que surge de la unión de los que eran débiles aislados; pero que pueden ser fuertes unidos, como los popotes en haz de la escoba. "¿Y no es conforme a la naturaleza —preguntaba Sócrates— que muchos hombres sean más poderosos que un hombre aislado? La prueba es que el número es quien impone las leyes al individuo. "Y lo que se dice de los individuos se dice de los pueblos. ¿Por qué nuestros pueblos no han de poder unirse, de alguna manera que no lesionen su soberanía y personalidad, para contar de esta manera en esa paz que se busca con el término de la guerra fría? ¿Y por qué no unificar sus esfuerzos con otros muchos pueblos del mundo, en Asia, África y Oceanía que han venido, también, haciendo el papel de "peces chicos que alimentan al grande"? No unirse para imponer intereses sobre otros intereses, sino simplemente para exigir que les sean respetados los suyos. Allí está, todavía vivo, el viejo ideal bolivariano buscando la unidad de nuestros pueblos para, a partir de ella, poder entrar en colaboración con otros pueblos del mundo, aunque estos sean primeras potencias, en otro plano

que no sea el del pez chico que ha de ser pasto de la voracidad del grande.

En los arreglos a que hayan llegado, o puedan llegar las dos grandes potencias de Occidente y Oriente se están agrediendo ahora, como se habrá visto, las exigencias de la nueva China, que al unificar a su pueblo ha dejado de ser el pez chico de reciente pasado y pide ahora cuenten con ella si en verdad ha de haber paz no turbada por ninguna guerra fría o caliente. ¿Por qué nuestros pueblos no han de poder contar igualmente en ese mundo de paz que se perfila? ¿Por qué no Latinoamérica? ¿Por qué no el resto de Asia? ¿Por qué no Oceanía? ¿Por qué no África? Esto es, ¿por qué no todo el mundo? Ni Latinoamérica, ni el resto del mundo puesto en juego en la disputa de las dos grandes potencias, tienen por qué mantenerse en la situación que los más fuertes le han señalado, si hacen de la unión una nueva forma de fortaleza. Algo de esto se hace ya sentir en diversas partes de ese mundo. Son ya diversos los actos de solidaridad, al menos moral, que empiezan a sentirse entre estos pueblos. Actos de solidaridad pasiva que deben buscar la forma de una solidaridad activa. Sólo de esta manera nuestros pueblos podrán salir de las presiones que, con guerra fría o sin ella, seguirán sufriendo. Sólo así podrán contar activamente en la elaboración de una paz permanente que, para serlo, tendrá que contar con la colaboración de todos los pueblos del mundo sin discriminación alguna.

¿COMUNISMO O DEMOCRACIA SOCIAL?

ESQUEMA PARA UN LIBRO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

I

Todo parece indicar que en las sociedades primitivas no existió la propiedad privada. Todo pertenecía a todos porque todos contribuían con el mismo o semejante esfuerzo a la escasa producción, resultado de la técnica rudimentaria, de la falta de instrumentos apropiados. De la Edad de Oro escribieron en más de una ocasión los autores antiguos. Salustio recordaba con melancolía los tiempos bienaventurados en que los hombres ignoraban la codicia y todos se contentaban con lo que poseían; y Virgilio, el inspirado poeta latino, dice en una de sus *Geórgicas* lo siguiente: "Antes de Júpiter ningún labrador había dominado los campos. No estaba permitido marcar sus límites ni reglamentar su reparto. Todo era común, y sin que se solicitara la tierra prodigaba libremente sus frutos". Por su parte Luciano añora en *Las Saturnales*, obra satírica contra la desigualdad social de su tiempo, los años felices en que reinaba Saturno.

En los comienzos de la Época Moderna, cuando ya se esfumaba en España la Edad Media, no es posible dejar de citar a Miguel de Cervantes, cuando Don Quijote les dice a los cabreros: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo" y "mío". Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarlo de las robustas encinas, que liberalmente les estaba convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes

rios en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. . . . Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. . . .” Por supuesto que podría multiplicar las citas sobre la leyenda de la Edad de Oro; pero mi propósito es, simplemente, destacar en este trabajo las ideas de inconformidad con la organización social existente en distintas épocas y en diversas latitudes. La inconformidad con el mundo circundante es una facultad privativa del hombre, así como también su eterno anhelo de superación.

II

No obstante que en Judea la falta de recursos naturales impidió su florecimiento económico en gran escala, bien pronto la sociedad se dividió en clases, entre ricos y pobres, y nació la inconformidad y la rebeldía. El Profeta Amós a quien Renán llama el primer tribuno del pueblo, se indigna ante los abusos de la riqueza y denuncia la codicia y el fraude de los mercaderes, a quienes amenaza con el castigo que les aguarda en lo por venir. En su lenguaje inspirado y ardiente expresa su odio a la avaricia, su compasión por los menesterosos de la tierra y su amor encendido por la justicia. Por su parte otro gran profeta, Isaías, tal vez el más grande de todos, fustiga a los poderosos y los llama príncipes ladrones porque roban la viña del pobre; y el profeta agrarista Ezequiel, ordena a su pueblo redistribuir los terrenos cada 50 años para evitar el acaparamiento y la desigualdad.

En el sermón de la montaña, según San Mateo, Jesús les dice a sus discípulos: No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra donde orín y polilla los consumen. No poseáis oro ni plata, ni dinero alguno en vuestras fajas, ni alforjas para el viaje, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón. Además, recordemos lo del rico y el camello y el episodio de los mercaderes arrojados del templo.

Otro evangelista, San Lucas, refiere las palabras que la Virgen María le dijo a Isabel después del momento inefable de la Anunciación. Esas palabras han sido recogidas en una oración que rezan maquinalmente millones de fieles del orbe católico. Por supuesto que el lenguaje ha sido modernizado, pero sin apartarse del original. La oración denominada "La Magnífica", comienza así: "Glorifica mi alma al Señor. Mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios mi salvador, porque ha puesto la mira en esta humilde sierva suya", etc. Y frases adelante: "Extendió el brazo de su poder trastornando sus designios; desposeyó a los poderosos y elevó a los humildes; a los necesitados llenó de bienes y a los ricos dejó sin cosa alguna". Si el lector reflexiona sobre el alcance de tales palabras se dará cuenta que si eso ocurriese se modificaría desde sus cimientos la organización social.

Santiago en su "Epístola Católica", les dice a los ricos que van a llorar aullando por las miserias que vendrán sobre ellos; que han atesorado ira para los días postreros, porque el jornal de sus trabajadores que por engaño no les ha sido pagado, clama, y que sus clamores han llegado a los oídos de Dios.

Pero no sólo en los libros sagrados del pueblo "elegido" se encuentra la protesta contra las desigualdades económicas y el deseo vehemente de una más justa organización social, sino también en la historia de Grecia y Roma y en sus filósofos y poetas. Platón, como es bien sabido, de seguro en desacuerdo pleno con su mundo, escribió *El Estado o la República*, obra utópica comunista, en la cual imagina una sociedad en la que no existe la propiedad privada de ningún bien. En la sociedad platónica no debía haber pobres ni ricos, porque "la opulencia es causa de ociosidad, de molicie y de guerra; la pobreza produce la ruindad de los sentimientos y el deseo de hacer el mal". Platón piensa que en el Estado oligárquico hay en realidad dos Estados: el de los ricos y el de los pobres; conspirando siempre los unos contra los otros. El genio del filósofo esboza aquí el principio de la lucha de clases, tan en boga en la literatura económica moderna.

Todo parece indicar que en los siglos v y iv a. de Jesucristo, las ideas comunistas se habían difundido en Atenas, pues no de otra manera se explica la sátira de Aristófanes contra el comunismo en una de sus célebres comedias. De manera obvia las ideas comunistas o comunizantes eran completamente distintas al comunismo de nuestro tiempo.

Faleas de Calcedonia, citado por Aristóteles en *La Política*, opina que el origen de las revoluciones se encuentra en la desigualdad de las fortunas, opinión que parece compartir el estagirita. Éste no está de acuerdo con el comunismo de su maestro Platón, mas piensa que la propiedad debe ser limitada por el Estado; "que los bienes sean propiedad particular, pero que el uso los convierta en propiedad de todos". Aristóteles combate la usura y el empleo del dinero con fines de lucro. En *La Política* y en *La Ética Nicomaca*, puede advertir el lector atento que no estaba su autor del todo conforme con el incipiente capitalismo de Atenas.

En Roma hubo frecuentes manifestaciones de inconformidad; luchas entre pobres y ricos y rebeliones que pusieron en peligro al poderoso imperio. Recordemos de paso la rebelión de Enno y Cleón en Sicilia y la de Espartaco en Italia; una y otra a favor de los esclavos. Recordemos asimismo la ley agraria de Tiberio Graco y su arenga contra los poderosos y en defensa del pueblo romano. Aquí conviene reproducir el fragmento recogido por la historia: "Los animales del campo en Italia tienen al menos sus guaridas, pero los hombres que por Italia vierten su sangre no tienen más que la luz que los alumbraba y el aire que respiran. Vagan sin casa, sin morada, con sus mujeres y sus hijos. Mienten los generales cuando los exhortan a combatir por sus tumbas y sus hogares. Entre tantos romanos ¿hay uno solo que tenga todavía el hogar de su casa y la tumba de sus antepasados? No combaten ni mueren sino para sostener el lujo ajeno. Se les llama dueños del mundo y no tienen nada suyo, ni siquiera un pedazo de tierra".

Horacio habla de los hombres ávidos que todos los días arrancan las mojoneras del campo vecino y saltan los linderos de sus clientes. Tampoco Séneca estaba conforme con su época, sobre todo en la última etapa de su vida. Al evocar tiempos pretéritos, escribe: "No se conocía entonces la abundancia ni la escasez. Todo se compartía en paz. Aún no había puesto el más fuerte su mano encima del más débil. Cada uno se ocupaba de su vecino como de sí mismo". Finalmente, mencionaremos a los estoicos, discípulos del griego Zenón, hombres sabios y virtuosos que odiaban la riqueza por considerarla fuente de todos los males de la humanidad.

De suerte que en Judea, de igual manera que en Grecia y Roma, fue constante la protesta por la injusticia derivada de la

mala distribución de los bienes materiales, inevitable en toda sociedad dividida en clases.

III

Los primeros Padres de la Iglesia no sólo lucharon en contra de la religión pagana, sino también en contra de la organización económica y jurídica de Roma; de una estructura y de superestructuras precapitalistas o de un capitalismo incipiente. Por lo tanto, puede afirmarse que estuvieron en desacuerdo con todo lo romano, puesto que el cuadro de sus ideas sustantivas no podía enmarcarse en aquella sociedad. Como buenos cristianos combatieron la propiedad privada y predicaron un comunismo integral basado en la fraternidad, la caridad y el amor al prójimo. La riqueza es considerada perjudicial para la salvación del alma, suprema finalidad de la vida. El pobre, por el hecho de serlo, está más cerca de la misericordia de Dios. La caridad es una de las mayores virtudes y la paz entre los hombres el más noble y claro de todos los afanes. La palabra paz se encuentra constantemente en "Los Evangelios" y en "La Patrística". Por todo esto, durante los primeros siglos de la Edad Media, se aseguraba una y muchas veces que el soldado y el mercader no entrarían al reino de los cielos. Claro está que el comunismo de los primeros Padres de la Iglesia nada tiene que ver con el comunismo soviético. Entre ambas doctrinas la distancia es considerable, es inmensa desde el punto de vista de los conceptos esenciales sobre la vida, el destino del hombre y el universo. Mientras para el comunismo soviético los bienes materiales y su incremento constante son necesarios a su existencia y continuo progreso, y lo mismo puede decirse del capitalismo, para los Padres de la Iglesia no sólo son enteramente secundarios, sino fuentes de pecado y causa de perdición. Tal vez la única analogía se encuentra en relación con la propiedad privada. Los soviéticos socializaron los bienes de producción y de circulación de la riqueza, pero en lo general respetaron y respetan la propiedad de los bienes de consumo. Los Padres de la Iglesia fueron más radicales a este respecto. Su ideal fue la comunidad de todos los bienes materiales, al mismo tiempo que la individuación de los bienes del espíritu. Este ideal se realizó plenamente con éxito asombroso en las primeras comunidades

cristianas. Después, con el correr del tiempo las cosas fueron cambiando siglo tras siglo.

Pero pasemos a dar algunas citas de Tertuliano y de los primeros Padres de la Iglesia:

Tertuliano (160-240). "Nosotros los cristianos somos hermanos en lo que concierne a la propiedad, que entre vosotros —se dirige a los gentiles— origina tantos conflictos. Unidos de corazón y alma, estimamos todas las cosas como pertenecientes a todos. Compartimos en común todo, con excepción de nuestras mujeres. Entre vosotros, por el contrario, son ellas lo único que tenéis en común".

San Basilio (329-379). "El pan que te apropias es del que tiene hambre; del que está desnudo, la vestidura que guardas encerrada en tus cofres; del que va descalzo, los zapatos que se enmohecen sin utilidad en tu casa; del que no posee nada, el dinero que retienes escondido en tu cueva".

San Jerónimo (331-420). "Quienquiera que posea más de lo necesario para vivir, deberá dárselo a otro y considerarse deudor de tanto como da".

"Gloria grande es y honra del obispo acudir a la pobreza y necesidad de los menesterosos. Y gran afrenta del sacerdote es no tratar sino de aumentar riquezas.

"Pero según los tiempos miserables que hemos alcanzado y en que vivimos, y las guerras crueles y sangrientas que hay en todas partes, por harto rico puede tenerse el que tiene paz y no le falta un pedazo de pan".

San Ambrosio (340-397). "La naturaleza da todo en común a todos. Dios ha creado los bienes de la tierra, para que los hombres los disfruten en común y para que sean propiedad común de todos. Es la naturaleza, por consiguiente, la que ha establecido la igualdad, y es la violencia la que ha creado la propiedad privada".

San Juan Crisóstomo (344-407). "Imposible enriquecerse honorablemente. Pero ¿y si ha heredado de sus padres?, objetarán algunos. Pues bien: se habrá heredado lo adquirido dishonestamente".

San Agustín (354-430). "No por virtud del derecho divino, sino por virtud del derecho de guerra, pueden algunos decir: ésta es mi casa, ésta es mi viña, este servidor es mío.

"Lo superfluo de los ricos, es lo necesario de los pobres. Quien posee un bien superfluo, posee un bien que no le pertenece".

A los romanos les dice:

"Y la razón es obvia y convincente, porque vosotros no deseáis la paz y abundancia de bienes para usar de ellos honestamente, es decir, con sobriedad, frugalidad y templanza, sino para buscar con inmensa prodigalidad infinita variedad de deleites, y lo que sucede entonces es que, con las prosperidades, renacen en la vida y las costumbres unos males e infortunios tan intolerables, que hacen más estrago en los corazones humanos que la furia irritada de los enemigos más crueles".

San Cirilo (376-444). "Ni la naturaleza, ni Dios conoce ninguna diferencia social de las que ha introducido la codicia humana".

Y todos estos venerables e ilustres varones, discípulos sinceros y fervorosos del Mártir del Calvario, fueron los fundadores del cristianismo.

En la Edad Media la Iglesia llegó a tener un poder económico inmenso en el Occidente europeo. Del siglo XI en adelante su poder llega a ser incontrastable. La doctrina de Cristo se adapta a las necesidades económicas y a la ambición de dominio. Hay clero alto y bajo clero; señores y siervos; riqueza y miseria. Las inconformidades y las rebeldías son inevitables, como siempre ocurre cuando hay profundo desequilibrio y diferencias irritantes en las relaciones sociales. Los herederos de los mártires cristianos sacrificados en la Roma pagana, sujetan al martirio a los que defienden la pureza de la doctrina. Sólo unos cuantos ejemplos: Arnaldo de Brescia critica la política de Roma, llamando fariseos del cristianismo a los cardenales y al Papa. Arnaldo fue ejecutado y sus cenizas arrojadas al Tíber para que sus partidarios no pudiesen recogerlas. Los teólogos Marsilio de Padua, Guillermo de Occam, Juan Wiclef y Juan Hus y muchos otros ponen en peligro con sus argumentos la estabilidad de la Iglesia. Todos ellos son perseguidos con saña y algunos pagan con la vida el crimen de defender con razones su interpretación de los libros sagrados. Los grandes jerarcas con el Papa a la cabeza creen o aparentan creer que son poseedores de la verdad absoluta y total; y la más fanática, ciega y cruel intolerancia domina en todo el orbe católico.

Las ideas de los teólogos rebeldes penetraron lentamente en la conciencia nebulosa de las masas. El contraste entre la vida fastuosa de arzobispos, obispos y otros clérigos de alto rango con los sermones en que predicaban la humildad y la pobreza como normas de vida para lograr la salvación, fue prepa-

rando la atmósfera social para los movimientos heréticos del siglo XIV. Todos ellos, valdenses, cátaros, albigenses, y otros más, quisieron volver al cristianismo de los primeros tiempos con todas sus consecuencias sociales; fueron movimientos religiosos con fuertes ingredientes ético-sociales, inspirados en la libre interpretación de "Los Evangelios" y en las enseñanzas de "La Patrística". La excomunión, arma terrible en aquellos tiempos, porque arrojaba a la persona fuera de la comunidad, y el Tribunal del Santo Oficio con sus diabólicos instrumentos de tortura, resultaron impotentes para contener las herejías. Fue menester organizar verdaderas cruzadas para destruir a sangre y fuego en batallas campales a las sectas heterodoxas formadas por buenos cristianos, a quienes era fácil identificar por la moderación de su lenguaje, la severidad de sus costumbres y la práctica de las más altas virtudes. El movimiento herético más importante fue el organizado en Bohemia por los discípulos de Juan Hus, que durante varios años tuvo en jaque a los poderes eclesiástico y civil. Pero las ideas de los teólogos inconformes y los movimientos heréticos, influyeron poco a poco en el tiempo y en el espacio, preparando a la distancia de dos siglos las reformas religiosas de Lutero y Calvino.

IV

AL entrar en la Época Moderna, debemos ocuparnos en primer término de Tomás Moro, hace poco elevado a los altares. Santo Tomás Moro fue un católico sincero y fervoroso, un hombre lleno de virtudes que prefirió la muerte antes que abjurar de sus principios religiosos. A Santo Tomás Moro le duele la desigualdad y la injusticia; siente la necesidad de evadirse de la realidad, de soñar en un mundo sin ricos ni pobres, y escribe la *Utopía*, publicada en lengua latina en el año de 1516. La primera parte de la obra contiene severa crítica de la sociedad inglesa de fines del siglo XV y comienzos del XVI, que iniciaba su proceso de desarrollo capitalista. Santo Tomás Moro se pronuncia contra el lujo y la riqueza. Dice que los ricos se quedan cada día con algo del salario del pobre; que los reyes son para servir al pueblo y no a sí mismos, y agrega que un pueblo pobre no es garantía de paz. Mas hay que copiar, porque viene a cuento, dos párrafos de la obra en cuestión. Moro pone en boca de su personaje principal, Rafael Hitlodeo, lo siguiente:

Grande es el número de los nobles que, ociosos como zánganos no sólo viven del trabajo de los demás, sino que los esquilman como a colonos de sus fincas y los desuellan hasta la carne viva para aumentar sus rentas.

Estimo que donde quiera que exista la propiedad privada y se mida todo por el dinero, será muy difícil lograr que el Estado obre justa y acertadamente, a no ser que penséis que es obrar con justicia el permitir que lo mejor vaya a parar a manos de los peores, y que se viva felizmente allí donde todo se halla repartido entre unos pocos que, mientras los demás parecen de miseria, disfruten de la mayor prosperidad.

Y en la segunda parte de *Utopía* Santo Tomás Moro diseña una nación comunista en la que los habitantes son bondadosos, justos y felices, porque no existe el dinero ni la propiedad privada de los bienes de producción. Debe aclararse para evitar equivocaciones que la sociedad utópica de Moro es profundamente religiosa.

Tomás Campanella escribe un siglo más tarde *La Ciudad del Sol*, libro utópico que no difiere mucho en lo substancial de la obra del Moro. *La Ciudad del Sol* es una teocracia comunista muy adelantada, en la que la religión asume importancia capital. Sus habitantes construyen naves movidas por un "admirable e ingenioso artificio" y han descubierto el arte de volar. Los pasajes de crítica social abundan en el libro. La inconformidad del autor con su mundo, se exterioriza al decir que los habitantes de su país ideal

opinan que la pobreza extrema convierte a los hombres en viles, astutos, engañosos, ladrones, intrigantes, vagabundos, embusteros, testigos falsos, etc.; y que la riqueza los hace insolentes, soberbios, ignorantes, traidores, petulantes, falsificadores jactanciosos, egoístas, provocadores, etc. Por el contrario la comunidad hace a todos los hombres ricos y pobres a un tiempo: ricos porque todo lo tienen, pobres porque nada poseen, y al mismo tiempo no sirven a las cosas, sino que las cosas les sirven a ellos.

Y en otra parte:

Se burlan de nosotros que estimamos viles a los trabajadores y, por el contrario, tenemos por nobles a quienes no conocen arte alguno, viven en la ociosidad y poseen muchos esclavos con-

sagrados a su pereza y lujuria. De aquí, como de una escuela de vicio salen para desgracia del Estado tantos intrigantes y malhechores.

Erasmus de Rotterdam, amigo de Moro, humanista insigne, y seguramente uno de los más grandes pensadores renacentistas, escribió el *Elogio de la Locura*, sátira a la par ingeniosa y mordaz en la que no deja títere con cabeza. Asombra al hombre de letras contemporáneo, cómo pudo Erasmo salvarse del Tribunal de la Inquisición después de haber dado a la estampa su tremenda diatriba. La locura, diosa personificada en mujer, se dirige a un público imaginario para decir todo lo que le viene en gana. Erasmo, que vive en los comienzos de la reforma luterana, utiliza a su extraño personaje para arrojar dardos envenenados contra la curia romana. Oigamos lo que dice la Locura:

Los príncipes no son solos en llevar una vida alegre; en este camino los papas, los cardenales y los obispos, se muestran sus dignos émulos, cuando no sus maestros.

Quisiérais también, acaso, que todo este mundo guardara sin cesar el espíritu de sus blancas vestiduras de lino que le advierten llevar una vida sin tacha; que su mitra de dos cuernos reunidos por un solo nudo significase que se debe reunir la ciencia del Nuevo y del Antiguo Testamento; que los guantes que protegen sus manos fuesen el emblema de su desinterés en las funciones sagradas de su ministerio. ¿Querriás, tal vez, que estos dignatarios pensasen en esta Cruz, que recuerda al pastor vigilante de su rebaño; en esta Cruz que lleva sobre el pecho como símbolo del renunciamiento a las pasiones! Pero, si fueran estas sus preocupaciones habituales, ¿no sería, en consecuencia su vida más que una serie de tristezas y de cuidados? Nuestros Prelados de hoy día tienen bastante que hacer con pastar ellos mismos; en cuanto a sus ovejas, confían con mucho gusto su guarda a Cristo o dejan este cuidado a los frailes a los que llaman sus hermanos y sus vicarios. Olvidan hasta su nombre de Obispo, que quiere decir trabajo, vigilancia, solicitud. Pero en cuanto se trata de atrapar dinero entonces son tres veces Obispos.

Si los papas, estos Vicarios de Jesucristo, modelasen su vida sobre la de su Maestro; si pusiesen como ejemplo su pobreza, sus trabajos, su doctrina, sus sufrimientos, su desapego del mundo; si tomasen en serio estos títulos de padre y de santidad, que

se les da, ¿qué mortales serían más dignos de lástima? ¿Quién querría comprar este cargo a peso de oro; quien mantenerse en él por el hierro, el veneno o la fuerza. ¡Ay! ¡De cuántas ventajas se privarían los Pontífices si adquiriesen un día la sabiduría!, ¿qué digo, la sabiduría, un solo grano de esa sal de sapiencia de que habla Cristo?

¿En qué pararía entonces todo lo que los rodea, las riquezas, los honores, el poder, los triunfos, los beneficios, las rentas, los impuestos, las indulgencias y los placeres de toda clase? La lista es breve ya lo veis, pero significativa. Todo esto desaparecería para dejar sitio a las vigiliás, a los ayunos, a las lágrimas, a las oraciones, a las predicaciones, a los estudios, a la penitencia, a otras mil mortificaciones de este género. Mas, si fuera así, ¿habéis pensado qué iban a hacer todos estos escribas, todos esos notarios, todos estos abogados; para qué podía servir este ejército de promotores, de secretarios, de pajes, de criados, de banqueros y de proxenetas? Podría añadir otros, si no respetase vuestros oídos. En suma: esa multitud de funcionarios tan onerosa. . . , tan honorables, quise decir, para la Santa Sede, estaría condenada a morir de hambre. Sería verdaderamente impío y abominable; pero ¿no sería el colmo querer volver al báculo a la alforja a los jefes de la Iglesia, estas verdaderas antorchas del mundo? No temamos por ellos tales desgracias; en nuestros días dejan a San Pedro y a Pablo, que, además, disponen de mucho tiempo, las penas y los trabajos de su estado, y se contentan con guardar para ellos los honores y los placeres. Nada temáis; yo velo por mis Papas; esmalto su vida de voluptuosidades y ahuyento los cuidados. Gracias a mí creen haber satisfecho ampliamente a Cristo cuando, bajo los ornamentos místicos, iba a decir teatrales, en las ceremonias en que se les prodigan los títulos de Santidad y de Reverencia, desempeñan su papel de Obispos, con gran refuerzo de anatemas y de bendiciones. Para ellos mejor que hacer esto acaso sería renovar los milagros de los Apóstoles, pero está ya muy visto, y hay que ser hombre de su tiempo; podrían también instruir al pueblo; pero ¡es tan fatigoso!; o explicar las Sagradas Escrituras; ¡pero es tan pedante!; u orar; ¡pero es perder el tiempo!; o llorar, ¡pero está bien para las mujeres!; o ser pobres, ¡pero esto es vivir miserablemente! Podrían también ceder algunas veces, pero, ¿cómo iban a arreglárselas estos hombres que toleran apenas a los más grandes reyes que les besen los pies? Habría aún morir bien. Pero, ¡es tan poco alegre!; o

sufrir, en caso necesario, el suplicio de la Cruz. ¡Pero esto es hoy tan infamante!

En virtud del mismo principio los soberanos Pontífices, tan activos en recoger los escudos, delegan voluntariamente los trabajos demasiado apostólicos a los Obispos, los Obispos a los curas, los curas a los vicarios, los vicarios a los frailes mendicantes y éstos confían las ovejas a las gentes que saben el arte de esquilas mejor.

¿Puede darse mayor audacia en un hombre enfermizo y pusilánime como Erasmo, quien dijo que si alguna vez las circunstancias lo exigieran imitaría a San Pedro? Se escudó en el enorme prestigio de que gozaba en toda Europa y en la tolerancia de León X. Se cuenta que el Papa, después de leer el *Elogio de la Locura*, se contentó con decir: Este Erasmo tiene también sus ribetes y puntas de loco.

Miguel de Cervantes, ya antes citado, en desacuerdo con las presiones sociales y religiosas de su tiempo en España, pone en boca de Don Quijote cuando con su escudero se aleja de la casa de los Duques donde de hecho estuvo prisionero, estas palabras:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. . . las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campar el ánimo libre. ¡Venturoso aquel a quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!

Recordemos también al jesuita Baltasar Gracián por su obra denominada *El Criticón*, de la que su benévolo censor, el padre don Antonio Liperi, no obstante la ironía y a veces el sarcasmo que predominan en las páginas del libro dice que

contiene muchos y saludables documentos morales, declarados con sutil ingenio y con ingeniosa sutileza, y con un lenguaje gravemente culto y dulcemente picante, y cuando más picante, más dulce y más provechoso para la buena política y reformación de

costumbres, pudiendo preciarse su autor de que miscuit utile dulci, cosas bien dificultosas de juntar.

El desacuerdo tajante de Gracián con la Europa de la primera mitad del siglo XVII, es la constante motivación de su obra. Su crítica es aguda, severa y acerba. Piensa que todo está mal organizado, que todo está al revés. Limitémonos citando un solo ejemplo, que para muestra basta un botón:

La virtud es perseguida; el vicio, aplaudido; la verdad, muda: la mentira, trilingüe, los sabios no tienen libros y los ignorantes librerías enteras; los libros están sin doctor y el doctor sin libros; la discreción del pobre es necesidad y la necesidad del poderoso es celebrada; los que habían de dar vida matan; los mozos se marchitan y los viejos reverdecen; el derecho es tuerto y ha llegado el hombre a tal punto de desatino, que no sabe cuál en su mano derecha, pues pone el bien a la izquierda; lo que más le importa echa a las espaldas, lleva a la virtud en tres pies, y en lugar de ir adelante, vuelve atrás.

Schopenhauer, admira apasionadamente a Gracián. De seguro exagerando un tanto, opina que *El Criticón* es uno de los mejores libros en la historia del pensamiento humano. Sea de ello lo que fuere, *El Criticón* es obra de gran mérito y su autor uno de los grandes clásicos de nuestra lengua.

V

JOHN Locke da a la estampa en 1790 su célebre obra titulada en español *Ensayo sobre el Gobierno Civil*. En dicha obra al tratar de la propiedad de la tierra, Locke sostiene que un individuo tiene derecho a poseer solamente el terreno suficiente para llenar sus necesidades y que pueda explotar con su trabajo; porque si se adueña de una porción mayor, defrauda a su prójimo. En resumen, para el filósofo inglés, la propiedad debe ser siempre fruto del trabajo personal. Estas ideas, por supuesto, eran entonces revolucionarias y lo son todavía en la mayor parte de los países. Pero el autor que nos ocupa fue un inconforme no sólo con la organización de la propiedad territorial de su época, sino también con la organización política. Pensaba que "los hombres son iguales y poseen las mismas facul-

tades jurídicas bajo el derecho natural. Entre aquellas atribuciones —agrega— se encuentra el derecho a la vida, la libertad y la propiedad. La mayoría del pueblo puede ejercer el derecho de resistencia frente a una autoridad tiránica. La base del gobierno radica en el consentimiento". Las ideas de Locke, como es bien sabido, influyeron en los más destacados escritores franceses de la segunda mitad del siglo XVIII, y en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. ¿Quién se atrevería a decir que este gran inconforme con la acumulación de la tierra en pocas manos, con la monarquía absoluta y con la intolerancia religiosa de su tiempo, fue comunista? No se olvide que precisamente los grandes inconformes han sido en cada momento histórico los adalides del progreso humano. Ellos han sido y son los creadores de religiones, los descubridores de islas y continentes, los constructores de nuevas patrias y los que han arrancado a la naturaleza sus secretos para mejorar la vida del hombre.

El propósito de este artículo, como ya se apuntó, estriba en recoger algunas de las ideas de inconformidad sin hacer referencia a los hechos, que por otra parte son bien conocidos. Sin embargo, bueno es recordar la revolución inglesa de 1688, acontecimiento de gran trascendencia política, así como también las frecuentes rebeliones y motines locales en otros países de Europa durante los siglos XVII y XVIII, originados por la opresión y arbitrariedades que sufrían las masas campesinas. Todo esto preparó en Francia la revolución de 1789. "Para que una revolución estalle —dice Juan Jaurés— es necesario que las clases inferiores sufran un terrible malestar o una gran opresión, pero también es menester que tengan un principio de fuerza, y por consiguiente de esperanza. Y tal era exactamente el estado de la sociedad francesa a fines del siglo XVIII". Por supuesto que también es necesario que la acción se encauce de conformidad con las ideas de sus ideólogos, intérpretes de la realidad y de las aspiraciones populares. Entre los ideólogos franceses que contribuyeron a preparar el gran movimiento revolucionario cabe citar a Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot y otros enciclopedistas, así como también a los creadores de utopías tales como Morelly, Meslier y Mably.

Por razones de espacio nos limitamos a citar muy someramente a Voltaire, Rousseau y Morelly.

Voltaire critica con mordacidad a la Iglesia; lucha contra los prejuicios, la intolerancia, la iniquidad. Para él, la religión

católica es la causa de los males de la humanidad. Piensa que es de derecho natural utilizar la pluma, como también lo es utilizar la lengua y que los tiranos del pensamiento son los que han causado gran parte de las desgracias del mundo. Voltaire dice esto cuando la Iglesia es omnipotente y cuando en Francia impera la monarquía absoluta.

Juan Jacobo afirma que la soberanía radica en la voluntad del pueblo; que el motín que acaba por estrangular o destrozar al sultán, es un acto tan jurídico como aquellos actos por los cuales el déspota la víspera misma, disponía de la vida y de los bienes de sus súbditos. Sólo la fuerza le sostenía; la fuerza sola le arroja. Afirma que nadie tiene derecho de despojar al hombre de la vida y de la libertad.

Renunciando a la libertad, se degrada el ser; renunciando a la vida, se le aniquila en cuanto depende de uno mismo; y como ningún bien temporal puede compensar la falta de una o de otra, sería ofender al mismo tiempo a la naturaleza... pues va manifiestamente contra la ley de la naturaleza, de cualquier manera que se le defina, que un niño mande sobre un viejo, que un imbécil dirija a un hombre discreto y que un puñado de gente rebose se cosas supérfluas mientras la multitud hambrienta carece de lo necesario.

Agreguemos otras tres citas de Rousseau:

... El gusto por el fausto no se asocia en las almas con el de la honradez. No, no es posible que espíritus degradados por una multitud de trabajos y cuidados fútiles, se eleven jamás a nada grande, y aun cuando tuviesen la fuerza, les faltaría el valor.

El hombre ha nacido libre, y sin embargo, vive en todas partes entre cadenas. El mismo que se considera amo, no deja por eso de ser menos esclavo que los demás. ¿Cómo se ha operado esta transformación? Lo ignoro. ¿Qué puede imprimirle el sello de legitimidad? Creo poder resolver esta cuestión.

Si no atendiese más que a la fuerza y a los efectos que de ella se derivan, diría: "En tanto que un pueblo está obligado a obedecer y obedece, hace bien; tan pronto como puede sacudir el yugo, y lo sacude, obra mejor aún, pues recobrando su libertad con el mismo derecho con que le fue arrebatada, prueba que fue creado para disfrutar de ella. De lo contrario, no fue jamás digno de arrebátarsela". Pero el orden social constituye un dere-

cho sagrado que sirve de base a todos los demás. Sin embargo, este derecho no es un derecho natural: está fundado sobre convenciones. Trátase de saber cuáles son esas convenciones. . .

El gran ginebrino es con sobrada razón considerado como uno de los grandes precursores del movimiento social de Francia que señaló rumbos nuevos en la historia.

En 1755 se publicó el *Código de la Naturaleza*, de Morelly. Parece que nació en 1709; mas se ignora su biografía, ni siquiera se conoce su nombre completo. Sin embargo, su libro influyó en Mably, Meslier, Robespierre y sobre todo en Francisco Natividad Babeuf, guillotinado por sus ideas radicales el 27 de mayo de 1797. Babeuf es el primer mártir del socialismo moderno.

Hagamos un extracto de las ideas de Morelly. Para él, todos los males sociales se deben a que el hombre se ha apartado de la naturaleza, que es amable legisladora. El espíritu del cristianismo aproxima a los hombres a esas leyes, pero se ha ido adaptando a las instituciones políticas; es rito en vez de moral. Las constituciones, el derecho civil, el derecho de gentes, las leyes todas, constituyen el arte de hacer a los seres humanos malos, perversos, feroces y bárbaros. Los errores políticos y morales crecen hasta el punto de usurpar casi sin remedio el nombre, la autoridad y los derechos de la verdad. Se muestra adversario decidido de la propiedad privada, a la que atribuye todos los males de la sociedad y la causa de las revoluciones. En cambio, asegura, que la comunidad de bienes es el secreto de la felicidad de los pueblos, porque está de acuerdo con la naturaleza. Cree que el mundo es una mesa suficientemente provista para todos en la que todos los manjares pertenecen a todos, porque tienen hambre. Nadie, según él, es absolutamente dueño de algo ni tiene derecho a pretenderlo. Ataca a las monarquías porque en ellas no se sirve a la patria, sino al príncipe; el servilismo corrompe a los grandes reyes y los aduladores son viles eunucos.

En la última parte de su libro Morelly ofrece los remedios que a su juicio curarían los males del mundo, en algo así como bases para una legislación general. Citemos las que a nuestro juicio tienen mayor significación:

1a.—No existirá la propiedad privada, fuera de los bienes de consumo.

2a.—Todas las personas de 20 a 25 años están obligadas a trabajar en el campo.

3a.—A partir de los 10 años todos irán a trabajar a los talleres públicos.

4a.—El trabajo será moderado y habrá un descanso cada cinco días.

5a.—Se establecerá la división del trabajo y se estimulará la especialización.

6a.—La distribución de artículos se hará, por supuesto, sin propósito de lucro y por medio de trueques.

7a.—La base de la moral descansará en el amor a la verdad, a la tolerancia y en la creencia de un Dios bondadoso y en todo distinto al ser humano.

8a.—Se fijará el número de jóvenes que deberá dedicarse a las ciencias y a las artes y se fomentará la investigación científica.

9a.—No habrá solteros. Cada principio de años los jóvenes escogerán a sus esposas. El matrimonio será obligatorio durante 10 años; después, se permitirá el divorcio, pero hasta un año después de la separación.

10a.—Un Senado será la autoridad suprema y sus miembros, que durarán en sus funciones por un período determinado, no podrán ser reelectos.

11a.—Una especie de consejo técnico está subordinado al Senado y lo formarán personas de 50 años en adelante.

12a.—Las penas serán leves en general; pero sufrirán prisión perpetua los gobernantes que se aparten de las leyes.

Hay en las bases legislativas a que nos estamos refiriendo otras disposiciones interesantes, pero a nuestro entender de carácter secundario. Bueno sería que algunas de las bases extractadas arriba se aplicaran en nuestros días, sobre todo la de la prisión perpetua para los gobernantes prevaricadores.

Es seguro que Morelly escribió su libro con la esperanza de que contribuyera a reformar la sociedad que él advertía organizada contra el supremo y auténtico interés humano. Empero, no pudo cavar con hondura en la realidad, ni descubrir los engranajes ocultos del régimen capitalista que iniciaba su ascenso con ímpetu incontrastable y creador.

Del ya citado Babeuf tomamos a continuación el fragmento de un artículo que apareció en su periódico *La Tribuna del Pueblo*.

Dejamos asentado que la igualdad perfecta es de derecho primitivo; que el pacto social, lejos de ir contra este derecho natural, sólo debe servir para dar a cada individuo la garantía de que este derecho no será violado jamás y que, por lo tanto, no debían haber existido instituciones que favoreciesen la desigualdad y la codicia que permitiesen que lo necesario de unos pudiera ser usurpado para formar lo superfluo de otros. Que, no obstante, había sucedido lo contrario; que absurdos convenios se habían introducido en la sociedad y habían protegido la desigualdad y permitido el despojo de las mayorías por las minorías; que había épocas en que los últimos resultados de estas mortíferas reglas sociales se traducían en que la universalidad de las riquezas de todos se hallaba sumergida en poder de unos cuantos; que la paz, que es natural y lógica cuando todos son dichosos, se alteraba necesariamente en casos tales; que la masa, imposibilitada de vivir, hallándolo todo fuera de su posesión y no encontrando sino corazones despiadados en la casta que lo había acaparado todo, todos estos hechos reunidos determinaban la época de esas grandes revoluciones, fijaban esos períodos memorables, pronosticados en el Libro de los Tiempos y del Destino, en que una transformación general en el sistema de las propiedades viene a ser inevitable y en que la rebelión de los pobres contra los ricos es de una necesidad invencible.

VI

LA revolución industrial comienza en Inglaterra en el último tercio del siglo XVIII. Consiste fundamentalmente en substituir en parte la herramienta por la máquina y en utilizar la fuerza del vapor por la producción de mercancía. También substituye en parte, con enorme ventaja, la fuerza muscular del hombre, la de la bestia, la del agua y la del viento. Esta revolución transforma con rapidez sin precedente la estructura económica y las relaciones sociales en los países más aventajados de Europa. La fábrica moderna y el comercio internacional impulsan el desarrollo del capitalismo como sistema económico predominante. La zanja que separa a ricos y pobres, a dueños de empresas y trabajadores, a burgueses y proletarios, se hace cada vez más ancha y agudiza la lucha de clases.

La doctrina del liberalismo económico de Smith, Malthus, Ricardo, Say y Bastiat, es resultado del desenvolvimiento histó-

rico y se ajusta a los intereses y a las aspiraciones de los capitalistas. Ellos tienen sus doctores; mas los otros, los proletarios, también tienen los suyos: Owen, Fourier, Saint-Simón, los san-simonianos, Blanc, Proudhon y Sismondi; utopistas y críticos sociales inconformes y rebeldes que sueñan en un mundo en que impere la igualdad, la justicia, el bienestar y la dicha para todos los habitantes de nuestro pequeño planeta.

Roberto Osen, que se esforzó en poner en práctica sus principios y los realizó en parte en su fábrica de New Lanark, cree firmemente que el hombre no es bueno ni malo, sino como lo hace el medio social. Para él la competencia es la guerra y el beneficio es el botín. El secreto de la felicidad humana estriba en la cooperación integral por todos los miembros de la sociedad y para cada fin de la vida social.

Carlos Fourier, cumplido empleado de comercio y a la vez creador de ciudades imaginarias—caso sorprendente de dualidad—, critica el orden social, porque se basa en el empleo de procedimientos coercitivos mantenidos por un pequeño grupo de esclavos armados contra la multitud de esclavos sin armas. Está en desacuerdo con la gran industria y el salariado. Para él, todo lo que es natural es bueno. El mal es resultado de la absurda conducta del hombre, que ha desobedecido las leyes de la naturaleza.

Toda sociedad—escribe—lleva en sí la facultad de engendrar la que le seguirá. Llega a la crisis del alumbramiento cuando alcanza la plenitud de sus características esenciales.

Fourier está seguro de que ha llegado el momento del parto de una nueva sociedad, en armonía con la naturaleza y las pasiones humanas; y el gran inconforme, visionario genial que pronosticó la electricidad, la telegrafía inalámbrica, la transformación de los desiertos en zonas productivas y adivinó la existencia de los rayos cósmicos y de la radioactividad, soñó en ser el partero de tan inaudito alumbramiento e imaginó sus Falansterios. En cada uno de ellos vivirían felices sus 1620 moradores, porque gozarían de libertad plena y de una igualdad compatible con las inevitables desigualdades de la naturaleza humana.

El Conde de Saint-Simón, especulador, mecenas, escritor fecundo, maestro de Augusto Comte; que vivió a veces en la opulencia y a veces en la mayor miseria; que aseguraba que sólo entrarían al templo de la gloria los escapados de los ma-

nicomios, sintiéndose él uno de los elegidos. El Conde de Saint-Simón quiso fundar una moral positiva que reemplazara a la de las religiones. Pensaba que sólo debían existir tres clases de individuos; los industriales, incluyendo en tal denominación a obreros y patrones; los sabios y los artistas. Entre ellos—decía—no debe haber más diferencia que la que resulte de su capacidad y de su aportación. Debían ser eliminados de toda sociedad los miembros del clero, de la nobleza, del ejército, los rentistas y los terratenientes. Todos debían trabajar en los talleres organizados en el mundo entero. A cada individuo se le impondría la obligación de dar constantemente a sus fuerzas personales una dirección útil a la sociedad. También pensaba que la sociedad está gobernada para servir a las clases dominantes, es decir, a la minoría privilegiada, y que, en su sistema, por el contrario: las disposiciones principales tendrían por objeto combinar lo más sabiamente posible los trabajos que tiene que hacer la sociedad para mejorar física y moralmente la existencia de todos sus miembros. Sus discípulos los sansimonianos fueron mucho más radicales, oponiéndose decididamente a la propiedad privada y a la herencia. Decían que el propietario es un ocioso, a quien el trabajador le deja una parte del producto de su trabajo, y que el derecho a heredar la riqueza implica una contrapartida: el derecho a heredar la miseria. El ideal de los sansimonianos consistía en lograr la explotación de la naturaleza por el hombre asociado al hombre.

Por su parte Luis Blanc, sostiene el principio de que todos los hombres tienen derecho a que se les de trabajo para llenar sus necesidades. Se pronuncia enérgicamente contra el liberalismo económico y de manera particular contra la libre competencia. Pongamos una muestra:

Todos los males provienen de la competencia y es a la vez la explicación de la miseria de los obreros y de su degradación moral, del aumento de la criminalidad, de la prostitución, de las crisis industriales, de las guerras entre los pueblos. Lucha de productores por los mercados, de los obreros por el empleo y en contra de las máquinas; lucha universal en la que el capitalista es siempre el triunfador. Los ricos son los dueños de los instrumentos de trabajo y es a ellos a quienes se tiene que comprar el derecho a la vida.

Blanc opone a la competencia la asociación en los talleres sociales. En estos talleres se admitiría solamente a los obreros de buena conducta y todos recibirán el mismo salario. Los beneficios se dividirán en tres partes iguales: la primera con destino a los asociados, que serán todos los trabajadores; la segunda para los ancianos, para los inválidos y para atenuar los efectos de las crisis periódicas; y la tercera con el objeto de adquirir instrumentos de producción.

Pedro José Proudhon escribió que la propiedad es un robo, porque confiere al propietario el derecho a percibir una renta sin trabajar. Según él, el capitalista recibe algo a cambio de nada y afirma que la propiedad es el derecho a disfrutar y disponer a voluntad del bien ajeno, del fruto de la industria y del trabajo ajenos. Agrega que la propiedad es una inmoralidad nacida en la violencia, el hecho más monstruoso que han sancionado las leyes civiles.

Proudhon se declara anarquista. Dice que la anarquía es la condición de existencia de las sociedades adultas, como la jerarquía es la condición de las sociedades primitivas; y concluye que desde la jerarquía a la anarquía hay un progreso incesante en la sociedad humana.

Tanto Owen, Fourier, Blanc, Saint-Simón, los saint-simoniños y Proudhon, han sido clasificados como utopistas en la historia del pensamiento social. Es cierto que todo ellos, impresionados y angustiados por la falta de equidad en la distribución de los bienes materiales y por la miseria y el dolor de las mayorías, ofrecieron soluciones impracticables; pero su crítica al orden establecido se apoyó en el conocimiento de la realidad y fue útil a quienes después de ellos se ocuparon de los mismos problemas.

Juan Carlos Leonardo Sismondi no puede clasificarse entre los utopistas, porque no edificó con su imaginación ninguna ciudad maravillosa, ni quiso transformar desde sus cimientos el mundo social de su época. Marx y Engels lo llamaron desdeñosamente socialista burgués; mas reconocieron sin ambages su penetrante análisis económico y la perspicacia de su pensamiento. Sismondi fue un gran escritor a quien hirió en lo más hondo de su ser la injusticia en el reparto de la riqueza que ya desde entonces y entonces más que ahora caracterizaba al régimen capitalista. Pensaba que había que desplazar el eje de la economía de las cosas al hombre; que la economía es una ciencia moral y que su objeto no es la riqueza, sino el bie-

nestar físico del ser humano. Lógicamente consideraba que la riqueza nacional es la participación de todos en las ventajas de la vida, es decir, que la riqueza de un país no debe ser para provecho de unos pocos, sino para beneficio de todos sus habitantes. En su concepto "el beneficio de un empresario no es otra cosa, muchas veces, que una expropiación del obrero a quien emplea; su ganancia la debe, no a que su empresa produzca mucho más de lo que cuesta, sino a que no concede al obrero una compensación suficiente por su trabajo". Concluye afirmando que una industria semejante, es un mal social. Sismondi no cree en la armonía entre el capital y el trabajo. Para él, el conflicto entre patrones y obreros es permanente; pero la lucha es desigual. Unos piden salarios para vivir; otros quieren producir para lucrar. El ideal de Sismondi estriba en la pequeña propiedad y en la pequeña industria; en que sea contenida la producción desencadenada; en un progreso lento que no dañe a grupos numerosos de la colectividad.

Nosotros estamos en lo substancial de acuerdo con Sismondi, particularmente en su vivo interés por el hombre, por su bienestar físico y moral. Muchas veces hemos escrito y lo volveremos a escribir siempre que venga al caso, que lo humano es el problema esencial; que la ciencia y el arte deben tener por finalidad servir al hombre para que éste logre superarse y cumplir cabalmente su destino.

VII

LAS citas de filántropos, economistas, sociólogos, filósofos, novelistas, poetas y sacerdotes que en el curso del siglo XIX escribieron contra el mundo capitalista, harían este artículo interminable aun excluyendo, como lo hacemos, los fundadores del socialismo contemporáneo. Sin embargo, vamos a recoger algunas ideas de autores cristianos inconformes con el capitalismo del siglo XIX.

Al finalizar la primera mitad del siglo pasado, los socialistas ingleses dirigidos por Ludlow y otros religiosos, estaban impresionados y conmovidos por las condiciones inhumanas del trabajo existente en las fábricas y talleres de Londres, especialmente en los talleres de confección de ropa masculina y femenina. Se rebelaban enérgicamente contra la codicia desenfrenada que dominaba el sistema industrial, pronunciándose a

favor de un trato humano y conforme al espíritu del cristianismo. El Conde de Mun hablaba en un congreso de obreros católicos contra el liberalismo económico y la organización de la sociedad capitalista. Decía que

el ardor de las especulaciones lo invade todo; la lucha sin cuartel ha ocupado el puesto de la emulación fecunda, la industria en pequeño es aplastada, el trabajo profesional cae en decadencia, los salarios se envilecen, el pauperismo se extiende como una lepra repugnante, el obrero, explotado, no tiene otro asilo más que en la resistencia, ni socorros más que en la guerra. La coalición y la huelga hacen las veces de organización del trabajo. Dejar hacer, dejar pasar; ese es el decreto del liberalismo, esa es la libertad revolucionaria, y no tiene más que un nombre; es la libertad de la fuerza.

Por su parte el católico Lamennais en su libro *Palabras de un Creyente*, censura con severidad y a la par con vehemencia al mundo de su tiempo. Refiriéndose a él escribió G. D. H. Cole, lo siguiente:

Pero en 1834 Lamennais, desde su lugar de retiro, publicó su famoso libro *Paroles d'un Croyant* (Palabras de un Creyente), en el cual se manifestó, en prosa llena de entusiasmo y con frecuencia próxima en su espíritu a la poesía, en completo acuerdo con el credo radical. Los *Paroles* son una declaración vehemente contra la opresión del pueblo, contra los reyes y los gobiernos dominados por la nobleza y los ricos, e igualmente contra todos los que se niegan a besar su radicalismo en los cimientos de la fe en la voluntad divina. *Paroles d'un Croyant* es un libro extraordinario, vibrante de piedad hacia los sufrimientos de los pobres y de indignación contra las maldades de los poderosos, y una ferviente llamada a los obreros para que unan sus fuerzas a fin de romper el yugo de servidumbre a que los tienen sometidos, y que les priva de los derechos elementales del hombre. Clama por los derechos implícitos en la igualdad de todos los hombres ante Dios; y también es profundamente internacionalista en espíritu. Lamennais defiende la hermandad universal, como base para la soberanía igual de todo el pueblo, única forma legítima de soberanía bajo Dios.

Una vez más llamamos la atención del lector, aun cuando resulte redundante y fastidioso, acerca del hecho elemental, ele-

mentalísimo, de que la discrepancia, el desacuerdo, la inconformidad con la organización económica, social y política dada, no implica ser comunista, como creemos haberlo demostrado y estarlo demostrando en el curso de este trabajo.

Ahora bien, no es posible dejar de mencionar al obispo de Maguncia, Guillermo Manuel, Barón de Ketteler, jefe del movimiento católico social de Alemania. El obispo Ketteler pensaba que

las libertades que promete el liberalismo son semejantes a las manzanas del mar Muerto, brillantes por fuera y nada más que ceniza por dentro.

Añade:

El liberalismo proclama la libertad del contrato; para el obrero sin capital, eso es simplemente la libertad de morir de hambre; porque, ¿cómo puede subsistir, si no acepta las condiciones que se le quieran imponer? La libertad de locomoción, otra palabra vana; el obrero que tiene mujer e hijos, ¿no está unido al lugar en que está establecido? ¿Cómo irá a buscar empleo en otra parte, el que no tiene con qué subvenir a sus primeras necesidades? Libertad del trabajo: ¿qué es, sino la competencia de los trabajadores reduciendo a porfía su salario? Libertad comercial: ¿cuál es su resultado sino procurar al rico lo que compra, a mejor precio y reducir al obrero a la subsistencia de los que reciben menos? El cristianismo puesto en práctica puede, tan sólo, hacer de suerte que esas libertades de que los capitalistas se aprovechan exclusivamente hoy, sirvan también para los trabajadores...

y monseñor Ketteler creía que el catolicismo y el cooperativismo mejorarían las condiciones de vida del proletariado.

Al finalizar el siglo XIX se advertía la gravedad de la lucha constante entre el capital y el trabajo. Los unos luchaban para vivir mejor y los otros para mejor lucrar. Ante esta situación el Papa León XIII dio a conocer al orbe católico su célebre Encíclica *Rerum Novarum*. De ella tomamos los párrafos que se incluyen a continuación:

Se puede decir que no de otra cosa sino del trabajo de los obreros, salen las riquezas de los Estados. Todo el arte de ad-

quirir lo necesario para la vida y mantenimiento se funda en el trabajo. . . El fruto del trabajo es justo que pertenezca a los que trabajaron.

Los que gobiernan un pueblo deben procurar la prosperidad así de la comunidad como de los individuos. Los que gobiernan deben aliviar la suerte de los proletarios. El Estado, por razón de su oficio debe atender al bien común.

La violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellas una distancia inmensa; una poderosísima, porque es riquísima, que teniendo en su mano ella sola todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae a sí para su propia utilidad y provecho todos los manantiales de la riqueza, y tiene no escaso poder aún en la misma administración de las cosas públicas. La otra es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y dispuesta siempre a turbulencias.

La inconformidad del ilustre Pontífice con la situación existente al finalizar el siglo XIX no puede ponerse en duda. En su célebre encíclica fijó las reglas de conducta que debían seguir los católicos, especialmente los ricos; pero éstos, sordos a las exhortaciones del Papa han subordinado siempre la religión a su interés económico, a su fiebre de lucro, a su avaricia sin freno. Alguna vez escribimos que entre el cristianismo y el capitalismo hay una antinomia irreductible. El uno se funda en el amor al prójimo; el otro en el lucro, en ganar dinero aun cuando para ello sea menester explotar al prójimo.

¿Qué pensaría un macartista (de McCarthy) si leyera la célebre encíclica de León XIII? ¿No la catalogaría como peligroso documento comunista? Todo es posible, ya que vivimos en una época de confusión en las ideas y de profunda corrupción moral.

Cuarenta años después de la *Rerum Novarum*, el Papa Pío XI dirigió a los católicos su Encíclica *Quadragesimo Anno*, el 15 de mayo de 1931. Pío XI ratifica las ideas de León XIII sobre el problema social y exagera la importancia y los resultados de la *Rerum Novarum*, en cuanto a la organización de sindicatos de obreros católicos. Sin embargo, reconoce que en 1931 eran más numerosos los sindicatos socialistas y comunistas.

Pío XI al referirse a la circunstancia en que apareció la Encíclica de su antecesor dice:

Quando el siglo XIX llegaba a su término, el nuevo sistema económico y los nuevos incrementos de la industria en la mayor parte de las naciones hicieron que la sociedad humana apareciera cada vez más claramente dividida en dos clases: la una, con ser la menos numerosa, gozaba de casi todas las ventajas que los inventos modernos proporcionaban tan abundantemente; mientras la otra, compuesta de ingente muchedumbre de obreros, reducida a angustiada miseria, luchaba en vano por salir de las estrecheces en que vivía. Era un estado de cosas al cual con facilidad se avenían quienes, abundando en riquezas, lo creían producido por leyes económicas necesarias; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan sólo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores humanos no sólo toleraban, sino aun a veces sancionaban.

En otra parte del mismo documento, al referirse a la propiedad expresa lo que sigue:

Ya León XIII había enseñado muy sabiamente que "Dios dejó a la actividad de los hombres y a las instituciones de los pueblos la delimitación de la posesión privada". La Historia demuestra que el dominio no es una cosa del todo inmutable, como tampoco lo son otros elementos sociales, y aun nos lo dijimos en otra ocasión con estas palabras: Qué distintas han sido las formas de la propiedad privada, desde la primitiva forma de los pueblos salvajes, de la que aun hoy quedan muestras en algunas regiones, hasta la que luego revistió en la época patriarcal; y más tarde en las diversas formas tiránicas (usamos esta palabra en su sentido clásico), y así sucesivamente en las formas feudales, monárquicas, y en todas las demás que se han sucedido hasta los tiempos modernos.

Con referencia al régimen capitalista afirma que:

por largo tiempo el capital logró aprovecharse excesivamente. Todo el rendimiento, todos los productos, reclamaban para sí el capital, y al obrero apenas se le dejaba lo suficiente para reparar y reconstituir sus fuerzas. Se decía que por una ley económica, completamente incontestable, toda la acumulación de capital cedía en provecho de los afortunados, y que por la misma

ley los obreros estaban condenados a pobreza perpetua o reducidos a un bienestar escasísimo”.

Y páginas adelante agrega:

Dése, pues, a cada cual la parte de bienes que le corresponde; y hágase que la distribución de los bienes creados vuelva a conformarse con las normas del bien común o de la justicia social; porque cualquiera persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres.

Podríamos añadir varias citas de dos grandes escritores cristianos, John Ruskin y León Tolstoi; mas tal vez resultaría excesivo. Por lo tanto nos limitamos a insistir en el hecho de que en el siglo XIX y en lo que va corrido del XX, representantes genuinos de diversas ramas del cristianismo —católicos, anglicanos, evangélicos, ortodoxos, etc.— han sido críticos severos de la estructura económica capitalista. Su oposición al sistema no ha sido muchas veces menos enérgica que la de los socialistas de diversas escuelas y matices.

VIII

DE la confusión en las ideas y de los afectos de la guerra fría, calamidad ésta peor que el cólera o la peste bubónica, se derivan las mayores arbitrariedades y estupideces. Si algún latinoamericano discrepa en algo de la política internacional del Departamento de Estado, se le cataloga como comunista. Del otro lado, si el mismo sujeto critica en alguna forma a la Unión Soviética se le moteja de lacayo del imperialismo. ¿Y cómo puede una misma persona al mismo tiempo ser comunista e imperialista? Claro que puede no estar con unos ni con otros; puede ser un patriota que piensa que su país nada tiene que ver con las ambiciones y los propósitos de hegemonía de las grandes potencias y que lo que importa es el adelanto de sus conciudadanos en todos los órdenes de la vida. Ya sabemos que los gobernantes norteamericanos se creen poseedores de la verdad, de la fórmula definitiva de la felicidad humana y que lo mismo piensan los gobernantes soviéticos. Nosotros, simplemente, tenemos la certeza de que ni unos ni otros, tienen razón. El hom-

bre ha realizado grandes hazañas a través de la historia de la civilización, pero aun cuando parezca paradójico, no es todavía un ser civilizado. ¿Puede afirmarse que lo es, después de las cámaras letales de Hitler y de las bombas atómicas de Truman arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki? No; el hombre no puede ufanarse de que ya se conoce a sí mismo, de que ya ha descubierto el secreto de la suprema felicidad humana. Todavía no encuentra la vereda que le conduzca a la ciudad maravillosa de utopía. En el terreno movedizo de la vida social no es mucho lo que se ha conquistado. Las mentiras de ayer suelen ser las verdades de hoy, y no sabemos si las verdades de hoy serán las mentiras de mañana.

Pero dejémonos de lucubraciones y vamos, como se dice, al grano; vamos a tratar de poner los puntos sobre las íes. ¿En qué consiste el comunismo contemporáneo, y quiénes son comunistas? El comunismo consiste en destruir a la burguesía como clase, socializando la tierra y todos los bienes de capital que posea: industrias de transformación, transportes, bancos, etc. El cambio profundo de la estructura económica y de las instituciones jurídicas, lo realiza la dictadura del proletariado por medios violentos, revolucionarios. Cuando la burguesía ha sido aniquilada, existirá solamente una clase, aun cuando no desaparezcan las categorías en cuanto al ingreso. Al llegar a este punto se habrá construido la sociedad socialista; se habrá producido al hombre socialista. En el *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., Instituto de Economía, obra recientemente publicada, se dice:

El paso del capitalismo al socialismo sólo puede llevarse a cabo mediante la revolución proletaria y la dictadura del proletariado. La meta de la revolución proletaria es la sustitución de la propiedad privada de los medios de producción, por la propiedad social, y la supresión de toda explotación del hombre por el hombre.

En otra parte se dice que "se concede una remuneración más alta al trabajo calificado, a los trabajos pesados y al trabajo de las profesiones y ramas decisivas de la economía nacional". La moneda subsiste en el socialismo; continúa siendo, como escribiera Adam Smith, "la gran rueda de la circulación". A este respecto se lee en la obra que se viene citando: "El dinero cumple función de medida del valor, medio de circula-

ción, medio de pago y medio de acumulación socialista y de ahorro. La moneda soviética está garantizada no sólo por las reservas oro, sino principalmente, por toda la masa de mercancías concentradas en manos del Estado".

Puede decirse que la Unión Soviética ha llegado en nuestros días al socialismo y que los países bajo su influencia ideológica lo están edificando en este momento histórico; por supuesto cada uno de acuerdo con su desarrollo anterior y posibilidades particulares. ¿Pero si de lo que se trata es de construir el socialismo y en la U.R.S.S. ya está prácticamente construido, por qué se habla de comunismo? La respuesta es sencilla: porque el socialismo es un paso, un enorme paso adelante; mas no la meta suprema según los teóricos comunistas; la suprema meta es la sociedad comunista. En el *Manual de Economía Política* se afirma que "el socialismo y el comunismo, constituyen dos fases del desarrollo en la formación social comunista". El paso a la segunda fase, al "comunismo y al principio comunista de distribución, se operará de un modo gradual, a medida que vaya aumentando la abundancia de los artículos de consumo". Y llegará el momento dichoso —pronostican los sabios economistas rusos— en que desaparecerá el comercio y la distribución de bienes de consumo será directa y suficiente para todos los habitantes del nuevo paraíso.

Obviamente el comunismo soviético y el de las demás naciones denominadas comunistas, no sólo se funda en principios económicos y realizaciones económicas, sino también en una sociología y en una filosofía comunistas, en una cultura comunista con conceptos fundamentales sobre el hombre, la vida y la muerte.

Creemos haber señalado en forma somera lo que es el comunismo dentro de los límites impuestos por la índole de este trabajo. Sin embargo, nos resta precisar quiénes son comunistas y quiénes no lo son. La explicación o intento de explicación, tomando en cuenta todo lo anterior, no parece imposible. Son comunistas en primer lugar, los miembros de los partidos comunistas de los países que en la actualidad son socialistas o están construyendo el socialismo; y en segundo lugar, los miembros de los partidos comunistas de otras naciones que tienen ligas políticas con aquellos, que acatan sus instrucciones y que aceptan en lo fundamental los principios económicos, sociológicos y filosófico-comunistas. De lo que antecede resulta lógico que no son comunistas todos los habitantes de Rusia, ni de Chi-

na, ni de Checoslovaquia, ni de Hungría, ni de Rumania, ni de Albania, ni de Corea del Norte, ni de Polonia, ni de Yugoslavia. El caso de Boris Pasternak es notorio. Tampoco son comunistas los socialistas de diversos matices: marxistas ortodoxos o heterodoxos, pues se puede ser marxista sin ser comunista; socialistas reformistas, socialistas agrarios, socialistas cristianos, socialistas del Estado o socialistas fabianos. Confundir a los socialistas de diversos matices con los comunistas, es crasa ignorancia, mala fe u oportunismo político de condotieros y lacayos al servicio de dictaduras castrenses, o de respetables senadores norteamericanos.

IX

CABE pensar que en los países latinoamericanos hay tres diferentes actitudes frente a los problemas económicos, políticos y sociales: la de los conservadores, la de los reaccionarios y la de los progresistas. El conservador quiere conservar lo existente. Se siente bien en su mundo y teme cualquier cambio. El reaccionario piensa que "cualquier tiempo pasado fue mejor" y quiere tornar al pretérito, quiere que retrocedan las corrientes del río caudaloso de la historia. El progresista no está conforme con la organización de la sociedad y aspira a mejorarla marchando hacia adelante. En el lenguaje corriente de nuestros días al progresista se le llama de izquierda y es efectivamente hombre de izquierda, y a los otros de derecha y lo son en realidad. Por supuesto que en cada caso hay dos grados y matices.

Ahora bien, a nuestro juicio y según nuestra experiencia, el ideario de buen número de intelectuales latinoamericanos de izquierda que saben bien lo que quieren y lo que es posible en esta hora de ambiciones desencadenadas, lo mismo en el Oriente que en el Occidente, de confusión y de corrupción, aspiran modestamente —programa mínimo— a lo que vamos a intentar resumir a continuación:

1º Cada país latinoamericano debe desarrollarse de conformidad con sus antecedentes históricos y sus condiciones geográficas; debe vaciarse en moldes propios y defender su derecho indiscutible y sagrado a gozar de plena independencia y de soberanía plena.

2º La inversiones extranjeras deben reglamentarse para canalizarlas de manera que sólo sean complementarias de nues-

tro desarrollo y si es menester hay que contenerlas, porque quien domina en lo económico manda en lo político; porque es mejor caminar despacio siendo libres que caminar de prisa siendo esclavos.

3° La política exterior debe manejarse de acuerdo con los dos postulados anteriores, es decir, en defensa de nuestros países como entidades autónomas. También debe defenderse el principio de no intervención y luchar por la paz en los organismos internacionales.

4° Ante la complejidad de la vida moderna el Estado debe intervenir tanto en la producción como en la distribución, de igual manera que para regular las relaciones de intercambio con otros países.

5° Los servicios públicos deben ser nacionalizados: transportes y comunicaciones, energía eléctrica y otras fuentes de energía.

6° La realización de reformas agrarias de acuerdo con las condiciones particulares de cada nación, deben iniciarse a la mayor brevedad.

7° La elevación del nivel de vida de las grandes masas debe ser preocupación fundamental, puesto que sin ello no es posible robustecer el mercado interno, base de la industrialización.

8° La distribución equitativa del ingreso nacional es el único medio para combatir la desnutrición, la ignorancia y las enfermedades de numerosos grupos de la población latinoamericana.

9° El Estado debe hacer esfuerzos sin tregua para mejorar las condiciones de higiene y comodidad de las poblaciones: drenaje, agua potable, luz eléctrica y casas cómodas y baratas.

10° Debe respetarse con hechos incontrovertibles la libertad de pensar, de escribir, de reunión y de acción de todos los ciudadanos, siempre que ello no implique menoscabo de la libertad de otro.

11° Los trabajadores de las ciudades y de los campos deben organizarse libremente y nombrar sus dirigentes sin intervención de los gobiernos; debe haber plena autonomía sindical, por supuesto con los derechos y las obligaciones que señalan las leyes más avanzadas en materia de trabajo.

12° Deben organizarse partidos políticos independientes y respetar el voto del ciudadano a fin de hacer efectivo el ejercicio de la democracia.

13° Los funcionarios y empleados que violen las leyes que tienen la obligación de hacer cumplir, o se enriquezcan ilícitamente, deben ser castigados con la mayor energía, porque el empleado o funcionario prevaricador es más culpable que el ladrón que asalta a mano armada.

El cumplimiento de estos trece puntos significa instaurar en cada país de la América Latina la democracia social, una democracia igualitaria en lo político y justiciera en lo económico; una democracia tendiente a hacer desaparecer las irritantes y monstruosas desigualdades existentes; que nivele, que acerque hasta donde es compatible con la naturaleza humana, el nivel de vida económico y cultural de los ciudadanos, dando a todos las mismas oportunidades de realizarse plenamente. Esta democracia social es la noble ambición y el anhelo fervoroso de muchos de los mejores hombres de nuestra América. Diremos algo más, de muchos de los mejores hombres, de los hombres más alerta en Asia, en África y aun en Europa. Aspirar a esta democracia social, entendiéndolo bien los perversos y tontos de toda laya, no es comunismo; es otra cosa; es inconformidad y si se quiere rebeldía frente a un mundo en que priva la injusticia, la simulación y la mentira; es deseo vehemente de contribuir a la larga o a la corta en la construcción de una sociedad en la que el hombre viva con decoro, con dignidad, sin hambre y sin temores.

Con serenidad, coraje y talento podrán alcanzarse en pocos años las metas señaladas, empero, la sociedad es un organismo vivo que jamás se detiene; vive en perpetua transformación, marchando siempre hacia adelante. Nuevos anhelos de mejoramiento individual y colectivo impulsarán la acción humana. En los países latinoamericanos influirán las realizaciones logradas en otros territorios. El progreso científico y el desarrollo de la técnica descubrirán rumbos nuevos y nuevos y dilatados horizontes. ¿Será el socialismo o una organización aún no diseñada por los teóricos de las diferentes doctrinas? No lo sabemos; no está en nuestra mano recorrer el telón espeso que oculta lo porvenir. Sin embargo, tal vez no sea aventurado pensar que estamos en el umbral de un mundo nuevo, en cuya edificación influirán decisivamente las nuevas fuentes de energía y las máquinas cada vez más perfectas que substituyen al trabajo del hombre. Quizás en pocos años el problema económico y social ya no será la ocupación plena, sino la casi plena

desocupación industrial, y por lo tanto la organización del ocio. Los esclavos de hierro y de otros materiales harán posible que el ser humano realice la mayor hazaña de la historia descubriendo por fin el misterio de su propia personalidad.

BIBLIOGRAFIA

- ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA U.R.S.S., *Instituto de Economía: Manual de Economía Política*, Editorial Grijalbo, S. A., México, D. F., 1956.
- ARISTÓFANES: *Comedias*, Tomo III, Traducción de R. Martínez Lafuente. Prometeo, Sociedad Editorial, Valencia.
- ARISTÓTELES: *La Política*, Versión castellana de Nicolás Estévez. París, Casa Editorial Garnier Hermanos.
- ARMAND, F. Y MAUBLANC, R.: *Fourier*. Fondo de Cultura Económica, México, 1940.
- BEER, MAX: *Historia General del Socialismo y de las Luchas Sociales*. Traducción de Germán Gómez de la Mata, Segunda Edición. ZEVS. Sociedad Anónima Editorial, Madrid, 1932.
- BLANC, LOUIS M.: *Organisation du Travail*. A Paris, Au Bureau de la Société de L'Industrie Fraternelle. 1848.
- CERVANTES, MIGUEL DE: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Laberinto, Editorial Séneca, México, 1941.
- COLE, G. D. H.: *Historia del Pensamiento Socialista*, Tomos I y II. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1958.
- CUVILLIER, ARMAND: *Proudhon*. Fondo de Cultura Económica, México, 1939.
- DEVILLE, GABRIEL: *Principios Socialistas*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, Madrid.
- DURKHEIM, EMILE: *El Socialismo*. Editorial Apolo, Barcelona.
- ERASMO DE ROTTERDAM: *Elogio de la Locura*. Biblioteca Económica Filosófica, Volumen LXXXIII, Madrid.
- GIDE, CARLOS y CARLOS RIST: *Historia de las Doctrinas Económicas desde los Fisiócratas hasta Nuestros Días*. Madrid, Editorial Reus (S. A.), 1927.
- GOENAGA, JOSÉ: *La Iglesia y el Orden Social*. Editorial Mosca Hermanos, Montevideo, 1937.
- GRACIÁN, BALTASAR: *Obras Completas*. Introducción recopilación y notas de E. Correa Calderón. M. Aguilar, Editor, Madrid, 1944.

- JAURES, JUAN: *Historia Socialista, 1789-1900*, Tomo I. Prometeo, Sociedad Editorial, Valencia.
- LAVELAYE, EMILIO DE: *El Socialismo Contemporáneo*. Traducción por Manuel Alonso Paniagua. Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia, Madrid.
- LOCKE, JOHN: *Ensayo sobre el Gobierno Civil*. Traducción y prefario de José Carner, Fondo de Cultura Económica, México.
- LUCIANO: *Diálogos*. Traducción de Francisco Vidal y Federico Baráibar. Argonauta, Buenos Aires, 1944.
- MORELLY: *Code de la Nature ou le Véritable Esprit de ses Loix*. Librairie Paul Geuthner, París, 1910.
- OWEN, ROBERT: *A New View of Society and other Writings*. London and Toronto. J. M. Dent and Sons, New York. E. P.: Dulton and Co.
- PLATÓN: *El Estado o la República*. Dos volúmenes. Versión castellana de Enrique Pérez, Casa Editorial Garnier Hermanos, París.
- PONCE, ANÍBAL: *Dos Hombres, Marx, Fourier*. Fondo de Cultura Económica, México, 1938.
- ROUSSEAU, JUAN JACOBO: *El Contrato Social o Principios de Derecho Político*. Garnier Hermanos, Libreros, Editores, París.
- SAINT-SIMÓN, CONDE DE: *Oeuvres*. Capelle, Libraire, Editeur, Paris, 1841.
- SALUSTIO: *Obras Completas de Salustio. Conjuración de Catilina*. Versión directa del latín, prólogo y notas por Agustín Millares Carlo, Doctor en Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1944.
- SAN GERÓNIMO: *Epístolas Selectas de San Gerónimo*. Tomo XL. Traducción directa de Francisco López Cuesta. Biblioteca Económica Filosófica, Madrid, 1888.
- SCIO DE SAN MIGUEL, FELIPE: *La Biblia Vulgata Latina. Del Antiguo Testamento*. Tomo VII. En Casa de Sebring y Compañía, México, 1833.
- : *La Biblia Vulgata Latina. Del Antiguo Testamento*. Tomos VIII y IX. En Casa de Sebring y West, México, 1833-1834.
- : *La Biblia Vulgata Latina. Del Nuevo Testamento*. Tomo I. En Casa de Sebring y West, México, 1834.
- : *La Biblia Vulgata Latina. Del Nuevo Testamento*. Tomo V. En Casa de Cornelio C. Sebring, México, 1835.
- SEIGNOBOS, CH.: *Historia Universal. II. Historia de Roma*. Traducción española de Domingo Vaca. Daniel Jorro, Editor, Madrid, 1916.
- SILVA HERZOG, JESÚS: *Historia y Antología del Pensamiento Econó-*

- mico. Antigüedad y Edad Media.* Fondo de Cultura Económica, México, 1939.
- SISMONDI DE SISMONDE, J. C. L.: *Nouveaux Principes D'Economie Politique, ou de la Richesse.* Tomo I. A. París, Chez Delaunay, Libraire, Palais-Royal, Galerie de bois. Treuttel et Wurtz, Libraires, rue de Bourbon, No. 17, 1819.
- UTOPIAS DEL RENACIMIENTO: *Tomás Moro. Utopía.* Tomaso Campanella: La Ciudad del Sol. Francis Bacon: Nueva Atlántida. Con un estudio preliminar de Eugenio Imaz. Fondo de Cultura Económica, México.
- VILLASEÑOR, RAÚL: *Luciano, Moro y el Utopismo de Vasco de Quiroga.* Cuadernos Americanos, Número 2, Marzo-Abril de 1953. México.
- VIRGIL: *The Poems of Virgil.* Translated into English verse by James Rhoades. William Benton, Publisher. Encyclopedia Britannica, Inc. Chicago. London. Toronto.
- VOLTAIRE: *Diccionario Filosófico.* Tomo I. Editorial Gasso, Barcelona, 1931.

EL PRIMER DÍA, OTRA VEZ...

Por *Manuel VILLEGAS LÓPEZ*

Años prodigiosos. En 1958 hemos visto cruzar el Continente Antártico, la última tierra incógnita, y pasar bajo los hielos del Polo Norte al primer submarino atómico, que se llama "Nautilus", como en el ensueño de Verne, aún tan cercano; hemos visto brotar de la tierra los satélites con que el hombre empieza a crear su sistema planetario, y los cohetes con los que piensa conquistar el espacio sideral infinito; hemos visto resurgir —después de veinte años— las exposiciones universales, aquel alarde del siglo XIX, lleno de esperanzas, y —en esa línea— hemos visto aparecer sobre la dividida Europa, erizada de fronteras y pasaportes imposibles, el Mercado Común, avatar mercantil y pacífico de los viejos imperios bélicos; hemos visto misterios apasionantes de la ciencia pura, y soluciones maravillosas de todas las técnicas. . .

De estos febriles desfiles de prodigios, que pasan como una alucinación vertiginosa, el 1958 es quizás el más apretado, más brillante, más importante hasta hoy.

Y en 1959 empiezan a cuajar en enormes realidades esos esquemas mágicos. Se lanzan proyectiles a la luna y se la alcanza; a los pocos días se lanza otro, con propósitos de explorarla. Y lo que no es menos prodigioso, los dos hombres situados al frente de los dos países enemigos, que dominan el mundo —Kruchof y Eisenhower, U.R.S.S. y U.S.A.— se reúnen para hablar de la paz y el entendimiento. De esa palabra mágica, ensueño obsesivo de todos los hombres de este siglo: convivencia. Que es mucho más que paz.

Años prodigiosos. Pero no en la estricta cronología de los calendarios, sino en grupos de hechos —con antes y después—, que se colocan bajo el nombre de esos números, en espera de que el futuro les dé su verdadera denominación.

Porque lo importante es su prodigio. Y el hombre de buena voluntad —eso que el filósofo suponía la única bondad

absoluta—recobra su asombrada candidez de niño, dispuesto a creer en el cuento de magia, y su estupefacción de hombre primitivo dispuesto a aceptar el misterio salvador de los dioses, que ahora son las últimas conquistas de los hombres.

Por eso, quizás, por instinto de conservación, para no encontrarse con su vida desnuda y sus datos vitales puestos a cero, las gentes—en su mayoría—procuran no comprender nada, no enterarse de nada. Llenar el vacío que les produce la desproporción entre lo formidable de los prodigios y lo pequeño de sus vidas con anécdotas estúpidas, cotilleos miserables, política de todos los días, fanatismos anacrónicos, insultos y burlas. . . Todo resulta mucho más pequeño cuanto mayor, realmente increíble, es la hazaña humana que con ello se trata de tapar. Lo esencial es seguir su vida, tal como es, aunque el universo en torno se convierta en otro.

Pero yo siento—con candidez infantil y asombro aldeano—que ahí, en esa cabaña de Camp David, en los montes de Catoclin, en el Estado de Pennsylvania, muy lejos de aquí, están haciendo algo que llega hasta esta habitación de trabajo, hasta esta mesa frente a la ventana por donde entra el claro sol otoñal de Madrid. Algo que llega a la vida de todos los hombres de la tierra.

Siento—con candidez y con asombro—que lo que esos dos hombres están hablando, tratando y discutiendo no es lo que están hablando, tratando y discutiendo. Nada circunstancial, nada de hoy, nada que quepa siquiera en los límites de este siglo. No es, desde luego la política, circunstancialismo extremo; extremo hasta lo frívolo o lo deshonesto. Lo que esos hombres hablan en aquel apartado, silencioso rincón del mundo es algo de una trascendencia definitiva. Porque es algo de lo que no han hablado nunca, ni quizás hablen jamás. Pero es lo que han estado, están y seguirán haciendo.

Ese viernes 25 de septiembre de 1959 ha debido latir con una agudeza única. ¡Única! Como el primer día de la Creación del mundo. Que hoy y hecho por los hombres, puede ser el primer día de la Organización del mundo.

Los biólogos dicen que la vida del hombre es prácticamente indefinida y la muerte es siempre un accidente. En escala de humanidad, la guerra—hoy, cuando ya no puede ser un medio de vida y menos un negocio—es también un accidente. Pero salvo el accidente mortífero, la marcha del mundo es la del entendimiento; la convivencia pacífica. No hay otra

solución, se ha repetido tenazmente durante estos días del encuentro entre Kruchof y Eisenhower, entre U.R.S.S. y U.S.A.

Estos dos hombres tienen una curiosa semejanza física —la misma edad, casi la misma altura, casi la misma cara . . . — como si se tratase ya de los dirigentes standarizados de un futuro de ciencia-ficción. Y los dos países gigantes y opuestos que representan, se parecen fundamentalmente, como esos dos hombres. Se parecen por sí mismos, pero sobre todo porque marchan por el mismo camino. Que en estos momentos, en que la evolución es todo —marchar, marchar sin reposo—, viene a ser lo decisivo. Y de esa marcha que es común —juntos o separados, amigos o enemigos— es de lo que han estado tratando.

Que no es exactamente el reparto del mundo, como Napoleón y Zar de Rusia, en el último intento de Imperio a ultranza; esa cuestión puede ir incluida en la otra, mucho más importante. Se trata, exactamente, de la marcha del mundo. Que es lo que U.S.A. y U.R.S.S. están haciendo ya desde hace quince años. Esta marcha del mundo no es un reparto, sino una organización total. *Organizar el mundo por la técnica, para las masas. Y el mundo entero: universalidad.*

Estos tres elementos esenciales de nuestra civilización vienen ascendiendo lentamente en la historia, pero siempre de manera conjunta, trabados y organizados como un ser vivo: nuestra viva civilización de hoy. En cada siglo decisivo, con su momento de transición, aparecen los tres: masas, universalidad, técnica. En el siglo XIII, el de la creación de las ciudades y de los idiomas nacionales; en el XVI el de la revolución científica; en el XVIII, con la Revolución Francesa; en el XIX, con la revolución industrial; en el XX, con los supercapitalismos y comunismos de masas, con la era atómica, con la astronáutica. . . —señalando su tremenda complejidad de transición y revolución con una simple frase, para entenderse—. Son los pasos, cada vez más rápidos y apretados, de la marcha histórica, en busca y creación de esos tres elementos, hoy esenciales.

La población del mundo crece veloz, amenazadora. La vida media del hombre también. Y el nivel general de alimentación, vestido, vivienda, confort casero y público; cultura de museos, bibliotecas y publicaciones baratas; diversiones con la radio, el cine, la TV.; los viajes con los automóviles utilitarios, el turismo asequible. . . Todo para todos.

La técnica, con sus maravillas de cada día, se dirige a estas masas como clientes o como ciudadanos. Desde la impre-

ta a las grandes ciudades, desde el ferrocarril a la lavadora o a la máquina de afeitar. La técnica se dirige a las masas y necesita de las masas para poder vivir, porque nació para las necesidades de las masas, y en eso sigue. Todo para todos.

Los medios de comunicación para el hombre, y de difusión para la cultura, son la universalidad. El papel se inventó en China en el siglo I, y comenzó a llegar a Europa en el siglo XII, a la Játiva de la España musulmana; 1,200 años. El día de aquel 1785, en que el francés Le Blanc presentó al norteamericano Jefferson los primeros cincuenta cerrojos de fusil estandarizados, capaces de ser iguales siempre, el día de aquel 1800 en que el norteamericano Whitney se los ofreció de nuevo, ya industrializados, en esos días oscuros de la artesanía, se había inventado de nuevo la universalidad; la moderna, la técnica, la que inician al modo clásico los grandes navegantes y conquistadores.

Y con ello aparece —preconizándolo y resumiéndolo a la vez— lo fundamental, lo esencial y actuante: una nueva manera de pensar. Todo está ahí, frente al hombre, desde siempre: los astros en los cielos y los cuerpos que caen hacia la tierra. Siempre ahí, igual, frente a los mismos medios de investigación durante siglos. Sólo faltaba verlo de otro modo. Es el *racionalismo*, con su camino rector y su marcha hacia lo esencial. Un camino y una marcha semejante a los de los otros tres —masas, técnicas, universalismo—, que en realidad son caminos de sirga a lo largo del pensamiento.

Por eso, Kruchof llega a Estados Unidos bajo el vuelo del primer cohete que alcanza la luna, y que constituye el máximo éxito de Rusia. Bajo el más fabuloso hecho técnico hasta hoy vivido. Fabuloso y legendario por estar engarzado en los más fantásticos, imposibles y tenaces mitos de los hombres. De lo primero que habla al bajar del avión es de su Lunik II. Y en vez de ofrecer una espada o un caballo o un cofre de joyas, para mostrar su esplendor y su riqueza, en vez de hacer desfilar un ejército para hacer valer su fuerza, ofrece una reproducción del cohete lunar.

Lo que hace, antes de tratar, es recorrer el país. Habla con las gentes de toda clase: el obrero, el campesino, el técnico, el gran capitalista, el político. . . Discute con ellos, recibe sus aplausos o aguanta —y replica— esas impertinencias que sirven a cada uno de propaganda personal frente a sus necesidades personales. Pero, sobre todo, necesita saber cómo viven esas gentes, esos cientos de millones de personas: "el nivel de

vida medio del americano medio". Sin eso no hay nada, porque de eso es de lo que al fin se trata. Son las masas.

Y la universalidad es tal, de tanta fuerza y obicuidad, que hay que cercenarla para poder entenderse. Ponerla aparte, no hablar de esa presencia arrolladora. No se trata de suscitar cuestiones de países lejanos e ignorados, del que cada uno quiere apoderarse o descubrir, como en la época de las exploraciones o de las colonizaciones. Ahora, todo el mundo, todo sin una sola excepción, está ahí, entre las manos de estos dos hombres, de tal manera que hay que renunciar a "tratar de cuestiones de terceros países, como primera condición de entendimiento. Universalidad a su máxima tensión".

Y el otro modo de pensar. Práctico, organizador, eficaz, industrial, entusiasta del trabajo y de la acción, de la experiencia y la investigación: utilitario. Y, sobre todo, en función del éxito a toda costa y a cualquier precio. El pragmatismo de USA y el materialismo de URSS son la última etapa del mismo viejo camino, tan dura y dolorosamente seguido durante siglos: el racionalismo.

El tremendo utilitarismo une a estos dos países y a estos dos hombres, por debajo de todos sus ideales, creencias, costumbres, necesidades. De una manera fundamental, histórica e inevitable. Todo lo que les separa, por formidable que parezca, está resultando secundario, cada día más accesorio. Ni URSS puede mantener su objetivo de la sociedad sin clase —porque se le producen automáticamente dentro del régimen—, ni USA puede mantener su democracia pura y libre, porque se vulnera desde abajo, constantemente, por la misma fuerza a la que representa: la "opinión pública", verdadera entidad social del país. Ni URSS mantendrá su comunismo de Estado, ni USA su capitalismo de beneficios personales, porque las técnicas se lo impedirán. Automatizar es hoy necesidad de vender barato y en cualesquiera condiciones, para llegar a todos. Pero mañana será regalar —de una forma u otra— o la técnica se detendrá ante sus objetivos, que será negarse a sí misma; será detener el país industrializado al límite, por la creciente automatización.

De las ideologías, de las creencias, de los ideales, de las instituciones, no hay nada que hablar. Desde que Maquiavelo codificó y "legalizó" el realismo político, se ha prosperado hasta los últimos límites del oportunismo más feroz y cínico. El Derecho Político se ha extinguido rápidamente, ha pasado

al museo de las anacrónicas labores, como para las mujeres el piano, los encajes de bolillos y la pintura de abanicos. Simple paleontología.

Lo mismo cuando USA habla de su democracia liberal pura, que cuando URSS de su marxismo estatal, se ve inmediatamente que esas teorías, consignas, doctrinas, dogmas y propósitos apenas tienen que ver ya nada con la realidad del mundo en que se formulan. El parlamentarismo de cualquier clase y el materialismo dialéctico quiebran en igual medida por todas partes. Pueden ser aun ideas directrices, más o menos útiles. En realidad, son posiciones que no se pueden mantener frente a las situaciones.

De los dos lados cederán posiciones en beneficio de las situaciones, y acabarán por encontrarse muy pronto. Se encontrarán a medio camino de la libertad, esa gran conquista eterna e inacabable de la humanidad. La libertad, lo único vital, al margen de todo lo esencial.

Lo esencial hoy es la organización del mundo, tan semejante a una segunda creación hecha por manos humanas. Todo lo que está sucediendo en este siglo XX es el esfuerzo, realmente desesperado y del más alto dramatismo, para organizar un mundo coherente y lógico —racional— sobre esos tres elementos que crecen desde siglos: masas, técnicas, universalidad.

Incluso las guerras y las revoluciones han sido eso. Por eso, ahora, en esta post-guerra, tras la catástrofe bélica mayor de la historia, la más inútil e indigna, las revoluciones no se han seguido produciendo, como parecía lógico según la lección de la guerra anterior. Se habla de imposibilidades materiales para la revolución. No es eso. Es que la revolución era organización, nueva organización del mundo. Ahora las revoluciones no se han producido ya en los países ya organizados entre las dos guerras, mejor o peor, en una forma o en otra, con un régimen o con otro. Ni en los vencedores, ni en los derrotados. Se han producido o intentado en los países "no organizados", según los cánones modernos, vencidos o vencedores: Yugoslavia o China, por ejemplo. No en Alemania, Italia o Japón, vencidos. Y, sobre todo, en los menos organizados, en los menos "civilizados": los países coloniales. Esta post-guerra es la sublevación de los coloniales. Hoy, civilizar es organizar.

Y este es el momento decisivo. La amenaza de una guerra nuclear de exterminio total ha sido el rayo celeste de la revelación. Einstein su profeta: "Un mundo o ninguno". Los dos

jefes de los dos colosos industriales y nucleares lo han dicho constantemente, en estos días señalados por la historia: "Convivencia. No hay otra elección". No hay otra. Ya no se puede elegir más que entre el primer día de la Organización o el primer día del Apocalipsis.

Todo lo demás queda en receso, en interinidad, en espera. Es provisional. Todo lo que no sea organización es hoy un valor marginal. Todo. Se quiera o no. Pero si no se quiere comprender esto no se va a comprender nada.

La "guerra fría" ha sido la última concesión posible a la desorganización del mundo, a la improvisación, a la independencia de las personalidades individuales o nacionales. Después de este primer día de la Organización, será, cada vez más difícil, hasta tornarse imposible. Las naciones *serán* en la medida de su capacidad para organizarse a sí mismas. Y contarán en el mundo sólo en la medida en que sean capaces de organizar ese mundo o participar activamente en su organización. Todo lo demás es accesorio, interino y revisable.

Todo. Pero sobre todo lo numinoso, lo instintivo, lo primordialmente humano. Eso que viene hasta nosotros desde el hombre que pintaba los techos de sus cavernas. Y todo el que crea —hombre o país— que se va a salvar por ser él, por sus valores elementales, directos, auténticos, profundos, humanos, milenarios... está perdido. Sólo se salvará el que se sepa organizar o entrar en la dura organización del mundo.

Porque todo lo demás queda al margen, por hoy. En primer lugar la condición humana, los valores esenciales del hombre, su vida y su destino. Apenas cuentan hoy y menos contarán mañana. En definitiva es esto —la vida, el destino y el alma de los hombres— lo que se ha tratado en esa reunión de dos dirigentes, que representan a los dos colosos del mundo, hablando en Camp David, en un lejano, apacible, silencioso rincón de la tierra. De lo único que no se ha hablado. Por eso se ha tratado en primer lugar: por omisión capital, nada menos.

Pero es así. Organización a vida o muerte. Viene del fondo de la historia, marchando a través de siete siglos, y ya es su hora. El primer día de la Organización ha llegado.

HACIA LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

Ecuador en 1959

Por Benjamin CARRIÓN

Voy a comenzar haciendo una afirmación casi blasfema: los países de América Latina, en considerable mayoría, quedaron desilusionados con la Independencia, después de las guerras de insurgencia contra España.

Conocido es el famoso dístico aparecido en una pared de Lima, a los pocos días del triunfo de Ayacucho:

Ultimo día del despotismo
y primero de lo mismo.

Que no es sino la expresión popular de las desencantadas palabras de Bolívar:

He arado en el mar.

y las otras:

Los tres grandes majaderos de la historia —afirman que lo escribió con p.— hemos sido Cristo, Don Quijote y yo.

He de contraerme a mi país, el Ecuador, una de las parcelas del mundo bolivariano, que se disgregara en la época en que el grande hombre, abatido por el desencanto, golpeado por la ingratitud de hombres y pueblos, consumido por la tuberculosis, agonizaba, abandonado y mísero, en San Pedro Alejandrino.

La herencia, convertida casi en bien mostrenco, flotando al viento de todas las ambiciones pequeñas de los tenientes del Libertador, se repartió antes de su muerte. Cada general de la guerra magna, quizo cobrar sus sueldos atrasados, *en especies*.

Cada Sancho Panza quería, de apuro, su ínsula, como pago a sus servicios escuderiles en la gran aventura de aventuras que, a caballo sobre los Andes, había realizado por más de una década el Caballero Andante.

Mi país fue acaso el botín más disputado. Lo quería para sí el más esclarecido y puro de los capitanes de la libertad, Antonio José de Sucre, el vencedor de la batalla máxima, el Gran Mariscal de Ayacucho; y también lo quería para sí otro venezolano, segundón muy valioso en menesteres de guerra, muy vivo, filático y ladino para el adulo a los de arriba, rapaz y despótico con los de abajo: Juan José Flores, al que irrisoriamente, se llama *el fundador de la patria*.

Los dos habían buscado arraigo en Quito, casándose con empingorotadas damas de la pretenciosa aristocracia naciente. El Mariscal Sucre con Marianita Carcelén, marquesa de Solanda y el mulato Flores, con Mercedes Jijón, de la familia de los próceres del 10 de Agosto, fecha considerada como el nacimiento de la libertad.

Cosa históricamente interesante: la verdadera fecha de la iniciación de la vida independiente de la República del Ecuador, debiera ser aquella en que se separó de Colombia, mediante la deliberación de una Junta de Notables, el 13 de mayo de 1830. Y, sin embargo, jamás a nadie se le ha ocurrido conmemorar ese día como uno de los fastos nacionales. A pesar de que, por lo menos hasta el advenimiento de Eloy Alfaro y el liberalismo, el país estuvo dominado por esa aristocracia de reciente invención, surgida a raíz de los movimientos independizadores. Las veinte familias emparentadas con los próceres, se adueñaron como de un baldín, de un predio abandonado. Le forjaron una historia y un santoral cívico. Y el santón de ese calendario falso, fue el famoso mulatillo de Puerto Cabello, Juan José Flores, que se le adelantó, *le madrugó* al Gran Mariscal de Ayacucho. . .

Sólo que en ese madrugón, quedó enredada la vida del pobre Mariscal, brutalmente asesinado en las montañas de Bermeo, a una jornada de a caballo distante de Quito, la capital del nuevo feudo. Asesinato que hizo exclamar a Bolívar, ya abandonado de todos, casi moribundo en San Pedro Alejandrino: "Han asesinado al Abel de América".

Y los lectores de novelas policíacas estamos acostumbrados a proponer —de acuerdo con un viejo principio de Derecho Penal— la cuestión decisiva: *¿a quién aprovechó el crimen?*

Juan José Flores se quedó dueño, casi por quince años del rancho, de la estancia, de la hacienda grande que le tocó como salario acumulado, en su calidad de soldado mercenario en las luchas de la libertad. Doblón sobre doblón, soldada sobre soldada, cobró este aventurero. Hechas las cuentas, lo que se le debía lo reclamaba en especie: la República del Ecuador.

Con una gran ventaja que, dentro de la parcela correspondiente a la deuda o quizás más propiamente, a la hijuela hereditaria de la sucesión de Bolívar, le había quedado a Flores y a su casta explotadora —que todavía perdura—, un millón de indios, que son ahora tres millones de indios. Esclavos entonces, como pervivencia de las Leyes de Indias, que a veces contemplaban algunos aspectos de benignidad, por no decir de humanidad, gracias a las rudas denuncias de frailes como Montesinos, Garcés, Palacios Rubios y, singularmente Bartolomé de las Casas.

Esclavos, más esclavos ahora, a pesar de la abolición de la esclavitud realizada por Urbina en 1851. Esclavos, más esclavos, a pesar de la gestión liberal, singularmente encaminada hacia la libertad política, sin llegar al fondo de la democracia económica, cuyo gran iniciador, ejecutor y mártir fuera Eloy Alfaro, el ecuatoriano más cabal de nuestra historia.

Porque la esclavitud de ahora, es una esclavitud más rapaz que la colonial y, sobre todo, más hipócrita. Se dictan leyes de protección, de *incorporación* del indio a la sociedad, a la vida común, a la ciudadanía, y con ese criterio, inspirado en la deprimente caridad cristiana se discrimina en forma aparentemente favorable al indio. *Se le hace el favor* de considerarlo como hombre, cuando se habla de "incorporarlo" a la vida civilizada, vale decir a la vida humana.

Y para esa "incorporación", se dictan medidas protectoras del indio. Y se utilizan varios caminos de defensa, de los que abominaba nuestro inolvidable José de la Cuadra, cuando decía que la desgracia del indio se ha agravado desde que "le han salido" varios defensores, entre ellos, los pintores y los novelistas. . .

A TROPEZONES y saltos, íbamos caminando por las vías de una democracia imperfecta, llena de limitaciones y de timideces. De una democracia política que había descuidado funda-

mentalmente lo económico y lo social. Que se contentaba con la práctica aparente de ciertas libertades políticas, pero que no atacaba a fondo ninguno de los problemas esenciales, como el de la reforma agraria por ejemplo, en un aferramiento implacable a la propiedad privada, cuyas limitaciones de servicio social consignadas en la Constitución y en las Leyes, no han sido llevadas a la práctica sino muy superficialmente.

El Partido Liberal-Radical, que se mantuvo durante cincuenta años en el Poder, desde 1895, en que triunfó por las armas, gracias a la heroica lucha de Alfaro, se empezó a corromper en el ejercicio del mando. La fortuna privada, en su mayor parte, pasó a manos de los liberales, aún de aquellos que habían enarbolado durante la lucha las mas románticas banderas: bancos, empresas agrícolas, la débil, pero hasta hoy debilísima industria; la gran prensa comercial desprovista casi siempre de opinión ideológica, pero que se ha venido amparando, de modo genérico, bajo la bandera liberal. *Y el pabellón ha cubierto la mercancía.*

Los pasos más certeros y avanzados, fueron los que dio el liberalismo-radical en los campos de la educación. Muchos errores, muchos traspies, pero se desembocó a una realidad halagadora: la franca consolidación de la educación laica o neutral en el país. Hasta tal punto que después, regímenes contrarios a ello, y empeñados en retornar al clericalismo y confesionalismo de la época negra de García Moreno, no han podido realizarlo por dos grandes razones: la franca, la heroica resistencia popular y la imposibilidad de encontrar, con mediana preparación, un magisterio que tal cosa pudiera realizar.

El régimen actual, por ejemplo, se ha dedicado a la importación masiva de frailes extranjeros de todas las denominaciones: claretianos, combonianos, josefinos, maristas; y monjas azules, lauritas, esclavas del Sagrado Corazón, dolorosas, etcétera. . . Y a pesar de ello la oposición en ciertos casos violenta de los pueblos, ha impedido lo que el gobierno desea: el retorno al régimen teocrático, en plena segunda mitad del siglo xx. A un régimen negro de opresión de las conciencias, en que hasta para ser empleado público se requiera presentar el certificado de confesión y comunión, junto con los papeles normales de identificación. . .

Las dictaduras francas, por bestiales que sean, tienen una ventaja: se exhiben de cuerpo entero hacia adentro y hacia afuera. Todos, dentro y fuera de sus respectivas demarcaciones territoriales, saben lo que son y fueron hasta hace poco, regímenes nefastos como los de Batista, Trujillo, Pérez Jiménez, Perón, Somoza, Rojas Pinilla nombrados así al azar e indistintamente.

Pero las gentes ignoran, sobre todo fuera de los límites patrios, el feo horror de estos gobiernos dictatoriales, envase-linados y viscosos, hipócritas y taimados que, poco a poco, bajo la estricta dirección de la Jerarquía Eclesiástica y los Jesuitas, están acanallando, haciendo retroceder, esclavizando con tino y suavemente, a un pueblo que había estado viviendo su vida democrática en paz, y haciendo modestos, pero reales esfuerzos de progreso.

El caso del Ecuador es ese. Concretamente. País cuya vocación de cultura y libertad ha sido confirmada a través de su historia. Pequeño país de rebeldías que no ha tolerado nunca que se lo tiranice ni que se lo haga el... tonto.

De allí que, cuando los grandes, medianos y chicos países fraternos tienen un historial cuajado de tiranías y tiranos, nosotros, en el Ecuador, no hayamos tenido sino uno, y de los peores: Gabriel García Moreno, cuya biografía, escrita por mí, acaba de ser lanzada por las prensas mexicanas del *Fondo de Cultura Económica*.

No tiene hoy tampoco una dictadura franca. Es un régimen pacato, guardador superficial de las formas constitucionales. Pero taimado agente de un clericalismo voraz, explotador y malsano, sobre el cual nuestro historiador máximo, un Arzobispo, Monseñor Federico González Suárez, en su *Historia General del Ecuador*, nos hizo una información veraz, documentada, irrefutable, en su célebre tomo IV del monumento histórico citado.

AMÉRICA no sabe esto, por varias razones:

Primero, porque las dictaduras de franca violencia —acabamos de decirlo— son más espectaculares, chocan más poderosamente con el espíritu de equilibrio y normalidad continental que se está desarrollando a la sombra de las instituciones supranacionales, como la O.E.A. en el presente caso; que olvi-

dando lo del "ejercicio efectivo de la democracia representativa" y lo de "los derechos fundamentales de la persona humana", consideran como perfectos, inobjetables y dignos a todos los gobiernos que, manteniendo una cierta hipócrita apariencia de legalidad y constitucionalidad, están realmente infringiendo lo esencial y profundo de la convivencia humana. Caso clarísimo el del Ecuador actual.

Segundo, porque este tipo de gobiernos como el ecuatoriano de hoy, sabedores que lo que hay que hacer es inclinarse hasta la humillación ante los Estados Unidos, ponen todo su empeño de ser dóciles, en aceptarlo todo, en votar en todo caso en favor de lo que directa o indirectamente, creen que interesa a los Estados Unidos. Con tan exagerada sumisión que, por ejemplo, en el caso de la visita del Vicepresidente Nixon, desplegaron todas las fuerzas del ejército y la policía, para protegerlo contra posibles acercamientos del pueblo, al que dicho funcionario americano no vio sino de lejos. Esa docilidad es premiada con migajas de préstamos terriblemente onerosos, como los que se han hecho para la construcción de palacios, para la efímera y transitoria realización de la XI Conferencia Interamericana, que apenas durará treinta días, y dejará a este país endeudado para una generación entera. . .

Tercero, porque las agencias noticiosas, exclusivamente americanas, sólo dejan filtrar las noticias más o menos favorables a las dictaduras fuertes, y silencian totalmente las que se refieren a estas *dictablandus* —como se dijera en España de la de Prima de Rivera— casi siempre más peligrosas por su insidia, por sus andares felinos, como por piso alfombrado, que ponen vaselina a su acción planificada hacia la dominación completa. Por ejemplo: durante más de un año de permanencia en México, donde tuvo que huir en busca del aire puro de la meseta de Anáhuac, y curarme de este aire inficionado de azufre que despide la caverna reaccionaria que nos avergüenza; durante más de un año, digo, no se transmitió nada, pero nada importante —en lo bueno o en lo malo— de mi país: mientras tanto, aquí habían ocurrido cosas, muchas. Persecuciones a estudiantes, asesinatos de indios, prisiones. Y, más que todo, la masiva, tremenda importación de frailes extranjeros. Mayor en número, que la de sementales bovinos u ovinos, de los que tan menesterosos estamos. ¿Los traerían para sementales humanos, que mejoren la raza, como sus antepasados los conquistadores? Legalmente, desde luego que no: estos

frailes españoles falangistas de las más raras y diversas denominaciones, importados masivamente por el gobierno social-cristiano-conservador que padecemos, han hecho los votos canónicos de castidad, pobreza y obediencia... ¿Los cumplen? Eso ya no podemos afirmarlo ni negarlo.

QUIEN actualmente ejerce la Presidencia de la República, fué Ministro de Gobierno del régimen anterior. En calidad de tal, clausuró los periódicos más importantes del país, como *La Nación*, *La Hora*, de Guayaquil; *El Comercio* y *Ultimas Noticias*, de Quito. Desterró gentes. Apaleó periodistas, entre ellos el más importante columnista de este tiempo en el Ecuador, Alejandro Carrión, que utiliza el popular pseudónimo de Juan sin Cielo.

Al ser elegido, por una irrisoria mayoría relativa, que apenas representa un 27% del electorado efectivo y votante —gracias a una criminal división de los hombres libres y democráticos, que tuvieron tres candidatos—, se esperó que llegando a una categoría superior, a la propia presidencia del Estado, daría rienda suelta a su conocida y probada vocación de violencia y abuso. Pero la sorpresa fue grande al conocer que, aprisionado por la Curia y los Jesuitas, el nuevo Presidente adoptaba una política untuosa, parsimoniosa y envaselinada, de relativa tolerancia y aguante.

¿Razones? En primer lugar, la debilísima mayoría relativa que lo llevó al Poder. No era un secreto para nadie que las tres fracciones excluidas, estaban en conversaciones conducentes a la unificación y que entonces, tendría frente así, como adversario, al 70% de la ciudadanía del país. Usar procedimientos fuertes, habría sido estimular esa reunificación de la democracia frente a la reacción, y en esas cosas los Jesuitas —no el Presidente, que es de pocos alcances— son verdaderos maestros de táctica política.

En segundo lugar, el Ejército, las Fuerzas Armadas. Medio siglo de gobiernos liberales, o que con ese nombre gobernaban, formó un pequeño ejército de pensamiento libre, al que los conservadores, cuando fueron mayoría en 1946, gracias al doctor Velasco Ibarra, lo privaron del derecho de voto para dárselo a los frailes, curas y monjas. Una acción de violencia contra el pueblo libre, no habría sido tolerada, menos aún

realizada por ese ejército así constituido, de sentido estrictamente profesional y pensamiento moderno y democrático.

En tercer lugar, el Magisterio, secundado por el pueblo, en forma caudalosa. Porque, dentro de la táctica jesuítica, la primera embestida gubernamental fue contra la enseñanza laica y neutral, para favorecer como García Moreno hace ochenta años, la escuela primaria, la secundaria y la universitaria, confesionales y dogmáticas. Y los profesores y maestros de los tres grados de enseñanza, han sido formados dentro del más amplio espíritu laico, durante los cincuenta años de liberalismo. Obra que todos, aun los que estamos en la izquierda, nos complacemos en reconocerle al viejo Partido Liberal de Eloy Alfaro.

PERO pasan los primeros meses del gobierno de este señor Ponce y, confiados los clericales en que el pueblo ya se había tragado la píldora de su tolerancia, empiezan, según la popular expresión, "a sacar las uñas". Lo primero que los delató, lo hemos dicho antes, fue la importación masiva de clérigos falangistas españoles, con el propósito emboscado de hacer obra de colonización. Pero que, en realidad, fue para apoderarse de la educación, fundando nuevos institutos confesionales subvencionados por el Fisco, contra la expresa disposición constitucional que lo prohíbe.

Estos famosos clérigos, violentos, inquisidores, brutales en todas sus manifestaciones, cumplieron, a despecho del gobierno y los jesuitas, su misión favorable a la democracia y al país: hicieron entrar en suspicacias al clero nacional, compuesto de curas de aldea, poco politiqueros —o por lo menos no en la medida necesaria para las circunstancias— y se produjo un hondo cisma: los curas nacionales favorecieron a las tesis democráticas o dejaron libre el campo para su desarrollo, y los españoles falangistas de sotana, desconocedores del medio, se enemistaron con el pueblo en campos, aldeas y ciudades. Algunos de ellos, a pretexto de Campañas por el Hogar Católico, por las Vocaciones Sacerdotales, se dedicaron a realizar franca propaganda política, con medios inusitados en el Ecuador.

El espíritu público adormecido en las primeras épocas de este régimen social cristiano, mientras fue cumplida la consigna de los jesuitas, de no apresurar las cosas e ir captando

los timones de mando poco a poco, empezó a despertar. Y ese despertar se marca por diversos hechos.

Primero: la matanza de indios en Otavalo. Estos señoritos metidos a gobernantes, han puesto el máximo énfasis en lo suntuario de la XI Conferencia Interamericana, que debe reunirse en Quito en febrero de 1960. Faltan para ello setenta y cinco días. En el programa, constaba la construcción, con préstamos norteamericanos, de un hotel de turismo en las orillas del Lago de San Pablo, jurisdicción de la parcialidad indígena más importante del norte del país: Otavalo. Se resuelve buscar el sitio más pintoresco, con vista al lago, y se lo encuentra justamente en terrenos pertenecientes a comunidades indias de Pucará Bajo de Velázquez. Sin más trámite, se apersonan los localizadores del hotel, acompañados de arquitectos e ingenieros. Los indios se anotan de que van a ser despojados de sus tierras. Se convocan, con llamadas y gritos, y se presentan a oponerse a que les arrebaten lo que es y siempre ha sido de ellos: la tierra. La poquita tierra que les han dejado los latifundistas criollos, mucho más abusivos y rapaces que los españoles colonizadores. Corre más rápida que el viento la noticia a la cercana ciudad de Otavalo: los indios amotinados, van a matar a los ingenieros, topógrafos y cadeneros que han ido a despojarles de sus tierras para hacer un hotel de lujo donde vengan a refocilarse los gringos y los patrones millonarios. . . No hay guarnición policial, ni menos militar suficiente en la pequeña ciudad. Y entonces, lo inusitado: *se utilizan a los estudiantes de un colegio secundario, armándolos previamente, para la edificante y muy educativa labor de cazar indios a la orilla del lago.* El crimen monstruoso se realiza. Cinco indios muertos, treinta heridos, numerosos presos en las cárceles. Y muchos de los indios heridos o muertos, lo fueron en sus casas, porque "había que hacer un escarmiento con estos indios levantiscos, inspirados por el 'comunismo internacional' y que quieren sabotear a la XI Conferencia Interamericana, honor y gloria de la patria. . .".

El espíritu nacional, popular, reacciona. La indignación nacional se expresa con manifestaciones, mítines estudiantiles. Y la impopularidad y el desprecio por esta casta explotadora, va creciendo como una marea indetenible.

Un intermedio cómico-grotesco: creyéndose ya dueños, nuevamente, de esta hacienda de indios, los señoritos encaramados en el mando se dedican a la ridícula tarea de desempolvar per-

gaminos y títulos nobiliarios, casi siempre comprados con el dinero obtenido por el trabajo de los indios. Uno de ellos, jefe del Partido Conservador, y que a favor del efímero triunfo de estos encomenderos, se hizo nombrar Presidente de la Cámara de Diputados, viaja a Roma para la coronación del nuevo Papa, Juan XXIII. . . Por todas partes, en Europa —singularmente en España, donde va al indispensable besamanos al grotesco dictador español, este cómico señor se presenta en todas partes como Conde de Casa-Jijón, Presidente de la Cámara de Diputados del Ecuador. . . Primero es la gran carcajada. Pero luego es la rabia: ¡No hay derecho que se ponga en semejante ridículo a la patria!

Segundo: hace pocos meses, el 29 de mayo de 1959, un joven conscripto, que cumple el deber patriótico del servicio militar, siendo estudiante de escuela secundaria aún, se suicida en la ciudad de Portoviejo, ciudad costeña, capital de la provincia de Manabí, pequeña de unos treinta mil habitantes. Y se suicida por el trato brutal de que ha sido víctima por un oficial del Ejército, contaminado de este espíritu de violencia que se va desencadenando desde las alturas del mando. El pueblo de la pequeña ciudad se apresta a rendir grandes honores fúnebres al joven estudiante, al que se lo ha conducido a la muerte por el camino del trato humillante y brutal. El culpable, desafiando las justas cóleras populares, se presenta a encabezar el funeral de la protesta y del dolor. El pueblo no puede más. Por boca de una mujer pide al oficial que no siga, con su presencia retadora, ultrajando al pesar indignado del pueblo. El oficial insiste y, entonces, ya nadie puede contener la rabia colectiva. Se lanza la multitud contra el que cree causante de los males, que se pone en fuga hasta el cuartel. Y allí ocurre lo peor de la tragedia: el cuartel incendiado, gentes del pueblo asesinadas, y la pira enorme en que arde el causante de toda la fatídica masacre.

Tercero: la tragedia de Portoviejo repercute en toda la República. Singularmente en Guayaquil, donde se declaran huelgas estudiantiles de solidaridad con los estudiantes caídos el 29 de mayo. Desfiles fúnebres. Coronas a los próceres de la libertad en desagravio. Y de pronto, con barbarie inaudita, para disolver manifestaciones pacíficas de estudiantes de escuelas secundarias, apoyados por universitarios, se utilizan los rifles y las ametralladoras. Y a los muchachos fugitivos, que se esconden trepándose a un gran edificio en construcción, fren-

te al diario *El Telégrafo*, se los abalea y, horror, se los arroja desde los pisos superiores del edificio en obras, hasta estrellarlos en el pavimento. . . Esto es el 2 de junio. El tres, la ciudad se desborda, en protesta resuelta y viril contra los asesinos de estudiantes. La cosa asume caracteres de peligro. Y entonces, otro inaudito crimen: se recurre al Ejército, institución armada de la patria para defender la patria, para que cargue contra el pueblo. . . Nadie sabe el número de muertos. La noche trágica del 3 de junio y madrugada del 4, se emplearon numerosos camiones de volteo para cargar a los muertos, a granel, hombres, mujeres, ancianos. . . ¿Cuántos muertos? Nadie puede decirlo. Habrá que excavar la gran fosa donde fueron echados, entre heridos y muertos, para tapar con tierra el inaudito crimen.

El Presidente Ponce, cincuenta días después, se presenta en Guayaquil. Y recibe en el Estadio Modelo que se inauguraba, el rechazo violento, la silbatina y el abucheo de ochenta mil guayaquileños. . .

ESE ambiente de tragedia, que aún no se despeja en el país entero, sirve de marco para las elecciones municipales que acaban de realizarse el 1º de noviembre último, hace unos pocos días.

Jamás derrota más castigadora y aplastante han sufrido las derechas. A pesar del despliegue de todas las fuerzas de la clerecía, del gobierno empleado a fondo por derrotar a las izquierdas, las ánforas, silenciosamente, arrojaron resultados no esperados por los más optimistas: de las quince alcaldías que se disputaban, once fueron ganadas abrumadoramente por las izquierdas, casi sin preparación; y cuatro por la coalición gobiernista-clerical-social-cristiana-conservadora. . . Hileras interminables de frailes y de monjas, pusieron la nota enlutecida y fúnebre, en este formidable plebiscito de la libertad, en este acusador veredicto del pueblo.

Con un resultado no tan aplastante, en elecciones municipales igualmente, el rey Alfonso XIII de España, sintió, comprendió que su pueblo lo arrojaba del poder. . . Éstos, con una dura piel de cocodrilo, ayunos de sensibilidad política, se quedan. . . Y se quedan esperanzados, aún, en que el 1º de junio

de 1960, puedan dividirse las izquierdas, acaso llevadas por cegueras momentáneas, por liderismos o ambiciones.

DE entre las once alcaldías ganadas por la izquierda, dos tienen importancia: la de Quito, capital de la República en lo político, y la de Guayaquil, capital comercial y económica. Y en ellas el plebiscito, además de tener rasgos definidamente anticonservadores, señala itinerarios que se debe observar: el pueblo del Ecuador ya no quiere cambio de nombres y de hombres. Quiere, definitivamente, cambio de estructura profunda del vivir nacional. De allí que la consigna que nosotros lanzáramos: *lucha por la segunda Independencia*, está prendiendo hondamente en el pueblo de todas las regiones del país.

La primera independencia, la de los héroes de la Guerra Magna, nos dio únicamente el beneficio de la separación de España. Los problemas humanos, económicos, sociales, quedaron intocados y, en lo general agravados. Porque al régimen lejano —lo repetimos— de la Corona española, en veces hasta paternal, se sustituyó el régimen voraz de los explotadores criollos, más urgidos y premiosos de exprimirle el jugo, hasta la muerte, a la tierra y al indio. Hasta el punto de que, salvo algunas conquistas teóricas del liberalismo, en lo económico y social, estamos viviendo un feudalismo más cruel, que ha reducido a poblaciones enteras, a calidades infrahumanas, infraanimales: el indio de los latifundios ecuatorianos, es considerado en posición inferior a la de los animales bovinos de cierta calidad y rendimiento.

¿Y las poblaciones urbanas y semiurbanas? Falta de alimentación, de higiene, de lo más elemental para la vida. Franca y tremenda discriminación. Regímenes de esclavitud disfrazada, en los que el cura, el latifundista y el personero de la autoridad civil, se han coaligado para la explotación más inmisericorde, más torpe, proclive al alcoholismo, a la degeneración patológica, al crimen.

La reforma agraria frontal y sin mayores contemplaciones, la planificación económica de todos los sentidos, la integración nacional, deben ser realizadas sin pérdida de tiempo, con criterio revolucionario y nacional y americano.

Y que ya no nos asuste la mentirosa y tendenciosa acusación de "comunismo internacional", con la que se quiere dete-

ner todas las ansias desesperadas de estos pueblos hacia una vida mejor, más humana y más justa.

El Ecuador de hoy, después de esta noche fatídica que nos tocó como castigo, puede, por medio de la unidad, encontrar en junio de 1960, al renovar los poderes nacionales, su verdadero itinerario. Los síntomas son buenos.

LIBROS SOBRE AMÉRICA

ISIDRO FABELA, *Intervención*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 376 págs., México, 1959.

Consultando la bibliografía que de Isidro Fabela tenemos a la mano, podemos apreciar que sus primeros títulos datan de 1916; de este año son *Arengas revolucionarias* y *Discursos y artículos políticos*. En seguida, localizamos multitud de ensayos y artículos que abordan el tema del Derecho Internacional; los estudiosos de esta materia recuerdan todavía la edición hecha en 1920 (Barcelona) de *Los Estados Unidos contra la libertad*. Luego, el autor ha editado otros libros; pero de los más recientes, que demuestran cómo Fabela, media centuria después de haber publicado su primer título, mantiene alerta su espíritu al servicio de las causas justas, podemos destacar: *Las doctrinas Monroe y Drago* (Universidad Nacional Autónoma de México, 1957), *Paladines de la libertad* (Populibros La Prensa, 1958), *Historia Diplomática de la Revolución Mexicana* (Fondo de Cultura Económica, 1958), *Buena y mala vecindad* (Editorial América Nueva, 1958), e *Intervención*, aparecido durante el presente año.

Aparte de la obra impresa de Isidro Fabela hay otros aspectos que es forzoso mencionar para tener una imagen de su personalidad, en la mención de tales aspectos es conveniente leer al demócrata centroamericano Vicente Sáenz, quien, prolongando el libro *Buena y mala vecindad*, ha reflexionado: "escritor, excanciller, jurisconsulto, diplomático, personaje de tan buena fama y prestigio como el licenciado Fabela, miembro, por añadidura, de la American Society of International Law y Presidente de la Academia Mexicana de Derecho Internacional, no ha menester de ninguna clase de presentación... ha tenido la fortuna de actuar y de adoctrinar en ambiente de tan intenso nacionalismo como su gran patria mexicana, tres veces revolucionada... Lo cual quiere decir que don Isidro tuvo escenario apropiado y medio propicio para su antiimperialismo infatigable... tuvo la oportunidad, además, de poner en acción su pensamiento en la Secretaría de Relaciones Exteriores, durante el gobierno de don Venustiano Carranza, ejemplarmente revolucionario y ejemplarmente hispanoamericanista... Posteriormente, bajo la administración del general Lázaro Cárdenas, cuando el Fuehrer

tudesco y el Duce italiano hacían temblar a Europa; cuando Londres y París cerraban los ojos ante la invasión de Abisinia en África, y de Manchuria y de otras regiones de China en Asia, atacadas por el Imperio del Sol Naciente; cuando siguió a continuación el ataque nazifascista de España... cuando así andaba la humanidad y no había ningún gobierno de las grandes potencias democráticas que clamara por los principios de la justicia y del derecho, tuvo también el licenciado Fabela la oportunidad extraordinaria de cumplir con lucimiento, como igualmente lo habían hecho otros ilustres delegados mexicanos, una alta y honrosa misión en la Sociedad de las Naciones de Ginebra... ¡Cuánto vale el respaldo de un gobierno libre y soberano, con nuestros mismos principios y con nuestros mismos ideales!... Y esgrimió valerosamente don Isidro esos principios y esos ideales en aquel convivio, ante el estupor de brillantes excelencias a quienes el susto no se les salía del cuerpo, fundando sus alegatos jurídicos irrefutables en el propio Pacto de la Organización Mundial, en la Seguridad Colectiva, en Tratados solemnemente suscritos y solemnemente violados por los países más poderosos de la tierra". Hasta aquí las palabras de Vicente Sáenz, las cuales más que una presentación del ilustre mexicano constituyen un merecido reconocimiento a su tarea de latinoamericano ejemplar.

Lo anterior ayuda a entender la autoridad que respalda al libro titulado *Intervención*, cuya temática hemos leído y releído unos días antes del 12 de agosto, fecha en que se iniciarán las pláticas relativas a "la situación que prevalece en la zona del Caribe"; el 12 de agosto en Santiago de Chile, Latinoamérica a través de la Junta de Cancilleres habrá entablado una vez más el diálogo con los Estados Unidos; intentando, podríamos decir, olvidar un poco la Décima Conferencia Panamericana celebrada en Caracas. ¿Qué relación guarda esta Junta con aquella Conferencia? ¿Por qué el título del libro de Fabela nos hace pensar en Guatemala y en Cuba? Este libro del internacionalista mexicano ha sido publicado muy oportunamente. La historia de la intervención como razón del más fuerte se encuentra bastante ligada al desarrollo económico-político de nuestros sometidos países. Los pueblos latinoamericanos han tenido que rebelarse constantemente contra las presiones y agresiones exteriores, fuerzas negativas a las que se han visto obligados a derrotar una y mil veces después de haberse sacudido el despotismo de los tiranos y dictadores en turno que, además de su actitud entreguista, gustan de la persecución y la masacre. Nuestros pueblos cansados de sus verdugos nacionales suelen alzarse para reinstalar el imperio de la paz y el derecho, pero los intereses creados extranacionales alistan las tropas contrarrevolucionarias del mercenario y se valen de Juntas y Conferencias para justificar la substitución del verdugo.

El volumen de Isidro Fabela enfoca todos estos problemas con mucha valentía y está dedicado a las personas interesadas en el estudio del Derecho Internacional, especialmente a quienes siguen de cerca los cambios sufridos por el "concepto de la intervención" y del concepto opuesto de la no-intervención; el autor emplea sus conocimientos teóricos y prácticos a fin de presentar y examinar las opiniones y los juicios de los tratadistas europeos y norteamericanos frente al razonamiento de sus colegas latinoamericanos.

En la antigüedad y en la edad media la intervención era una consecuencia del derecho del más fuerte, sancionado en el tiempo por la costumbre. En el siglo XVII aparece el concepto de no-intervención junto a las primeras nociones de Derecho Internacional, es Hugo Grocio quien se ocupa de ellos novedosamente en su obra *El derecho de la guerra y de la paz*. Afines al pensamiento de Grocio surgirá después toda una pléyade de internacionalistas, aunque también aparecerán las discrepantes; en el primer caso, entre Vattel, Martens, Bluntschli, se oirá la voz de Samuel Puffendorf aceptando únicamente que los Estados mantengan una situación de defensa como precaución por si fuesen atacados; los tratadistas como Vattel, Martens, Bluntschli y Kant se oponen a la intervención pero dejan siempre un margen para que ella se pueda llevar a cabo; en el segundo caso, los internacionalistas que están de acuerdo con la intervención no siempre lo declaran abiertamente, se valen de subterfugios, de planteamientos seudojurídicos o de supuestas razones políticas para justificar la intervención; este grupo se puede ilustrar con los nombres de Bretano, Sorel, Fauchille, Phillimore, Hall, Oppenheim, Lawrence, Strupp, etc.

Isidro Fabela menciona a Christian Wolff, autor clásico que se manifiesta por la no-intervención ya que si una nación ataca a otra lo hace amparada únicamente en su mayor fuerza; expone también el pensamiento de Pradier Fodéré, quien hace la distinción entre el ejercicio auténtico del derecho y la simple acción del hecho que constituye la intervención; para él, ésta se efectúa invocando cualquier pretexto o falsa razón pero nunca el verdadero derecho. Pradier Fodéré se refiere igualmente a la intervención diplomática, dice que ella representa, en la mayoría de las veces, el antecedente de la intervención armada. Fabela comenta que la diplomacia moderna "es el conducto más práctico y eficaz para intervenir en los países débiles cuando quieren imponerles su voluntad. . . Por esa causa y no por otra, las representaciones diplomáticas de las grandes naciones están integradas por toda clase de expertos que se entremeten en todas las actividades de un país para saber en qué forma pueden aprovechar sus recursos potenciales. Y una vez informados de todo lo que les interesa, entonces hacen entrar en

juego la diplomacia para pedir lo que desean y en caso de no lograr sus propósitos por las vías amistosas, utilizan las extorsiones, las amenazas o los castigos que los fuertes pueden imponer a los débiles, de mil maneras". Y hablando de recursos potenciales y de naciones fuertes y débiles, de diplomacia moderna y de terribles castigos, volvemos a pensar en la destrucción de la democracia guatemalteca después de celebrarse la Décima Conferencia Panamericana en Caracas. En este sentido, hacemos nuestra la voz condenatoria del licenciado Isidro Fabela cuando abordando el tema, dice de Foster Dulles: "¿Cuál fue su táctica? Muy sencilla y fácil: la de ayudar diplomática y materialmente la rebelión intestina del coronel Castillo Armas, que recibió pertrechos, aviones y pilotos norteamericanos que, en connivencia con militares desleales al Ejecutivo guatemalteco obligaron al Presidente Arbenz a renunciar. . . No entramos a detallar el historial de esa flagrante intervención pero sí recordaremos el hecho notorio, que tuvo resonancias mundiales, de que el embajador de los Estados Unidos, Mr. Perifoy, entró a Guatemala en compañía del rebelde triunfante". Más adelante, el internacionalista mexicano completa en esta forma: "Es necesario subrayar en el caso de la intervención norteamericana en Guatemala esto: que el delito internacional del coronel Arbenz, por el que se le condenó en la Conferencia de Caracas, no fue por ser comunista, porque eso no lo cree ni el mismo Mr. Dulles; se le condenó por haber querido salvar a su patria de la opresión de una compañía extranjera que ha gozado, durante muchos años, de privilegios leoninos, en perjuicio del pueblo guatemalteco". Fabela habla de la Intervención estadounidense en aquel país centroamericano, con el mismo conocimiento e igual autoridad que cuando exponiendo la Doctrina Monroe recuerda las intervenciones norteamericanas en México: anexión de Texas en los años de 1845 y 1847, ocupación de Veracruz en 1914 y expedición punitiva en Chihuahua en 1916.

Los autores norteamericanos de que se ocupa, son: Wheaton, Stowell, Potter, Webster, Basset Moore, Fish, Bayard, Hackworth, Wells, Roosevelt, Perkins, Cordell Hull y Dulles. Entre los tratadistas latinoamericanos nombra a Bello, Calvo, Antokoletz, Tovar, Drago, Cruchaga, Yepes, Ursúa, Alvarez, Accioly, Rodríguez Pereira, Podestá Acosta y Lleras Camargo.

Intervención constituye un texto documentado ampliamente sobre el tema siempre actual de las agresiones efectuadas contra nuestros países; por eso al informarnos en la erudición del autor y avivar experiencias del pasado, pensamos inmediatamente en Cuba y su Reforma Agraria, de espalda a los intereses que ayer sirvió Batista; en Cuba empezando el camino que México inició en 1910; en Cuba equivalente a

Nicaragua durante los días heroicos de Sandino; en Cuba igual a Guatemala cuando gobernaban Arévalo y Arbenz; en Cuba parecida a Bolivia en la hora de recuperar su estaño; en Cuba similar a Venezuela que pugna por consolidar su vida democrática.

JUAN JOSÉ ARÉVALO, *Antikomunismo en América Latina* (Radiografía del proceso hacia una nueva colonización), Edit. América Nueva, 206 págs., México, 1959, Colec. Autores Contemporáneos, XV, Segunda Edición.

Juan José Arévalo publicó en 1954 el título *Guatemala, la democracia y el imperio*; después, en 1956, editó *Fábula del tiburón y las sardinas*; ahora, ya para finalizar el año de 1959, agrega *Antikomunismo en América Latina*. "Serie Polémica" denomina el autor a esta trilogía, sin embargo, creemos que es más bien una serie política, auténticamente política, puesto que el estilo del ex Presidente guatemalteco es, en principio polémico así lo constatan antiguos escritos suyos que sin llenar los requisitos exigidos por el tema de la Política, plantean interrogantes que dan margen para entrar en acuerdos o desacuerdos; ya en 1928 un título del joven maestro Arévalo, interrogaba: *¿Maestros o revolucionarios?* En seguida, mientras el esforzado intelectual lograba viajar y estudiar en el extranjero, el polemista escribía textos como *La definición de lo trascendental en la crítica de la razón pura* (1931) y *Cinco centavos de axiología* (1936).

La expresión polémica en los escritos del doctor Juan José Arévalo es una característica del vigor de su pluma, una exigencia de su estilo. Hasta antes de su elección como Presidente de la República de Guatemala, Arévalo clama, interroga, se rebela contra un estado de cosas, pero siempre su órbita es la del pedagogo, la del humanista, la del filósofo preocupado por la miseria en que se debate la cultura, el conocimiento, la enseñanza; Arévalo toca el tema político sólo como colindante de sus propios temas, y no se puede negar que a la sazón algunas denominaciones cuyas alcanzas eminencias magistrales de político avezado mas a la par de los discursos presidenciales tales eminencias se recordarán como simples matices cuya definición empezará a integrarse en *Guatemala, la democracia y el imperio*. Aquí, la condición del polemista observando las reglas del escritor pedagogo cederá ante la pasión desbordante del escritor político indignado, ¡y no es para menos!, el 27 de junio de 1954 el ex Presidente guatemalteco escribía en Santiago de Chile: "En contradicción con mis normas de

trabajo intelectual, entrego a las prensas estas páginas inmediatamente después de haber sido escritas... Si hay errores de fechas y de nombres, discúlpense. Igualmente discúlpense todos los errores de orden estilístico, porque la frase, esta vez, va muy cargada de emoción. Empecé a escribir estas páginas el 20 de junio, cuando se comprobó que aviones norteamericanos, con aviadores norteamericanos, estaban bombardeando mi país. La magnitud de la infamia explicará a mis hermanos de Latinoamérica la vehemencia explosiva y la mal contenida ironía con que va redactado el pequeño libro".

Todos los matices políticos todas las colindancias con la política habidas a través de su existencia de escritor se acumulan durante el sexenio presidencial, pero encuentran consistencia, de ideas unificadas frente a un peligro que amenaza a los países latinoamericanos, cuando dicho peligro se cierne devorante sobre uno de estos países: Guatemala. Entonces surge la figura eminentemente política del escritor que a nombre de la *democracia* denuncia los atropellos cometidos por el *Imperio* en aquella pequeña e inermes república centroamericana.

Dos años más tarde, en 1956, aparece publicado simultáneamente en Chile, Argentina y México, el título: *Fábula del tiburón y las sardinas*; libro que adelanta con mayor sinceridad la posición antiimperialista del doctor Arévalo, quien presenta un trabajo documentado respecto a la penetración y sujeción económica que ejercen los monopolios norteamericanos sobre los pueblos de América Latina. Irrefutables acontecimientos históricos, y cifras económicas, arrojan la realidad sobre la situación semicolonial de nuestros países. Estas páginas son de una gran valentía política y poseen la autoridad de un hombre que al ocupar la más alta magistratura de su país, fue un gobernante efectivamente democrático y por lo mismo, un incorruptible defensor de la soberanía y los intereses comunes de su patria. Arévalo descubre y desnuda, en sus más importantes aspectos, el territorio donde anida el tiburón rubio que corteja en forma deprimente a las veinte sardinas morenas.

Una y otra vez el pedagogo centroamericano hace hincapié sobre la voracidad financiera de los magnates nuevayorquinos y la infructuosidad de los gobernantes latinoamericanos para hacerse oír en materia, ya no de negocios, sino, al menos, de contratos justos o equitativos. "América Latina insiste en una discusión honorable de los problemas económicos que la afligen. El Departamento de Estado de los Estados Unidos, . . . se ve obligado a prometer, convirtiendo su diplomacia en un cordón de nudos dilatorios. . . ya no es lo que fue cien años atrás: el órgano de relación que un Estado se da para la convivencia internacional. Por obra de su tremendo desarrollo económico y financiero,

los Estados Unidos han tenido necesidad de convertir al Departamento de Estado en el órgano de expresión o el agente de negocios de la plutocracia mundial que ha ido sentando sus reales en Nueva York, en Chicago y en Washington". Esta plutocracia se ha interesado en colonizar el continente de norte a sur. "Pretextos geográficos, pretextos raciales, pretextos financieros y a última hora pretextos militares; pero el resultado es uniforme. Productos industriales manufacturados en el norte, armamentos de segunda mano, capitales sobrantes allá y que rinden aquí más que allá. La obligación de comprar y de importar está ya suscrita en tratados bilaterales entre el tiburón y la sardina".

La ubicación ideológica de Juan José Arévalo entre las corrientes políticas de izquierda y de derecha que actúan en el escenario mundial contemporáneo, quedó definida durante el sexenio de su gobierno en Guatemala. Hombre no comunista, amante de todas las libertades, inclinado hacia la reforma agraria y el mejoramiento material y cultural de los pueblos; enemigo sin transacciones del inversionismo extranjero cuya única mira es acrecentar capital a costa de la miseria de nuestros pueblos y la explotación despiadada de nuestras tierras; Arévalo es, por convicciones muy personales, un hombre que no se entusiasma con el comunismo. Sus actos y manera de pensar en lo concerniente a determinaciones de tipo político le colocan entre los intelectuales progresistas de más peso en Latinoamérica; en este sentido, su sinceridad, su honestidad, le han ido alejando de ciertas situaciones un tanto confusas respecto a lo que se ha dado en llamar anticomunismo y que, en la mayoría de casos, se presta voluntaria o involuntariamente a hacerle el juego al auténtico enemigo de nuestros países; cada uno de estos tres libros de la "serie polémica" ya mencionada, viene mostrando la inteligencia del doctor Arévalo en cuanto a dejar clara la posición de los escritores o intelectuales que como él dan cotidianamente su batalla a favor de las "veinte sardinas morenas" y en contra, nada más, del verdadero engullidor, del auténtico enemigo, el rubio tiburón que despacha en Nueva York.

Así llegamos a este tercer libro suyo: *Antikomunismo en América Latina* (Radiografía del proceso hacia una nueva colonización), integrado por cuatro capítulos denominados *Los gobernantes gendarmes y su antikomunismo*, *Los Estados Unidos y su antikomunismo*, *La Iglesia católica y su antikomunismo* y *Los gansos del Capitolio*. En nuestro parecer, los capítulos primero y cuarto son los mejor estructurados, sin que esto quiera significar que los dos intermedios carezcan de importancia.

Los gobernantes gendarmes y su antikomunismo abunda en material sociológico de factura impresionante; el pedagogo y el psicólogo,

se introducen en el origen del Presidente déspota al servicio de las minorías nacionales y de los intereses extranjeros. El Presidente gendarme es analizado en su lucha contra el líder honesto, contra el militar sin ambiciones de gendarmería, contra los estudiantes sin compromisos, contra la juventud bizarra y patriota. El Mandatario Gendarme tilda de "Komunista" a todo aquel que se levanta ante la explotación del amo extranjero. El Gobernante Gendarme está ahí para hacer respetar los intereses extraños que le han sido encomendados. "Los Gobernantes Gendarmes —escribe Arévalo— odian a la juventud, porque es su mayor enemigo: quizá su único enemigo. No puede, por consiguiente, esa juventud, dejar de ser, también ella, komunista. O cuando menos estar dirigida por komunistas. O en el mejor de los casos, obedecer consignas komunistas dictadas por radar desde país extranjero. Pérez Jiménez se vio obligado a sofocar con ametralladoras motines komunistas, de *escolares* de quince años de edad. Laureano Gómez y Rojas Pinilla dejaron muchos cadáveres de *adolescentes* en mitad de la calle, para salvar las instituciones sociales. Castillo Armas acorraló una manifestación de estudiantes *inermes*, en el centro de la ciudad de Guatemala, y allí murieron una docena de komunistas. La juventud universitaria de Cuba, alzada en armas contra un Ejército de ocupación es también komunista. América Latina está perdida: está llena de komunistas. Cada día aparecen nuevas promociones de komunistas. ¡La gente ya nace komunista! Pero la protección de los dioses no nos falta; allí están, ametralladora en mano, los Gobernantes Gendarmes, para salvarnos". La ironía de Juan José Arévalo cuando se refiere al antikomunismo del Gendarme no es menor que su construcción sarcástica referida en los dos capítulos siguientes a los Estados Unidos y la Iglesia católica.

Los gansos del Capitolio es un capítulo relacionado estrecha y vitalmente con las posiciones abordadas en los tres capítulos anteriores, alude a la *prensa industrializada* como sostén del Gendarme, del Imperialismo y de la Iglesia católica en sus respectivas situaciones anti-komunistas. El periodismo es un negocio que vende noticias a quien mejor las paga; "es una industria más, que arroja dividendos parecidos a los que produce el capital invertido en petróleo, por ejemplo". El periodismo es todo un aparato propogandístico divorciado de la Ética porque sirve a un sistema metalizado cuya única finalidad es el lucro que arrasa soberanías, vidas y pueblos. Así nació la cadena de diarios *William Randolph Hearst*, autor, por cierto, de la frase "*Agentes a sueldo de Moscú*" endilgada al Presidente Franklin Delano Roosevelt y colaboradores de gobierno ante sus métodos moralizadores y de vigilancia estricta. ¿Cómo se formó aquella cadena de diarios? Arévalo

responde: "fue un negociante en petróleo (hemos dicho millonario) que desde sus oficinas había comprado uno por uno, varios diarios importantes, hasta organizar, sometida al petróleo y hermanos, la cadena de diarios más poderosa del país. Ese hombre símbolo fue *William Randolph Hearst*". ¿Y en qué consistió su técnica periodística? ¿Cuáles fueron las aportaciones de esta cadena de diarios para el periodismo americano? De nuevo, el doctor Arévalo contesta: "fabricar noticias y venderlas como auténticas; deformar las noticias verdaderas; falsearlas a medias o totalmente; mutilarlas publicando retazos; convertir la calumnia en noticia, y negar espacio al calumniado para su defensa; redactar la noticia incorporándole ingredientes extraños; postergar su publicación hasta que la noticia perdiese eficacia; 'interpretar' antojadizamente la noticia; 'enterrar' noticias importantes, al ofrecerlas equivocadamente perdidas entre avisos comerciales; prohibir la publicación de ciertas noticias; alterar los textos enviados por corresponsales en el extranjero, sin que lo sepan sus lejanos autores; atribuir a una persona declaraciones que no ha dado; poner comillas a una frase ajena, simulando que la han proporcionado por escrito; mentir en el título diciendo allí lo que la noticia no contiene, etc., etc."

Los gansos del Capitolio es un capítulo recio, documentado sobre la verdad del "4º Poder" y la realidad comprometida en que el diario y los periodistas se mueven. Lázaro Cárdenas, al regreso de su reciente viaje a Cuba, declaró en Conferencia de Prensa que el periodista está comprometido —la mayoría de casos— por los intereses de las empresas y de los directores de periódicos. Juan José Arévalo coincide exhaustivamente con el ex-Presidente mexicano y documenta al máximo sobre la existencia de los Jules Dubois y las Organizaciones internacionales como la *Sociedad Interamericana de Prensa* (SIP).

Leyendo *Antikomunismo en América Latina* (Radiografía del proceso hacia una nueva colonización) nos explicamos por qué en los últimos días, ante el rumor de una visita de Juan José Arévalo a México, la prensa internacional ha empezado a difundir su "conspiración comunista contra el gobierno de Guatemala", conspiración en la que, según dicha prensa, intervendrían Fidel Castro y el Presidente venezolano Rómulo Betancourt.

VICENTE SÁENZ, *Vidas ejemplares hispanoamericanas*, Edit. América Nueva, 316 págs., México, 1959, Colec. Autores Contemporáneos: XVI.

Toda una vida dedicada a la política sana, a la buena política, se transluce en la bibliografía del enjundioso escritor centroamericano

Vicente Sáenz. En sus libros ha sostenido las mismas ideas que ha expuesto como profesor en las aulas universitarias y otras instituciones de enseñanza superior, así como también en sus discursos conmemorativos de fechas y acciones heroicas o cívicas. Más de una veintena de volúmenes suyos orientados sobre una tendencia liberal y anti-imperialista ha circulado desde hace cuarenta años.

Vicente Sáenz ha participado en las luchas más diversas por la libertad del hombre y la autodeterminación de los pueblos. Estuvo y está con la causa de España republicana, con la defensa de Nicaragua realizada heroicamente por Augusto César Sandino, con la batalla de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz contra la United Fruit Company, con el movimiento popular venezolano que hace varios años llevó a la Presidencia de la República a Rómulo Gallegos y que actualmente sostiene a Rómulo Betancourt, con la nacionalización del estaño en Bolivia, con la huelga de Honduras, con la defensa que los cubanos hacen de su soberanía y de su Revolución y, demás está decirlo, con la auténtica Revolución Mexicana. Bastan algunos de los títulos de sus libros para comprobar la raigambre libertaria de este escritor latinoamericano: *Traidores y Déspotas de Centroamérica*, *Norteamericanización de Centroamérica*, *Rompiendo cadenas*, *Centroamérica en Pie*, *Paralelismo de la paz y de la democracia*, *Hispanoamérica contra el Coloniaje y Nuestras Vías Interoceánicas*. Varios de estos volúmenes, por su ilustrativa documentación, se encuentran traducidas al francés y al inglés.

Vicente Sáenz no sólo se ha preocupado por denunciar los crímenes en masa de los dictadores y la terrible explotación de las compañías extranjeras en nuestros países, sino que también ha recogido la vida y actos luminosos de los próceres y apóstoles que defendieron antes la Independencia política y que defienden después la Independencia económica de los Estados que Morazán, Bolívar y Sandino anhelaban unificar.

En esta ocasión, *Vidas ejemplares hispanoamericanas*, Sáenz agrupa una serie de biografías que publicó hace algunos años en libros separados y que eran difíciles de conseguir. En la *explicación* que precede a las biografías, el autor escribe: "Así creemos cumplir con nuestro viejo propósito de cooperar, incesantemente, en todo lo que signifique estudio, comprensión, mutuo conocimiento de nuestros problemas, nuestras aspiraciones, los propósitos de nuestros grandes valores hispanoamericanos, tan olvidados de nosotros mismos... Y nos complace abarcar, con cinco figuras representativas, a casi todo el Continente: a la nación mexicana con la figura cumbre de Morelos; a Centroamérica con Morazán; a Sudamérica con el genio de Bolívar y

la ejemplar pluma de Montalvo, mientras se sintetizan para otro tomo las vidas de San Martín, O'Higgins, Artigas, Lastarria, Sarmiento, González Prada; a las Antillas, en fin, con el pensamiento luminoso, la vida extraordinaria, el apostolado heroico de Martí".

Las biografías de Vicente Sáenz están trazadas con verdadero fervor, con una veneración que tiende a infundir respeto en los lectores. Son trabajos relativamente cortos si consideramos los volúmenes que se han escrito ya sobre los biografiados; Sáenz —él mismo lo da a entender— no piensa en prestar un servicio de descubridor sino en dar un conocimiento de utilidad, y bien que resulta útil encontrarnos con una síntesis biográfica del cubano José Martí; sobre todo si recordamos que el escritor costarricense dispone de un estudio a fondo respecto a la obra completa del apóstol y que, en la actualidad, el pensamiento de éste ilumina los semblantes de los revolucionarios cubanos.

Las vidas ejemplares de Simón Bolívar y José María Morelos desarrolladas en forma paralela dan muestra de acuciosidad y paciencia por parte del autor; en otra ocasión apuntamos que las biografías de Bolívar y Morelos que nos da Sáenz no son dos trabajos cuyo único nexo es el libro mismo en que aparecen, no, las biografías están construidas en sentido de tender un paralelo entre las vidas de aquellos dos soldados de la libertad. Sáenz ha sabido cuidar de este detalle con cierto sistema aplicado en su exposición, el cual puede notarse en la distribución de los temas; veamos: *De pastor y arriero a sacerdote* (Morelos), *Niñez y adolescencia de Bolívar*; *De sacerdote a caudillo de la independencia* (Morelos), *De los salones de París a la lucha por la libertad* (Bolívar), *Rápidas acciones de armas y popularidad incontrastable de Morelos*, *Triunfos, derrotas y apogeo de Bolívar en los campos de batalla*; *Pensamiento, proceso y ejecución de Morelos*, *Ideario, amargura y muerte de Bolívar*.

Demás está decir que no son menos ejemplares las vidas del polemista ecuatoriano Juan Montalvo y del unionista centroamericano Francisco Morazán, siendo justo que terminemos con palabras del propio Vicente Sáenz referidas a Morelos y Bolívar: "Pero pasaron sus quebrantos en la tierra, . . . son ahora todo espíritu. Sus figuras gloriosas se dan la mano a través del tiempo y de los Andes, . . . como guardianes del hombre americano. . . ¡Volver a ellos, a su pensamiento y a su acción, en esta hora trágica del mundo! ¡Volver a ellos, para que la América española pueda cumplir su destino!"

J. MAYONE STYCOS, *Familia y fecundidad en Puerto Rico*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1958, 347 págs.

Familia y fecundidad en Puerto Rico, que ahora publica en su versión castellana el Fondo de Cultura Económica, es el primer volumen de un estudio global de esta importante institución primaria (Proyecto de Investigación sobre la Vida de la Familia) que patrocina el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico. En septiembre 8 de 1956, la American Sociological Society después de considerar cuidadosamente un gran número de notables contribuciones al conocimiento sociológico, concedió el primer premio a un artículo titulado *Family Structure and Fertility in Puerto Rico* (La Estructura de la Familia y la Fecundidad en Puerto Rico) del cual Mayone Stycos era coautor, en sociedad con otros dos directores del estudio, Reuben Hill y Kurt Back. El estudio de la familia del cual este libro es parte, ha llamado, pues, poderosamente la atención en los Estados Unidos, tanto por los muchos artículos relacionados que le precedieron en revistas profesionales, como por el impacto y vigor de su teoría y sus atrevidas generalizaciones.

La tesis malthusiana a que este estudio alude, ha suscitado en muchos círculos temores de que el crecimiento poblacional pueda provocar desastres sociales y políticos en las áreas subdesarrolladas del mundo. En consecuencia, este ensayo de carácter exploratorio, va enderezado a descubrir el gran número de variables que afectan la fertilidad, buscando proveer el telón de fondo contra el cual puedan ser aislados y entendidos los factores decisivos para su estudio o control.

En todos los llamados "países subdesarrollados" del mundo, en los que el industrialismo occidental ha dejado sentir sus efectos, el aumento en la mecanización y el adelanto técnico en los medios de transporte y producción han significado un cambio radical en los patrones culturales y un resquebrajamiento de las relaciones ecológico-culturales y demográficas que antiguamente prevalecían. De la original situación de relativa estabilidad y aislamiento, las nuevas comunidades rurales han pasado a formar parte de un mundo altamente dinámico e interdependiente. Esto, como es natural, ha afectado de modo muy preponderante el antiguo equilibrio demográfico de las sociedades, lo que ha planteado entre sociólogos y demógrafos un cierto número de interrogantes controvertibles y apasionantes.

La industrialización de países subdesarrollados constituye sin duda, el problema más trascendental de nuestra época, ya que las diferencias en el desarrollo industrial de los Estados complican las relaciones tanto internamente, para cada país afectado, cuanto en las re-

laciones mismas de país a país. El estudio de estos procesos de cambio sería simplemente desesperante por su complejidad si los hombres de ciencia no hallasen para reducirlos a términos comprensibles fórmulas e hipótesis adecuadas.

El autor de este libro sigue en su formulación introductoria el esquema clásico de los tres tipos demográficos de sociedad, delineados por el profesor Frank Notestein en su muy importante ensayo, "Resumen del trasfondo demográfico de los problemas en los países subdesarrollados", publicado en inglés por la *Milkbank Memorial Fund Quarterly*, en julio de 1948. Divide en consecuencia las sociedades del mundo contemporáneo en tres tipos fundamentales por lo que respecta a su estructura demográfica. Señala en primera instancia aquellos países que podemos considerar como sociedades de *Potencial elevado* de crecimiento: son estas, aquellas sociedades agrarias de altas tasas de natalidad y mortalidad que tienen todavía en potencia su elevado coeficiente de fertilidad. Ejemplo de ello lo ofrecen la mayor parte de los países del continente africano. En segundo lugar describe como tipo general los *Países de crecimiento poblacional arrestado o de decadencia demográfica incipiente*. Son por regla común, sociedades económicamente adelantadas, de baja mortalidad y comparable o más baja fertilidad. Ejemplos de este tipo serían Francia o Inglaterra. Finalmente, alude a los países de *Crecimiento demográfico rápido*, en los cuales la fecundidad sobrepasa con exceso a las defunciones, lo que da por resultado un elevado índice de crecimiento poblacional. Así Puerto Rico, Java, Ceilán, México y muchos otros países del sureste de Asia y el continente austral del Nuevo Mundo. Son estos últimos países, como dice el autor, "aquellos en los cuales la introducción de técnicas modernas para reducir las defunciones, nunca va acompañada de métodos igualmente eficaces para frenar la natalidad".

Los primeros cuarenta años de este siglo, han bastado para que se consuma en Puerto Rico la mayor parte de este primer ciclo de profundas transformaciones.

Según mejoraban las técnicas de producción en la preponderante economía de monocultivo azucarero y según se alteraba el balance biológico de la población, comenzaron allí a sobrar brazos. Este problema llegó a agudizarse de manera sorprendente en los países de crecimiento demográfico rápido, haciendo crisis con la depresión de 1929.

Para aliviar la presión poblacional se hizo entonces necesario, en Puerto Rico:

a) Llevar a cabo una reforma agraria (limitación de la propiedad corporativa de las tierras a 500 acres) y desarrollar un activo programa de diversificación agrícola.

- b) Industrializar en el nivel manufacturero.
- c) Alterar el balance de la natalidad-mortalidad, reduciendo la primera.
- d) Fomentar la emigración.

Esto, supone reconocer previamente que en estos países, para que se manifieste visiblemente el progreso, es necesario que el ritmo de crecimiento económico sea aún más acelerado que el crecimiento poblacional.

Hoy sabemos que los factores que ocasionan cambios en las situaciones demográficas son de varia índole: los movimientos migratorios; el equilibrio o desequilibrio de los índices de mortalidad-natalidad; la aplicación y aprovechamiento de capital, tecnología y recursos naturales del país; la estructura de propiedad, producción, distribución y consumo.

Por todo lo anterior, en cada país subdesarrollado, en transición hacia niveles industriales, se hace imperativo entender la estructura, el funcionamiento, los valores, etcétera, de la familia, y de modo especial de la familia proletarizada de las zonas rurales, que es, por su naturaleza, la principal responsable del rápido crecimiento de la espiral poblacional. El Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, interesado en conocer las razones por las cuales esta familia era la de más altos índices de fertilidad, encomendó al sociólogo norteamericano Joseph Stycos un estudio que ofreciera

- a) Una descripción de la estructura y del funcionamiento de la familia puertorriqueña de las clases pobres, en la zona rural.
- b) Hipótesis que relacionaran la estructura de dicha familia con la dinámica de la fertilidad de la población.

La justificación del estudio se daba pues, en los nuevos conocimientos que habría de aportar, pues conocidas las claves de las motivaciones o sea la psicodinámica y el fondo institucional de la fertilidad en Puerto Rico, se haría más viable y fácil la orientación de los programas de control de la natalidad, o en su defecto, el cambio mismo del orden institucional de la familia que sustenta tal orden de valores.

Puesto que el grado de fecundidad biológica es constante para todas las razas y grupos humanos, el investigador partió del supuesto de que la fertilidad dependería tan sólo de factores culturales: unos, determinantes de la tasa de fertilidad; otros, determinantes del control de los nacimientos.

El profesor Stycos encuentra que la estructura de dicha familia está dominada por un doble y complementario sistema de valores: *el culto de la virginidad* que entraña los valores del enclaustramiento, inocencia, debilidad y sacralidad de la mujer, en su virginidad, y *el*

culto del machismo, que supone la virilidad ostentosa, el dominio, valentía y poder del varón. Supone en consecuencia la valuación diferente de los dos sexos, inculcando en el varón una cierta mezcla de sentimientos de superioridad y una ansiedad básica para mantener esa superioridad y en la mujer, una aceptación pasiva de su rol femenino, que la supone fecunda, dócil y respetuosa. Cerrados como están para el hombre de esta clase los caminos del prestigio económico, político y cultural, el hombre opta por afirmarse en su virilidad.

La afirmación machista resultante, de una previa situación adicional en que la educación del niño está a cargo de la madre, significa: a) que los patrones de conducta para el hombre y la mujer son distintos en la familia; b) que el hombre, como figura dominante debe afirmar su machismo, demostrando su virilidad constantemente: una manera de lograrlo es trascender el matrimonio en materia sexual (lo que confirma el insaciable apetito sexual, que con arreglo al sistema prevaleciente de valores, motiva al varón), y c) que el hombre domina la conducta sexual y la mujer debe aceptar pasivamente el dominio masculino, de lo que insurge el característico sistema moral del "embudo".

Dado todo este complejo sistema estructural, de relaciones y valores, resulta que el varón confirma su machismo y satisface su compulsiva necesidad de dominio, con cada hijo que le da la mujer. La mujer, por contraste, criada en ignorancia y aislamiento de todo lo sexual, contaminante y misterioso para ella, siente una sola necesidad compulsiva: probar que no es machorra. El hijo tiene para ella ese único valor de proeza. Por eso, una vez que tiene uno, cesa de operar la compulsión de tener otros, ya que sucesivamente significarían para ella nuevas responsabilidades y trabajos, puesto que la tarea de cuidar a los hijos como es lógico, dado el sistema, corresponde a la mujer. Este conflicto de actitudes entre el varón y la mujer, conduce frecuentemente en esta familia a la ruptura de la unión matrimonial que no siempre ha sido sancionada legal o religiosamente. La mayor parte de los matrimonios son monógamos en esta subcultura de clase. A pesar de la preferencia verbalmente expresada por el matrimonio legal, una cuarta parte de los matrimonios son consensuales. Estos matrimonios, al atar menos a la mujer, le dan un cierto poder de regateo que la protege frente al afán de dominio del hombre.

Puesto que la sociedad de Puerto Rico cambia a un ritmo acelerado y la familia puertorriqueña rural y proletaria se ve influida por esos cambios, debemos suponer que los ideales de la familia, en cuanto al número deseado de hijos, están hoy sufriendo cambios. En 1898 sólo 14.5 por ciento de la población insular era urbana. En 1940, 30

por ciento de la población vivía en las ciudades, y, hasta 1959, esta tendencia no ha hecho sino acentuarse. Que estos cambios han empezado a afectar las actitudes nos lo revela el hecho de que la actitud del proletario rural era antes esperar "todos los hijos que Dios mande"; ahora, su ideal es tener tres o cuatro hijos, como revelan los estudios intensivos del Dr. Paul K. Hatt. A pesar de tales cambios ideológicos que han empezado a operarse, el tamaño real de las familias no se ha alterado de modo notable.

La explicación psicodinámica del fenómeno de crecimiento poblacional acelerado de esta familia la encuentra pues el investigador, en la estructura misma, funcionamiento y valores de la familia proletarizada, animada como está, por un doble y complementario sistema de moralidad. El culto de la virginidad, como una de las bases estructurales de la familia proletarizada de Puerto Rico, no es un fenómeno aislado, sino más bien parte de un complejo cultural en que los varios factores existen en función de los restantes formando una configuración. Como apunta el profesor Stykos el culto de la virginidad es la contraparte del culto del machismo. Al formar parte este sistema doble de moralidad de una economía de prestigio ocurre que el sexo se define como un modo adicional a través del cual los varones pueden expresar su poder en competencia con otros hombres. La competencia por el prestigio abarca no tan sólo el consumo ostensible de riqueza o de ocio, sino asimismo los aspectos internos y externos de la vida sexual de la familia.

La educación sexual de los hijos—varones o mujeres—dentro de este complejo sistema estructural determina las respectivas actitudes básicas de éstos hacia las prácticas de control de los nacimientos, lo que a su vez determina el constante crecimiento de la población.

Esta obra que constituye un modelo en su género para estudios similares en otras partes del mundo, es un estudio serio que debe interesar a sociólogos, demógrafos y líderes de países con problemas de población, así como también al ciudadano interesado en los problemas de este tipo de comunidad. El texto lucido y lógicamente organizado presenta en las dos primeras partes los hallazgos de la investigación de campo. La tercera parte contiene una detallada descripción de los métodos de la investigación, tablas estadísticas y los restantes aditamentos del trabajo realizado. La investigación de campo basada en entrevistas intensivas de una pequeña muestra, hace, sin embargo, que las generalizaciones ofrecidas no tengan por ahora otro valor que el de meras hipótesis sugestivas para investigaciones más extensas.

Eugenio FERNÁNDEZ MÉNDEZ

Aventura del Pensamiento

EL HOMBRE Y SUS PELIGROS EN NUESTRO TIEMPO

Por *Emilio SOSA LÓPEZ*

I

EL hombre tal como ahora lo conocemos, dotado de personalidad y de razón, con conciencia de su capacidad para transformar el mundo y convertirlo en una realidad humana, no aparece en el tiempo de la historia sino cuando entra en posesión del pensamiento reflexivo. Como consecuencia de este acontecimiento extraordinario que lo instauro como una entidad ya de tipo universal, el hombre deja de ser una simple criatura natural para mostrarse como una individualidad intelectual que funda su acción en la autodeterminación de sus propósitos, es decir, como un ser libre, conformado éticamente por una ley de progreso que trasciende el puro ámbito de su existir. Surge proyectándose a un orden superior de creaciones constantes, cuyos contenidos experienciales no aluden únicamente a su situación biológica en la tierra, sino a su relación con la vida del espíritu, que por medio de él se hace presente en la naturaleza.

"Este principio suprahumano —nos dice N. Berdiaev en su obra *La destinación del hombre*— es el indicio constitutivo del ser humano. El hecho mismo de la existencia humana señala una ruptura en el mundo, atestigua que la naturaleza no puede bastarse a sí misma y que descansa sobre un ser sobrenatural". Sin embargo, a pesar de estar realizado por el espíritu, no siempre logra desprenderse de esos impulsos oscuros que provienen de su base instintiva. En este sentido, su misma vida no deja de ofrecérsele, con todo lo positivo que se da en ella, como la fuente de su propia degradación. Así, pues, como agrega el mismo Berdiaev, "en tanto que ser perteneciente a dos mundos y capaz de superarse a sí mismo, el hombre es un ser contradictorio y paradójico, que concilia en sí las más extremas oposiciones. Lo mismo se puede afirmar que es un ser inferior,

débil y servil. En efecto —expresa—, aunque pueda decirse que no es producto exclusivo del mundo natural, vive sin embargo en este mundo y participa de sus procesos. Depende del medio natural, a pesar de que lo humanice, a pesar de que introduzca en él un principio fundamentalmente nuevo”.

El sentido característico de la vida humana es, como puede verse, el de una lucha constante por doblegar o superar todo aquello que tienda a rebajarlo o reducirlo a una determinada forma de vida. El hombre no se entiende a sí mismo sino a través de la complejidad de sus acciones y de sus propias transformaciones. Como admirablemente ha dicho Paul Valéry, “se opone incansante y necesariamente a lo que es por la preocupación de lo que no es, y que concibe laboriosamente, o bien por genio, lo que es necesario para dar a sus sueños la potencia y la precisión de la realidad, y para imponer a esa realidad. por otra parte, las alteraciones crecientes que la aproximen a sus sueños”.¹ Empero, la condición del hombre es de tal plasticidad que a veces él mismo resulta ser una víctima propiciatoria de esas irrealidades con las que procura interpretar y dominar el mundo en que vive. Sucede, por ello, que el hombre, como un ser acomasado en el juego oscilatorio de la ilusión y la verdad, debe constantemente despertar a la dura realidad, para volver a reinstalarse en ella, para modificarla o modificarse, bajo pena de que la pura sujeción a un orden invariable o único aniquile su libertad, obstruya su fluencia vital y desmienta su necesidad espiritual de acrecentarse y renovarse permanentemente.

La trayectoria del hombre describe un proceso de escalamiento hacia formas cada vez más superiores de vida. Pero cuando esas formas comienzan a estereotiparse, vale decir, empiezan a volverse rígidas o simplemente mecánicas, el ser fluente del hombre rompe con ellas y sale a nuevas categorías de la realidad. En esto consiste el acto creador de su libertad y también su modo de ser en la cultura.

Ahora bien, ninguna etapa ha sido más ejemplarizadora de estos estados de estancamiento que la que se descubre en aquellas edades en que el hombre se muestra sujeto al rigor de los sistemas míticos. Allí acabó siendo la víctima innominada de un mundo concéntrico que lo oprimía con sus representaciones demoníacas, con sus tabúes y rituales inalterables. La rup-

¹ PAUL VALÉRY, *Política del espíritu*.

tura del círculo mágico fue producto de una suprema y nueva toma de conciencia de su ser en el mundo.

El combate contra el mito comenzó, como lo señala K. Jaspers en *Origen y meta de la historia*, "por el lado de la racionalidad y de la experiencia iluminada por la razón". Fue, expresa, "el combate por la trascendencia de un Dios universal contra demonios inexistentes, y también el combate contra las falsas figuras de los dioses por la rebelión ética contra ellas". El paso, pues, hacia la humanización de la vida se da cuando el hombre abandona las formas tradicionales de la ritualización y procede cognoscitivamente en función de esa nueva libertad que le otorga la trascendencia.

Pero este hecho tiene un sentido antropológico todavía más profundo. Significa que el hombre llegó, por propia disposición, a descubrir su interioridad, se vio a sí mismo con relación al cosmos como sujeto del conocimiento e incluso como un ser abierto a especulaciones que podían referir su vida en la tierra a la realidad de un destino sobrenatural. De allí que convirtiera la existencia humana, ya no en un simple acto de participación en la naturaleza, sino en objeto de reflexión. Se impuso la tarea de rehacer su propia personalidad, de estructurarla en base a principios éticos que la adecuaran a un orden distinto de supervivencia. Este hecho asume una proyección de vastos alcances para la vida humana.

A partir del momento en que el hombre se liga a la trascendencia, las cualidades críticas del pensamiento racional lo indujeron a un nuevo uso de la realidad, no sólo con el fin de romper los límites de la vieja conciencia mágica, sino de compensar con las cosas sus tensión interna, al permitirle realizarse en ellas. Su acción creadora, por tanto, no se ha limitado a lo meramente especulativo, sino que se ha dirigido, por causa de sus necesidades empíricas, a utilizar y transformar igualmente el mundo exterior. El conocimiento científico que nace de estas circunstancias le ha dado los medios para organizarse en un mundo menos tenebroso, más comprensible en su insondable misterio y más seguro que aquel que se agotaba en la prefiguración de una mentalidad primaria y aterrizada.

El primer triunfo del hombre sobre la naturaleza radicó en rendirla para su provecho. La doblegó a sus necesidades de sobrevivir. Pero esto sólo no bastó para producir la liberación de su persona. Tal cosa habrá de darse posteriormente sobre las bases de una existencia ya eminentemente reflexiva.

Sin embargo, la antigua adecuación instintiva y refleja del hombre en la naturaleza creó una suerte de instrumentación empírica del pensamiento, sobre todo en su relación con las cosas, que sirvió de fundamento para que el hombre extrajera de su experiencia con ellas el conocimiento de las leyes y de los fenómenos constantes del mundo físico. La ciencia aparece, por consiguiente, como resultado de esta íntima transformación que se operó en el ser del hombre. No surgió sino en la época de la más estricta racionalidad y su aparición vino a proporcionarle al hombre, como dice E. Cassirer, "la seguridad de un mundo estable", puesto que "el proceso científico nos conduce a un equilibrio estable, a una estabilización y consolidación del mundo de nuestras percepciones y pensamientos".² En otras palabras, la ciencia hizo posible y real la productividad renovadora y transformante del hombre sobre el mundo.

Si se mira entonces a través de una síntesis, se ve que estas dos dimensiones tan superiores del espíritu humano, la especulativa y la científica, fueron de sus creaciones culturales las que más lo ayudaron a salir de su estado de indiferenciación en el seno de la naturaleza. La primera lo proyectó al mundo ético de la libertad, y la segunda le permitió reconocer objetivamente el medio natural que lo rodeaba y, más aún, le dio la seguridad y el poder para transformarlo y convertirlo en una realidad humana.

Todo esto abarca la historia del hombre hasta el presente, pero el proceso de humanización de su ser y del mundo no puede decirse que esté concluido. Por el contrario, con el crecimiento del saber humano parecen haber aumentado proporcionalmente los factores que amenazan este proceso, en la medida en que el hombre se ha vuelto más consciente de ellos. Así sucede que nunca como ahora ha reinado un clima de mayor expectación ante el propio hacer del hombre. La idea inmemorial de la lucha encuentra, ya no un aliciente, sino un sesgo aniquilador en la noción de la inestabilidad que invade todos los sectores de la vida humana, desde lo económico a lo político, desde lo social a lo cultural. La gran capacidad de juicio en mucho determina la instancia de la crisis. El hombre tiene que realizar ya esfuerzos portentosos para orientarse en la sola idea de su porvenir. Todo hecho, toda cosa, todo plantea

² ERNST CASSIRER, *Antropología filosófica*.

miento, aparece ahora ante sus ojos afectando tantos niveles de comprensión, tantos significados e implicaciones, que la visión integral de todo no puede darse ya sino a través de suposiciones y conjeturas. Incluso la pregunta que inquiere por el hombre no halla sino respuestas fragmentarias y contradictorias, dentro de las problemáticas constantemente renovadas de las especializaciones. Tal es la angustia que se percibe en nuestra época, en que nada parece cimentarse definitivamente.

El saber ha rebasado, por otra parte, la posibilidad de una posesión personal más o menos amplia de todos sus contenidos, y así ocurre que esta falta de integración cognoscitiva da lugar a expropiaciones subjetivas y dogmáticas que pretenden canalizar el destino de toda una civilización, por medio de síntesis coercitivas o de ideologías dominantes que se instauran como sistemas universales. El hombre ya no se siente responsable frente al hombre y se encuentra en un grado tal de disponibilidad que inclusive no sabe ante quién responder cuando sus descubrimientos y aun sus conquistas sobre el orden natural lo colocan en niveles de peligros, al no saber cómo reorganizar las fuerzas tremendas que desata para evitar las posibles catástrofes que de ellas provengan. La carencia de un sentido común de humanidad lo pone al hombre, en el peor de los casos, al servicio de una competencia ideológica, justamente provocada por aquellos sistemas de pretensiones absolutistas que aspiran al gobierno del mundo. Así los progresos evidentes de la ciencia son usados inhumanamente por los estados políticos como amenazas de unos a otros.

Pero además de estas contradicciones que se libran en el campo exclusivo de la historia, existen otras situaciones concretas que dentro del panorama general de la lucha humana no han decrecido en su tensión inicial. De un modo especial está la naturaleza exterior que el hombre ha racionalizado y convertido en la base orgánica de su civilización, la cual no deja de alarmarlo todavía con sus fenómenos climáticos, su violencia elemental y sus posibles mutaciones, algunas de ellas provocadas sin duda como reacción ante el acoso de la experimentación atómica. En este aspecto y aun en relación al crecimiento etnológico no se sabe qué posibilidades habrá de deparar finalmente la tierra a la vida humana.

Y junto con estas incertidumbres hay otra realidad que no por serle más entrañable al hombre se le ofrece como menos desconocida y desconcertante. Es la que se refiere a las raíces

mismas de su vida psíquica. Pese a los adelantos de la psicología moderna no se puede precisar aún si lo que constituye su inconsciente no depende, en último término, de esa animalidad en que la naturaleza lo forjó al proyectarlo sobre la existencia. La vida psíquica, aparte de ser el receptáculo de toda la experiencia vivida por la especie, no deja de estar dominada por fuerzas regresivas que pueden por su parte promover estados de quiebras profundas ante las exigencias cada vez más ilimitadas que demanda la razón. Pero lo que se puede afirmar palmariamente, aun haciéndonos eco de todos estos interrogantes, es que el hombre, con todo lo que de sobrenatural hay en él, no ha llegado a ser todavía, ni cultural ni evolutivamente, una entidad tan absolutamente diferenciada por su psiquismo que resulte totalmente ajena al orden natural como al devenir temporal. Por ello, en todo momento, cabe pensar que siempre existirá, no sólo el peligro de lo imprevisto, sino también el peligro de que la naturaleza opere en los niveles inferiores de su ser—y en contra de sus reservas éticas— como una fuerza retrógrada. Y que esta fuerza sea la que lo domine en cualquier momento de desfallecimiento racional.

Porque, en verdad, el hombre aún no conoce a qué situación habrá de llevarlo su decisión a autodeterminarse. Todo nos dice que el hombre más bien parecería estar a mitad de camino de su intento humanizador y de allí que su esfuerzo adquiera en el presente una máxima tensión. Por lo menos aún le queda triunfar sobre sí mismo. Y esta quizás sea la más difícil de sus empresas, pues, como ha dicha Arnold J. Toynbee en su obra *El historiador y la religión*, "la naturaleza no humana sobre la cual el hombre obtuvo una victoria decisiva en la edad paleolítica superior es solamente la mitad—y la mitad menos formidable— de la naturaleza a la que el hombre tiene que hacer frente. La otra mitad de la naturaleza con la que todavía tiene que contender es la naturaleza que ese hombre encuentra dentro de sí mismo". Al dominio de ella precisamente se aplica su acción ética.

Sin embargo, ocurre que no siempre el hombre se hace cargo de este compromiso esencial para su destino. A veces la excesiva preocupación por acrecentar su poder sobre la naturaleza exterior, lo aleja de esta primordial lucha por humanizarse a sí mismo. Y esto es lo que sucede en nuestra época moderna. Son tales los factores técnicos y productivos que regulan y fortalecen nuestra vida social que el individuo se siente

en ella tan exteriorizado que olvida —o la misma organización de la sociedad actual le impone que olvide— su básica condición existencial. Lo automatiza y lo despersonaliza. De tal modo, pues, cede a una noción cada día más superficial de su vida. Se vuelve un ser desarraigado y sin herencia, al punto de quebrantar sus lazos más elementales de humanidad. En su indiferencia, aquellos entrañables sentimientos de la conservación y de la muerte que sirvieron de base para promover en el ser humano, como una respuesta a su trágica condición, la necesidad de jerarquizar espiritualmente la vida y llevarla a niveles superiores de solidaridad, quedan reprimidos. Es decir, empiezan a obrar como expresiones de un temor radical, como fuerzas regresivas o instintivas que no bien se apoderan del hombre, lo arrastran a un estado primario de alteración, hasta hacerle sentir que toda forma de vida auspiciada por la civilización es, al fin de cuentas, tan insegura como su propia vida personal. El individuo cae así en el aislamiento y en la desdicha de un egoísmo más mortal, debido a su propia contención incomunicada.

Nuestra época se ha encargado, dice Erich Fromm, de negar la muerte y, con ella, un aspecto fundamental de la vida. "En lugar de dejar —expresa Fromm— que la autoconciencia de la vida y el sufrimiento representaran uno de los incentivos más fuertes de la vida, la base misma de la solidaridad humana y la experiencia indispensable para proporcionar intensidad y profundidad a la felicidad y al entusiasmo, el individuo se ve obligado a reprimirla. Pero, como siempre ocurre en la represión, la mera remoción en la superficie no anula la existencia de los elementos reprimidos. De este modo, el miedo a la muerte sigue viviendo entre nosotros una existencia ilegítima".³

Tal menosprecio por la condición mortal del individuo es uno de los hechos que explica el fenómeno de la crueldad moderna. Cada día, por imperio de la mecanización de los estados, existen menos formas retributivas de integración y solidaridad humanas, y los medios de compensación que a este respecto nos ofrece la cultura no parecen adecuarse justamente a esos moldes coercitivos que gobiernan al individuo automatizado. No es una mera coincidencia que todos los estados totalitarios repriman la cultura. Ellos, que se fundan en la idea de que hay un orden de cosas productivas absolutamente inde-

³ ERICH FROMM, *El miedo a la libertad*.

pendiente de la condición humana, están de acuerdo en declarar la innecesidad del mundo espiritual como factor de progreso. Como se sienten por encima de toda eticidad, dado que sus intereses se reducen a ejercer un dominio exclusivo de la masa y de esos medios productivos con el fin de utilizarlos para sus planes universales de agresión y expansión, requieren del hombre simplemente su participación en el trabajo y de ningún modo permiten que el mundo de la cultura lo proyecte a una conciencia más elevada de su propia existencia.

A lo sumo lo inducen al individuo, como si fuera la única alternativa de la vida, a entregarse al goce "normal" (esto es, egoísta) de un bienestar exclusivamente material. Para ello el hombre no debe necesariamente ascender por escalas morales o culturales, sino por aquellas que el juego de las oportunidades ofrezcan. Pero en el fondo de todo esto hay una gran frustración. Se rompe la continuidad espiritual entre las generaciones, el diálogo humano se vuelve ponderativo o reflejo, y esta suerte de embotamiento produce una infelicidad inconfesada que sólo se advierte cuando el hombre, como entidad del progreso, deja de serlo, cuando ya no se lo reconoce sino en el temor y la brutalidad, por falta de una real ubicación en el seno de la humanidad, situación a que lleva la pérdida del pasado cultural y esa pura repetición de actos vulgares que ya no demandan la necesidad del porvenir. El individuo cae así otra vez en el encierro de los mitos que no son más que una engañosa compensación de ideas abstractas que por rechazo lo reenvierten a un drama íntimo de inseguridades y dependencias.

Vuelve a ser la criatura atemorizada, inserta en una existencia sin salida y sin libertad, como aquella de la que salió en los comienzos de la historia por un esfuerzo reflexivo y creador.

II

LA cultura, con sus bienes potenciales de progreso que aluden al orden espiritual de la vida, es la única realidad que puede restituírle al hombre, más allá de su pura existencialidad, un sentido de plenitud a su acción. Éticamente el hombre se proyecta hacia la libertad y, en este sentido, su vida no consiste en la mera satisfacción de sus impulsos y necesidades elementales, sino, sobre todo, en la sublimación de esos procesos voli-

tivos que lo instan a movilizar su ser interior, y transmitirlo, y que al tiempo que lo atan a una oscura ansiedad, reclaman realizarse en el mundo objetivado y comunicativo de la cultura. En realidad, el hombre es un ser que necesita expresarse, que necesita proyectarse más allá de su exigua radicalidad, porque en lo entrañable de su alma está el deseo de verse a sí mismo, de comprenderse, de autodeterminarse, para sentirse así, legítimamente dueño de su vida. Por ello, su solo bienestar no constituye su última ni su única aspiración. Eso pertenece al más elemental derecho de la persona humana. Pero su finalidad como criatura es otra. Es objetivarse, participar de algún ideal superior que le dé sentido a su vida, vivir, en fin, en un orden de cosas que no contradiga su tendencia a la libertad. Sólo un mundo esclarecido por los valores del espíritu puede encaminarlo a este fin, pues, como pensaba Kant, "la finalidad de la cultura no es la realización de la dicha en la tierra, sino la realización de la libertad, de la auténtica autonomía, que no representa tanto el dominio técnico del hombre sobre la naturaleza, sino el dominio moral del hombre sobre sí mismo".⁴

Es de observar, sin embargo, que esta distinción, con ser tan clara y elevada, no siempre se ha mantenido presente en la conciencia del hombre actual. Su excesiva confianza en los medios técnicos que le provee su civilización lo ha llevado a veces a confundir las categorías culturales de la vida con las ventajas que proporcionan esos medios.

Tal confusión se ha debido quizás al hecho de que la técnica, que es expresión de la voluntad fáctica del hombre, no está dissociada ni es ajena al orden emotivo de la intencionalidad. Al contrario, si algo entrañable se realiza a través de ella es el deseo del hombre de concretar de algún modo su redención en la tierra. Y este anhelante objetivo que ya se expresa desde temprano en el uso empírico de las cosas, no se ha modificado hasta ahora, a pesar del gran despliegue material e industrial del mundo moderno. Sus nuevos aportes siguen respondiendo a causas profundas del alma. En su libro *El hombre y la técnica*, Donald Brinkmann dice al respecto:

A pesar de toda apariencia de racionalidad, detrás de los inventos y construcciones de la técnica se oculta un anhelo irracional del hombre, un esfuerzo por conseguir la propia salva-

⁴ Ver ERNST CASSIRER, *Las ciencias de la cultura*.

ción. No es la voluntad de poderío, sino un anhelo de auto-redención lo que impulsa al *homo factivus* a una transformación activa de la realidad por medio de la técnica y la industria .

Pero este fenómeno, tal vez a causa del desarrollo extraordinario alcanzado en nuestros días, no se presenta hoy únicamente como producto de una acción apetitiva y recóndita. Sigue ligada al hombre y sirve todavía a sus sueños de redención, pero no se puede ocultar ya el peligro que entraña su extremado predominio sobre la vida, equivalente casi a una expropiación del sujeto. Brinkmann, en un intento por lo demás admirable, quiere restituirle a la técnica determinados valores espirituales, como si ella no fuera sino la sistematización práctica de "una evolución de la idea cristiana original, que inspiraba la fe en la redención". Así acaba por descartar que su origen repose en una voluntad de poder. Sin embargo, éste parece ser el efecto que en la actualidad produce en el hombre.

En términos generales, la técnica le comunica al individuo una sensación de cierto poderío físico; lo enajena en una falsa proyección de su esfuerzo potencial. Este hecho puede entenderse positivamente como un principio de economía aplicado al orden de su funcionalismo muscular, que le permite una gran reserva de energías. Pero ocurre que lo que positivamente pareciera ser una ventaja para el hombre tiene, por otra parte, el inconveniente de acrecerlo en su capacidad destructiva.

Si como decía G. Simmel, la tragedia peculiar del hombre estriba en que "las fuerzas aniquiladoras dirigidas contra un ser emergen de las más profundas capas de ese mismo ser", la técnica que opera por reflejo en las bases más inconscientes del individuo, tiene el poder de crear inmensas posibilidades para la exteriorización de esas fuerzas negativas. Más que ninguna otra forma de la participación mágica, la técnica crea un estado psicológico de disponibilidad, propicio para toda clase de abuso, ya que el individuo, poseído en su trance de expansión física, no puede menos que aprovechar esas potencias, entregándose sin freno ni control a una pura experimentación de sus emociones, como si se tratara de un éxtasis liberador.

El impulso oscuro que el hombre genera de sí mismo a través de la máquina es lo que a veces le impide distinguir lo bueno de lo malo, lo conveniente de lo inconveniente. Y así se da el caso de que en este rendimiento mecánico de una voluntad ajena al ser moral, el hombre no haga otra cosa que servir anónima-

mente al imperio de la técnica, sin prever las consecuencias que el mundo de las relaciones humanas puedan deparar estos actos incontrolados. Las últimas guerras, tan extremadamente tecnificadas, han dado testimonios suficientes de lo que no puede menos que llamarse una locura generalizada, al tiempo que han hecho inexcusable la terrible criminalidad de que es capaz todavía el hombre cuando está asistido por esos medios automáticos de destrucción que ofrece la técnica y que, por su propia mecanicidad, parecen situarse más allá del fondo purgativo de los remordimientos y los pecados humanos.

El uso exclusivo de la técnica lleva indudablemente a la irreflexión. Y siendo sus productos elementos que se dan sobre la base de una competencia económica, la técnica ya no aspira sino a la infalibilidad, lo que por natural exigencia impone una igual adecuación del hombre que viene a acrecentar aún más el margen de sus actos fallidos. La atención del individuo está, de este modo, cada vez más reclamada para la servidumbre. Además, por causa de su incoercible capacidad para crear una serie de necesidades que únicamente ella puede resolver, la técnica termina por apropiarse del ser humano. De allí que sea correcto decir que el exceso de tecnificación en la vida moderna provoca un básico desequilibrio entre lo externo y lo interno, puesto que el hombre, no teniendo otra perspectiva vital que hacerse a la infalibilidad de la máquina, acaba por sacrificar su propia interioridad reflexiva, hasta el extremo de cosificarse en un orden mecánico e impersonal.

Son éstas desgraciadamente observaciones desalentadoras, pero sus efectos perturbadores en nuestro mundo actual son tan evidentes y acusativos que frente a ellos lo único que se puede desear es que el hombre, a pesar de todo, no comprometa su juicio, su capacidad de distinción entre lo que es la conducta moral y la simple experimentación de factores técnicos que, por lo demás, pueden llegar a ser útiles para el desenvolvimiento de la vida. El peligro está en que lo moral caiga en lo mismo y se llegue a experimentar con el hombre como si se tratara de un ser cuya destinación en la vida y en la sociedad ya no depende de la modalidad intrínseca de su alma, sino de condicionamientos externos —reales o artificiales—, pero de ninguna manera sujetos a primordiales leyes del espíritu.

Poniéndonos en el plano de lo estrictamente físico, no se puede negar que la técnica ha servido como un medio positivo para favorecer la evolución y la adecuación del hombre en la

naturaleza. En este orden la técnica aparece como un accesorio verdadero y beneficioso para la vida. Pero lo que no es posible sostener con respecto a ella, es que sea capaz de crear nuevas categorías en el ser del hombre, como lo puede hacer su propia fe, si ésta está alentada por un ideal de perfección humana. Tales hechos son productos de las grandes revelaciones que se dan en las culturas, cuando existe una total correspondencia entre la vida y el espíritu. La técnica por sí sola no podrá nunca resolver los conflictos internos de los individuos. Por lo menos, no podrá resolverlos en toda la plenitud que el hombre requiere. En todo caso, los agudizará o los dispersará. Confiarse, pues, únicamente a ella es exponerse a perder todo sentido de trascendencia en los actos humanos, ya que la técnica, ligada como está al mundo de las cosas, no ha logrado superar el nivel de lo temporal, con sus desgastes y su ruina.

La conciencia del mal que puede llegar a dominar por este camino a la criatura, es justamente lo que le otorga a la vida cultural actual un sesgo dramático. En verdad, las actuales ventajas materiales que el hombre encuentra en su civilización no son, desde el punto de vista de la cultura, ventajas propiamente dichas que resguarden o jerarquicen de por sí al hombre que las goza, sino, por el contrario, tremendos compromisos, máximas responsabilidades que él tiene que asumir, que volver al plano de la reflexión, para impedir que su propia inadvertencia en el uso automático que hace de ellas, llegue a significar un estancamiento, una discontinuidad entre el proceso productivo humano y la inadecuación del hombre ante ese proceso. De allí que la cultura, al afirmarse en la raíz existencial del hombre, llegue a sentirse a sí misma en peligro, en nuestros días.

La naturaleza vital del hombre siempre se muestra refractaria a esta ley de progreso moral e intelectual que impone la cultura. Y esta resistencia no sólo está motivada por el tremendo esfuerzo cognoscitivo que ella demanda, sino por otras circunstancias surgidas en este siglo.

Dentro de nuestro mundo cultural actual existen ya múltiples manifestaciones estéticas de índole secundaria o inferior que actúan como formas de compensación de esas apetencias recónditas de creación que se dan en todos los individuos. Ellas caracterizan lo que sociológicamente se llama hoy cultura popular o *kitsch*. Básicamente son productos de ese proceso de masificación del hombre que ha originado la tecnificación de la

vida moderna. Todas estas nuevas formas reflejan una estandarización del gusto que de hecho elimina toda categoría o exigencia de valor, aunque resuelvan, a su modo, las necesidades emocionales del hombre medio. Sin aspirar a jerarquizar al individuo, buscan canalizar las reacciones del sentimiento, hacerlas participar de los mismos moldes expresivos, uniformando o, mejor dicho, *homogeneizando* toda pasión o todo impulso comunicativo dentro de un sistema de productividad y de consumo para uso exclusivo de las masas,⁶ sin dejar traslucir ningún contenido que no sea el de la vulgaridad temporaria, tan cambiante como imitativa. Sus medios de difusión son tan poderosos que el peligro que hay en ellos no se refiere tanto a su medianía, sino a la obstrucción que pueden crear en el sujeto con respecto a su contacto con la cultura superior.

Tal situación, ajena a toda trascendencia, favorece más que nada al aturdimiento y a la saturación de la mente, en la medida en que esos productos están librados al mero desgaste y a una continua sustitución en su demanda. Por ello no pueden reservar otra consecuencia que una secreta insatisfacción, ya que únicamente sirven para el momento y carecen de toda dimensión futura. En su reiteración no hacen otra cosa que fragmentar al hombre, encerrarlo en un movimiento fragoroso que aniquila su espíritu, en un cambio sin progreso y sin conducción que lo envejece en un estado puramente reflejo y estacionario.

III

CUANDO el hombre pierde su libertad de espíritu, que es la que lo proyecta por encima de toda inmediatez (existencial o social) y no consigue por sí mismo resolver la tensión interna de sus fuerzas creadoras, cura la desdicha de su encierro y de su falta de perspectiva histórica adhiriéndose a ciertos mitos políticos que se muestran asistidos por principios soteriológicos de justicia y reivindicación humana. Esta entrega de su parte más noble, es decir, de aquella que busca identificarse con algún ideal de validez universal que le dé sentido a su vida, más que un acto de engrandecimiento personal significa una forma de elusión, de negación de sí mismo, ya que esos siste-

⁶ DWIGHT MACDONALD, "Cultura de masas", en *Diógenes*, Nº 3, abril-julio de 1953.

mas, por su carácter expropiativo y dominador, tienen el poder de enajenarlo y sacarlo de la problemática de su interioridad. Lo alejan de su libre condición de ser pensante y lo reducen a un simple estado de acatamiento o de participación pasiva en el juego de las luchas ideológicas. Lo que hace el individuo en esas circunstancias, al comprometer su libertad, es invertir el orden de los valores éticos que se afirman en la cultura, colocándolos en el plano de sus reacciones emotivas. Estas reacciones asumen, a partir del momento de la conversión no sólo voluntaria, sino a veces fortuita del individuo, toda la tenacidad de un activismo agresivo. Superado el compromiso que el hombre tiene para consigo, sus ansias de redención y de progreso son oscuramente transferidas a la voluntad impersonal del estado que es quien, en adelante, las ejerce como entidad absoluta de todo destino humano. Así posesionado de su papel providencial, organiza, controla o dirige toda actividad que por su naturaleza se vincula al futuro. Tanto la ciencia como el arte, que culturalmente son las formas a través de las cuales el hombre se universaliza, ya no le pertenecen a éste sino que son atributos exclusivos de dominación y persuasión del estado. La una sirve al acrecentamiento de su poder material y técnico, y la otra a la difusión propagandística de su ideología. Dentro de estos sistemas, el hombre de ciencia como el artista se convierten en meros agentes especializados.

Los ejemplos que a este respecto ofrece nuestro mundo actual son, sin duda, muestras de un grave proceso de declinación moral. El hombre ya no se manifiesta frente al estado como un ser responsable, sino como un ser en disponibilidad que considera como una valor suficiente para su vida el cumplir con la misión que éste le impone, sin interponer, llegado el caso extremo, ninguna discrepancia, como si actuara dentro de un orden sagrado. Así se observa que llegue a ser norma de estado el soborno, la delación o el crimen.

En verdad, la falta de convicciones libres que regulen la acción del hombre, cualquiera sea ésta, hace que el fenómeno inconsciente de la agresividad se canalice dentro de lo que podríamos llamar la "eficacia del cumplimiento". Es como participar en una operación mágica de la historia, que agiganta y justifica el impulso irrefrenable a enajenarse, a no ser uno mismo sino una fuerza conductora, plasmadora, de un nuevo orden que adviene sobre las contrariedades del presente.

Tales entregas se basan casi unánimemente en el temor

a desaparecer, a ser barrido por la violencia de una inevitable destrucción. Son las expresiones de un complejo de impotencia moral que revelan, en el fondo, la existencia de una secreta desesperación, de un estado de amedrentamiento provocado en el sujeto por situaciones de hecho que le impiden y le niegan toda posibilidad de autodeterminarse, de realizarse libremente dentro de un orden de legalidad que proteja sus derechos. Por todos lados siente la amenaza de quedar excluido y esta conciencia agudizada del peligro lo coloca en el plano de una constante alteración. Deja de ser propiamente una persona humana para convertirse en un hato de instintos egoístas, en el que tanto la represión como la agresividad componen la disciplina del acatamiento. Como no cuenta más que con su propia eficacia más allá de toda moral, trata de encauzar a través de ella su íntimo resentimiento, su afán de tomar venganza de su evidente inferioridad. Y de este modo entra, como quien realiza un acto de negación de sí mismo, en las luchas políticas del hombre contra el hombre.

La catarsis que produce esta enajenación lo lleva, por otra parte, a desarrollar dentro de sí la voluntad de poder. El partido, donde nadie es dueño de sí sino instrumento de esa autoridad omnimoda y abstracta que lo constituye, le ofrece los medios para esta expansión. Ya no actúa en función de una idea del hombre total, sino en función de las jerarquías y posiciones que el estado le depara. Así termina por identificar en el dirigente absoluto los contenidos arquetípicos de su ser incumplido. Aquél se le presenta como el héroe puro, como el ser que cristaliza todos sus impulsos dominadores y solamente en él reconoce el derecho para sí vedado de ejercer la libertad que se entiende ya, míticamente, como la posesión misma de la historia, es decir, como si el poder absoluto del estado fuese el generador de la historia. Esto explica por qué el hombre político, investido con los atributos del supremo poder, no puede escapar a su propia mitificación, dado que ello responde a las tendencias apetitivas y representativas de la masa.

Pero sucede que el hombre que llega al poder no escapa, por cierto, a las alternativas de esta previa deshumanización que le impone su partido. Llega al poder tras un largo camino de exteriorización ideológica y, sobre todo, de represión moral. No puede decirse que él represente el ideal antropológico sobre el que insiste el ser cultural de la historia. Representa más bien un ser fragmentado por cuanto su propia ideología no le con-

cede otra dimensión ni otra libertad que la de mostrarse identificado con ella. Por eso, cuando asume el gobierno, cae en los excesos de su propia circunstancialidad política. Por falta de un sentido humanístico en su función deviene en dictador. Y este fenómeno que tanto ilumina sobre la peligrosidad que entraña para nuestros días la preponderancia del político profesional, sirve a su vez para revelar la naturaleza voluntarista que caracteriza al estado moderno.

Uno de los hechos más extraordinarios que se puede percibir en la mecánica de los estados totalitarios que se dan o se han dado en este siglo, es aquel que delata la curiosa predilección, que, al parecer, manifiesta la fuerza del poder de ser ejercida por el individuo que menos representa al hombre integral. Esta absolución de los factores éticos como condición elemental de gobierno sin duda responde a la tendencia ya tan manifiesta, por lo demás, de los estados supertecnificados de hoy, de convertirse en mitos, esto es, en sistemas universales operantes. E. Cassirer ha estudiado a fondo este problema. Pero lo que todavía queda por aclarar es lo que anteriormente dijimos con respecto a la expropiación que ha hecho de la historia el estado. Pareciera que éste ya no quiere ser determinado por ella, sino ser causa determinante de ella. Y esta voluntad frenética no puede ser otra que la de un inconsciente instrumentado en factores de dominio. El estado ya no trabaja exclusivamente para la nación ni para beneficio de la humanidad, sino a veces para ideales vesánicos. Siempre está dispuesto, más que a defender los derechos de las gentes, a ceder a la alucinación de esa voluntad de conquista, ínsita en el dictador. El plan de los estados totalitarios —o de aquellos estados que se vuelven totalitarios por la decadencia moral que gana a sus pueblos— está centrado fundamentalmente en la agresión y la guerra. Desde un punto de vista cultural, este hecho también se explica por la falta de frenos y resortes espirituales del hombre político (o burocratizado) que sirve al estado. Su presencia en el poder animaliza el poder y éste, por su tendencia absolutoria, lo utiliza. En verdad, lo somete a su propia automaticidad, hasta el punto de hacer de él uno de sus disfraces, una de sus máscaras. En otras palabras, en los estados de este tipo —o los que van a este grado de exacerbación— ya no importan los hombres; importan sus organismos reguladores, sus planes colectivizantes, es decir, su definitivo predominio sobre el hombre.

El estado moderno ha destruido la acción libre del hombre en la historia y ha destruido también dentro de él su sentido moral. Ha querido como voluntad mitificada apropiarse de la vida para lograr fácticamente su perpetuación, para ser él mismo la historia, y con ello no ha hecho otra cosa que adueñarse de la persona humana. La usa como un vehículo servicial, siendo indiferente a sus fines trascendentales. Y esta situación que describe en esencia la relación pasajera del hombre con el estado, descubre al mismo tiempo, desde la realidad de los valores culturales de la historia, la insustancialidad básica, la accidentalidad y mediocridad del hombre político.

En el fondo de toda esta cuestión hay una verdadera frustración de esas potencias ordenadoras del mundo y de la vida que nos ofrece la razón. El hombre político que se hace a sí mismo sobre la base de una expectación lúdica que consiste en aprovechar estratégicamente una posición que dentro de los intereses del estado puede llevarlo al poder, tiende, por carencia de otras perspectivas intelectuales que las puramente polémicas de su lucha ideológica, a oponerse al hombre de pensamiento, porque le adjudica gratuitamente a éste una falta de acción y decisión, mientras que él se vanagloria de asumir el riesgo de una acción inmediata. El hombre político de nuestros días piensa, como sus antecesores despóticos, que en todo caso el pensamiento debe surgir de la acción. Y se lanza así, dictatorialmente, desde el poder, a la conquista del mundo, con el deseo irrefrenable de transformar revolucionariamente las bases culturales de la sociedad, confundiendo el ejercicio vesánico del poder con el ejercicio de una razón autoritaria por sí misma. Pero esta es precisamente una de las formas más diabólicas o aviesas de tergiversar la verdadera función de la razón humana. La razón es el principio generador del conocimiento aplicado a la realidad y no la causa eficiente de la insatisfacción, el cambio y la inestabilidad. Alfred N. Whitehead, en un final ya famoso de uno de sus libros, ha sabido distinguir los efectos de estas actitudes, la del hombre agresivo y conquistador que se exalta en el poder y la del hombre de pensamiento que ayuda con su esfuerzo creador y reflexivo al progreso del mundo. Allí expresa, tomando ejemplos tradicionales, lo que a él mismo se le ofrece como una moraleja edificante: "Los grandes conquistadores, de Alejandro a César y de César a Napoleón, ejercieron un influjo profundo en la vida de su tiempo y de las generaciones subsiguientes; pero el efecto total

de este influjo queda reducido a la insignificante si se compara con la transformación total de los hábitos y de la mentalidad humana provocada por la larga trayectoria de los hombres de pensamiento desde Tales a nuestros días, hombres desprovistos de poder individualmente, pero que en definitiva fueron quienes gobernaron el mundo".⁶

Es que la pura acción exterior no puede ser transformadora y progresiva por sí misma. Necesita del auxilio de una imaginación poseída de amor a la verdad, que se dirija al futuro con la confianza de estar realizando los ideales más elevados de la humanidad. De lo contrario se invalida el sentido mismo de la historia que es apetecer y preparar el porvenir. Pero el hombre, disociado por causas negativas de esta dimensión espiritual y universal de la especie, si se aparta de ella, siempre está en peligro de caer en los viejos reductos de la indiferenciación y el caos primitivo. Así, en épocas de crisis, de convulsiones sociales y cambios sucesivos siente, por falta de una dimensión objetiva que le rinda una clara noción de su destino, la sensación de un extravío. Entonces apela a sus viejas representaciones míticas y cae de nuevo en el círculo emocional de un mundo sacratizado. En otros términos, deja que las potencias oscuras de protestades prevalecientes decidan por él.

Cassirer ha dicho, en su libro *El mito del estado*, que "en todas aquellas tareas que no requieren esfuerzos especiales y excepcionales, o un valor y resistencia excepcionales, la magia y la mitología no aparecen. Pero —agrega— siempre que hay una empresa peligrosa y de resultados inciertos, surge la magia elaborada y una mitología conectada a ella. Esta descripción del papel de la magia y la mitología en la sociedad primitiva se aplica no menos a las fases muy adelantadas de la vida política del hombre. En situaciones desesperadas, el hombre recurre siempre a medidas desesperadas —y nuestros mitos políticos contemporáneos han sido estas medidas desesperadas. Si la razón falla, queda siempre una *última ratio*. queda el poder de lo milagroso y lo misterioso".

Dadas las características regresivas de esta apelación, se puede decir que aquí radica quizás el mayor peligro del hombre actual, volverse por pura desesperación, en momentos desesperados, a la magia del estado o a esos mitos soteriológicos que ostentan los partidos políticos, como si ellos fueran la única

⁶ ALFRED N. WHITEHEAD, *La ciencia y el mundo moderno*.

solución que le queda, dominado por el temor de ser destruido, en medio de una inseguridad generalizada que agudiza aún más su complejo de impotencia moral, su desdichada falta de personalidad en el ejercicio de la razón y la libertad.

Estos organismos o agrupaciones, en lugar de ofrecerle al hombre frustrado un medio para la liberación de sus temores, mediante un reencuentro de su ser con la cultura —que es lo que procura la educación por el saber—, prefieren mostrarse investidos de poderes milagrosos y misteriosos, para fomentar en las gentes el amortiguamiento de sus facultades críticas. Sustituyen los valores de la reflexión y el discernimiento por el imperio de la propaganda y exigen una adhesión de tipo emocional a sus mitos de perennidad y de promesas futuras que esgrimen como realidades inevitables. Para dar mayor vigor a sus imposiciones, hablan de las leyes de la Naturaleza o de la Historia, diciéndose gobernados por ellas, e inclusive, llegan a utilizar los contenidos espirituales de valiosas tradiciones que adecúan a sus intereses inmediatos de dominio.

Recientemente Mircea Eliade ha estudiado la supervivencia de viejos mitos en los mitos políticos modernos. En uno de sus ejemplos se refiere a la forma como convergen en los ideales utópicos del comunismo marxista representaciones del destino humano provenientes de antiguas creencias y revelaciones religiosas. Según Eliade "la sociedad sin clases de Marx y la desaparición consecuente de las tensiones históricas, encuentran su más exacto precedente en el mito de la Edad de Oro que, siguiendo múltiples tradiciones, caracteriza el comienzo y fin de la Historia. Marx ha enriquecido este mito venerable con toda una ideología mesiánica judeo-cristiana: de una parte, el papel profético y la función soteriológica que atribuye al proletariado; de otra, la lucha final entre el Bien y el Mal que se puede fácilmente aproximar al conflicto apocalíptico entre Cristo y el Anticristo, seguido de la victoria decisiva del primero. Es igualmente significativo —dice— que Marx retome por su cuenta la esperanza escatológica judeo-cristiana de un *fin absoluto de la Historia*".⁷

El marxismo entraña, pues, como ideología de crisis, una mitología de la lucha política que, en su devenir providencial, vendrá a resolver todos los problemas y conflictos de la condi-

⁷ MIRCEA ELIADE, *Mythes, rêves et mystères* (Gallimard, París, 1957).

ción humana como que aspira a superar toda contradicción histórico-temporal, mediante la instauración regimendada de un "paraíso sin historia". Pero esta recurrencia suya a mitos ancestrales, pone en evidencia, al supeditar toda su estructura dialéctica a una prefiguración del futuro, la declinación de su juicio crítico con respecto al porvenir mismo, pues ello ya no responde a las condiciones sociales culturales o éticas del presente, sino a un mero sueño o aspiración, dado que el comunismo marxista no ha podido evitar el ser absorbido por el estado, convirtiéndose en un sistema de fuerza que justamente niega la libertad social, cultural y ética del individuo. La fe marxista en el porvenir es, por tanto, el enmascaramiento de una voluntad de poder insatisfecha, que se manifiesta a pesar de sus promesas doradas, como una lucha ciega e inhumana por alcanzar la hegemonía del mundo. Así la nueva sociedad comunista, con su derogación de la libertad individual y su supeditación de la persona humana a los intereses concretos de un estado exclusivamente político y económico, no reserva ninguna perspectiva para la realización de una *nueva cultura* del hombre.

En el fondo, toda sociedad totalitaria entraña una suerte de nihilismo. De allí que quiera encubrir sus íntimas tendencias irrefrenables dentro de una moral revolucionaria y expurgativa que impone, como dice Albert Camus, un "dinamismo irresistible" entre quienes están dispuestos a servirla, con el agregado de reforzar en ellos los más violentos principios cínicos que justifiquen ese dinamismo. Todo esto lleva a un profundo desprecio por la vida y los seres. Rauschning, a quien cita Camus en *El hombre rebelde*, dice en su *Revolución del nihilismo*, que esta forma compulsiva de dominio y transformación no ha logrado otra cosa que provocar "la muerte de la libertad, la dominación de la violencia y la esclavitud del espíritu". Por su parte Camus, refiriéndose al fascismo, señala que éste no es más que la materialización del desprecio. Y agrega, como una advertencia ante el desenfreno de esta fuerza, que "toda forma de desprecio, si interviene en política, prepara o instaura el fascismo".

La forma de persuasión de estos sistemas se apoya, para ocultar sus designios, en mitos de amor universal o de justicia social. Los esgrimen como principios fehacientes en contra de los rendimientos que para bien del hombre ofrece el espíritu crítico; se alzan en contra de toda instancia de libertad y de toda conciencia reflexiva, y prefieren mantener al hombre fuera

de todo ámbito moral, sumido por el contrario en un nivel de inestabilidad y de temor existencial, hasta hacer de la vida una fatalidad o una gratuidad para la cual no hay otra alternativa que el acatamiento y la repetición de sus días mortales. Frente a estos procesos de resurgimiento de los viejos fantasmas míticos, la razón humana que surgió para combatirlos y destruirlos no puede trabajar ya sin el auxilio por lo menos de una fe puesta en un elevado sentido del hombre. Como si reconociera la verdad de aquel verso de Goethe que expresa que *"la vida del hombre parece una espléndida suerte"*, no puede ya obrar sin sentirse ella misma fundamento de esa fe.

SOBRE LA REVOLUCIÓN INTELECTUAL DE NUESTRO SIGLO

Por Victor Raúl HAYA DE LA TORRE

HACE meses ya —para ser más precisos, en el nutrido volumen 100— se publicó en *Cuadernos Americanos* un sugerente artículo de Robert S. Hartman, bajo el título de "Aspectos Éticos de los Satélites". El cual me interesó grandemente porque encara uno de los temas, a mi ver, más descuidados en nuestra América: El de la revolución intelectual que está viviendo el mundo, en sus zonas de mayor avance civilizatorio, y, consecuentemente, el de nuestra inescapable responsabilidad de acometer la grave tarea de su comportamiento con la realidad pensante y actuante latino o indoamericana.

Del artículo de Hartman me interesa lo que en él concierne a las ya no del todo imprevisibles proyecciones de esa revolución sobre un nuevo concepto, y escala, de los valores humanos. Aunque en la visión orbital, universalista, del autor, sea en mi sentir indispensable delimitar grados y distingos para no caer en generalizaciones que eludan los diversos ángulos desde los cuales se los deba observar y calibrar. Pues si es cierto la fórmula de Hartman al afirmar que "así como la ciencia natural describe hechos espacio-temporales, la del valor describe el *significado* de esos hechos, e incrementa nuestra sensibilidad frente al significado del mundo en un grado actualmente inconcebible", a esta proposición puede sumarse otra: Que para la estimativa conceptual de aquellos hechos importa, asimismo, considerarlos desde los espacio-tiempos espirituales e intelectuales que los diversos niveles de sensibilidad delimitan. Pues, a mi ver, la gran problemática del observador de la revolución intelectual de nuestro tiempo consiste en que ella, a pesar de sus profundos significados y de sus ineludibles alcances universales, plantea una meta escala de diversos planos desde los que el hombre pueda apreciarla. Y por tanto establece anchas distancias entre las zonas humanas capaces de

abarcarla y comprenderla, y las que la entienden a medias, o mal, y las que por entero la ignoran.

Generalmente los pensadores europeos, o los de los pueblos de la región perieca del globo que es escenario septentrional de la profunda revolución científico-tecnológica a la cual asistimos, *take-for-granted* (una casi intraducible expresión inglesa en este caso), o *dan por hecho*, que en todos los ámbitos de nuestro mundo se percibe y aquilata igualmente el significado de aquel ingente trastrueque de principios y valoraciones. Y usan un idioma, si bien inteligible en un sector del globo, confuso o esotérico para otros extensos contornos de él. Porque olvidan —y aquí incide el argumento central de estas reflexiones— que una de las más resaltantes características de este estupendo tránsito de una Edad a otra de la evolución del pensamiento y acción humanas en el dominio del cosmos, es la de las grandes distancias mentales, con que ella está separando a quienes son sus protagonistas y creadores de los que lejanamente apenas expectan estupefactos sus hazañas.

Y esta clasificación entre pueblos actores y pueblos que sólo asisten como pasivos y asombrados circunstantes al grandioso espectáculo, no sólo comprende a las vastas masas menos informadas, sino también a determinadas *élites* intelectuales, rezagadas en el nuevo camino que lleva a las alturas desde donde se puede comprenderlo. Porque si es cierto que ésta nuestra época culminante con "los satélites" —cuya "esencia real no es ruido y sensación" —silenciosamente cuando en 1905 Einstein escribió sobre un papel la fórmula $E = mc^2$, de aquel día a la fecha, y desde aquel descubrimiento hasta los portentos presentes de la energía nuclear y las proezas de la astronáutica, no solamente ha transcurrido más de medio siglo en las marcas de los calendarios, sino se han expandido plurales curvas espacio-temporales que dimensionan disímiles y hasta contrapuestos "campos gravitacionales" de pensamiento y sensibilidad.

Se ha repetido mucho el dictado descubridor de Galileo, "*natura parla per lingua matematica*". Pero ésta no es sólo una. Y desde el gigante pisano hasta Fermi, muchas de las expresiones de aquélla han cambiado. Cierto es también, como escribe Hartman, que "tanto la ciencia física como la música son matemáticas aplicadas y que los principios de la ciencia física están contenidos en un libro que trata de armonías musicales. *Harmonica Mundi*, de Kepler, del año 1619". Mas es del mismo modo verdadero que desde "la escala musical y

número" de Pitágoras —de la que informa Aristóteles en su *Metafísica*, i, ch, 5 y 8— hay superiores e inferiores matemáticas "musicales": Unas que corresponden a los grandes espacio-tiempos del universo curvo, y otras que quedan en los rudimentos aritméticos clásicos, o en la geometría plana de tres dimensiones, en la cual la línea recta es *siempre* la más corta entre dos puntos; unas que se ciñen a los postulados de las paralelas de Euclides y otras que se elevan a las concepciones de la Topología de las "curvas continuas" de los espacios de Peano, que abarcan hasta los *Principles of Topological Psychology* de Kurt Lewin, y a los nexos entre matemáticas y Lógica de Bertrand Russell, o que demuestran con Einstein que el universo es finito y su geometría *elíptica*. Así como la música puede concebirse y entenderse desde la que los pitagóricos adivinaban en el curso de los astros, hasta la primitividad del *tum-tum* invasor de pueblos y mentes subdesarrollados; aunque todos la sintamos con dispares llamados, y resulte verdad lo que Shakespeare dejó escrito:

The man that has not music in his soul
Is fit for treason...

Ha aparecido recientemente una expresión conversacional tempestiva y precisa: "Poner las ideas en órbita". Vale decir no desorbitarse. Y acaso la gran cuestión de nuestro tiempo para las mentes que observan el mundo cambiante en que vivimos sea saber si sus órdenes de ideas sobre él están o no desorbitadas; sin olvidar, que como en la tecnología de los satélites, las órbitas pueden ser muchas, tantas como éstos. Aparece, pues, inevitable la interrogante, y para nosotros los que no formamos parte de los escenarios de la gran revolución, perentoria: ¿Hemos puesto en órbita nuestros pensamientos, o como Hartman las llama, "nuestras valoraciones", para encontrar el certero camino de su filosofía; aceptando que ésta, con la definición de Bertrand Russell, "es el intento de comprender al mundo"?

Ha habido y hay muchas maneras de explicárselo. La historia de las escuelas filosóficas es, a no dudar, la de las innumerables tentativas hacia esa comprensión. Pero ahora se ha llegado, por un prodigioso salto cósmico a la más alta cima hasta hoy lograda para *aprehender* el universo. Tal meta cimera, ello no obstante, es sólo privilegio de pocos. Su altitud inequi-

parable aumenta lejanías. La ilusión de que toda la humanidad la ha coronado, porque hombres son los campeones de la pasmosa hazaña ascensional, es una típica paradoja. Hasta el advenimiento de esta revolución producida por la ciencia las diferencias de niveles entre los diversos planos culturales aparecían comparativamente menores. Pero hoy sus distancias se han tornado gigantescas, en casos, casi abisales. Y, a despecho de que la técnica de las comunicaciones y de los recursos informativos nos dan la impresión de un mundo más intervinculado entre sus diversos sectores geográficos y humanos, este acercamiento resulta realmente muy relativizado por profundas separaciones cualitativas: Tanto más alto el ápice alcanzado cuanto más lejana la falda baja de la montaña; tanto más apartado el vértice de su base cuanto más numerosos los grados en lontananza entre una y otra, con sus correspondientes y bien diferenciadas jerarquías de estimativa. Escalones o estribaderos de la subiente escarpa en cada uno de los cuales se puede tener un miraje del invenido panorama; que ha de resultar, por incompleto, siempre ilusorio, para los que se hallan más arriba o para los que han llegado a la predominancia de la visión cabal.

DE las ideas que Hartman mueve en sus reflexiones importa remarcar las que él sugiere acerca de las proyecciones de la revolución intelectual, "de la nueva ciencia que ha iniciado su camino", sobre la conciencia histórica del hombre de hoy. A mi ver, esta es la más trascendente. Sus citas de Whitehead, en *Science and the Modern World*, dan coyuntura para recordar algunas otras de este insigne pensador, quien ha sido de los más altos orientadores que han aparecido en nuestra época. Y vale copiar la que Hartman transcribe:

Nada hay más impresionante como el hecho de que al ascender la matemática más y más a las regiones superiores y a extremos cada vez más altos del pensamiento abstracto vuelve a la tierra con una autoridad correspondiente para analizar los hechos concretos.

Cabe, empero, traer a mientes —alguna vez lo hice en estas mismas páginas— los conceptos de Whitehead sobre la influencia de la nueva ciencia en la filosofía contemporánea. Que así

como las ideas de Newton dominaron por entero a la que se innovó con Kant a fines del siglo XVIII, las de la Relatividad y los Cuantos, con la cuales se inaugura la gran transformación presente, "están labrando una nueva filosofía" a tenor de James Jeans. Porque es menester recordarlo bien, y en este caso con palabras de Cassirer, como:

La filosofía del siglo XVIII se enlaza por doquier... con el paradigma metódico de la física newtoniana; pero lo aplica universalmente. A mediados del siglo la victoria de esta concepción es definitiva. Y por mucho que los diversos pensadores y las diversas escuelas difieran en sus resultados, coinciden en estas premisas epistemológicas. Hablan el mismo lenguaje *El Tratado de Metafísica*, de Voltaire, *La Introducción a la Enciclopedia*, de D'Alambert, y la investigación sobre los principios de la teología natural y de la moral de Kant. Expresan que el método auténtico de la metafísica coincide con el que Newton introdujo para el conocimiento de la naturaleza que en este terreno resulta fecundo.

Con esa filosofía dieciochesca se aparejaron las ideas de toda la decimonónica. Con ella conformó la cultura europea, y la de otras zonas continentales que de ella se embebieron, sus conceptos filosóficos normativos. Y con ella se gestó nuestra conciencia histórica. Mas cuando aparece la nueva ciencia, la que comienza recusando las ideas basales de Espacio, Tiempo, gravitación materia y energía; la que viene con Einstein y con Plank y requiere la actualización de la nueva matemática, la palabra advertidora del fundador de la moderna Relatividad en su libro *The Evolution of Physics* es indesdeñable: "Los resultados de la investigación científica obligan muy frecuentemente a cambiar la visión filosófica de los problemas que se extienden más allá del restringido dominio de la ciencia". Y, otra vez, para dejar bien sentada esta premisa, se puede recordar del libro de Eddington, de 1920, *Espacio-Tiempo y Gravitación*, cuando adelantó las palabras subsiguientes, hoy corroboradas e inequívocas:

Con su teoría de la Relatividad Albert Einstein ha provocado una revolución en los conceptos de las ciencias físicas.

Años después, en el Capítulo I de otro libro del mismo autor —*La Filosofía de la Ciencia Física*— esta aserción ampliatoria:

Las distintas divisiones del pensamiento humano no son herméticas como para que un progreso fundamental en una de ellas no influya en las otras. La gran evolución de la Física teórica, que comenzó en los primeros años del presente siglo, es una evolución puramente científica; pero que debe afectar necesariamente la corriente del pensamiento humano, así como también influyeron en ella, en su época, la creación de los sistemas de Copérnico y Newton.

De aquí arranca la gran peripecia de la mente del hombre de hoy frente a la decisoria revolución intelectual que está transmutando su conciencia. Pero de aquí arranca asimismo la nueva escala de valoraciones impuesta por esa tan radical mudanza. Vuelvo a una expresión de juventud para reiterar que hoy la *conciencia*, como el vocablo mismo, se forma *con ciencia*. Sin ella, o con ella a medias, quedaremos, como Hartman dice:

ciegos ante los valores reales que nos rodean y que están en nosotros.

O miopes, según los casos; aunque, de todos modos, habrá lejos o cerca de nosotros quienes los vean con íntegra claridad a la luz de las nuevas verdades científicas. Y este es el, hasta ahora, venturoso designio de las colectividades adelantadas —y tanto de nosotros!— en la épica empresa de descubrir lo que Eddington llamaba la nueva estructura del universo.

La frase terminal del artículo de Hartman, asidero de estas notas, es ya de enfoque históricopolítico, y a eso vamos: "Los satélites que giran sobre nosotros en estos momentos presagian nuestra destrucción o nuestro destino cósmico". Pero aquí recordaré las consoladoras opiniones de Einstein en una conversación que tuve con él en Princeton, a principios de 1948. Sin dejar de expresar su profunda inquietud por las desastrosas consecuencias del uso bélico de la energía nuclear a cuya invención él tanto había contribuido, no ocultó su claro optimismo por las posibilidades —"que aparecen imprevisibles", me dijo— del uso de la nueva fuerza para fines pacíficos. Y cuando yo le expresé que en mi sentir con aquel nuevo y prodigioso poder del hombre sobre la naturaleza vendría la revolución que realmente transformaría al mundo, dejó el inglés,

que profería con lentitud, para responder vivamente en alemán: "Son nuestras esperanzas y también nuestros deseos".¹

La renovada conciencia histórica de esta revolución que en todos los órdenes está produciendo la ciencia va proyectándose decisivamente en la política. Mas, sin duda, en la política mejor ajustada a normas filosóficas, que es el comunismo. Pues si recordamos que para el marxista genuino, su doctrina no significa solamente la adopción de "una filosofía", sino la de la fe militante de un credo que ha suplantado en su totalidad a cualquier otro, obvio es reconocer que una crisis filosófica que afecte y comprometa al marxismo, es para su profesante auténtico más que un mero trastorno de ideas: equivale a una honda perturbación religiosa.

Se puede, por tanto, pensar, con poco riesgo de error, que la más efectiva y heroica prueba de la crisis filosófica con que la revolución científica de nuestra centuria ha conmocionado la conciencia humana, la está confrontando el marxismo en sus escenarios culminantes de creencia y aplicación. Y tienen un alto sentido de revelación comprobatoria las exaltadas palabras que en el artículo de Hartman cita de Krushchev, a quien:

...oímos tronar contra la ortodoxia marxista, contra los "testarudos", "talmudistas", "loros" que "aprendieron de memoria, frases viejas teóricas que no valen un kopek". "Si Marx, Engels y Lenin se levantaran de sus tumbas ridiculizarían a estos ratones de biblioteca y comentaristas que en vez de estudiar la sociedad moderna y desarrollar teorías en forma creadora tratan de encontrar en los clásicos una cita sobre lo que debe hacerse en una central de tractores."²

A las cuales palabras pueden añadirse innumerables más de semejante entonación y significado procedentes del mismo Khrushchev; quien osada y patentemente protagoniza al marxismo dialéctico que aplicó al determinismo materialista de la historia la Lógica de Hegel, según la cual "todo deviene, pasa y es negado". Y de la que escribió Engels en su estudio sobre Feurbach estos iluminadores dictados:

¹ Véase mi libro *Mensaje de la Europa Nórdica* —In Memoriam Albert Einstein, Buenos Aires, 1957.

² *Cuadernos Americanos*, Núm. 100, p. 192.

...la verdadera grandeza de la filosofía hegeliana consiste en que derriba de una vez por todas la pretensión de una validez definitiva de todas las creaciones del pensamiento y de la acción humanas.³

Aseveración que conlleva una clara consecuencia respecto del marxismo, que es una de esas creaciones, y que, por tanto, no puede pretender ser excepción de aquella regla hegeliana. Pues, por algo Lenin, en sus "Cuadernos", de la *Historia de la Filosofía* advirtió preventivamente a los neófitos del marxismo deficientemente aprendido, como:

No se puede comprender plenamente *El Capital* de Marx, y particularmente su Capítulo I, sin estudiar antes a fondo y comprender *toda* la Lógica de Hegel.⁴

Y la Lógica de Hegel —que según alentadoras noticias está en vísperas de publicarse o acaba de ser editada por primera vez, completa, en castellano— se basa en el principio del *proceso*. Del cambio y negación de todas las cosas, a partir de las ideas de Heráclito para quien el Ser es sólo inteligible en términos de *Devenir* (*Werden*). Tal lo explica:

Comprender la Naturaleza y representarla como un proceso, es la verdad de Heráclito y el concepto verdadero. Es evidente que Heráclito no ha podido decir que la esencia es el aire (Anaximenes), o el agua (Thales), o una cosa análoga. Pero el Fuego sí es un *proceso*, y por eso ha dicho que el Fuego es un principio... Heráclito fue el primero en formular la naturaleza del infinito; el primero en concebir la Naturaleza como infinita en sí y como *proceso* en su esencia. A partir de él comienza la existencia de la Filosofía.⁵

Porque si los padres de la filosofía jónica aceptan, con Thales, la idea de cambio sin explicarla, y con Anaximandro el

³ F. ENGELS, *Ludwig Feurbach und der Ausgang der classischen Philosophie*, Wien-Berlin, 1927, I.

⁴ Cuadernos de Lenin en la Historia de la Filosofía, bajo la dirección del Prof. A. V. Sheglov de la Academia de Ciencias de la URSS. Traduc. castellana, Edit. "Problemas", Buenos Aires, 1942, pág. 178. La palabra "toda" fue subrayada por Lenin.

⁵ Hegel, *Verlesungen über die Geschichte der Philosophie*, 258-

cambio sólo en dos direcciones inneminadas, que Anaxímenes llama ya específicamente *calor y frío*, volvamos a Hegel para recordar que:

Al decir que todo fluye, Heráclito establece como una determinación fundamental de todo lo existente, *el devenir*, mientras los Eleatas habían conocido el Ser fijo, y sin proceso, como constituyente sólo de la Verdad.⁶

De aquí que la lógica hegeliana, cuyo íntegro conocimiento señalaba Lenin como necesaria condición para comprender "plenamente" a Marx, readquiera hoy actual y fresca vigencia para explicar también el proceso del marxismo como una "creación del pensamiento y de la acción humanas"; el cual no puede pretender "una validez definitiva", reiterando las palabras de Engels sobre Hegel más arriba citadas. Y para explicar, a su vez, el cabal proceso científico contemporáneo y las consecuencias filosóficas que él lleva implícitas, en sus alcances de revolución universal de todas las normas de la cosmovisión del hombre de nuestro siglo.

LA Lógica de Hegel, tal es sabido, hace su sistema en la "ley de las triadas". Cada realidad de la naturaleza, cada verdad del pensamiento, tiene tres fases o etapas: dos de oposición, uno que afirma y otro que niega, *relativa pero no absolutamente contrarios*, y otro resultado culminante y diverso de la unificación de éstos. Los cuales enfrentados antagonicamente como *tesis y antítesis*, como enunciado y negación, *devienen*, procesalmente, en una síntesis de superación afirmativa.

Importa, sí, puntualizar que la dificultad de entender y aplicar el sistema lógico hegeliano cuyo autor fue llamado "el Oscuro", al igual que a Heráclito— proviene del sólito olvido de que la opugnación de los fundamentos de la triada dialéctica de Hegel no es un enfrentamiento de contrarios fijos e inconciliables, como Fichte había concebido antes, su contraposición del "ego-absoluto" y el "no-ego" en tesis y antítesis casi estáticas. El sistema hegeliano es *procesional*, movil y *determinista*. Adopta el precepto spinoziano "Omnia determinatio est negatio", que califica "de una importancia infinita"⁷, y esta-

⁶ HEGEL, *Encyclopaedia*, Paragraph 88.

⁷ HEGEL, *Logik*, Cap. II.

blece que su sistema se basa en una *antinomía* de principios *contradictorios* que son, al mismo tiempo, unos y diversos. Así, el primer paso o grado de ese proceso lógico es una afirmación preliminar unificada, el segundo es una negación y diferenciación de lo afirmado, y el tercero, es una distinta y superior suma sintética que deviene *otra* unificación afirmativa; elemento inicial de una nueva triada en el proceso incesante del perenne fluir y mudar de todas las cosas. Los clásicos ejemplos son conocidos: La semilla, es una esencial unidad de vida que ubicada en el suelo propicio desintegra —o niega— sus elementos constitutivos, sin destruirlos. Y, debido a su unidad vital los mantiene juntos mientras se transforman en algo diferente de la semilla misma —segunda negación— para *devenir* en una planta nueva que en todo este proceso ha mantenido su substancial unidad orgánica. De suerte que "la negación de la negación" dialéctica hegeliana —cuyo trasunto a la lógica matemática es la regla algebraica del "más por menos da menos y por menos da más"—, no es *suprimir* lo negado, como en el caso de la semilla arrojada al fuego, en vez de sembrarla en la tierra apropiada, ni contraponer opuestos sin esencialidad unitaria. Sino negar, conservando la immanencia de lo negado, para superarla por un tránsito cualitativo —*der qualitativen Sprung*— en una nueva y más alta unidad.

Hegel aplica su sistema al proceso de inducción científica: La hipótesis inicial, es la primera unificación del hecho —*tesis*— la cual aparece como disuelta en el confrontamiento de hechos opuestos que la niega. Pero para que el proceso científico se cumpla, es preciso que nuevos elementos mantenedores de la unificación originaria, reúnan los hechos contradictorios anti-téticos armonizándolos en una síntesis que resulta en una otra expresión de la verdad. La cual conlleva los elementos opuestos y es, simultáneamente, "diferente y la misma". Como en la imagen inmortal de Heráclito: "las aguas del río en que me baño son siempre otras y el río es el mismo".

De Hegel queda el sistema y, dentro de él, su concepción debe ser negada y superada. Tal él lo dice:

Cada filosofía es la filosofía de su época, un eslabón más en toda la cadena de desenvolvimiento espiritual que no puede satisfacer sino los intereses de su tiempo. Esto es, porque el Espíritu en que vive presentemente un profundo concepto determi-

nado no puede satisfacerse con una filosofía anterior. Lo que él quiere encontrar en la filosofía es ese concepto que ya constituye su determinación interna y la raíz de su existencia—ese concepto ha sido el objeto del pensamiento: él quiere conocerse a sí mismo. Pero en una filosofía anterior la Idea no existe todavía bajo ese aspecto. Por esa razón el platonismo, el aristotelismo, etc., todas las filosofías continúan viviendo todavía mantenidas dentro de sus principios. Pero la filosofía (de hoy) ya no está más dentro de las formas y etapa de las filosóficas platónica o aristotélica. Nosotros no podemos quedar en esa etapa; esas filosofías no pueden ser resucitadas. Es por esto que no puede haber en nuestros días platonistas, aristotelistas, estoicistas, epicuristas, etc. Resucitarlos significaría pretender retroceder a un grado anterior.⁸

El principio precedente es aplicable a la propia filosofía de Hegel, la cual pasa con su época, aunque es un indestructible eslabón de toda la cadena del desenvolvimiento de la mente o espíritu del hombre en su esfuerzo imperecedero de comprender al mundo y conocerse a sí mismo. Pero de la filosofía idealista hegeliana queda su norma dialéctica; su heraclitana aplicación del principio del *devenir* que el marxismo recoge para negar, continuar y superar al hegelianismo al sentar las bases la nueva concepción materialista de la naturaleza y de la historia. A su vez, el sistema filosófico marxista no puede ser excepción del sistema dialéctico que adopta y supera. Y la filosofía de Marx, es asimismo, "la filosofía de su época", sujeta al principio del permanente proceso, cambio, mutación y transitoriedad de todas las creaciones del pensamiento y acción humanas. Porque—y vuelvo a un argumento ya antes enunciado—el hombre que descubrió que todos los hombres deben morir, se murió también.⁹

Como el marxismo—que "es toda una concepción del mundo", a tenor de consabidas palabras de Plekhanov—se basó en conceptos científico-filosóficos newtonianos, y en todos los progresos, que se imaginaron meta, de los conocimientos sin duda extraordinarios alcanzados hasta el siglo XIX, su negación

⁸ HEGEL, *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, op. cit., 60-62.

⁹ Véase mi libro *Espacio-Tiempo-Histórico*, Lima, 1948, Diálogo I, p. 86.

dialéctica, la cual no suprime, sino que conserva y supera lo negado, estriba en la nueva ciencia del siglo xx. Cuyos portentosos adelantos epilogan una edad e inauguran otra del proceso de la evolución del pensamiento y acción del hombre en su tenaz afán de comprender y señorear el universo.

Cabe aquí, como digresión, tomar en cuenta las objeciones científicas antideterministas que han actualizado los portavoces de la nueva Física relativista e intraatómica. Según la cual tanto más exacta la posición que pueda especificarse de una partícula, tanto menos exacta la predicción de su velocidad, y viceversa; postulado de la "incertidumbre" o "indeterminismo" del que es autor Werner Heisenberg —en *Die Zeitschrift für Physik*, 1927, y en su más divulgado libro de versión inglesa *The Physical Principles of Quantum Theorie*, de 1930. Que no obstante la todavía abierta discrepancia entre deterministas e indeterministas el gran debate ya está planteado. Y él compromete las hasta ahora incommovibles normas del determinismo, fundamento de toda la ciencia decimonónica, a partir de las concepciones newtonianas; con Darwin en biología, con Marx en sociología, con Ivan Pavlov y Segismundo Freud en psicología, hasta el advenimiento de las teorías de la Relatividad y los Cuantos que plantean la primera negación del principio absoluto del determinismo y franquean el camino a las de todas las filosofías no deterministas. Por más que pueda aducirse aun, que ciertos elementos de la naturaleza aparecen claramente sujetos a una ley de determinación, aunque ella misma pudiera estar exenta de todo determinismo, la objeción ya está en pie.

En el mismo campo filosófico la innovada ciencia de nuestro siglo intenta ahora otra negación de mayor calibre al materialismo marxista, cuya definición, explica según Engels, "las relaciones entre el pensamiento y la materia". La pregunta inicial de los filósofos-científicos puede epitomarse en, *¿cuál materia?* Ciertamente es que el materialismo marxista recusa el de Thomas Hobbes y Pierre Gassendi, del siglo xvii, inspirado en el de los atomistas griegos; como refuta asimismo el de La Mettrie y Paul d'Holbach, de la centuria siguiente, o las teorías de Buckle y de Bentham. Ciertamente es, también que el determinismo materialista de Marx no supone, como frecuentemente se cree, que *todos* los actos humanos son motivados por causas materiales. Pero es asimismo patente que "las relaciones entre el pensamiento y la materia" filosóficamente planteadas por el

marxismo son referidas a las nociones que sobre ésta predominaron en el siglo XIX. Pues aún tratándose de los determinadores económicos de la evolución histórica la generalización de Marx aparece científicamente vulnerable. Son, al respecto indefinibles, los argumentos de Arnold J. Toynbee en su enunciado sobre la génesis de las civilizaciones, cuando él demuestra que de las comunidades primitivas—sujetas a imperiosas necesidades económicas que deberían determinar su tránsito a la categoría de sociedades civilizadas— sólo nueve, o quizá diez, han dado "el salto cualitativo" hacia el estadio superior, mientras más de seiscientos de ellas, clasificadas por la Antropología-Social, permanecen en la situación relativamente estática de su pristinidad.

Es, empero, inobjetable que debido a los descubrimientos de la ciencia nuclear y cuántica sobre la materia, las relaciones de ésta con el pensamiento han variado esencialmente. E importa reproducir aquí una cita Dampier Wetham, ya hecha anteriormente en otro trabajo, por su ilustrativo valor argumental:

Para el antiguo filósofo la materia era en esencia algo que se extendía en el espacio y persistía a través del tiempo. Pero el espacio y el tiempo son relativos para el observador y no hay un espacio o un tiempo cósmicos. En vez de las masas persistentes de materia o electrones situadas en un espacio tridimensional, tenemos una serie de "hechos" en un espacio-tiempo de cuatro dimensiones. Las fuerzas a distancia y especialmente las gravitatorias, y la necesidad de explicarlas, han desaparecido igualmente; sólo existen relaciones diferenciales que conectan juntos los hechos próximos en el espacio-tiempo. El antiguo materialismo ha fenecido, e inclusive los electrones que durante un tiempo reemplazaron a las partículas de la materia, se han convertido en fantasmas incorpóreos; meras firmas ondulatorias; no son ondas siquiera en nuestro espacio familiar, o en el éter de Maxwell, sino en un espacio-tiempo de cuatro dimensiones que nuestra mente no puede describir en términos comprensibles. De este modo la materia que pareció a los materialistas del siglo XIX tan familiar, resistente y eterna, ha llegado a ser increíblemente compleja. Diseminada en grupos de diminutos electrones en los vastos espacios vacíos de átomos, o como los grupos de ondas que penetran en éstos, se disipa, además, por radiación, en cuan-

tía tal, que sólo nuestro sol radia a razón de 250 millones de toneladas por minuto.¹⁰

Cabe no olvidar que esa concepción revisionista de la materia fundamenta la gran revolución científica de nuestro tiempo. Y que es ella la que mueve todos los prodigios de esta Edad Atómica, cuya influencia sobre el pensamiento y acción del hombre es correlativa a la magnitud de sus progresos.

Suelo citar como la mejor respuesta de un marxista erudito y famoso —J. B. S. Haldane— al planteamiento filosófico de la negación del determinismo materialista que sirvió de base a Marx para su "concepción del mundo", estas palabras de lógica explicación.

...Es justicia agregar que probablemente resultaría posible citar frases aisladas de Engels y Lenin compatibles con una plena aceptación de la teoría de la Relatividad, aunque yo mismo no he descubierto ninguno de esos pasajes. Y en mi opinión esa sería una objeción fatal al marxismo, como contribución al método científico, sino formara parte de la teoría marxista, que el marxismo no tiene la menor pretensión de ser definitivo.¹¹

Y con su propia dialéctica, no puede serlo. Einstein mismo escribió humildemente en su libro *The Evolution of Physics* que

No hay teorías eternas en la ciencia. Cada teoría tiene su gradual desarrollo y triunfo, después del cual experimenta una rápida declinación.

Y la primera y paladina consecuencia de las verdades esenciales que esta nueva Edad sólo comienza a cimentar, es —ciertamente— la de la declinación de todos los conceptos basales de la ciencia triunfante en el siglo pasado. Así como la de las concepciones y sistemas filosóficos que fueron la generalización de sus leyes. Quizá si sólo reconociendo la validez de esta premisa no sería difícil emprender la ascendente andadura ha-

¹⁰ DAMPIER-WETHAM, *Historia de las Ciencias*, traduc. México Lee, 1944, parágrafo 397, Cap. X.

¹¹ J. B. S. HALDANE, *La Filosofía Marxista y las Ciencias*, traducción castellana, Edit. Siglo XX, Buenos Aires.

Cr. Del autor, *Cuadernos Americanos*, 1945, año IV, Vol. III y Vol. VI, 1947.

cia la comprensión íntegra del significado de la revolución universal que hasta ahora nos pasma. Sin olvidar que ella sólo se halla en los prolegómenos de sus insospechables conquistas futuras.

QUEDARÍA por retomar en estas notas el tema de las relaciones entre el grandor de la transformación científico-tecnológica a la cual asistimos y los sorprendentes cambios de conceptos y praxis histórico-políticos que van alterando, también aceleradamente, nuestras nociones generales de su aplicación. Para comprobar, en primer término, cómo contrastan ya ostensiblemente las ortodoxas profecías que en el siglo XIX se hicieron sobre el mundo de hoy y su realidad actual. Que aquí también importa mucho "poner nuestras ideas en órbita", a fin de descubrir los subyacentes y relativos paralelismos del proceso de los descubrimientos y logros de las ciencias físico-matemáticas con los de las innovadas estimativas de las llamadas sociales, proyectadas hacia una distinta visión filosófica cósmica.

Cabe, por tanto, proponer algunos alcances—o reiterarlos—tomando como punto de partida "los hechos espaciotemporales" que "la ciencia natural describe"—con las palabras ya transcriptas de Hartman— para compulsar su *significado* en la valoración de la problemática mundial; habida cuenta de las dimensiones y enlaces de la revolución intelectual comportada por la nueva ciencia, la cual abarca del micro al macro cosmos y deja el camino abierto a la indagación de sus profundos y tramados sistemas de generalización. Este es, en mi sentir, el designio aún incumplido de la nueva filosofía; una de cuyas etapas precursoras puede ser la tendencia existencialista moderna, detenida ante el tramonto de una concepción del universo que se hunde en las sombras, y que no espera la luz de un nuevo día. Pero la gran cuestión no radica precisamente en confundir la crisis crepuscular de los sistemas filosóficos que decaen con la negación de los conocimientos que le sirvieron de base, sino en avizorar, con el advenimiento de los que caudalosamente llegan y dominan la conciencia del hombre, el nuevo ordenamiento orbital que ellos revelan.

Es innegable que en este período inaugural de la llamada Edad Atómica la posibilidad más resaltante es la de la liquidación de la guerra. No debida a una elevada decisión espontánea de los conductores de la política en los Estados más po-

derosos, sino obligada por el hecho inevitable de que la nueva e ingente energía nuclear en sus aplicaciones bélicas conlleva la ruina total de la humanidad. El significado trascendental de esta paradoja, es, a no dudarlo, de incalculables consecuencias. Porque la guerra —*polemos pater pantos*, del apotegma de Heráclito— deja de ser la causa de todas las cosas y resulta difícil aceptar ahora el veredicto marxista de "*la violencia partera de la historia*". Y si el poderío incalculable, —y sólo comenzante en el hallazgo y uso de sus terribles poderes destructivos— de las armas atómicas, resulta el cancelador de la guerra, es evidente que esta mera consecución trastrueca toda la fisonomía del mundo político y social, y acarrea profundas mudanzas en las concepciones mismas de la vida y de la historia.

Este es, ciertamente, el ejemplo más patente de las relaciones entre las ciencias físico-matemáticas y las sociológicas. Y vale remarcar que si un traspies de irracionalidad o de loca pasión, no interrumpe el curso hasta ahora favorable de los avanzados tratos políticos para imposibilitar la guerra, nos hallamos en las vísperas del comienzo de un mundo de veras transformado. Las derivaciones de tal acontecimiento —pongamos por un momento de lado el argüir tozudo de los escépticos— no son difíciles de imaginar. Pues basta adelantarse a suponer cuál será la actitud del filósofo, ubicado ante una realidad tal. Y de ella estamos más cerca que lejos.

Empero la revolución científica lleva implícitas otras verdades insospechadas para el economista, el sociólogo, y para el mismo filósofo del siglo XX. Una de las ramas más fuertes de la producción humana, de los grandes países producto del trabajo y por tanto altamente costosa, en dinero, vale decir en empleo de capital, es hoy la de complejas máquinas astronáuticas exentas de las leyes económicas sobre mercancía intercambiable. Si la guerra se suprime, aquel tipo de producción de instrumentos del más alto refinamiento logrados por la técnica, escapa a los cartabones de la economía política que prescriben a todo producto del trabajo una finalidad de inmediato o mediato lucro y beneficio. El esfuerzo y los capitales invertidos en fabricar un maravilloso proyectil destinado a la luna, u otros satélites interespaciales, se desajustan de los principios de la *plus-valía* y plantean la realidad incontrastable de un tipo diferente de producción sin cambio. ¿Podría llamársele ya el de "*la producción desinteresada*"?... Hay, ello no obstante, otro aspecto socioeconómico de la revolución científica a todas

luces evidente: Entre la clase proletaria o productora manual, definida como tal por los tratadistas de uno y otro bando del siglo pasado, y la clase explotadora o capitalista —que cuando ésta deja de existir es suplantada por el Capitalismo de Estado— está apareciendo una *nueva clase*. No la de Milovan Djilas, que puede ser una burocracia de enclave relativamente efímero, a despecho de su aparente estabilidad de privilegio; sin otra clasificable como la del "trabajador intelectual", científico y tecnológico, sin cuya presencia y aumento las hazañosas victorias que hoy nos asombran habrían sido y serían irrealizables. Y este tipo de productor está fuera de las nomenclaturas del asalariado que labora rutinariamente con la máquina o con la tierra, que recibe un salario del patrón privado o del patrón estatal, por el producto de su trabajo destinado al cambio y al consumo. No es ni psicológica, ni social, ni culturalmente un "trabajador manual". Su categoría es otra; su preparación, sus calidades personales y sus necesidades de ambiente diferencian su tipología clasista. Pero su número aumenta en proporción al indetenible desarrollo de esa nueva actividad humana que nos lleva a la epopéyica aventura de llevar su anhelo de conquista cósmica a los espacio-tiempos inter-estelares.

Simultáneamente, la misma tecnología-científica de esta comenante Edad Atómica revoluciona la máquina con perfeccionamientos maravillosos: El "automatismo", los "cerebros mecánicos", todos los instrumentos excelentes del poder electrónico que reemplazan y sobrepujan el trabajo directo y más lento del hombre —que es su creador— nos acercan, ahora sí, a lo que hay de vaticinio en aquellas palabras de la *Política* de Aristóteles:

... porque si cada instrumento bajo el comando o la pre-concepción de su señor pudiera cumplir su tarea (como dice la versión de las estatuas de Dédalo o como el poeta nos relata de los trípodes de Vulcano: 'que ellas se movían por su propio acuerdo dentro de la asamblea de los dioses') entonces las lanzaderas tejerían y sonaría la lira por sí sola, y no necesitaría el arquitecto tener servidores o el patrón esclavos. (1254 a).

Puede inferirse que si en muy breves años hemos llegado ya a los altos logros del maquinismo "automatista"; de la máquina al servicio del hombre —no ya su esclavizadora, sino su esclava—, a quien exonera de tantas formas rudimentarias

de labor en la que su mano era insustituible, los veloces adelantos de este ahora sólo principiante sistema de revolucionado maquinismo serán cada vez mayores. Y así como por imperativo racional debemos rendir nuestro altanero e iluso convencimiento de que hemos llegado a los topes del progreso, y aceptar humildemente que ciencia y técnica apenas se hallan en sus tramos de incipiencia, nos es forzoso también reconocer otra verdad: Que si la guerra nuclear no ha de destruir todas las presentes y promisoras creaciones del hombre, la "sociedad sin clases" tampoco será el desenlace predicho de su odiosa lucha, sino la imposición pacífica de la incruenta revolución que conducen sabios, tecnólogos y expertos. Los cuales, cada vez más serán legión.

Lo difícil —y no es redundante reiterarlo— es desasirnos de las trabas mentales aferradas en prejuicios, de una ya facticia o congelada concepción de la vida, de la sociedad y sus problemas. De aquí el estupor o el pesimismo derrotista con que no pocos ven las rectificaciones, aparentemente claudicantes, de la política en uno y otro de sus dos campos mayores y rivales. Confunde, a los impertérritos en creer que los programas marxistas de 1848 deberán cumplirse, que esto no ocurra o que Rusia Soviética abjure y condene la violencia, convertida hoy en *sepulturera de la historia* e invoque paz y convivencia al contrapuesto régimen económicosocial, que según los cánones del "Manifiesto Comunista" de hace más de un siglo, debe ser destruido indefectiblemente por la fuerza y suplantando a sangre y fuego por "el comunismo de guerra". Desconcierta a los sumisos repetidores de textos obsoletos ver que los proletariados más antiguos e industrialmente más calificados de Europa, a quienes Marx señaló como obligados protagonistas de la revolución socialista, la recusan, y prefieren los seguros caminos de una democracia económica que va ganando la justicia sin inmolar la libertad. Y, a pesar de sus muchas alegaciones excusadoras, el hecho más notorio y el ingrediente mayor de tanta perplejidad es que las atrayentes promesas de 1917 no hayan cumplido su repetidamente anunciado programa de revolución mundial, a lo largo de cuarenta y dos años, desde un baluarte de poder tan ingente como el ruso.

Por el otro lado, si bien es incomprensible para muchos la supervivencia del sistema capitalista privado, cuya muerte había sido diagnosticada, no es menor causa de escepticismos reconocer que éste también evolucione contrariando sus pre-

establecidas pautas de estructura y comportamiento. O que reaparezca negado y conservado al mismo tiempo, en una superación que no ha perdido su unidad vital, —como la semilla y la planta en la imagen dialéctica de Hegel— bajo la forma de *Capitalismo del Estado*, en vez del esperado Comunismo, en la propia Rusia. De suerte que dentro de la estricta clasificación de la ciencia económica, la contraposición de los dos ordenamientos predominantes y ultrapoderosos del mundo actual es la de sendas formas o ramas del mismo entroque capitalista: El de la propiedad privada con muchos patrones, y el de un solo patrón y propietario estatal. Que para ambos trabaja el obrero de la ciudad y el campo, por un salario desigual, pagable en dinero “según su trabajo” —como es ley de régimen capitalista— y no “según sus necesidades” —como lo establece la comunidad socialista— dentro de dos diversas estructuras políticas; cuyos gigantes aparatos de poder son sostenidos económicamente por semejantes escalas de severos impuestos unánimes. Luego no es absurdo que ambas puedan coexistir. Ni que su coexistencia insinúe aproximaciones imprevistas —y dables en un asegurado contorno de paz—, a las líneas convergentes de una síntesis de la contradictoria dualidad del capitalismo que aún mantiene la explotación del hombre por el hombre, o por el Estado formado y rigido por hombres.

Un intento de explicación de estas complejas realidades puede hallar coyuntura en la tesis del desarrollo históricossocial como *proceso* no sujeto a itinerarios pre-fijados. Y en este punto, quizás incide la validez argumental de los científicos portavoces del indeterminismo o de la “incertidumbre”, pues también aparecen, como en la física cuántica, “sucesos” inesperados en el devenir de la historia. Y aunque un ritmo, una dinámica, un decurso de acaecimientos sean relativamente determinables, es audacia que se paga caro, pretender presciencia o disparar dogmáticas profecías sobre ellos. En efecto, para un hombre situado en el espacio-tiempo augural de 1917 el porvenir aparecía certera y claramente prevista: La Revolución Rusa era el albor epocal de una jornada que como en la metáfora hegeliana sobre las rutas civilizadoras que siguen la del sol, de oriente a occidente, debía cumplir su ineluctable horario histórico y marcar la culminación cenital de un absoluto cambio ecuménico. Pero un poderoso Josué apareció de improviso y detuvo el derrotero señalado de la luz para alumbrar el triunfo de una insólita batalla por la más alta verdad: La revolución de

la ciencia siguió una dirección contraria. Y, de occidente hacia oriente, universalizó sus gigantes victorias. Con ellas el epílogo de aquel esperado día alumbró otros caminos. Unos hacia la justicia con paz y libertad sobre la tierra, y otros hacia la conquista de las rutas asequibles de los astros.

EL ARTE COMO CONOCIMIENTO

Por *Salvador ECHAVARRIA*

EN el frontón del templo de Delfos consagrado a Apolo, leíase la inscripción famosa: "Conócete a ti mismo". Por haber obedecido fielmente a la orden del dios, Sócrates, acusado de corromper a la juventud y de no creer en los dioses de la Ciudad, tuvo que beber la cicuta y murió serenamente, departiendo con sus discípulos, preocupado hasta el fin por conocer o al menos conjeturar lo que sería la suerte de su alma inmortal en otra vida.

Desde hace más de dos milenios, ese lema ha sido el ingente proyecto de la civilización occidental. En tal empresa, Grecia forjó los dos instrumentos más poderosos de conocimiento: la lógica de Aristóteles y la geometría de Euclides. La investigación se extendió del hombre al universo, del microcosmos al macrocosmos. La Edad Media persiguió el conocimiento a la luz de la fe, el Renacimiento lo buscó a la sola luz de la razón y descubrió lo que ignoró la antigüedad: la observación de la Naturaleza. Copérnico, Kepler, Galileo, Newton ensancharon hasta lo infinito las fronteras del cielo de Ptolomeo. Surgió la experimentación con Pascal y Torricelli. Descartes y Leibnitz inventaron una nueva matemática y nuevas ciencias exploraron los últimos ámbitos del espacio y del tiempo. Hoy en día, la Ciencia, en su totalidad, forma una mole tan enorme que no cabe en una cabeza humana y la indispensable división del trabajo ha traído como consecuencia una dispersión y fragmentación del saber en múltiples y bien deslindadas especialidades.

Y sin embargo, a pesar de tan prodigioso esfuerzo, quedan aún amplias zonas de ignorancia. Lo desconocido sigue siendo la parte del león y todavía dista mucho de cumplirse el lema de Sócrates: la meta retrocede a medida que avanzamos, como el horizonte.

Pero aun suponiendo que todas las ciencias hubiesen llegado a su última perfección, quedaría una inmensa laguna para

dar cumplimiento a ese fundamental precepto. En efecto, el hombre que estudia una ciencia, sea ésta biología, antropología, etnología, medicina, psicología, etc., es un hombre fragmentario por razones de necesaria especialización, y es, además, un hombre despersonalizado desindividualizado, el hombre en general, aún, si se trata de sociología, el hombre colectivo. La misión del arte consiste precisamente en tomar como objeto de conocimiento al hombre individual de quien no puede hacerse cargo la ciencia, al hombre concreto, en su vida cotidiana, en su diaria convivencia con sus semejantes, al hombre que lleva un nombre que lo distingue de cualquier otro. El arte produce así obras que son ellas mismas individuos dotados de personalidad propia.

Por otro lado, el arte tiene el extraño y paradójico privilegio de encontrar y expresar lo general en lo particular, lo universal en lo individual. Por eso, los territorios adscritos a la ciencia y al arte serán siempre independientes, sin peligro de mutuas invasiones. El cráneo del hombre de Neanderthal no es, ni necesita ser el cráneo de nadie: es, abstractamente, el cráneo del hombre primitivo, desnudado de su persona, reducido a un conjunto de datos científicos; pero, en el cementerio de Elsenor, Hamlet toma en sus manos una calavera, pregunta al enterrador quién fue en vida y medita sobre el destino del pobre bufón que se llamó Yorick y que divirtió su infancia con sus chistes y sus cabriolas.

Una cosa es, pongamos por caso, la uremia, en un libro de medicina, y otra el drama de un hombre que enferma y muere de ese mal. Ambas —la uremia como proceso nosológico y como vivencia de un individuo y de sus familiares— son zonas independientes de conocimiento. Seguir paso a paso el desarrollo de la enfermedad y el drama que representa en la vida diaria de una familia, como lo hace Roger Martin du Gard en *La Muerte del Padre*, constituye un conocimiento no menos auténtico, aunque de índole totalmente diferente, que su descripción en un tratado médico. Para que la orden del dios délfico se cumpla debidamente, es preciso abarcar ambas zonas de conocimiento.

STENDHAL se apropió la definición que Saint-Evremond daba de la novela: "un espejo que se pasea a lo largo de un camino". Ese camino es el tiempo. El principal personaje de toda novela

digna de ese nombre es el tiempo y Marcel Proust pudo dar a su obra el título genérico de: *En busca del tiempo perdido*, y de: *El tiempo encontrado*. ¿Cuál es ese tiempo perdido? Decimos que perdemos el tiempo cuando nos empeñamos tercamente en una empresa imposible o cuando no hacemos nada de provecho; pero no es éste ciertamente el sentido en que lo entendió Proust. Tiempo perdido, como lo advirtió Valéry, es el tiempo naufragado, el tiempo que pasó sin dejar huella, que vivimos con sus alegrías y sus penas, sus mil facetas irisadas, pero que zozobró para siempre en la nada del olvido, la única muerte verdadera. Ese es el tiempo que el poeta y el novelista van a rescatar como buzos en las profundidades de los mares interiores, en busca de los tesoros que guardan los galeones hundidos del recuerdo.

Ese drama de la vida humana, del tiempo y del destino, únicamente lo ve o, lo que viene a ser lo mismo, únicamente lo expresa el poeta o el novelista. Todo se mueve en el tiempo —decía el viejo Heráclito—; pero se mueve imperceptiblemente. El tiempo vivido es muy distinto del que miden las oscilaciones del péndulo, o marcan espacialmente en la carátula las manecillas de un reloj. La huída del tiempo nos engaña con extraños espejismos. Una hora de espera o de aburrimiento nos parecerá eterna; pero los años transcurridos pasaron como un instante y no nos dejaron sino un puñado de cenizas. El arte resucita ese tiempo, lo fija, lo eterniza. Apresa, en las páginas de un libro, los momentos sucesivos de un destino, los días que fluyeron inconexos y los une entre sí como las notas de una melodía. Vive de lo fortuito, de lo contingente, de lo particular que no tiene cabida en la ciencia y que, sin embargo, es la trama misma de nuestra vida. Al final de una buena novela, debería sentirse siempre la angustia del tiempo que se nos va como la sangre por una herida, la tristeza del eterno fluir de ese río irreversible que renueva incesantemente sus aguas y corre despiadado hacia la mar de la muerte.

Hacernos sentir en carne viva esa patética vivencia del tiempo y del recuerdo es la misión del novelista, del poeta, del músico. El tiempo y el destino son las piezas maestras de ese divino juego.

Decía antes que el poeta o el novelista expresa lo general en lo particular, lo universal en lo subjetivo. No conozco mejor ejemplo de esto que el episodio de la magdalena en la novela de Proust. Sería difícil concebir algo más subjetivo e inco-

municable que un sabor. Al parecer, no es, no puede ser un tema literario. No obstante, en este célebre pasaje, un sabor se convierte en el protagonista de un pequeño drama silencioso en que se palpa lo que Proust entendía por tiempo perdido y encontrado.

Un día de invierno, adolescente y enfermo, "al regresar a casa —dice Proust— mi madre, viendo que yo tenía frío, me propuso que tomara, contra mi costumbre, un poco de té. Primero rehusé, y luego, no sé por qué, acepté. Envió a buscar uno de esos pastelillos cortos y rollizos llamados magdalenas. . . y pronto, maquinalmente, agobiado por el día mustio y la perspectiva de una triste mañana, llevé a mis labios una cucharada del té en que había dejado remojar un pedazo de magdalena; pero al mismo instante en que el trago mezclado con migas del pastel tocó mi paladar, me estremecí, atento a algo extraordinario que ocurría en mí. Un placer delicioso me había invadido, aislado, sin la noción de su causa. Había logrado que inmediatamente las vicisitudes de la vida se me volvieran indiferentes, sus desastres inofensivos, su brevedad ilusoria, del mismo modo que actúa el amor, llenándome de una esencia preciosa: o mejor dicho, esa esencia no estaba en mí, sino que era yo mismo. Había dejado de sentirme mediocre, contingente, mortal. ¿De dónde podía venirme esa poderosa alegría? Yo sentía que estaba ligada al sabor del té y del pastel, pero que lo superaba infinitamente y no debía de ser de la misma naturaleza. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Dónde apresarla? ¿Quién podía ser ese desconocido que no traía ninguna prueba lógica, sino la evidencia de su felicidad, de su realidad ante la cual las otras se desvanecían. . . ?" Tras largos esfuerzos, después de interrogar muchas veces en vano ese sabor extrañamente evocador, por fin Proust encuentra su causa: "De repente, se me apareció el recuerdo. Ese sabor era el del pequeño pedazo de magdalena que el domingo por la mañana, en Combray (porque ese día yo no salía antes de la hora de la misa) cuando iba a saludarla en su alcoba, mi tía Leonía me ofrecía después de remojarlo en su infusión de té o de tila. La vista de la pequeña magdalena no me había recordado nada antes de saborearla; tal vez porque, habiendo visto con frecuencia muchas, desde entonces, en los anaqueles de las pastelerías, su imagen había abandonado aquellos días de Combray para ligarse a otros más recientes; tal vez porque, de esos recuerdos tanto tiempo abandonados fuera de la memoria, nada sobrevivía, todo se había

disgregado; las formas —y también la de ese pastelillo en forma de concha, tan exquisitamente sensual, bajo sus pliegues serenos y devotos— se habían abolido o adormecido, habían perdido la fuerza de expansión que las hubiese permitido llegar a la conciencia. Pero cuando de un pasado antiguo nada subsiste, después de la muerte de los seres, después de la destrucción de las cosas, solos, más frágiles, pero más vivaces, más inmatéria-les más persistentes, más fieles el olor y el sabor perdura aún mucho tiempo como almas que recuerdan, aguardan y esperan sobre la ruina de todo lo demás, y que sostienen sin doblarse, sobre su gotita casi impalpable, el edificio inmenso del recuerdo”.

Nadie analizó mejor que Proust los procesos de la memoria espontánea. Nadie convirtió mejor lo subjetivo en lo universal. Todos podríamos sin duda encontrar en nuestra experiencia personal el equivalente de esa magdalena; pero se trata de algo tan sutil, tan fugaz y evanescente que apenas lo advertimos cuando rozó nuestra conciencia y lo dejamos disolverse en la nada: tiempo perdido, rescatado por el novelista, y zona de conocimiento que casi colinda con el éxtasis de los místicos.

Ese mismo poder de evocación que adquiere fortuitamente un sabor o un perfume, lo posee, en un rango infinitamente más eminente, la música. Por su incantación mágica, más aún que por la incidencia accidental de un sabor y desde luego con una diferencia radical de naturaleza, nuestro ser espiritual más profundo emerge como la catedral de la leyenda, y se nos revela la esencia misma de la vida: “Todo el residuo real —dice Proust— que tenemos que guardar para nosotros mismos, que la palabra no puede transmitir aún del amigo al amigo, del maestro al discípulo, del amante a la amada, ese inefable que diferencia cualitativamente lo que cada cual ha sentido y que por fuerza deja en el umbral de las frases en que no puede comunicar con su prójimo sino limitándose a puntos exteriores comunes a todos y desprovisto de interés, el arte, tanto la música como la pintura, lo hace aparecer, exteriorizando en los colores del espectro la composición íntima de esos mundos que llamamos individuos y que, sin el arte, jamás conoceríamos”.

Gracias al arte, se rompen las barreras que separan a las conciencias y se descubre, en la emoción compartida, la unidad fundamental de nuestro ser. “Insensato —decía Víctor Hugo— que crees que no eres yo”. Por el arte, una sensibilidad ajena se vierte en la nuestra y nos comunica su virtud como el imán,

según la bella metáfora de Platón. Y esto también constituye una esfera de conocimiento. Sin el arte, no tendríamos conciencia de esa vida común y solidaria, sin él habría permanecido oculta una esfera de conocimiento ajena a la ciencia y en que radica nuestro ser más íntimo. El arte es vida contemplada. Esta contemplación es la esfera del conocimiento puro, liberada momentáneamente de la acción y constituye otro mundo, al margen y por encima de la realidad. Esa liberación por el conocimiento que sólo puede proporcionar el arte, nos sustrae a la realidad "de un modo tan perfecto —dice Schopenhauer— como el sueño y los sueños; se desvanecen la desgracia y la desdicha, se olvida el individuo; dejamos de ser individuo, somos puro sujeto cognoscente: somos sencillamente el ojo único del mundo, ese ojo que pertenece a todo ser cognoscente".

Suele atribuirse a la poesía, al drama, a la tragedia, a la novela y al arte en general el carácter de creación. En rigor, sólo Dios crea, el arte humano sólo re-crea o re-presenta. Además esa pretensión a la creación nada añadiría al arte, antes bien lo privaría de su valor fundamental de conocimiento; porque de dos cosas una: o bien la obra tiene analogía o semejanza con un modelo y entonces no puede hablarse de creación, sino de imitación o mimesis; o bien plasma criaturas originales, sin modelo conocido, inéditas e insólitas, con lo cual dejaría de interesarnos totalmente. En efecto, somos por naturaleza ególatras. Para amar a nuestro prójimo, necesitamos amarlo como a nosotros mismos. En el apólogo de Oscar Wilde, cuando las nereidas quieren saber cómo era Narciso y se lo preguntan al estanque en que el joven, enamorado de su propia imagen, se había ahogado, el estanque responde: "¿Cómo era? No lo sé. Lo que yo miraba en él era mi propia imagen reflejada en sus ojos". Lo que buscamos nosotros en el arte es también nuestra imagen reflejada; pero precisamente, la misión del arte es romper la dura corteza de egoísmo que nos separa y nos aísla.

¡Cuánto más profunda es la doctrina de Aristóteles que veía, como su maestro Platón, en el arte, en todo arte, no una creación, sino una imitación, una mimesis! Imitar, desde luego, no es copiar servilmente lo visible, sino representar la vida en su ser esencial. El poeta épico o trágico imita costumbres o caracteres, pasiones y acciones. Lo mismo hace hoy en día el novelista. Las tres regiones de imitación que distingue Aristóteles corresponden a las tres grandes divisiones de la novela: la novela de costumbres o caracteres, la novela psicológica y la no-

vela de aventuras o de acción. En tal concepto, la novela y el teatro son trasunto, mimesis de un medio social, retrato de la conciencia de una época, espejo, según la definición de Stendhal, paseado a lo largo de un camino y, como tal, documento humano de primer orden, provisto de un incomparable valor de conocimiento.

Así pues, la imitación no se reduce a los objetos concretos y estáticos del espacio, sino que penetra en los reinos movidos del tiempo, en las regiones más secretas de la vida interior, en los más fugitivos estados de conciencia: detiene ese impalpable fluir, lo fija en palabras, sin destruirlo ni dañarlo, y realiza en tal forma una obra que es fundamentalmente de conocimiento.

Ese buceo en la subjetividad pura entrega tesoros tan personales, que parecen excluir toda participación. Y sin embargo, resultan ser los más transmisibles: antaño desconocidos, arrancados de la nada, pronto se convierten en patrimonio común.

Es mimesis también, realizada en la irreversible duración, seguir uno a uno los pasos de la acción en la tragedia, en la comedia o la novela, o los de un acontecimiento en la historia: la perfección de la copia se revela por la impresión indefinible de verosimilitud, o por la virtud del contagio.

La condición primordial de esa imitación es su adecuación a la realidad. En esto se asemeja a la verdad científica y exige del artista las mismas dotes de observación, de rigor y de método que se requieren del sabio, sólo que con el carácter de manifestar lo universal en lo individual. Esto, precisamente, lo universal realizado en lo individual, es la hazaña del tipo literario y la mayor hazaña del tipo es sin duda el Quijote. El hidalgo manchego tiene los rasgos más acusados que se puedan concebir; es producto de España y en España de la Mancha y en la Mancha de un pueblo cuyo nombre no quiso recordar Cervantes. Conocemos su vida en sus pormenores más triviales, sabemos lo que comía cada día de la semana, su estrafalaria indumentaria, los amigos y familiares que lo rodeaban, los libros que leía y en qué había malgastado su exigua hacienda. Y sin embargo, con ser español y manchego, don Quijote es tan humano que no pertenece a España, sino a la humanidad. En torno suyo, vive la España del siglo XVI, mil personajes que deben su eterna lozanía a su verdad: Cervantes los tomó palpitantes de la vida real para fijarlos en las páginas de su novela

con la misma fidelidad que Velázquez retrató su época en sus lienzos.

Es claro que en toda imitación se mezcla la sensibilidad y el temperamento del autor: esto sucede aún con la pintura, la más apegada de las artes al modelo: "Refiere Luis Richter en los Recuerdos de su vida —dice Wölfflin— que hallándose una vez en Tívoli con tres camaradas jóvenes como él, se pusieron a pintar un trozo de paisaje, resueltos firmemente a no apartarse lo más mínimo de la naturaleza; a pesar de lo cual, y a pesar de que el modelo era el mismo para todos y que cada uno recogió con talento lo que sus ojos vieron, resultaron cuatro cuadros totalmente distintos; tan distintos entre sí como lo eran las personalidades de los cuatro pintores. De donde colige que no hay una visión objetiva, que la forma y el color se aprehenden de modo siempre distinto, según el temperamento".

El artista cree que está copiando la realidad cuando la está viendo a través de unos cristales coloreados. Con todo, en su visión queda algo, queda mucho de la realidad. La Sonia de *Crimen y Castigo*, el Príncipe Muichkin, Stavroguín y Aliosha nos revelan sin duda el temperamento de Dostoyevski, pero más aún el alma rusa y la naturaleza humana. Ciertos personajes como Edipo, nacido del inconsciente colectivo de Grecia, conservan, a través del temperamento del poeta trágico, la mármorea objetividad de un mito eterno. Cuando un personaje se desprende del autor, el arte se ha realizado plenamente. Además, esa interposición del temperamento se da no sólo en el pintor, el dramaturgo o el novelista, sino también en el historiador. Acaso no haya historia absolutamente objetiva, y si la hubiese, sería una cosa fría, muerta y aburrida. No se dirá por eso que el historiador crea la realidad, ni que la historia es una creación suya.

Sin embargo, sería ingenuo y radicalmente falso creer que el arte reproduce la naturaleza tal como es, a suponer que se pueda saber lo que es en sí, independientemente del hombre. Ciertamente, el arte toma su punto de apoyo en la Naturaleza, pero ésta es sólo la materia en que plasma su obra. Lo esencial del Quijote es lo que no se ve, la raíz invisible de que brota: la idea metafísica de la oposición universal, el antagonismo insoluble y eterno entre el ideal y la realidad, y la obstinada victoria de ésta sobre aquél. Aun la pintura no reproduce escuetamente la naturaleza, lo cual se lograría mejor con la fotografía o la cinematografía, sino que la interpreta y representa.

Lo que imita la pintura o la escultura no son objetos—éste sería el grado más bajo del arte, por ejemplo, el de las estatuas de cera—sino esencias e ideas. Infundir una idea en la materia rebelde, amorfa y caótica—sea ésta mármol, lienzo, palabra o sonido—tal es la meta del arte. Todo arte es imitación o mimesis, pero no de la Naturaleza visible, sino de un orden y una regularidad sólo sugeridos por la Naturaleza. En definitiva, puede decirse que aun el pintor pinta lo invisible y el escultor esculpe lo impalpable: la idea.

La mimesis, la imitación es una transformación de la naturaleza por el espíritu. De la naturaleza al cuadro, a la estatueta o a la página escrita hay la misma distancia y diferencia que entre la flor y la miel, al pasar por los delicados aparatos de purificación y elaboración de la abeja. Esta elaboración y transformación puede ir desde el realismo de los pintores flamencos, de Velázquez, Murillo o Coubert hasta las figuras ascéticas del Greco o hasta el desprendimiento casi total de la Naturaleza que se observa en la pintura abstracta o en los motivos decorativos. ¿Quién reconocería la ola encrespada, espumante y próxima a reventar en la estilización geométrica de la greca? La geometría misma, muy próxima al arte, es una estilización racional de todas las formas posibles esbozadas por la naturaleza y llevadas a su perfección por la mimesis o imitación de la inteligencia.

Las artes difieren entre sí por sus medios de expresión; pero tienen todas un propósito común: la expresión de una idea. Por eso, puede hablarse genéricamente del Arte. La idea nunca puede manifestarse directamente, sino que necesita la mediación de líneas, volúmenes, formas y colores, sonidos y palabras. Estos son los medios de que se vale el arte para expresar la idea, jamás aparente a los sentidos y que cada arte particular manifiesta a su modo. Así, entre una catedral gótica y un Coral de Bach, hay diferencia en el modo de manifestar la idea, pero acaso no en la idea misma: ambas, la Catedral y la música por caminos diferentes, expresan la idea de la divinidad y el sentimiento religioso. La Pasión según San Mateo, de Bach, es una catedral de música y la Catedral gótica una sinfonía de piedra o, como la llamó Michelet, un espléndido acto de fe. La expresión, en todas las artes, menos las de la palabra, se halla estrechamente vinculada a las matemáticas y a la física. Las ideas matemáticas de proporción, ritmo y número y las leyes físicas son comunes a la plástica y a la música. Tal

vez nada demuestre mejor la unidad interna del arte como esa comunidad de ideas y leyes que norman sus múltiples manifestaciones.

La idea de proporción, común a las matemáticas y al arte, está oculta en la Naturaleza y es sólo visible para los ojos del espíritu. La proporción es mimesis del arte, pero no imitación de la Naturaleza visible y tangible, sino descubrimiento de la razón, imitación de una realidad oculta. Es preciso, en efecto, distinguir Naturaleza y realidad. La geometría y las ideas no se dan en la Naturaleza, pero ambas son realidades y aun, según Platón, la realidad suprema.

Si el arte sólo fuera reproducción servil de la Naturaleza, estaría siempre en estado de inferioridad respecto a la Naturaleza misma y Pascal habría tenido razón al decir: "¡Qué vanidad es la pintura que atrae la admiración por el parecido con cosas cuyos originales no se admiran!"

Este proceso de elaboración, de transformación e interpretación de la Naturaleza, de imitación de una realidad oculta que revela, en una palabra esta mimesis, es la esencia misma del arte y hace de él un objeto y a la vez un sujeto de conocimiento: es el hombre añadido a la Naturaleza, no la Naturaleza sola, ni el hombre aislado, sino la comunión y la fusión de ambos, naturaleza humanizada y convertida en alimento espiritual asimilable para el hombre, como la abeja hace de la flor extraña, indiferente, la sustancia misma de su vida y de su ser.

El arte es, pues, la naturaleza contemplada en el espejo de una conciencia humana y la conciencia de lo que el hombre es en el mundo frente a la Naturaleza. La realidad que expresa el arte es la Naturaleza quintaesenciada por la sutil alquimia de la imaginación y del recuerdo y penetrada por la idea. La dosificación de ese proceso de elaboración y transformación de la realidad es cuestión de gusto y de tacto y se mueve entre los polos extremos del naturalismo y del suprarrealismo.

Por el arte, el hombre se convierte para sí mismo, en cuanto ser subjetivo, individual, en objeto de contemplación y conocimiento.

La unidad de las artes se revela también por otra relación no menos estrecha que existe entre la música y la plástica, en virtud de la cual no hay probablemente música que no pueda traducir —cuando menos virtualmente— la danza ni emoción o pasión que no pueda imitarse o representarse con gestos, ade-

manes o actitudes, es decir, en uno y otro caso, con mímica. Isadora Duncan tenía sin duda razón al decir: "Yo puedo bailar este sillón", esto es, expresar hasta lo inanimado con la mímica. "Los bellos movimientos —dice Anatole France— son la música de los ojos". Constantemente nos expresamos espontáneamente con mímica e interpretamos la mímica ajena. ¿Y qué hace aun la arquitectura, cuando no es obra puramente funcional de ingeniería, sino traducir en líneas y en mímica un movimiento del alma? La ojiva gótica es la mímica de dos manos orantes. "La tendencia a elevarse —dice Hegel— carácter principal de la iglesia gótica, hace que la altura de los pilares exceda a la anchura de su base en una desproporción que el ojo no puede calcular, elevándolos a tal altura, que sus dimensiones desborden la capacidad del ojo humano; éste vaga errante acá y allá hasta lanzarse arriba en busca de la curva dulcemente oblicua de los arcos en cuya unión descansa; análogamente, el alma, en su meditación inquieta y turbada, se eleva gradualmente de la tierra al cielo y no halla su reposo sino en Dios".

El arte es, pues, conocimiento en cuanto manifiesta una idea o un sentimiento a los sentidos, pero habla a través de ellos al espíritu. Es, además, un conocimiento de índole peculiar: lo bello es lo inteligible sin reflexión, mediante una intelección preconceptual. La inteligibilidad inmediata de ese conocimiento, su carácter intuitivo es común a todas las formas del arte. Y la belleza se desprende de ese conocimiento como un efluvio o un aroma. Por otra parte, su universalidad dice la trascendencia de su misión ecuménica. Así lo comprendió la Iglesia católica que dio incomparable esplendor al arte y regaló a los humildes el maná del conocimiento teológico en esas Biblias de piedra y de vidrio que fueron los templos góticos.

El mundo y el ultramundo, la Naturaleza y lo sobrenatural están presentes en la *Puerta del Bautisterio* de Ghiberti, la llamada Puerta del Paraíso. ¡Y qué mímica sublima en las estatuas yacentes de la *Capilla de los Médicis*, en la doble pareja de Titanes que representan el Día y la noche, la Aurora y el Crepúsculo! ¡Qué grave y solemne meditación semejante a la del adagio de la *Sinfonía Heroica*! Lo que Beethoven expresó con el llanto viril y reprimido, con el recogimiento doloroso y sereno de la *Marcha Fúnebre*, Miguel Ángel lo dijo con la formidable quietud de sus estatuas.

La misión del arte no es crear e innovar, sino revelar el sentido profundo de lo existente. "Sólo en un punto —dice N.

Hartmann— la vida real difiere del arte dramático. En aquélla, falta la dirección de la mano del maestro, que lleva discretamente al primer plano lo significativo, de modo que se vuelva evidente para el ojo del hombre común; pero la vida entera es un drama. Y si pudiéramos ver plásticamente la situación en que nos hallamos colocados, como la ve el poeta, nos aparecería tan rica y preñada de valores como en su obra”.

El arte no reproduce *toda* la realidad, sino extrae de ella la esencia asimilable: en eso consiste la mimesis, descubridora, pero no creadora de valores. No se trata de una vana reduplicación: entre el modelo y la copia media la misma diferencia que entre una región terrestre y el mapa que la representa. La obra de arte difiere de la realidad como el diamante en bruto del diamante tallado, que, separado de la ganga superflua, brilla y se irisa al sol.

Se admira, en un bodegón de Chardin, no unos duraznos, un par de nueces, un vaso de vino y un cuchillo, sino la belleza encarnada en esos humildes objetos: gracias al cuadro la conocemos; sin él la hubiéramos dejado pasar inadvertida.

Otro error sería ver en el arte una quimera, sin contacto alguno con la Naturaleza, la realidad y la verdad, y decir, por ejemplo, que la novela es sólo ficción, fingimiento, mentira. Los Goncourt definieron la novela como una historia imaginaria y la historia como una novela verdadera. Sin duda el novelista inventa la acción más propia a manifestar el carácter de sus personajes y elige para ello un momento de crisis y conflicto; pero este artificio tiene como freno la rigurosa condición de la verosimilitud y de la credibilidad; y éstas, a su vez, ¿qué son sino imitación, mimesis de la vida? Sin credibilidad, no es posible siquiera un cuento de hadas o un relato fantástico. Hasta las novelas de caballería fueron, en su época, creíbles para lectores como don Quijote y Santa Teresa. Y es que en ellas se retrataba un ideal plenamente vigente y real en aquel entonces, del que fue mimesis esa novela, espejo de caballeros. La literatura fantástica, maravillosa u onírica tiene también sus leyes, muy semejantes, sin duda, a las del sueño, y aun ahí la ficción no es del todo arbitraria. Además, el conflicto excepcional y el evento extraordinario no son indispensables, y algunas novelas, de las más bellas, suelen transcurrir en un plan de vacua y desolada cotidianidad. Esta cotidianidad en que se mueve la novela, que es su ambiente natural y su campo de investigación propio, es ella misma historia o, si se quiere, intra-

historia. "Las olas de la historia —dice Miguel de Unamuno— con su rumor y su espuma que reverbera al sol ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del "presente momento histórico", no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como las madrêporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros papeles y monumentos y piedras".

Esa vida silenciosa de millones de hombres sin historia de que no hablan ni la historia ni los periódicos ni la ciencia es la que rescata el novelista. "En este mismo instante —decía Flaubert— hay en cada rincón de Francia una Madame Bovary". Emma Bovary es un tipo como don Quijote: representa a la mujer adúltera de provincia, de una provincia que podría estar situada en cualquier país occidental, en el siglo XIX. Es un documento tan fehaciente como cualquier documento histórico: es él quien merece que se le considere como "una resurrección íntegra de la vida". Su autenticidad queda garantizada por un prelado, buen juez en la materia, Monseñor Dupanloup, quien dijo que *Madame Bovary* "era una obra maestra para quienes han confesado en provincia".

A veces, también, la novela ilumina la historia. El mismo Flaubert, ante los escombros de las Tullerías, durante la revolución comunista que siguió a la derrota de Francia por Alemania en 1871, pretendía que el desastre no habría ocurrido si se hubiera entendido a fondo su novela, *La Educación Sentimental*, en que señalaba la corrupción, la mediocridad, el egoísmo y

otras lacras de la sociedad francesa en tiempos de Napoleón III. Ciertas novelas visionarias de Dostoyevski, en particular *Los Endemoniados*, encierran asombrosas profecías, que brotaron de un profundo conocimiento del alma humana y del alma rusa.

La novela nunca es más historia que cuando no se propone serlo, cuando el novelista refleja un estado social contemporáneo. Entonces su testimonio adquiere un valor histórico de primer orden. Es lo que ocurre con *La Comedia Humana* de Balzac en que vive la Francia de la Restauración, mina inagotable de informes y abundancia de personajes y tipos como no se había visto desde Shakespeare. *En busca del tiempo perdido* de Proust, es otro retrato magistral de la sociedad francesa antes y después de la Primera Guerra Mundial. En la obra de Proust, producto y culminación de largos siglos de análisis psicológico, aparece un personaje desconocido hasta entonces en la novela: el yo, con sus vivencias íntimas, desligadas de la acción y del argumento.

En cambio, cuando la novela quiere rescatar el tiempo perdido de épocas pretéritas, su testimonio se vuelve más incierto. La exactitud de la novela histórica es improbable y dudosa.

Las mejores novelas históricas son, pues, las que se escribieron con el modelo a la vista. Emma Bovary es la verdad misma; pero toda la erudición del mundo no logrará convencernos de que un novelista puede penetrar en el alma de una princesa cartaginesa en tiempos de la primera guerra púnica, como trató de hacerlo Flaubert en *Salammbó*. Es cierto que la proximidad de la época hace más verosímil la reconstitución: *La Guerra y la Paz* de Tolstoi es una de las más bellas novelas que se hayan escrito y las novelas de Walter Scott del ciclo de Waverley, como los episodios nacionales de Pérez Galdós, tienen, cuando menos para un lector poco erudito y no demasiado exigente, el valor y el sabor de una crónica. La imaginación descabellada de Alejandro Dumas lo convirtió a veces en excelente historiador. Y es que, en ocasiones, la historia es inverosímil. En cambio, la novela jamás debe serlo.

En fin, la novela es geografía, pero geografía cordial que no se encontraría en ningún libro de geografía. Desde este punto de vista, el arte es, en sentido estricto, conocimiento puro. Aquí se dan la mano la pintura y la novela. "Un paisaje —dice Amiel— es un estado de ánimo". Eso ha sido el paisaje en la novela: el paisaje visto a través del alma de un personaje y,

desde luego, a través del temperamento del autor. La abundancia de la materia es tal, que sólo cabe señalar su imponente mole. Casi no existe región del mundo que no se haya descrito en una novela. Algunos novelistas han anexado una provincia que les pertenece literariamente y nos la han hecho conocer como si fuese un girón de nuestra patria. Todo buen lector de novelas puede hacer un viaje sentimental a donde quiera, sin salir de su cuarto: las páginas de un libro ponen a su disposición y le entregan en su realidad más concreta y verídica cualquier región del globo. Para sólo hablar de Europa y en ésta de España y de autores contemporáneos, se podría trazar un mapa literario de la península ibérica: se tendrían así las provincias vascongadas de Pío Baroja, la Galicia de Ramón del Valle Inclán, el Madrid de Pérez Galdós, el Bilbao de Unamuno, la Andalucía de Antonio Machado y de García Lorca, el Levante de Gabriel Miró, la Montaña y el Mar Cantábrico de Pereda, etc. En Francia, en Inglaterra, en toda Europa se daría el mismo fenómeno. Gracias a los novelistas conocemos el sabor de la tierra, el estruendo del mar, el rumor del viento en la llanura y en los bosques, el deslizarse de las horas en las ciudades, el color del tiempo en cualquier nación que elijamos, desde Rusia hasta España. Un buen lector, dotado de imaginación, podría pretender con razón haber viajado por esos países y conocerlos mejor que un turista.

Entre nosotros, en Iberoamérica, sabida es la importancia quizás excesiva que nuestros novelistas han concedido al paisaje. Sólo que, aquí, no hay amistad entre el hombre y el paisaje, sino lucha, abierta o sorda. La tierra indómita acaba siempre por vencer al hombre. La Naturaleza virgen se niega a desposarse con él. Casi todo el paisaje novelístico de nuestra América ofrece ese carácter que expresa trágicamente la frase final de *La Vorágine*: "Y los devoró la selva". La selva, personaje vivo, cruel, feroz como los dioses de la mitología azteca, que son reflejo y mimesis de un concepto elemental del mundo.

Así pues, al lado de la ciencia que sólo se ocupa de lo general, al lado de la técnica que es instrumento de dominación y poderío, el arte tiene su esfera propia de conocimiento, esfera de lo particular y de lo individual universalizado. No ver en el arte sino una categoría estética destinada a proporcionar placer o divertimento, es rebajar singularmente su dignidad y desconocer en absoluto su verdadera función, que es a la vez el principio de su constante renovación.

Conocernos no es sólo indagar lo que somos o fuimos, sino poner en acto nuestras potencias, dar a luz lo que yace virtual en nosotros, buscar el destino en lo contingente, lo permanente en lo fugaz, lo universal en lo particular. Para conocerse, Sócrates pensó en lo eterno y antes de ser griego o ateniense quiso ser hombre.

Es tan importante para un pueblo como para un individuo conocerse. Y en esa gran tarea, no hay instrumento que pueda compararse con el Arte: él enseña un conocimiento del cual no nace el desencanto, sino el amor.

WILLIAM JAMES PSICÓLOGO, MORALISTA Y PRAGMATISTA*

Por *Frederic H. YOUNG*

POR cuanto Henry James ejerció poderosa y duradera influencia sobre el desarrollo intelectual de su hijo William, es oportuno comenzar con algunas consideraciones acerca de este punto. Superficialmente, y desde el punto de vista de los resultados doctrinales, padre e hijo parecen totalmente opuestos el uno al otro. Esas diferencias doctrinales entre el viejo James y William pueden expresarse respectivamente como sigue, interpretando cada uno de los contrastes entre padre e hijo: en metafísica, neoplatonismo monista contra pluralismo; en epistemología, revelación e intuición contra empirismo; en psicología, meta-psicología de tipos —por ejemplo, el hombre físico, el hombre moral, el hombre espiritual— contra descripción individualizada de laboratorio; en ética, odio del moralismo contra voluntarismo y meliorismo éticos; en filosofía social, socialismo espiritual contra individualismo; en religión, visión apocalíptica de la definitiva humanidad divina contra moralismo mundano y un Dios finito. Pero esta enumeración de contrastes no da la visión más penetrante posible de sus relaciones. Esos contrastes sólo parecen indicar, superficialmente por lo menos, que William reaccionó contra casi todas las doctrinas principales sustentadas por su padre. Pero, aunque puede admitirse eso, sigue siendo cierto que fueron notablemente parecidos en rasgos más profundos que los intelectuales, tales como su estilo literario y su temperamento básico.

Veamos ahora algunos de los factores de la evolución ideológica de James que pueden atribuirse primordialmente a su padre. Es bien sabido, por ejemplo, que James padre estimulaba

* Este ensayo se basa en una conferencia que el autor, como Profesor Visitante de la Cátedra Fulbright de Filosofía, leyó en 1958-59 en las universidades de Poona, Punjab, Kerala, Madras, Baroda y Calcuta, en la India.

la discusión sobre cualquier tema y a cualquier hora del día o de la noche. Mientras comían, los individuos de la familia se enfrascaban con frecuencia en discusiones tan animadas, que se levantaban de sus asientos y, paseando nerviosamente, exponían cada uno sus opiniones. Además, el viejo James, económicamente independiente y libre también de obligaciones profesionales, permanecía en casa mucho más de lo que es acostumbrado. Indudablemente, no hubo en los Estados Unidos otro hogar donde se practicaran con intensidad, extensión y libertad de expresión intelectual comparables. El padre era la principal fuerza incitadora en la creación de aquel ambiente, tan favorable a las ideas vivaz y personalmente discutidas. Los resultados estaban destinados a producir rica fruición en las carreras de William y de su hermano menor Henry, que llegaría a ser una figura de la literatura universal, como su hermano William lo fue en psicología y filosofía.

Dicho en términos más precisos, el interés que durante toda su vida mostró el padre por estructurar un sistema de filosofía religiosa, llevaba en sí los elementos de una metafísica, una epistemología, una axiología, una psicología, una ética, una estética y una filosofía de la religión. Así, pues, William encontró, en los comienzos mismos de su vida, un fresco pensamiento vital y filosófico en su padre, que después completó con incesantes estudios. No puede dudarse que este aprendizaje no académico en la discusión viva sobre grandes cuestiones del pensamiento humano, sin ninguna de las restricciones artificiales que imponen las aulas, tuvo el inestimable efecto de liberar en el pensamiento y los escritos de James una vivacidad espléndida y una calidad propia del estilo de la conversación. Porque James escribe como si nos estuviera hablando en conversación directa. En realidad, era un conversador tan ameno, que su hermana Alicia dijo que podía "encantar a un molino".

Más profundo aún que ese factor ambiental es la notable semejanza entre padre e hijo en aspectos hereditarios. Ambos eran sumamente nerviosos, lo cual se revelaba en sus ideas en la forma, un interés extremado por la acción dinámica. James padre escribió acerca de la creación perpetua por el Ser Divino, mientras que William fue el apóstol del voluntarismo y del pragmatismo en la esfera de la acción humana. Advertiré, de pasada, que yo llamaría a la idea del viejo James relativa a un Dios perpetuamente creador un teo-pragmatismo, espiritualmente emparentado con el pragmatismo moral y humanista de

William. Otro punto que éste heredó de su padre fue la importancia que concede a la "espontaneidad". Una semejanza final: ambos sufrieron una sensibilidad nerviosa patológica y experimentaron una atroz crisis espiritual aproximadamente a la misma edad de los veintiocho años. Así, pues, y no obstante la diferencia de las opiniones que formularon en el plano doctrinal de sus relaciones, padre e hijo fueron eminentemente parecidos en sus rasgos temperamentales básicos.

Los intereses que se manifestaron en el desarrollo del pensamiento de James fueron el arte, la ciencia, la psicología, la religión y la ética, con un intento, al final de su vida, de estructurar una metafísica. Cada uno de esos intereses se manifestó en relación con lo que dominaba en el foco de su pensamiento en un momento dado. Si estaba escribiendo sus grandes *Principios de Psicología*, le venían a la mente ejemplos y cuestiones de ética, de ciencia y de religión; y después de aparecer su *Psicología*, aplicó en diversos grados su penetración psicológica a su ética, su religión y su filosofía. Se diría que sus intereses convergían con mayor intensidad y mejor éxito sobre la ética y la psicología. Dio lo mejor de sí como psicólogo y moralista. En esos campos fue figura de primera fila, mientras que en filosofía lo fue de segunda.

I

COMO psicólogo, figura James entre la media docena de las mente supremas en la historia del pensamiento occidental. Mace, en el prefacio al *William James* de Knight, en la edición Penguin, dice:

En psicología, James es el puente entre los siglos diecinueve y veinte... No hay autor comparable cuyas raíces se remontan más atrás y se extiendan más ampliamente ni cuyas ramas se prolonguen más en el presente...

Los *Principios de psicología* aparecieron en 1890. Para encontrar un libro de interés comparable, hay que ir a las *Investigaciones sobre las facultades humanas* (1893) de Galton o a la *Psicología de la vida cotidiana* (1904) de Freud.

Parece que el mismo James llegó a comprender el alcance de su magnífico trabajo, porque en una carta a la Sra. James

dice: "Lo gracioso es que yo, que siempre me he considerado a mí mismo como cosa de vislumbres, de discontinuidad, de *aperçus*, sin el poder de realizar ninguna tarea grande, de repente comprendo al fin de esta labor que es el libro de psicología más grande en cualquier idioma, exceptuados los de Wundt, Rosmini y Daniel Greenleaf Thompson". Y sigue siendo aún su obra más grande.

Ese soberbio libro se lee todavía en Europa, en los Estados Unidos—y posiblemente en la América española—más que ningún otro libro de psicología escrito en el último decenio del siglo diecinueve. Aparte de la palpitante vitalidad de su estilo literario, su contenido está lleno de problemas que aún están vivos y de cuestiones todavía no resueltas por la psicología contemporánea, tales como la psicología del proceso del aprendizaje y las relaciones entre la conciencia y los procesos cerebrales. Además, no fue estrechamente intelectualista en el estudio de la conciencia humana; le interesaron igualmente las emociones, los móviles y las decisiones humanas.

Incuestionablemente, la idea más influyente de su psicología fue la de la "corriente de la conciencia", que ha sido llevada a la literatura por artistas como James Joyce, Virginia Woolf, Gertrude Stein, Dos Passos, William Faulkner y otros muchos. Esa idea fue un golpe al atomismo de la psicología inglesa. Contra el atomismo sostiene James que: 1) la conciencia es continua; 2) tiene un campo marginal y un núcleo o centro de enfoque, o, en otras palabras, que aunque nuestra atención esté centrada o enfocada sobre un objeto (mental o físico) predominante, tenemos vaga conciencia de un margen rápidamente cambiante, o sea de una corriente de impresiones y de sensaciones en la periferia del campo de la conciencia. En realidad, el centro mismo de la conciencia cambia también de un momento en otro. Así, todo el campo de la conciencia es una "corriente de conciencia".

El otro trabajo que James dedicó a la psicología es el titulado *Las variedades de la experiencia religiosa*, aparecido en 1902, constituido por sus Conferencias Gifford en Escocia. Es ésta su segunda obra grande, y se advertirá que trata también de psicología, aunque se limita a la psicología de la religión y no trata de psicología general. Como escribió a un amigo, su propósito en este libro fue:

El problema que me he planteado es muy difícil; primero, defender la "experiencia" contra la "filosofía" como la verdadera espina dorsal de la vida religiosa del mundo... y segundo, hacer creer al oyente o al lector, como yo mismo irresistiblemente creo, que, aunque todas las manifestaciones particulares de la religión hayan sido absurdas (me refiero a los credos y las teorías), su vida, sin embargo, vista en conjunto, es la función más importante de la humanidad.

Terminaremos esta parte del trabajo referente a James como psicólogo con algunas citas de sus *Principios de psicología*. Proceden los siguientes pasajes de los famosos capítulos sobre "La costumbre" y "El yo" respectivamente:

Todos tenemos una manera rutinaria de realizar ciertas operaciones diarias relacionadas con el tocado, con el modo de abrir y cerrar el armario familiar, y cosas análogas. Pero nuestros centros mentales superiores apenas se dan cuenta de nada de eso. Pocos individuos pueden decir de improviso qué calcetín, zapato o pernera del pantalón es la que se ponen primero. Necesitan rehacer antes mentalmente la operación, y aun entonces, ello resulta insuficiente: hay que *realizar* la operación... Nadie puede decir en qué orden se cepilla el pelo o los dientes; pero es muy probable que ese orden sea una cosa fijada en todos nosotros...

La costumbre, pues, es el enorme volante de la sociedad, su agente conservador más precioso... Sólo ella impide que abandonen los caminos más duros de la vida quienes están acostumbrados a hollarlos. Ella mantiene al pescador y al marinero en el mar durante el invierno; ella mantiene al minero en sus tinieblas y sujeta al campesino a su choza, en su solitaria granja, durante los meses de nieve... Ella nos condena a todos a batallar en la lucha por la vida de acuerdo con nuestra crianza o con nuestra primera elección...

La cita siguiente procede del capítulo sobre "El yo". James distingue el yo-conocido del yo-cognoscente, y lo divide en tres planos: "el yo material", "el yo social" y "el yo espiritual". Es éste un caso notable en que James hijo toma y adapta de James padre la tríada en que éste habla del hombre "físico-moral-espiritual". James define así cada uno de ellos:

El *cuerpo* es en cada uno de nosotros la parte más íntima del yo material; y ciertas partes del cuerpo parecen más íntimamente nuestras que las demás. Vienen después las ropas... Después, nuestra familia inmediata como parte de nosotros mismos... Viene a continuación el hogar... Un impulso igualmente instintivo nos mueve a acumular riqueza...

El yo social del hombre es el conocimiento que de él tienen sus prójimos... Propiamente hablando, un hombre tiene tantos yoes sociales como individuos hay que le conocen y llevan su imagen en la mente... De aquí resulta lo que prácticamente es una división del hombre en diversos yoes...

El yo espiritual. Por el "yo espiritual", en cuanto pertenece al yo empírico, no designo a ninguno de mis estados pasajeros de conciencia. Más bien me refiero a todo el conjunto de mis estados de conciencia, tomadas concretamente mis facultades y disposiciones psíquicas. Ese conjunto puede en cualquier momento convertirse en objeto de mi pensamiento en aquel instante...

Las jerarquías de los yoes. Una opinión aceptablemente unánime ordena los diferentes yoes... en una escala jerárquica, con el yo corporal en el fondo, el yo espiritual en la cima, y entre ellos los yoes materiales más extensos y los diferentes yoes sociales.

II

DEL James gran psicólogo pasamos al James moralista. Como por lo común se piensa en James en relación con la filosofía llamada pragmatismo, y puesto que James interpretó el pragmatismo, lo mismo que su empirismo radical, con referencia sobre todo a sus implicaciones morales, es necesario distinguir y relacionar lo que él entiende por esas palabras. Empezaremos por examinar brevemente su empirismo radical, y a continuación señalaremos el punto en que su pragmatismo nació de él.

La inclinación de James a apelar a la experiencia procede en gran parte de su anterior preparación científica en el campo de la medicina y de la psicología de laboratorio. Debe recordarse que estudió con Wundt en Alemania, y que Wundt fundó el primer laboratorio psicológico en aquel país, así como James fundó el primero en los Estados Unidos. Pero, por muy inte-

resado que estuviera en la ciencia, no llegó nunca a adorarla por sí misma, no fue nunca culpable de "cienticismo". Se movió siempre en la dirección de la voluntad y de las emociones en la vida moral del hombre, y en defensa de ellas, y no hacia el intelecto teórico empleado en la ciencia (es significativo que James no haya hecho ninguna aportación a la lógica ni a la filosofía de la ciencia). "Experiencia" para él significa siempre la interpretación de lo empírico en relación con valores morales como la libertad, la espontaneidad y la responsabilidad. Se rebeló contra el empirismo inglés tradicional por las siguientes razones:

- 1) Por la descomposición que opera de la conciencia en partículas atómicas, en vez de considerarla como realmente experimentada en la forma de un fluir incesante.
- 2) Por su insistencia en que sólo cosas nos son dadas en la conciencia, en vez de reconocer, como es necesario, que en la experiencia consciente también se nos dan relaciones entre las cosas.
- 3) Por la tajante distinción que hace entre la idea y el objeto, entre el yo y el no-yo, en contra de la importancia que él concede a sus estrechas interconexiones.
- 4) Por su referencia *hacia atrás* a la experiencia originaria que ocasionó nuestras ideas, sin mirar *hacia adelante* a las experiencias y resultados previsibles. Esto refleja la preferencia de James por las funciones más bien que por los orígenes, y es éste el momento real en que nace su pragmatismo.
- 5) Porque reduce las ideas a factores empíricos previos, lo cual implica mecanicismo y determinismo, en oposición a la importancia que para él tiene la proyección de las ideas como medios para tomar decisiones libres respecto de los actos y acontecimientos futuros. En esto se manifiesta la importancia que concedía a la espontaneidad, a la libertad de la voluntad y a todo lo que ellas implican.
- 6) Finalmente, por su vieja tendencia hacia el positivismo, en descrédito de toda creencia que vaya más allá de la evidencia directamente asequible. Contra esta tendencia declaró apasionadamente su doctrina de *La voluntad de querer* en el famoso libro así titulado; pues, como moralista, advertía las peligrosas consecuencias de limitar la creencia sólo a la evidencia directa o demostrada.

En *La voluntad de querer* afirma que la fe puede engendrar su propia evidencia aventurando creadora e imaginativamente un acto inicial de fe, lo mismo que aventura una hipótesis (aunque en otro sentido, naturalmente) el científico durante un experimento. Esta *fe en la fe* se conoce técnicamente con el nombre de fideísmo de James.

Teniendo presentes estos puntos de divergencia con el empirismo tradicional, podemos comprender por qué llamó al suyo empirismo *radical*. Eso nos permite también definir su pragmatismo y su fideísmo de un modo fundamental. El fideísmo se refiere a la fe originaria que ayuda a realizar una creencia mediante la acción; el pragmatismo se refiere a las ideas que resultan bien en la realidad, porque son eficaces. Obsérvese que tanto el pragmatismo como el fideísmo se enfocan hacia la actuación eficaz del individuo en lo *futuro*. Esta valiente actitud contra "los orígenes, el mecanicismo, el determinismo y el pasado", revela a James como un gran moralista, ciertamente, en un tiempo en que los hombres temían que la "ley" científica destruyese toda posible creencia en la libertad de la voluntad humana. Luchó con la convicción de un santo por la libertad, la espontaneidad y la novedad, contra el determinismo, la ley y el mero convencionalismo, por considerarlos desvirtuantes y aun fatales para los fundamentos de la vida moral.

Como moralista, su obra más famosa es *La voluntad de creer*, título que, atendiendo a ciertas críticas, se convirtió después en *El derecho a creer*. He aquí algunos pasajes de ella:

Una cuestión moral no es una cuestión relativa a lo que existe perceptiblemente, sino a lo que es bueno, o sería bueno si existiese. La ciencia puede decirnos lo que existe; mas para comparar los valores de lo que existe y lo que no existe, debemos consultar no a nuestra conciencia, sino a lo que Pascal llama nuestro corazón. La misma ciencia consulta a su corazón cuando sienta que la infinita indagación de la realidad y la corrección de las falsas creencias son para el hombre los bienes supremos. . . La cuestión de tener creencias morales o no tenerlas la decide nuestra voluntad. . . Si vuestro corazón no *quiere* un mundo de realidades morales, vuestra cabeza seguramente no os hará nunca creer en él. . .

¡Cuántos corazones de mujeres se dejan vencer por la confiada insistencia de un hombre en que *deben* amarlo! No admitirá él la hipótesis de que no pueden. . . ¿Quién obtiene ascensos,

mercedes, nombramientos, sino el hombre en cuya vida se les ve hacer el papel de hipótesis vivas, que cuenta con ellos, que les sacrifica otras cosas antes de verlos realizados y corre por ellos riesgos anticipados? Su fe actúa, como un derecho, sobre los poderes que están por encima de él, y crea su propia realización... *Y cuando la fe en un hecho contribuye a crear el hecho mismo*, sería una lógica insensata la que dijese que la fe que va más allá de la evidencia científica es la "clase más baja de inmoralidad" en que puede caer un ser pensante. No obstante, es esa la lógica con que nuestros absolutistas científicos pretenden regular nuestras vidas...

Cuando considero la cuestión religiosa tal como realmente se plantea a los hombres concretos, y cuando pienso en todas las posibilidades que tanto práctica como teóricamente contiene, esa orden de que pongamos freno a nuestro corazón, a nuestros instintos, y a nuestro valor, y *esperemos*... —hasta el día del juicio final, o hasta el momento en que nuestro intelecto y nuestros sentidos, trabajando conjuntamente, hayan recogido pruebas suficientes— esa orden, digo, me parece el más extraño ídolo que nunca haya sido manufacturado en la caverna filosófica...

En todas las transacciones importantes de la vida tenemos que dar un salto en las tinieblas... Si decidimos dejar los enigmas sin respuesta, eso es una decisión; si titubeamos en nuestra respuesta, también es una decisión; pero decidamos lo que decidamos, lo hacemos a nuestro riesgo.

La eminencia de James como moralista iguala a su capacidad creadora como psicólogo. Hizo a la dignidad moral del hombre aportaciones que aún son válidas y con las que todos estamos en deuda.

III

EL trascendentalismo, cuyo portavoz principal fue Emerson, constituyó el primer movimiento filosófico propio de los Estados Unidos. El pragmatismo fue el segundo. Todavía no se manifiesta un tercer movimiento, ya que en los Estados Unidos, ahora que ha pasado el apogeo del pragmatismo, el pensamiento se ha fragmentado en siete u ocho corrientes filosóficas, como el neo-tomismo, la neo-ortodoxia (en la teología protestante), el personalismo, el positivismo lógico, el naturalismo, el

realismo y el idealismo, con subdivisiones como el neo-realismo, el realismo crítico, etc.

Ahora bien, al estudiar la relación de James con el pragmatismo, lo mejor es presentar la materia en orden cronológico. El pragmatismo como movimiento nació realmente con el discurso de James en la Universidad de California el año 1898, titulado "Concepciones filosóficas y consecuencias prácticas". La palabra "pragmatismo" había sido acuñada en 1878 por Charles Sanders Peirce, el lógico, filósofo de la ciencia y metafísico más original del siglo diecinueve en los Estados Unidos. Procedamos a exponer los orígenes y el desenvolvimiento del movimiento así llamado y patrocinado por James.

Al empezar nuestra investigación, son oportunas algunas aseveraciones generales para aclarar ciertos errores comunes que existen no sólo en los países extranjeros, sino también en los Estados Unidos. Por ejemplo, Ruggiero, filósofo italiano, dice: "el pragmatismo nació en los Estados Unidos, el país de los negocios, y es, por excelencia, la filosofía del hombre de negocios". Es ésta una generalización lamentablemente ligera y hace poco honor al pensador que la ha hecho. Asociada a la idea de Ruggiero está la noción de que los norteamericanos, en cuanto pragmatistas, sólo se interesan por las ideas en la medida en que tienen "valor en caja" o conducen a "resultados prácticos". Contra esas superficiales impresiones citaré al profesor Gallie, de Inglaterra, quien, en su muy inteligente libro titulado *Peirce and Pragmatism*, tiene este convincente pasaje, que es preciosamente justo y exacto:

...ha habido la tendencia en este país [Inglaterra] a asociar el pragmatismo con aquella oleada anti-intelectualista que rompió sobre la filosofía occidental hacia fines del siglo pasado y cuyos ejemplos más famosos son el evangelio de la voluntad de poder de Nietzsche y la filosofía del impulso vital de Bergson. Además ...el pragmatismo ha sido considerado con frecuencia, al menos por los filósofos ingleses durante la primera mitad de este siglo, como un producto excesivamente norteamericano; con la suposición, a veces explícitamente expresada, de que es una doctrina tosca, casi selvática, tal como es natural que se produzca en un país nuevo donde los intereses y las oportunidades materiales son soberanos y se aprecian poco los refinamientos y austeridades de la teoría pura.

Sigue a continuación la refutación de Gallie, tan magnánima que hasta cuesta trabajo creer que pudiera haberla escrito ni aun un norteamericano:

Sea cualquiera la justicia de esta valoración general del pragmatismo, difícilmente podría imaginarse una interpretación más errónea y grosera de su ambiente intelectual. Harvard, el suelo nutricio del movimiento, era en la segunda mitad del siglo pasado un centro cultural igual por lo menos a Oxford y Cambridge; tenía tradiciones intelectuales propias, largas y profundas, aunque algo estrechas, y en opinión de Carlos Darwin (¡sic!) contaba hacia 1860 con inteligencias brillantes en número suficiente para proveer de profesores a todas las universidades inglesas. Ni fueron los fundadores del pragmatismo hombres intelectualmente selváticos en ningún sentido: Peirce y James... pensaban y escribían como hombres profundamente impregnados de cultura europea y con un conocimiento vivaz de los movimientos contemporáneos más importantes del pensamiento europeo. En 1870 Peirce enseñaba lógica con una orientación que finalmente llegó a Oxford unos sesenta años después, mientras que James, como profesor de psicología, estudiaba los principales problemas filosóficos que nacen de esa materia con un frescor de visión y un dominio de todos los detalles pertinentes como nunca ha poseído un filósofo inglés...

Teniendo presente esta aclaración de Gallie, podemos pasar a estudiar los orígenes del pragmatismo.

Aunque fue James en aquella conferencia en la Universidad de California quien dio circulación general a la palabra "pragmatismo", fue Peirce quien la acuñó en un artículo publicado en enero de 1878 en *Popular Science Monthly*. Contrariamente a la opinión usual de que el pragmatismo es un producto estrictamente norteamericano, la verdad es que la palabra le fue sugerida a Peirce por el estudio de Kant, quien, en su *Metafísica de las costumbres*, hace una distinción entre "pragmático" y "práctico". "Práctico" se refiere a la moral o razón práctica, como todo estudioso de Kant sabe; "pragmático" se refiere a las reglas del arte y de la técnica, derivadas de la experiencia. Los principios de la razón práctica son *a priori*; los pragmáticos son empíricos *a posteriori*. Ahora bien, Peirce, siguiendo a Kant, se negaba a llamar "practicalismo" a su sistema. Siempre preeminentemente lógico, Peirce se interesaba

en su método pragmático sólo como una regla para guiar el pensamiento real, y no como una guía de la conducta.

Pero ya es tiempo de prestar alguna atención a la ampliación que James operó del pragmatismo aplicándolo a cosas en que Peirce no había pensado. En *La voluntad de creer*, James aplicó la sanción pragmática no sólo a los conceptos, como Peirce, sino también a las creencias religiosas y a los ideales éticos. Ya hemos señalado en este ensayo que la fe religiosa y los ideales éticos son especialmente importantes para James porque son los resortes creadores de decisiones y acciones cargadas de consecuencias vitales para lo futuro. Esta orientación hacia lo futuro fue, como hemos dicho, un aspecto principal de su rebelión contra la preocupación del empirismo inglés de mirar hacia atrás, a los orígenes de nuestros conceptos, como hace John Locke, en vez de mirar hacia adelante, a las consecuencias. Dio un nuevo paso en *El sentido de la verdad*, libro en el que extendió su principio pragmático al concepto mismo de verdad. He aquí unos párrafos de ese libro:

Ideas verdaderas son las que podemos asimilar, validar, corroborar y verificar. Ideas falsas son aquellas con las que no podemos hacerlo. Esa es la diferencia que hay para nosotros en tener ideas verdaderas; ese es, por ende, el sentido de la verdad, porque es todo lo que podemos conocer como verdad. . .

Toda idea que nos ayuda a tratar, ya sea práctica ya intelectualmente, con la realidad misma o con lo que les pertenece, que no enmaraña nuestros progresos en frustraciones, que *viene bien*, de hecho, y adapta nuestra vida al conjunto de la realidad, concordará lo suficiente para satisfacer el requerimiento. Será la verdad de aquella realidad.

La verdad, para decirlo brevemente, es sólo un expediente en el camino de nuestro pensamiento, así como el derecho no es más que un expediente en el camino de nuestra conducta. Expediente de casi todas las maneras, y expediente a la larga y en general, naturalmente. . .

Aunque no es mi primordial propósito actuar de crítico, no puedo dejar de advertir que el concepto de la "verdad" que sustenta James es de tono fuertemente individualista y subjetivo. No tiene en cuenta los problemas más profundos de la naturaleza de la verdad, los criterios de la verdad ni el problema de la validez en relación con ella. Ciertamente, la di-

ferencia de punto de vista entre Peirce y James es clara. El uno es un lógico, el otro es un moralista y filósofo de la vida "práctica". Tan ampliamente divergía James de Peirce, que éste último cambió la palabra "pragmatismo" por la de "pragmaticismo" para referirse a su propia filosofía. De la palabra "pragmaticismo" decía Peirce que la consideraba lo bastante fea para que no la "raptara" algún otro filósofo.

John Dewey, el tercero de los grandes pensadores del pragmatismo, se separó de Peirce y de James para desarrollar lo que llamó "instrumentalismo", que fue su propia marca de pragmatismo. Así como James había extendido la aplicación de la palabra más allá del uso que le daba Peirce, así también Dewey fue más lejos que James, aplicando el principio pragmático a todo el cuadro de los estudios filosóficos, incluidas la filosofía social, la lógica, la epistemología, la axiología, la educación, el arte y la democracia. Los títulos de las principales obras de Dewey, publicadas entre 1886 y 1940, indican el desarrollo del pragmatismo en un sistema plenamente articulado: *Psicología, Ética, Democracia y educación, Naturaleza humana y conducta, Experiencia y naturaleza, El arte como experiencia, Lógica: Teoría de la investigación*, y finalmente *Una fe común*.

En los escritos de James pueden hallarse las teorías fundamentales del pragmatismo, que podemos enumerar del modo siguiente: en metafísica, la realidad es dinámica y nunca está totalmente determinada por el pasado ni por finalidades prefijadas; en religión, formuló James la doctrina de un Dios finito que lucha para vencer el mal, un Dios con el que nosotros podamos colaborar para conseguir la victoria definitiva sobre el mal. En ética, el pragmatismo rechaza las actitudes tradicionales ante el problema del bien y del mal; no hay origen ni destino conocidos del bien y del mal, porque se determinan siempre por el contexto de las situaciones humanas concretas. En filosofía social, puesto que todas las sociedades presentan el hecho de ciertas instituciones, el pragmatismo subrayará la necesidad de luchar por conseguir y mantener la libre y crítica investigación de las instituciones económicas, eclesíásticas, académicas y políticas, y de los lineamientos políticos que siguen. Esa libertad de investigación y el derecho de crítica constante implican, desde luego, una marcada preferencia por la democracia como la mejor forma, con todos sus defectos, de organización social y de gobierno. Por último, como dice Baum:

"Por estimular esta filosofía la confianza razonada en todos los esfuerzos humanos para alcanzar finalidades humanas libremente elegidas, cuando esos esfuerzos van guiados por la inteligencia y son ayudados por la cooperación, se acomoda especialmente bien a la actitud audaz, valiente y experimental del tipo de promotor y de hombre hijo de sus obras frecuente entre los ciudadanos norteamericanos".

Vale la pena situar el pragmatismo dentro del gran contexto de la historia intelectual de los Estados Unidos. Quizás el mejor modo de hacerlo sea señalar, en forma extremadamente compendiada, las semejanzas y diferencias entre él y el transcendentalismo. En cuanto a las semejanzas, los dos movimientos nacieron en Nueva Inglaterra, y los dos en Massachusetts, uno, el transcendentalismo, en Concord, y otro, el pragmatismo, en Cambridge, que dista pocos kilómetros de Concord. Advertiré, de pasada, que el transcendentalismo nació y creció sin las gracias académicas, mientras que el pragmatismo tuvo, con William James, como profesor de filosofía en la Universidad de Harvard, cierto tipo de respetabilidad académica. Ambos movimientos tuvieron profundo interés por los aspectos morales y prácticos de la vida, por considerarlos de un valor superior a la filosofía teórica o especulativa. Ambos movimientos se consagraron a la libertad contra la autoridad de la Iglesia o del Estado, a la autonomía del individuo contra el predominio de las instituciones, la progreso y el futuro y no a la tradición y el pasado, a la democracia y a la educación del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

No obstante, las diferencias son profundas. Mientras que el transcendentalismo floreció brillante pero brevemente, porque fue atajado por la Guerra Civil y por las desilusiones que trajo consigo, el pragmatismo se desarrolló sin cesar hasta convertirse en un movimiento filosófico plenamente desenvuelto, desde su primera forma predominantemente lógica en Peirce, pasando por su forma ética en James, hasta su clímax sistemático en Dewey. Otra desemejanza —y esto muy bien pudo haber sido otra causa del rápido declinar del transcendentalismo— estribó en la fe transcendentalista en la intuición como fuente básica del conocimiento, mientras que los pensadores pragmatistas recibieron su preparación en la rígida disciplina del método científico, en la experimentación, y en general en la tradición empirista. Pero a William James, aunque indiscutido fundador del pragmatismo como movimiento, no hay

que considerarlo como exclusivamente pragmatista. Hay fuertes elementos intuicionales en su fideísmo y en sus opiniones religiosas y éticas.

IV

HABIENDO estudiado a James como psicólogo, moralista y filósofo pragmático, nos acercamos al final de este ensayo. Sólo nos queda considerarlo en una perspectiva de conjunto.

James fue un magistral psicólogo y un brillante moralista, pero como filósofo no estuvo tan bien dotado. No mostró talentos eminentes como lógico, metafísico o filósofo de la historia. Con sus múltiples intereses y su flexibilidad, con su inquieta intensidad y su fascinación dinámica por el fluir del pensamiento y de la vida —con su "corriente de la conciencia"—, no llegó nunca a constituir un sistema. Dándose él mismo cuenta de ello, se esforzó por estructurar una metafísica en *A Pluralistic Universe*, último libro que publicó. Pero el resultado fue más sugestivo que realmente constructivo. Consideraba él su pluralismo y su empirismo radical como su concepción del mundo, o *Weltanschauung*; pero aunque escribió de modo muy brillante en defensa de su metafísica pluralista, ésta no pasó nunca de ser más que una actitud o manera de filosofar acerca de la filosofía. Fue en esto extremadamente fiel a su genio y a su opinión de que el temperamento de un hombre determina su filosofía.

Wilhelm Dilthey (1833-1911), fundador de la *Lebensphilosophie* en Alemania, distinguía tres concepciones principales de la vida: la racionalista, la voluntarista y la estética. Por lo demás, esas concepciones de la vida nacen del elemento que predomine en el temperamento de un filósofo determinado, ya sea racionalista, voluntarista y estético (puede relacionarse esto, hasta cierto punto, con las tres Críticas de Kant: de la razón pura, de la razón práctica y del juicio): Esas concepciones de la vida dan, a su vez, origen, a las correspondientes concepciones del mundo (*Anschauungen*). El racionalista, con su inclinación lógicomatemática, suele ser el gran constructor de sistemas (Platón, Aristóteles, Aquino, Espinosa, Hegel). El voluntarista, subrayando la voluntad práctica y los elementos activos y morales de la realidad, ve el mundo como proceso

y devenir (Escoto, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, James).

Con Emerson, Peirce, Royce y Dewey, James figura entre los pensadores norteamericanos más universalmente conocidos. En psicología sigue siendo el más grande de los pensadores norteamericanos (sus *Principios de psicología* han sido traducidos recientemente al gujarati, uno de los idiomas de la India). Aunque sus aportaciones afectaron de manera muy profunda a la psicología, la filosofía, la ética y la religión, no perteneció nunca a ninguna "escuela" ni la fundó. Su influencia trasciende a todas las escuelas. Alentó a seguir nuevas direcciones en todos los campos en que ejerció su pensamiento. Dotado de un corazón bondadoso, dueño de una soberbia imaginación que le permitió vitalizar todos los asuntos sobre los cuales meditó, William James figura permanentemente entre los grandes hombres de la historia de los Estados Unidos.

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA Y LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA

LORENZO LUZURIAGA, *La institución libre de enseñanza y la educación en España*, 232 págs., Departamento Editorial de la Universidad de Buenos Aires, 1958.

Al cumplirse los ochenta y dos años de un acontecimiento trascendente para la cultura española —la inauguración de los cursos en la Institución Libre de Enseñanza— uno de los docentes formado en la misma y de la que más tarde sería profesor, publicó un libro donde historia la fecunda actividad pedagógica cumplida por aquel impar organismo. Don Lorenzo Luzuriaga, notabilísimo pedagogo hispano, ha prologado su magisterio en su destierro en Buenos Aires y, al evocar su paso por la Institución, verdadera "alma máter" de la España contemporánea en el sentir de Salvador de Madariaga, nos ofrece en este volumen editado por la Universidad porteña la más perfecta síntesis de lo que fuera aquel grupo de hombres insignes, agrupados alrededor del benemérito don Francisco Giner de los Ríos, genio tutelar de la magna empresa de tan honda huella en las conciencias hispánicas. *La institución libre de enseñanza y la educación en España* resultará, desde ahora, libro imprescindible para el conocimiento exacto de una obra educativa digna de imitarse.

La pedagogía hispana puede vanagloriarse de contar en sus filas con ilustres figuras que no desmerecen al parangonarlas con las más egregias de Europa. Acaso, como intuye el profesor Luzuriaga, lo que ha faltado a esa pedagogía es la línea de continuidad, quebrada por temporales circunstancias. Los grandes maestros se extinguen a partir de la declinación del humanismo y —salvo aisladas figuras en la época de Carlos III— no reaparecen hasta el pasado siglo. Los obstáculos tradicionales, políticos y culturales, fueron vallas para el dinamismo cultural hispánico; a derribarlos contribuyó, como fuerza serena y constructiva, la Institución Libre de Enseñanza.

¿Qué es la Institución Libre de Enseñanza? Mejor dicho, ¿qué fue? Porque, en la actualidad, por expresa disposición de quienes detentan el poder, ha sido disuelta y sus actividades prohibidas. Luzuriaga, en este libro, sigue los acontecimientos y detalla los trabajos y

los días de la pléyade magnífica de educadores dirigida por Giner de los Ríos. En el último tercio de la anterior centuria, un ministro reaccionario quiso abolir la autonomía universitaria al exigir que los catedráticos sometieran los programas de sus asignaturas a la aprobación del gobierno; su idea dirigíase a imponer una enseñanza que no contrariase al dogma católico ni a la monarquía. La Revolución de 1868, que destronó a Isabel II, frustró por el momento los planes dirigistas del ministro Orovio. Siete años más tarde, con la restauración de Alfonso XII, el mismo Orovio volvió a desempeñar la cartera de Instrucción Pública e insistió en su atentado contra la libertad de cátedra.

Las razones para esta actitud de Orovio son claras. La política pedagógica de los conservadores se centraba en la persecución a los profesores liberales y krausistas. La nueva filosofía había sido difundida, desde mediados del siglo, por el profesor don Julián Sanz del Río, con la refundición de la obra de Krause *El ideal de la Humanidad para la vida*, incluida en el Índice del Vaticano. La persecución contra los ideólogos krausistas, tachados de heterodoxos, alcanzó su clímax en el año 1867 con la expulsión de sus cátedras de Sanz del Río, don Fernando de Castro y don Nicolás Salmerón. Giner de los Ríos, solidario con sus maestros, renunció a su cátedra recién ganada por oposición; en cuanto a don Emilio Castelar, su separación se fundaba en que "difundía doctrinas panteístas". La Revolución de 1868 y la primera República, no tuvieron mucho tiempo para desplegar obra efectiva en el aspecto educativo; lo poco realizado lo deshacen la Restauración y el gobierno de Cánovas del Castillo. La persecución contra el profesorado recomienza; se suprimen las atribuciones de los claustros; se decreta la intervención en los programas; se comprime la segunda enseñanza, suprimiéndose los cursos del Derecho y de Arte, por "sediciosos y vitandos". El 26 de febrero de 1876 ordenaba a los profesores universitarios y secundarios someter "los programas de sus asignaturas" al gobierno a causa "de los perjuicios que a la enseñanza ha causado la absoluta libertad". La intervención oficial se acentuaba en la Circular dirigida a los Rectores de las Universidades, quienes debían vigilar "con el mayor cuidado no se enseñe nada contrario al dogma católico ni a la sana moral" para no extraviar "el espíritu dócil de la juventud por sendas que conduzcan a funestos errores sociales" . . .

Estas ideas restrictivas no fueron aceptadas por los profesores liberales e independientes de España. Don Francisco Giner de los Ríos, con Azcárate, Salmerón y otros protestaron contra el atropello; el ministro Orovio, intransigente, los separó de sus cátedras. Otros catedráticos—entre ellos, Castelar, Moret, Montero Ríos—renunciaron por solidaridad. Giner fue sometido, además, a proceso por desacato y condenado

a prisión en el castillo de Santa Catalina, de Cádiz; otros fueron desterrados. La enseñanza quedó decapitada; el más zafio ultramontanismo se apoderó de la Universidad donde toda idea de libertad y de progreso quedó eliminada. Como impulso vital del proceso de la cultura española, al siguiente año se fundó una nueva entidad educativa, sin ayuda oficial; sus creadores fueron los catedráticos y auxiliares de Universidades e Institutos separados por el gobierno reaccionario: La Institución Libre de Enseñanza.

Las bases del nuevo organismo eran "ajenas a todo espíritu e interés de comunidad religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto a cualquier otra autoridad que la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas". Los estatutos de la Institución se aprobaron el 30 de mayo de 1877, aunque la inauguración de los cursos habíase efectuado el 29 de octubre del año anterior. La enseña victoriosa de la libertad de enseñanza era, desde entonces, algo como un derecho conquistado.

El profesor Luzuriaga afirma que la Institución ha desempeñado "desde el punto de vista pedagógico, una doble función. De una parte, ha servido como un centro de reforma, como una verdadera *escuela nueva*, que inició los métodos activos y la educación unificada antes que ninguna otra escuela de este género en Europa. De otra parte, ha sido la inspiradora y promotora del movimiento reformador en la educación pública española". Ha hecho más la Institución: combatida por sectarios políticos y eclesiásticos, sus métodos educativos han logrado captar a los mismos adversarios que poco a poco han adoptado en sus propias instituciones las ideas que atacaron. Azorín, por su lado, proclama que "el espíritu de la Institución Libre —es decir, el espíritu de Giner—, ha determinado al grupo de escritores de 1898"; ha suscitado el amor a la naturaleza y ha renovado nuestra pintura (Beruete, Zuloaga, etc.); "ese espíritu ha hecho que se vuelva la vista a los valores literarios tradicionales, y que los viejos poetas sean vueltos a la vida, y que se hagan ediciones de los clásicos como antes no se habían hecho, y que surja una nueva escuela de filólogos y de críticos con un espíritu que antes no existía".

La Institución formó la minoría culta inspiradora de la vida española; fomentó la convivencia espiritual de todos los españoles sin prejuicios sociales, religiosos o políticos; cultivó y difundió la ciencia y desarrolló la mentalidad hispana favoreciendo la expansión de sus fuerzas interiores. Nada de los episodios trascendentes de los primeros años de esta centuria le fue ajeno; a sus hombres se debe la evolución

del pensamiento español y su orientación republicana. En la Institución Libre se educaron casi todos los hombres de la España eterna, la que resucitó en 1936. Hoy, los que de ellos viven, están en el exilio.

Antonio SALGADO

Presencia del Pasado

TIWANAKU: ETAPAS DE SU ARTE

Por Romualdo BRUGHETTI

TIWANAKU¹ —la máxima cultura del Altiplano andino— constituyó la pasión de Arthur Posnansky, quien dedicó intensas décadas de su existencia a investigar y difundir dicho yacimiento arqueológico y especialmente dos documentados volúmenes divididos en cuatro partes, uno editado en 1945 y el otro, póstumo, en 1956, en los que funda su discutible teoría: la del origen del hombre americano, que él remonta, según cálculos astronómicos y geológicos, entre 10,600 a 18 mil o más años, fechas éstas hoy absolutamente inaceptables. Pero no importa ahora la discusión de dicha teoría; ni resucitar polémicas sobre el génesis de dicha cultura, amén del despojo a que fue sometido el recinto sagrado tiwanakuta por quienes edificaron la iglesia del pueblo, o trazaron el ferrocarril de La Paz a Guaymas, o erigieron un edificio gubernamental en la capital de Bolivia, en cuyas circunstancias piedras pulidas, bloques esculpidos o columnas labradas fueron utilizadas como materiales comunes. Aquí interesan fundamentalmente las investigaciones que permiten penetrar aspectos del arte tiwanakuta, tema aludido por los argentinos Bartolomé Mitre, Félix F. Outes, Ricardo Rojas, Fernando Márquez Miranda, Héctor Greslebin, Eduardo Casanova, Miguel Solá; examinado, en parte, por Wendell C. Bennett (*Excavations at Tiawanaco*, 1934), con rigor científico, y Carlos Ponce Sanginés (*Cerámica Tiwanacota*, 1947 y 48); insinuado en la crítica de arte, como disciplina estética, por Felipe Cossío del Pomar (*Arte del Perú Precolombino*, 1949) y Rigoberto Villarroel Claure (1959). Existen, por otra parte, constancias en obras de: A. Stübel y M. Ulhe (*Die Ruinestätte von Tiawanaco...*, 1892), Ulhe (*Pachamac*, 1903), A. Posnansky (*Una metrópoli prehistórica de América del Sur*, 1914; *Tiawanacu. Cuna del hombre americano*,

¹ Uso la denominación homologada por la Segunda Mesa Redonda de Arqueología, La Paz, 1957.

1945 y 1956, etc.); W. Lehman y H. Doering (*Historia del arte del antiguo Perú*, 1953). No obstante estos antecedentes más arqueológicos que artísticos, no existe una valoración que comprenda la totalidad del problema plástico y su doctrina estética. Sin olvidar el riesgo que implican las simplificaciones, en esta apuntación se tiende a fijar líneas básicas, susceptibles de enriquecimiento posterior acerca del arte cerámico y escultórico tiwanakuta, teniendo en cuenta que "las analogías deben ser tratadas con precaución" (Bennett) y también que aun en el período clásico alternan las "piezas excelentes, muy finas y delicadas", con "la alfarería tosca y ordinaria, con dibujos muy rudimentarios", "ya fuera utilitaria o ceremonial, como también para uso de personajes de alta o de baja clase social" (Posnansky). Sabemos que las divisiones no siempre son estrictas, mas ellas aclaran vastos ciclos culturales en las concreciones del estilo. A nuestro juicio, las búsquedas en el estilo fundan el método más apropiado para fijar la valoración de la forma plástica y sus aportaciones artísticas.

En concordancia con las inmediatas conclusiones científicas surgidas de la catalogación estratigráfica efectuada en los últimos años en los pozos abiertos en la tierra tiwanakuta y con el uso del carbono 14, labor cumplida por el Centro de Investigaciones Arqueológicas de Bolivia, se han podido concretar las etapas del desarrollo de esta cultura superior andina. Tiwanaku, a estar a los resultados del método estratigráfico, se irguió unos seis o siete siglos a. C. y sus etapas, en número de cuatro (tal vez cinco), arrancan de esa fecha aproximada hasta un período cercano a nuestra época, y de comienzos de la edad cristiana al siglo IV, para alcanzar paulatinamente su apogeo entre ese siglo y la décima o undécima centuria —período clásico. Esta época, etapa o fase coincide con importantes edificaciones del Kalasasaya,² la culminación del proceso arquitectónico (dinteles, ventanas, frisos, etc.), la aguda estilización en la escultura de los principales monumentos que incluyen la Puerta del Sol, las franjas decorativas en gris y ocre de zócalos en los interiores habitables y pisos de arcilla blanca, la cerámica de pulimentadas superficies y cuidadosamente pintadas,

² El Kalasasaya, en opinión de Posnansky, fue construido en dos tiempos; los argentinos Dick Edgar Ibarra Grasso y Rubén Vela piensan, y el primero así lo ha escrito, que existen tres Kalasasaya superpuestos.

hasta penetrar en otra etapa, desintegradora y decadente y ser absorbida finalmente por los Incas imperiales.

Quien viaje a La Paz y recorra después la cincuentena de kilómetros en tren o en auto a Tiwanaku, al llegar a las prestigiosas ruinas siente que la fantasía que lo alumbraba a la distancia cede paso a una realidad que un tanto desilusiona. La fantasía, esa hija legítima de la imaginación sensible, soñaba construcciones gigantescas, estatuas descomunales, y apenas si aparecen restos de un antiguo esplendor. Es necesario recorrer esas ruinas memorables, detenerse en los museos y colecciones particulares, cotejar textos y reproducciones de obras, para formarnos una idea cabal de esa alta expresión artística altiplánica. Sobre la base de observaciones directas, una visita efectuada en febrero último en compañía del arqueólogo Carlos Ponce Sanginés a cargo del cual están los trabajos actuales y como fruto de meditaciones coincidentes, se adelanta aquí el cuadro general del arte tiwanakuta.

Existe, ante todo, un período *Arcaico*, o *Primitivo*, de búsqueda de expresión o estilo, que puede comprobarse en el Museo Nacional de La Paz: cabezas talladas en piedra calcárea, o en granito, en piedra verde (serpentina) y cabezas clavas, en las que la labor del artista se reduce a una incipiente expresividad, de naturalismo ingenuo, una potencia anímica que define rasgos antropomórficos y zoomorfos. La cerámica primitiva, a su vez, ofrece "vasijas toscas" y "pebeteros burdos", o vasos ceremoniales incisos, ceramios con incisiones coloreadas, y modeladas cabezas de felino (puma o jaguar) y alas de cóndor, que pasarán más tarde a las piedras líticas (hacia mediados del segundo período y en la plenitud del tercero). Anotado cuanto antecede, debo aclarar que el período aludido es hoy controvertido por descubrimientos arqueológicos que cambian la edad de las piezas, aunque habrá que aguardar otras excavaciones para establecerlo definitivamente. Así, por ejemplo, Ponce Sanginés me dice que los incensarios burdos, incisos, sin pintura o a veces con pinturas solamente dentro de las incisiones, que Means y Bennett (y él mismo) consideraron de la primera época tiwanakuta, corresponderían a una cerámica extraña a Tiwanaku, y otras piezas cambiarían de edad. Las cabezas clavav continuarían siendo las más antiguas, según ya lo estableciera Posnansky. Con todo, ateniéndome al proceso de la forma, recalco para esa época la expresividad y el ingenuismo

naturalista, potencias del alma primitiva que confirman su validez.

En el segundo período, el *Intermedio* o de elaboración del estilo, visible en la cerámica del mismo Museo, priman los ceramios con "engobe" y representaciones de félidos con "apéndices cefálicos"; los sahumeros y las formas subglobulares asumen un principio consciente de imitación de la realidad, pero el realismo de la cabeza del felino contrasta con la estilización geométrica en la pintura del cuerpo del puma, en el típico signo escalonado y otros dibujos geométricos. La estatua del "Jaguar" (Plazoleta del Hombre Americano, La Paz), una representación del felino con su cola arqueada sobre el lomo, índice de ferocidad, se asemeja por su pesantez a representaciones de Chavin, la más antigua cultura del Perú. De ese segundo período, en busca de la síntesis formal, "El Fraile", con el signo del pez suche, boca rectangular y ojos redondeados o casi cuadrados, y las dos estatuas con turbante, de la Iglesia —conocidas como "Marido" y "Mujer"—, y otra figura arrodillada, de ojos ovoides, nariz aplastada, boca de labios gruesos con el inferior saliente y marcadas costillas en el pecho, ubicada a la entrada del templete paceño, se contraponen en la búsqueda. En tanto que el primero preanuncia la época clásica en su estilización geométrica, las tres estatuas de bulto revelan una indagación del volumen concorde a la naturaleza y los elementos de síntesis naturalista.

En el tercer período, el *Clásico* o de afirmación del estilo, la cerámica luce rasgos figurativos del felino antropomorfo —en él se asienta la concepción mágico-religiosa de esta cultura—, junto al cóndor, la llama y la serpiente, captados con destreza, mas sin perspectiva, de modo planimétrico. Un sahumero, del Museo Nacional, representa a ese puma invulnerable, con dos figuras de alpaca en los flancos y pequeñas caras humanas inscriptas en el cuerpo de la alpaca. Los colores predominantes son el rojo, el blanco, el negro, el naranja (en otras cerámicas se utiliza también el amarillo, el marrón y el gris), pues los alfareros saben usar las más hermosas tintas; el pulimentado de la superficie es perfecta y su forma estilística es abstracta y significativa, a un tiempo de características rituales y artísticas. En esta etapa, los anónimos escultores erigen estatuas monumentales; en la arquitectura, la edificación se caracteriza por la piedra tallada y engastada en las esquinas y muros de las grandes construcciones, y se difunde la técnica del adobe.

Sobre esa base, el arte del modelado y de la talla directa en piedra alcanza su etapa de apogeo, la cual se caracteriza por el uso simultáneo del asperón y de la andesita. Un hermoso incensario (Col. Buck), de cerámica negra, luce incisiones de cabezas de cóndores, tres cabezas humanas en la cola del animal y en las alas del cóndor, con el símbolo lunar (presumiblemente) en el pecho y en la cabeza del signo de la estrella Venus, y atributos solares, encarnados en el ave centenaria. En ese momento, el felino cobra su majestad real y simbólica, con cola de serpiente de cascabel (dividida y pintada a dos colores) y dos cruces. Los incensarios o sahumeros (p. e.: el timiaterio Bolívar, de Berlín), los vasos —con franjas horizontales y perfilados guerreros con máscara, hacha de combate y cabeza trofeo—, las vasijas, los pebeteros —representaciones de felinos con "gorgueras"—, los wakos, los keros —de forma cilíndrica y acampanada—, alían la geometrización abstracta y la expresión significativa. Un testimonio convincente lo ofrece el monolito Bennett, en asperón rojo, alta figura hierática de siete metros con treinta, de ceñida estilización, con brazos y manos que sostienen sobre el pecho dos keros (uno acaso sea un cetro, con peces), de forma planista y figuras antropomorfas y zoomorfas incisas similares a las de la Puerta del Sol; un guerrero con su ancho cinturón ornamentado y con malla de discos, y diez trenzas verticales a la espalda. En la cerámica, sirvan los wako-retratos, que concilian el más severo realismo (de posible origen Mochica) con el ornamento geométrico, que hoy llamamos abstracto. El tercer período —clásico— ofrece al artista indígena la posibilidad de trabajar a la perfección la andesita, piedra dura y consistente de la que existen diversas variedades y un ejemplo en la mal llamada "Puerta del Sol" —"la reedición culta de un *trilithon* de las islas del Pacífico", a juicio de José Imbelloni—, glorificación del felino antropomorfo, el totem original o el Dios supremo de los tiwanakutas al que rinden honores o tributo en paso de danza ritual y curvando la pierna izquierda hasta casi apoyar la rodilla, a uno y otro lado de la figura emergente en su alto relieve, cuarenta y ocho personajes alados, unos con cabezas humanas coronadas (primera y tercera fila) y otros (fila central) con máscaras de cóndor o halcón. Este hecho viene a probar la importancia de la máscara, evidente también en el personaje central, a la que alude Ponce Sanginés en su estudio sobre el arte cerámico. La puerta monolítica es probable que estuviera ubicada sobre la enorme piedra

monolítica de entrada al Kalasasaya, lugar sagrado del pueblo que lo edificó; las figuras del extremo del friso han sido trabajadas con menor perfección técnica en el conjunto, y no concluidas. Pero si pensamos en El Fraile y nos detenemos en el Monolito Ponce, el itinerario escultórico se enriquece. Esta estatua en andesita gris, de tres metros de alto y aún no extraída del pozo H. 13 en el que fuera hallada por la señora Julia Helena Fortun de Ponce el 8 de noviembre de 1957, ofrece incisiones de cuadrados y círculos, cabezas de pez, las reiteradas figuras aladas, seis trenzas y un basamento de tres descansos escalonados en un bloque monolítico. El monolito Ponce sobresale por sus incisiones finísimas en el dibujo de la espalda y los brazos y asume unidad constructiva en la simetría de sus proporciones clásicas. La simetría bilateral y la inscripción en el plano, son rasgos distintivos del clasicismo de Tiwanaku.

A la par de los monolitos o estelas, el artista supo tallar las piedras preciosas, el basalto, el lapislázuli, y labrar el oro y la plata; las más variadas formas antropomorfas, zoomorfas y fitomorfas, que se vuelven imágenes de hombre y de mujer, de animales en profusión (aves, llamas, sapos, culebras), formas fálicas (de acentuado verismo), instrumentos musicales, anillos, plantas, flores, elementos de la "toilette", collares, alfileres, botones, placas de oro, etc. Las pulimentadas cerámicas de fina arcilla de rigurosa calidad en el modelado y de cuatro o más colores, junto a la alfarería prehispánica Nazca y Mochica, alumbran una finura sudamericana caracterizadora. El alisado y el lustrado dan brillo y vivacidad a los colores. En verdad, si se compara la cerámica tiwanakuta con la Nazca, notamos que en el Altiplano guarda siempre un recato en la sobriedad de las formas y los colores, en la mesurada composición. Diríase, pues, que esa diferencia preside su concepción, elude todo sensualismo atenta a una voluntad de forma que se afirma en la línea del dibujo, contornea con una sensibilidad gráfica las representaciones, rehuye el brusco modelado y respeta la materia en las incisiones de los bellos diseños en piedra, logrando pausados ritmos en la arcilla.

El cuarto período, *Decadente* o de desintegración del estilo, acentúa la expansión de esa cultura en la altiplanicie hasta la costa del Pacífico y el N. O. argentino. Las formas se vuelven de aplicación imitativa y "las leyes del estilo" —a las que se refiriera el arquitecto Héctor Greslebin— se amoldan a la vez a un geometrizado formulista, con decaimiento de las formas



"La Mujer" (frente a la Iglesia de Tiwanaku). Época Intermedia.



Monolito Ponce, aun no extraído del pozo H. 13. Tiwanaku. (Foto Ponce Sanfinés). Época Clásica.



"El Fraile", fragmento. Época Intermedia. Tiwanaku. (Foto Ponce Sanfines).



Monolito Bennett. (Plazoleta del Hombre Americano, La Paz). Época Clásica. (Foto Rubén Vela).

zoomorfas, lo cual reduce la escultura a un pilar monolítico, y abusa del fondo anaranjado y apaga los colores en la alfarería, siendo ésta en su porcentaje mayor "gruesa y servil", según Bennett, o sea simplificada en la "técnica, color, forma, dibujo y asunto presentado". Afirma Ponce que los ceramios de esta época "carecen del primoroso engobe rojomarrón peculiar a éstos, por su mayor simplicidad y afán de imitación algo infructuoso en el decorado". Eduardo Casanova se refiere coincidentemente a "vasos más toscos y pesados; decoración de motivos simples y geométricos", en donde la alfarería "ha perdido su alto rango"; empero reconoce el arqueólogo que, junto a "esa cerámica pobre encontramos objetos de piedra y metal que son verdaderas obras de arte". Los objetos que menciona Casanova, singulares en esas piezas menores de modelado realista, acerca de las cuales documenta la colección Díez de Medina, lejos están del período en que los artistas erigían las grandes piedras del Kalasasaya y grababan, fieles a la construcción ortogonal, los rectángulos de la Portada egregia y los monolitos Bennett y Ponce.

Ahora bien, trazado el sucinto itinerario que antecede, podemos reafirmar el sentido de la forma en el arte de Tiwanaku. "La iniciación realista (que yo califico de expresiva, anímica, de intención naturalista), la transición o busca de estilo, lo clásico y la decadencia formalista o geométrica —me escribe Ponce Sanginés—, una curva clara o un ciclo completo no surge del todo claro". Esto es evidente; no obstante, a los efectos del presente esquema, en el desarrollo de la forma y su estilo en el tiempo y espacio tiwanakutas, reitero mis puntos de vista especialmente respecto de la escultura. En la cabeza de un metro y cincuenta ornamentada con un turbante y dibujos del período clásico, emplazada frente al Estadio de La Paz, el artista anónimo ha trabajado esa cabeza como a un cubo; igual que los cubistas modernos, el escultor altiplánico ha respetado el plano, y del mismo modo procedió en los monolitos de referencia. En la Puerta del Sol, en el frontispicio en que emerge el felino antropomorfo y los relieves y el signo escalonado que sostiene a aquél, se observa patente cómo la plástica surge de una religión forjadora del mito y se funda en normas estrictas con las que el artista creador alcanza el dominio de su instrumento artístico. Las formas aladas del relieve de la puerta, dada la importancia de las aves rapaces (cóndor, águila, halcón), que venían usándose en etapas anteriores, alcanzan la plenitud en el pe-

riodo de la abstracción significante. Obtenida esa estilización, los símbolos, los signos y las formas ornamentales que los representan provienen seguramente de dibujos de tejidos muy sutiles en su trama y no de formas palpitantes de la naturaleza. Para salir de esa "reproducción" de formas planas y dibujos estilizados, sólo cabe ya la imitación de la realidad y el Monolito Negro coronado, en su alisamiento de la materia, es una prueba. Después, se sucederán formas tan absorbidas por la realidad y por la simultánea convención geometrizable, que llegarán a su estancamiento. El arte sufre un eclipse, o concluye un ciclo. Lo indudable es que la plástica a orillas del Titicaca y a 3,800 metros sobre el nivel del mar, engendra una forma que asciende del expresionismo sensible a un cubismo simétrico, adquiere una dimensión abstracta dentro de su expresión sintética representativa, para entrar en los dominios del realismo o del geometrismo decorativo, ambos fatales en el dogmatismo tiwanakuta.

Ese paso en la evolución de la forma puede concretarse del siguiente modo: La ausencia de tensión vital precipita el arte de Tiwanaku en una síntesis ideativa y evasiva, en donde los símbolos y los signos pierden energía humana y real al convertirse en calculadas abstracciones. Los relieves estilizados inscriptos en la superficie de algunos monolitos lo reiteran. Lo que fue búsqueda apasionada de estilo, al cabo resulta línea estereotipada, sin vibración ni estímulo creadores. La superficie vence a la profundidad. Y esta carencia de sentimiento vital, de expresión fecundante, tiene su contraparte en la variedad de objetos de la vida cotidiana, en un refinamiento y acaso relajamiento de las costumbres, de las pautas que forjaron las grandes construcciones colectivas para avenirse, ahora, a una existencia rígida, sin hálito de grandeza, que rehuye toda plasticidad auténtica. Es el fin. Worringer acertó magistralmente al definir —en su sabio hurgar la psicología de la forma— una parecida actitud ínsita en el arte egipcio, en el que operaban de la manera "más absurda, dos elementos artísticos formales, diametralmente opuestos, a saber: el más craso naturalismo y una lógica formal puramente abstracta". Ya no se crean mitos con fuerza metafísica y religiosa; acaso ni la clase dominante cree en ellos, y el pueblo se debate en una sorda rebelión que no encuentra salida. O sí la encuentra, por la catástrofe. . . De ahí el enigma con que se ha cerrado la meditación

de los más ilustres investigadores de las ruinas famosas de Tiwanaku.

El equilibrio formal preside el arte escultórico tiwanakuta en su etapa culminante, el que trasciende estéticamente. En la cerámica, los dibujos en número limitado se enlazan por conducto de líneas madres, fijan de contorno y contienen el plano cromático, otorgando al ceramio un ritmo sabiamente equilibrado quebrándolo con el modelado de la cabeza del fétido en la parte superior del timiaterio y por salientes de la cabeza humana o máscara en relieve en los keros paradimáticos.

Análogamente la escalera megalítica del Kalasasaya, la pirámide de Al-Kapana —ojo mágico que vigilaba la explanada de la metrópoli—, o la arquitectura clásica del Puma-Punku, con piedras talladas de hasta 120 toneladas, son la demostración palmaria de una cultura que creó formas pétreas monumentales. Son éstas y aquéllas una creación funcional simbólica, fundada en medidas y proporciones de insustituible síntesis constructiva y respeto al ángulo ortogonal, formas que sostienen el desarrollo lento de un estilo hecho de hieratismo gráfico y plástica por igual. Estilo del que el artista, una vez alcanzada la concreción a través de los siglos, no logra evadirse quizás a causa de reglas impuestas o controladas por la casta sacerdotal y guerrera que llevarían a su término —¿ciclo concluido?— el arte de Tiwanaku.

RESURRECCIÓN DE MENANDRO

Por Luis NICOLAU D'OLWER

RECIENTEMENTE los "papiros del Mar Muerto" han llamado la atención de los más distraídos sobre la riqueza que, para la historia de las letras y de las ideas, algunas regiones del Medio Oriente conservan enterrada, gracias a la sequedad de su clima desértico.

Si las cuevas de Palestina revelaron unos textos insospechados, que tantos problemas aclaran y tantos otros suscitan acerca de la evolución religiosa pre-cristiana del pueblo judío, de las arenas de Egipto han resurgido numerosos textos literarios de la antigua Grecia, algunos de ellos de excepcional importancia.

Al hallazgo fortuito del primer momento, sucedió la búsqueda sistemática, cuyo resultado condensan los sucesivos volúmenes de *Oxyrhynchus Papyri*, fruto de las meticulosas excavaciones comenzadas antes de la primera guerra europea, por B. Grenfell y A. Hunt, de la Universidad de Oxford. Otros hallazgos tienen origen menos conocido: el sigilo de anticuarios piratas y merodeadores beduinos, mantendrá el secreto.

Los papiros greco-egipcios nos transmiten copias muy anteriores a la tradición manuscrita sobre la cual se basan las ediciones impresas. Son, por tanto, una piedra de toque para contrastarlas. Pero lo importante no son estas confrontaciones, sino la reaparición de obras perdidas hace siglos, lo cual nos permite formar un juicio directo sobre autores que sólo conocíamos por su renombre antiguo. Así sucedió con Baquílides, de cuyos *ditirambos*, forma coral precursora de la tragedia, nada conservábamos, hasta que aparecieron valiosos fragmentos en los primeros volúmenes de *Oxyrhynchus Papyri*. Textos reveladores, que presentó críticamente Sir Frederic Kenyon y que entre nosotros estudió y tradujo mi docto amigo y compañero Pedro Boch Gimpera.

La revelación más sensacional fue la de Menandro, el príncipe de la Comedia Nueva, a quien Maurice Croiset llamaba

el *último ático*. Conocíamos el elogio unánime de los antiguos, sabíamos que sus obras se representaron varios siglos después de su muerte, deducíamos sus argumentos y su técnica a través de las adaptaciones—tapices vueltos al revés—de los comediógrafos romanos, Terencio especialmente; pero su tradición manuscrita había desaparecido. Pérdida tanto más dolorosa cuanto que era reciente.

La edad bizantina conserva y estudia las comedias de Menandro. Miguel Psellos, siendo ministro de Constantino Monómaco, logra en 1043 reabrir la Academia cerrada por el Porfirogéneta y profesa en ella sus cursos de filosofía y de literatura griegas, se ocupa en especial de Menandro y escribe un comentario a veinticuatro de sus Comedias. Un siglo más tarde, caso no ya excepcional sino único, Menandro es llevado al latín. El griego Aristipo, arcediano de Catania (1156) que ocupa un lugar oficial en la corte de Guillermo I—la corte grecolatinoarábica de Palermo, que hizo de Sicilia capital y síntesis del Mediterráneo—traduce alguna (acaso algunas) de las Comedias de Menandro. Guillaume de Blois, a su paso por la Isla (1167-1169), conoce la versión, y aunque la califica de *vilis et rustica*, la aprovecha para su *Alda*; acaso también Juan de Salisbury tiene ocasión de manejarla, pero se pierde definitivamente y hasta ignoramos su nombre.

Los textos y su comentario por Psellos se conservaban todavía en la Constantinopla otomana. En el siglo xvii, si hemos de creer el testimonio de León Allaci, pero con toda seguridad en 1570. En esta fecha, a instancias del erudito flamenco Augier Ghislen de Busbeck, embajador de Maximiliano II, cerca de Selim II, se hizo un catálogo de las bibliotecas constantinopolitanas (conservado en la Imperial de Viena), donde entre los 174 manuscritos poseídos por Juan el Gramático, se encuentra uno de Menandro comentado por Psellos. La suerte posterior de este códice se ignora.

Duele pensar cómo se malogró la posibilidad de que una bella edición de los Aldi nos hubiera transmitido veinticuatro comedias enteras de Menandro—o, por lo menos, alguna de ellas, si el manuscrito era trunco, tal como parece indicarlo una nota marginal del Catálogo. Pero no, los helenistas que querían saber algo de Menandro hubieron de limitarse a los títulos de 96 comedias—nombres sin contenido—y a entresacar fragmentos de uno o de pocos versos, citados por autores antiguos, especialmente por Estobeo en su *Florilegio* o colección

moral. Se conocía así al Menandro pensador, no al comediógrafo.

La situación no cambia hasta finalizar el siglo XIX; se inicia entonces un período de hallazgos y descubrimientos.

Pueden considerarse como feliz augurio las hojas de pergamino (siglo IV) con breves pasajes de la *Aparición* ("Phasma") y de una obra no identificada, que en 1844 el teólogo alemán Constantin Tischendorff en sus viajes bíblicos, encontró en las guardas de un códice siríaco de Santa Catalina del Monte Sinaí. Se conservan en la Biblioteca de Leningrado, antigua Imperial de San Petersburgo, adonde las llevó Porfirio Uspenski.

El hallazgo de papiros menandrinicos comienza en 1897, cuando el numismático Jorge Datari regaló en el Cairo al profesor de la Universidad de Ginebra Jules Nicole unos papiros comprados a un árabe que afirmaba, seguramente en falso, haberlos adquirido en Abidos, que resultaron contener escenas del *Campesino* ("Georgós") célebre comedia menandrina. El año siguiente, al mismo tiempo que Nicole edita y traduce su texto, empiezan los descubrimientos de Grenfell y Hunt en Oxirrinco: versos de la *Trasquilada* ("Perikeiromene"), el *Adulador* ("Cólax"), etc.

El gran hallazgo, sin embargo, lo realiza Gustave Lefèvre en 1905, excavando unas casas romanas en Kôm Ischkau (antigua Afroditópolis) dio con una jarra llena de papiros. Ciento cincuenta volúmenes, conteniendo un archivo notarial de los tiempos de Justiniano y Justino II (siglo VI) estaban incólumes; en cambio aparecía maltrecho un códice menandrinico (siglo IV). Se leían, algunas de ellas con bastante extensión, escenas de *El Héroe* ("Heros"), *El Arbitraje* ("Epitrépontes"), *La Samia* ("Samía"), *La Trasquilada*, y otras comedias que no se pudo identificar.

Año tras año las excavaciones y alguna feliz casualidad acrecen el acervo menandrinico: *El Citarista* ("Kitharistés"), *La Perintia* ("Perinthía"), *Las Envenenadoras* ("Koneiazómenai"), *El Detestado* ("Misoúmenos").

En 1909, Gilbert Murray, oculto bajo el pseudónimo de "Unus Multorum", edita, con traducción inglesa, los fragmentos más importantes (Londres, Parker, 1909). Al año siguiente Koerte estima llegado el momento de reunir, editar paleográficamente y transcribir el conjunto de los textos descubiertos (Leipzig, Teubner, 1910). Algunos textos de Oxirrinco (To-

mo VII), que ya no alcanzaron a la edición de Koerte, encuentran lugar en la mía, con traducción castellana (Barcelona, L'Avenç, 1911), que así fue la más completa hasta 1929.

Los versos recuperados de Menandro —unos dos mil pertenecientes a fragmentos de 13 comedias— eran ya más numerosos que el conjunto de todos los conservados de los otros poetas de la Comedia Nueva y de la Media. Es el "nuevo Menandro". El mundo moderno conocería directamente al lejano comediógrafo ateniense, discípulo de Teofrasto y compañero de Epicuro. Y aun que los textos no bastaran para aquilatar la personalidad del poeta, evidenciaban algunos de sus rasgos más salientes y permitían hasta cierto punto, contrastar la crítica de los antiguos.

El "nuevo Menandro" ya no era como el de los antiguos fragmentos, un pensador o un moralista: era lo que realmente había sido Menandro, un comediógrafo.

Aparecían innegables la sencillez de los argumentos, la variedad de las intrigas, lo natural del diálogo, no obstante ser versificado, la llaneza de su lengua, y, sobre todo, el perfil de los personajes convirtiéndose ya en caracteres. Además con esto que podía ser particularmente menandrino, algo a que atribuimos un radio más extenso, como características generales de la Comedia Nueva: el número de actores, el de interlocutores, el papel reservado al Coro, la función y las características del Prólogo. Cuestiones resueltas, hipótesis probables, conjeturas verosímiles, atisbos arriesgados... , pero muchas cosas quedaban todavía inciertas, porque no poseíamos ni una sola comedia entera: los 340 versos de *La Samia*, los 450 de *La Trasquilada*, los 590 del *Arbitraje*, representaban aproximadamente de una cuarta parte a una mitad de lo que debía ser la extensión normal de las obras.

Después de 1911 vino la pausa. Los hallazgos son ya menos frecuentes: la llamada *Comedia de Florencia*, y algún otro fragmento de poca extensión que en 1929 agrega la edición de Jensen y en 1938 la nueva de Koerte. En cambio no se detuvieron, pese al freno impuesto por la guerra, los estudios literarios, históricos, lingüísticos y de crítica textual. El entusiasmo suscitado por el "nuevo Menandro" puede cifrarse. La bibliografía que acompaña mi edición comprendía hasta 1910, entre volúmenes y artículos de revista, 180 títulos: 36 de ellos cubren 344 años (1553-1896), en tanto que 144 corresponden a 14 años (1897-1910). La edición de Jensen registra 283

títulos en 1929, es decir, un aumento de 103 títulos en 18 años (1911-1928). Por fin Meautis calcula para veinte años después un total de 430 títulos —o sea 147 títulos de 1929 a 1949. Debía cerrar este período en 1955 una nueva edición (Leipzig, Teubner) en dos volúmenes, el primero con el nuevo Menandro, por Koerte, y el segundo con los fragmentos antiguos, por Thierfelder.

De súbito, un nuevo hallazgo eclipsa, por su importancia, todos los anteriores. En 1957, el profesor ginebrino Victor Martin examinando unos papiros ofrecidos a su colega y renombrado coleccionista Martin Bodmer, constató que había allí el texto de una comedia completa de Menandro, *El Huracán* ("Dýskolos"). *Completa*, ya que lo perdido por roturas o por ser ilegible no pasa de una docena de versos enteros y algunas palabras dispersas. Menandro había resucitado.

Victor Martin, que ya sacó a luz otros papiros de la colección Bodmer, ha publicado en facsimile y transcripción la comedia menandrina (Coligny-Ginebra, 1958) y con P. Photiade y Bernard Bouvier, la ha traducido al francés. La edición facsimile, como si llevara el papiro a domicilio facilita su estudio por los especialistas. Enmiendas, observaciones y sugerencias de unos y de otros darán la última mano a la lectura del texto y a su interpretación literaria. Empezó ya este trabajo de colaboración, con singular perspicacia el helenista francés Jean-Marie Jacques.¹ Por una afortunada coincidencia, Víctor Martin es discípulo del filólogo Jules Nicole, que sesenta años atrás dio a conocer los primeros papiros menandrinicos, y ocupa su misma cátedra. Así la escuela papiroológica de la Universidad de Ginebra se mantiene a la cabeza de los estudios menandrinicos.

Por su hermandad con otros papiros de la Colección Bodmer (dos libros de la *Iliada*) y de Sir Chester Beatty (registro

¹ El nuevo hallazgo menandrino está destinado a producir una extensa bibliografía. Por ahora son de tenerse en cuenta: (1) *Papyrus Bodmer IV. Ménandre, Le Dyscolos*, édité par V. Martin, Bibliotheca Bodmeriana, Coligny-Genève, 1958; (2) En *Museum Helveticum, Revue suisse pour l'étude de l'antiquité classique*, vol. XV, 1958, el propio V. Martin estudia el mecanismo interno de la obra; (3) "Menandros", artículo crítico de A. Koerte, posterior al descubrimiento, en la *Realencyclopädie* de Pauly-Wissowa-Kroll, vol. XV; (4) J. M. JACQUES, "Crítica literaria con nuevas lecturas e interpretaciones del texto", en *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, París, 1959 (Nº 2, junio).

de cartas de dos cohortes romanas) el texto de Menandro parece copiado, como lo fueron aquéllos en el *nomos* de Panópolis, en el Alto Egipto. Tal es, por lo menos, la opinión del profesor E. G. Turner, del Instituto de estudios clásicos de la Universidad de Londres. Y como Panópolis fue precisamente la patria del poeta Nonno, cabría sospechar (o fantasear) que el códice hoy ginebrino, estuvo en sus manos.

Con *El Huracán* obtuvo Menandro su primera victoria en los concursos cómicos, el año 316-315 antes de J. C., a los veinticinco de su edad, arcontado de Demógenes. Obra de juventud, por lo tanto, pero ya madura. No olvidemos que Menandro, sobrino de Alexis por su madre, hubo de criarse en el ambiente de los comediógrafos de Atenas. Pero, tanto por la influencia de Alexis, como por ser obra de juventud, hemos de sospechar *El Huracán* muy próximo al tipo de la comedia del período Medio. Es, además, una obra esencialmente rural: se sitúa en el *demos* ático de Filé y sus personajes son hacendados y labriegos de la comarca.

Trataremos de resumir el argumento y el desarrollo de la obra.

Sóstrato, rico joven ciudadano, yendo por el *demos* de Filé, donde su padre, Calípides, explota una rica hacienda, se enamora locamente de la hija de un campesino pobre, Cnemón. La joven está al cuidado de la vieja sirvienta Símicce, pues Cnemón es de carácter tan insoportable que su esposa la abandonó refugiándose en la casa de un hijo de su primer matrimonio, Gorgias. Este ayudándose del esclavo Daos, cultiva una pequeña heredad vecina a la de su padrastro.

Acto I. Sóstrato viene de la ciudad con el parásito Quéreas, inquieto por conocer el éxito de su esclavo Pirrias, a quien encargó la misión de tantear al viejo Cnemón. El esclavo llega echando los bofes: el viejo sin querer oírle lo recibió a golpes y pedradas. Sóstrato trata de excusar a Cnemón. Tiene la suerte de ver a la joven que va por agua al Ninfeo, pues la vieja Símicce dejó caer el cubo dentro del pozo. La galantería de Sóstrato infunde sospechas en Daos.

Acto II. Gorgias, que vela por la honra de su media hermana, quiere pedir explicaciones al sospechoso. Sóstrato no tiene nada que ocultar, habla francamente; Gorgias se convierte en su amigo y aliado. Tratando de acercarse a Cnemón, el joven citadino no ve otro medio que vestirse de labriego y empuñar la azada. Así se realiza un extraño sueño de la madre

de Sótrato: el dios Pan obligaba al joven a cavar, con los pies atados y azada en mano. Lo refiere Geta, el esclavo paterno, a Sicón, el cocinero venido de Atenas a fin de preparar en el Ninfeo un sacrificio propiciatorio.

Acto III. Unos en pos de otros van llegando los convidados al sacrificio. El viejo Cnemón, indignado por el barullo, descarga su enojo sobre Geta y Sicón, cuando se le acercan pidiéndole prestada una caldera. Sótrato no ha conseguido su objeto, pero sí atrapado un fuerte lumbago; aprovechará el sacrificio para estrechar su amistad con Gorgias y Daos invitándoles al banquete. Símicé se esfuerza en rescatar su cubo, anegado en el pozo; la azada con que lo intenta le resbala de la mano y se va también al fondo. Furor de Cnemón, que amenaza a la vieja con echarla al pozo para que haga compañía al cubo y la azada. Llega Sótrato acompañado de Gorgias y Daos. Gorgias no podrá asistir al banquete por sus obligaciones filiales. Los dos amigos se separan despidiéndose hasta muy pronto.

Acto IV. Cnemón, que amenazó con echar a la vieja al pozo, se ha caído en él, tratando de pescar el cubo y la azada. Gorgias y Sótrato corren en su ayuda. El cocinero Sicón ocupa la escena con sus chistes, mientras llega Sótrato explicando el salvamento y luego Cnemón sostenido por Gorgias y por su hija. Entra también la madre. Cnemón, conmovido y agradecido por la conducta de Gorgias le cede su tierra, bajo condición de sostenerle a él y a su esposa y de dotar a su hija. Convertido Gorgias en tutor de su media hermana se apresura a prometerla a su amigo Sótrato. Falta sólo el consentimiento de Calípides, que llega preocupado por si encontrará algo para comer.

Acto V. El buen Calípides no es hombre para contrariar los deseos matrimoniales de su hijo, aunque la novia sea pobre; no se opondrá tampoco a dar su propia hija a Gorgias. Fijan el doble matrimonio para el día siguiente. Entretanto cunde la alegría preparando el banquete. Todos, excepto el recalciante Cnemón (es decir, todos los hombres, sin otra compañía femenina que las sirvientas) se retiran a la gruta sagrada para el banquete y la verbena en honor de dios —lo que, hablando profanamente, es como una doble despedida de solteros.

Con este feliz desenlace parece debería terminar la obra, pero siguen todavía otros 120 versos. Geta, esclavo del anfitrión Calípides y el cocinero Sicón se han propuesto castigar al

huraño y amansarlo. No lo dejan dormir; alternatively llaman a su puerta, pidiéndole prestados diversos utensilios para la fiesta . . . y hasta una gran tapicería bárbara de cien pies. Cuando Cnemón está desesperado por tanta impertinencia que turba su reposo, Geta toma a su cargo sermonearle, reprochándole su actitud arisca ante la felicidad de su hija; el cocinero emplea argumentos menos sentimentales: el sabroso banquete que se pierde, el vino escanciado en abundancia y que ya está trepando a la cabeza de las sirvientas, la ronda que va a empezar. En sus animadas explicaciones el cocinero imita los pasos de la danza y quiere obligarlo a bailar. El viejo gruñón acaba dándose por vencido, se deja llevar a la gruta, con la cabeza coronada de flores y precedido por los porta antorchas.

La acción se desarrolla en un solo día; pero no se continúa: el tiempo escénico transcurre durante los intermedios corales. Se supone que se realizan entonces las idas y venidas y las gestiones que los actores anunciaron o referirán. Así se compagina la unidad de tiempo con la de lugar. Este por ley inexorable del teatro clásico, es la vía pública. Dos casas, la de Gorgias y la de Cnemón, y el adoratorio de las Ninfas ocupan la escena.

Conocido a grandes rasgos el desarrollo del *Huraño*, veamos las enseñanzas que contiene en relación a la estructura y al proceso evolutivo de la comedia griega.

El Prólogo, ante todo. Es el dios Pan quien se encarga de poner al espectador en antecedentes. Merece señalarse este caso, por ahora único en la Comedia Nueva. En *La Samia* el prólogo está encargado a uno de los personajes de la obra, el viejo Quéreas; en *La Trasquilada*, a una personificación, la Ignorancia; en la llamada *Comedia de Florencia*, a otra personificación, la Suerte; en una obra sin título conocido, a Elenco, y a un *Héroe* en la comedia que toma su nombre. El de la *Aparición* era dialogado entre dos Genios. El hecho de que un dios, Pan, recite el Prólogo podría interpretarse como una influencia de la tragedia euripidiana; pero tal vez sea un legado de la Comedia Media y un viejo recuerdo de los orígenes religiosos del drama. En nuestro caso, Pan, divinidad local junto con las Ninfas, sitúa topográficamente la obra y es la providencia que la rige: él mismo declara en el Prólogo que urdió el matrimonio de la joven con el rico Sótrato, para recompensarla de su culto asiduo a las Ninfas.

El Huraño da la prueba que hasta ahora faltaba de la di-

visión en cinco actos, separados por cuatro apariciones del Coro. Aquella división no existe en la Comedia Antigua (aristofánica). La sospechábamos en la Comedia Nueva, por su contaminación con la tragedia de Eurípides y por la conocida regla horaciana (*ad Pisones*, verso 189). Los fragmentos del nuevo Menandro eran poco extensos para dar una confirmación: *el Arbitraje* sólo alcanza a señalar tres divisiones.

El Coro de la Comedia Nueva ya no es un personaje de la acción, sino una simple banda de jóvenes ebrios que por un rato, más o menos largo, divierte al espectador con sus canciones. Pero en *El Huraño* conserva todavía un nexo exterior con el argumento, pues se trata de unos "devotos de Pan". El único caso semejante es el de los "pescadores" que formaban el Coro del *Rudens* de Plauto, obra imitada de Dífilo. ¿Sería también una reminiscencia de la Comedia Media?

La costumbre de que los manuscritos no conserven el texto de los intermedios corales se inicia con el *Pluto* de Aristófanes, se generaliza en la Comedia Media y no tiene excepción en la Nueva. Supone Jacques que los poetas no las juzgarían dignas de la posteridad. Nunca han sido los hombres de letras propensos a descalificar sus propias obras. Me afirmo, por tanto, en mi vieja hipótesis de que "serían canciones más o menos satíricas y alegres, ajenas al argumento de la obra y a la invención del poeta cómico, cuyo número fijaría el público al recibir las con señales de agrado o desaprobación. No hay datos con que pueda demostrarse, pero tengo para mí que los cantos de la Comedia Nueva estaban más próximos a los *couplets* de nuestro género chico que a las altisonancias líricas del Coro aristofánico".

Conocido *El Huraño* ya no podemos dudar de que el anuncio de la entrada del Coro, hecha por el último actor que abandonaba la escena, y la petición final de los aplausos eran "cláusulas de estilo", fórmulas convencionales, en que el autor se repetía a sí mismo casi sin mudar palabra. ¿Serían también como *res nullius*, que un autor tomaba de otro? Faltan elementos comparativos.

Reclama especial consideración la escena final del *Huraño*, aquella especie de *ballet* o payasada que sigue al desenlace de la obra. Dada la marcha evolutiva del teatro griego, mejor que una libre fantasía del poeta, un hecho aislado, sería una reminiscencia del *Kómos* aristofánico, una vieja costumbre en camino de perderse. Este ejemplo, por ahora único, habrá

de ser tenido muy en cuenta al estudiar los textos mutilados. Así Jacques señala, a mi parecer con acierto, que los 51 versos conservados del acto V de *La trasquilada*, donde se contiene el desenlace de la acción, tal vez no serían los últimos de la obra, según habíamos creído, sino los primeros del último acto, a los cuales seguiría una escena parecida a la final del *Huraño*.

La regla horaciana que limitaba el diálogo a tres interlocutores (*ad Pisones*, verso 192), regla con toda seguridad basada en la Comedia Nueva, parece haber sufrido algunas excepciones en Menandro. O tal vez en sus primeros tiempos, siendo de uso general todavía no tenía vigencia absoluta. Koerte convencido de la inexorabilidad del *nec quarta loqui persona laboret*, atormentaba su crítica para reducir a la regla la *Anagnórisis*, o escena del reconocimiento, del *Detestado* donde obviamente dialogan cuatro personas. En *El Huraño* aparece también un caso (si no dos) de cuarto interlocutor. El diálogo entre Sótrato y Gorgias en el acto II está cortado una vez por Pirrias y dos veces por Daos —aunque estas intervenciones son muy breves. Claro que no aludimos a los actores presentes en escena, alguno o algunos de los cuales eran figurantes mudos, sino a los actores dialogantes.

En contraste con la rica variedad métrica de la comedia aristofánica, la de Menandro, ofrecía sólo dos formas: como regla general el *trimetro yámbico*, y en raras ocasiones de mayor énfasis dramático (como el diálogo entre Démeas y Nicérato en *La Samia* y el de Mosqión y Daos en *La Trasquilada*) el *tetrámetro trocáico*. A estas dos formas, *El Huraño* añade el *tetrámetro yámbico cataléctico*, que aparece en las escenas excepcionalmente movidas del final de la obra, las comparables al *Kómos* aristofanesco. Si Menandro las reservaba a este particular momento, se comprende que no se hallen en las obras cuyo final desconocemos.²

Desde esta obra, tan temprana, aparecen las cualidades

² La versificación *rítmica* moderna sólo puede dar una grosera aproximación de la versificación *métrica* greco-latina. Así, podrían traducirse (sin olvidar que *traduttore, traditore*), el *trimetro yámbico* por 12 sílabas acentuadas las pares (por ejemplo: "Anoche en luna llena la fiesta comenzó"); el *tetrámetro trocáico* por 16 sílabas acentuadas las impares (por ejemplo: "Coros, sacrificios, danzas y plegarias ofrezcamos"), y el *tetrámetro yámbico cataléctico* por 15 sílabas acentuadas las pares (por ejemplo: "Honor, durable gloria, el canto heroico brindará").

de observación psicológica de Menandro y el arte para dibujar a sus criaturas. Ninguno de los personajes del *Huraño* es un simple muñeco, con nombre vacío e intercambiable. Cada uno, con mayor o menor relieve, según la importancia de su papel, tiene una personalidad individual y obra de acuerdo con ella. Cnemón, el huraño protagonista, ofrece ya los profundos rasgos de un verdadero carácter. Creación juvenil, pero creación de un discípulo de Teofrasto, no cede en valor humano a alguna de las mejores de la edad madura del poeta.

Cnemón es malgenioso, pronto a desatar su lengua y a descargar su mano; desconoce ceñudo cualquier forma de urbanidad; esquivo, rehuye el trato de las gentes; egoísta, no presta servicio a nadie; desconfiado, de nadie lo acepta; áspero, gruñón, hosco, cerril, es desagradable en todo y para todos: su misma mujer lo abandona, su hija lo teme. La amarga experiencia del trato con los hombres lo hizo huraño; bastarse a sí mismo es su defensa, frente al egoísmo circundante. Pero en su fondo es bueno, liberal, sueña utopías de fraternidad: "Si los hombres fueran justos, no habría tribunales, ni cárceles, ni guerra..." Por ello, al ver el altruismo, el desinterés de Gorgias que por salvarle la vida expone la suya propia, Cnemón se sorprende, se desconcierta, cede, claudica, si así puede decirse y se muestra generoso con quien fue generoso con él —pronto, sin embargo, a encerrarse de nuevo en su concha, seguro de que la excepción no puede convertirse en regla.

Bastará con lo dicho —sin rozar otros temas, como los lingüísticos, no menos interesantes, pero más especializados— para comprender la importancia que reviste la exhumación del *Huraño*. Con él Menandro resucitó, y no sólo en los libros sino en la escena. A las 2,275 años de su estreno, aquella obra, traducida al francés, ha sido representada este verano y aplaudida en Ginebra, en las fiestas conmemorando el IV centenario de la Universidad, fundada por Calvino el año 1559. Sorprendente consorcio éste del comediógrafo epicúreo y el austero reformador.

De la antigua producción griega, tanto literaria como científica, sólo conocemos una muy pequeña parte. El mejor caudal de los hallazgos papirológicos seguramente no está en el pasado, sino en el futuro. Confiemos en las excavaciones emprendidas con método científico; esperemos también que los desenterradores habrán aprendido ya que no sólo tienen valor en el mercado las joyas, que en el primer momento acaparaban

su atención, y la cerámica y las estatuas por las que después se interesaron: lo tienen también los papiros, que solían abandonar o destruir como envoltorios deleznable.

Concretándonos a Menandro, hablamos de su resurrección por haber aparecido una sola completa entre el centenar de sus comedias. Si no todas ellas, quizá un día aparezcan algunas de las que fueron más famosas y, por tanto, más copiadas. Entonces aparecerá de cuerpo entero el personaje por cuya boca transmitió Menandro, en el dulce y dorado otoño de la cultura ática, aquel pensamiento que será repetido mientras pise la tierra un humanista: "Soy hombre; pienso que nada de lo humano me es ajeno".

EL PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO DE MARIANO OTERO

Por *Ricaurte SOLER*

I

EL *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana* (1842),¹ de Mariano Otero, es el más importante estudio sociológico publicado en Hispanoamérica en la primera mitad del siglo XIX. La prevención que naturalmente suscita lo categórico del anterior aserto desaparece si se considera que hacemos referencia a una obra en particular, desligada del aporte total de cualquier autor hispanoamericano cuya significación sea indiscutiblemente mayor. No se nos escapa que la producción de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, José María Luis Mora, José Antonio Saco, para citar los nombres más conocidos, es notablemente más importante que el único libro de este casi desconocido escritor mexicano. No obstante, a más de que ninguna de las obras de los autores citados, aisladamente considerada, justifica como la de Otero, a plenitud, el calificativo no ya de social, sino de sociológica, la objetividad, realismo social, rigor conceptual y coherencia en el método, permite considerar el estudio de Otero como el más logrado ensayo, en su género y época, publicado en Hispanoamérica.

La Coyuntura Histórica

EL realismo social hispanoamericano de mediados del siglo XIX, del cual es Otero exponente calificado, se configura en estrecho acuerdo con el contexto sociohistórico que lo explica

¹ Impreso por Ignacio Cumplido, México, 1842, 136 págs. En este artículo citaremos la segunda edición, más asequible: Ediciones I. T. G., Guadalajara, 1952, XXI, 167 págs.

y condiciona. Una experiencia histórica negativa, de anarquía, caudillismo y dictadura, incide poderosamente sobre la temática del pensamiento hispanoamericano. La realidad social y política arroja un balance desfavorable; se trata de una realidad que precisa comprender y transformar. El imperativo de la comprensión se plasma predominantemente en una historiografía de intención sociológica —José María Luis Mora, José Antonio Saco, Lastarria— o en una sociología de hondo contenido histórico —Otero, Echeverría, Alberdi—. El imperativo de la transformación se expresa a través del ideario liberal y reformista con diferentes gradaciones y modalidades, según el caso. La tarea es, pues, la de comprender histórica y sociológicamente una realidad que precisa transformar en el sentido de un liberalismo efectivo, operante.

La clase media —naciente burguesía— es la propugnadora de este programa teórico y práctico. En su lucha por afirmarse frente a la estructura cuasi feudal heredada de la Colonia, se enfrenta a una conyuntura histórica en apariencia impermeable a la penetración de los módulos demoliberales. De ahí su tarea de comprender y transformar. Los postulados de un realismo social, objetivo, se intrinca entonces con los supuestos demoliberales en idéntico propósito de descubrir la estructura de la sociedad hispanoamericana para renovarla en el sentido del liberalismo. Tal es el contenido social del pensamiento hispanoamericano de mediados del siglo XIX. Desde México hasta Argentina, desde Mora y Otero hasta Alberdi y Echeverría, temas y problemas se estructuran en una totalidad de idéntica significación socio-política. Pero veamos la particularidad mexicana dentro de esta unidad hispanoamericana.

Con ligera variante cronológica —México con la Constitución de 1857, Argentina con la de 1853— las dos naciones de más rápido progreso en la incorporación a la modernidad habían sancionado, durante la década del cincuenta, la asimilación del demoliberalismo a su estructura política. En Argentina, no obstante Rosas, las condiciones fueron, quizás, más favorables, en razón del poderoso núcleo de clase media formado de preferencia en la ciudad y provincia de Buenos Aires y en la región del Litoral. En México, la mayor acentuación de las relaciones económicosociales de la Colonia, circunstancia que deriva de haber prestado sus condiciones naturales —las minas en especial— mejor aliciente al mercantilismo de la metrópoli, determina en buena parte el accidentado proceso de afirmación

del demoliberalismo. Quizás con la notable excepción del núcleo Perú-Alto Perú, también minero,² en ninguna otra región de Hispanoamérica la estructura económicosocial colonial se proyectó con tanto vigor en la primera mitad del siglo XIX. Esto explica, precisamente, por qué los pensadores de la "organización" mexicana, Mora y Otero en particular, hayan insistido en el enfoque económico-social abandonado así, rápidamente, las teorías contractualistas, universalistas y utopistas de los ilustrados europeos del siglo XVIII.

II

Las Relaciones Materiales determinan la Estructura Política

PARA Otero, en efecto, son las relaciones económicosociales las que determinan la estructura política de cualquier nación, y en consecuencia, la de la nación mexicana. Pero, en modo alguno, la explicación de lo político a través de lo que hoy denominaríamos la infraestructura conduce a un enfoque indiscriminado e indiferenciado de esta última. Importa detenernos sobre estas consideraciones.

Otero es determinista, el determinismo rige en el orden moral y político a través de "causas generales"³ que lo condicionan de manera análoga a la señalada por Laplace para el mundo físico.⁴ En primer término, el determinismo social opera a través de *relaciones materiales* —la expresión es de Otero— entendiéndose por tales la distribución demográfica, las condiciones de la agricultura, del comercio y de la industria⁵ y, más específicamente, la estructura de la propiedad. Precisa, pues, abocarse al "examen árido de la constitución de la sociedad considerada bajo sus *relaciones puramente materiales*".⁶ Entre éstas, la propiedad juega un papel fundamental:

² Cf. para la estructura de la colonia peruano-alto peruana, en comparación con la del Río de la Plata, y su proyección en lo cultural y en lo político durante el período post-independista: INGENIEROS, JOSÉ, *La Evolución de las Ideas Argentinas*.

³ OTERO, MARIANO, *op. cit.*, p. 6.

⁴ *Ibid.*, p. 26, Cf. también p. 79.

⁵ Cf. pp. 94 y ss., p. 99.

⁶ *Ibid.*, p. 52. Subrayado nuestro.

Los que buscan las instituciones y las leyes de un país como ingeniosas combinaciones de números, ignoran que esa constitución existe toda entera en la organización de la propiedad, tomando esta frase en su latitud debida. Son sin duda muchos y numerosos los elementos que constituyen las sociedades; pero si entre ellos se busca un principio generador, un hecho que modifique y comprenda a todos los otros y del que salgan como de un origen común todos los fenómenos sociales que parecen aislados, éste no puede ser otro que la organización de la propiedad. Ella ha constituido el despotismo en los pueblos de Asia; ella constituyó el feudalismo que dominara tantos años a Europa; ella constituyó las aristocracias de la antigüedad, y ella sola ha fundado la democracia.⁷

Las relaciones materiales constituyen, pues, el fundamento de la estructura política; entre aquellas relaciones las de la propiedad son determinantes. Ahora bien, el estado político de una sociedad no deriva estáticamente de la distribución de la propiedad. Otero percibe, por el contrario, un poder activo intermediario; sus investigaciones lo conducen al descubrimiento del principio de la dinámica social en la división de clases. La propiedad, ciertamente, determina la división en clases: "la repartición de la propiedad ha dividido a la población en las diversas clases que constituyen el estado",⁸ pero estas clases tienen, a su vez, intereses peculiares que las enfrentan. La lucha de clases es un supuesto de la explicación intentada por Otero de la dinámica de la sociedad mexicana, lucha que en ocasiones es explícitamente reconocida: "¿cuál es el poder social que ha sucumbido sin combatir?"⁹

Análisis de las Clases Mexicanas

Los principios generales señalados permiten a Otero abocarse a un análisis pormenorizado de las clases mexicanas, su estructura y expresión política. A este respecto cabe lamentar que el criterio claramente formulado por lo que dice a las relaciones materiales de la sociedad y al principio generador de las

⁷ *Ibid.*, pp. 33-34.

⁸ *Ibid.*, p. 35.

⁹ *Ibid.*, p. 61.

clases—la propiedad—pérdida, esporádicamente, sigor en su aplicación práctica. Un método excesivamente analítico conduce a Otero a la postulación de una multiplicidad de clases, cuya caracterización no es siempre igualmente lograda. Tal sucede cuando se refiere, sin mayor explicación, a las clases productoras y consumidoras, y a la clase capitalista mexicana.¹⁰ Por otra parte, su terminología adolece eventualmente de cierta equivocidad. Ello no obstante un detenido estudio de la obra de Otero nos muestra que genéricamente comprende todas las clases mexicanas en dos grandes grupos: las clases propietarias del agro vinculado, del agro no vinculado, de las minas; el Clero y las clases medias—y las no propietarias—proletariado rural, proletariado urbano, proletariado minero-comercial—. A estas clases habría que añadir, por razones especiales, la clase comercial extranjera y la clase militar.

El análisis de las clases propietarias tiende a demostrar que, con la excepción de las clases medias, todas carecen de sólido fundamento en cuanto a las relaciones materiales, motivo por el cual están históricamente condenadas a desaparecer como fuerzas actuantes en el escenario político.

Efectivamente, la clase propietaria del agro vinculado, no obstante las apreciaciones superficiales que identifican el régimen colonial con el feudalismo europeo, no logró establecer las auténticas relaciones feudales siervo-señor que permitan consolidar el régimen político que de ellas deriva naturalmente: la aristocracia y la monarquía.¹¹ La clase propietaria del agro no-vinculado, en razón de la ruina de la agricultura, tampoco puede aspirar a la dirección de la cosa pública.¹² Otro tanto puede decirse respecto a la clase propietaria de las minas en virtud de su evidente decadencia y en virtud también del carác-

¹⁰ Cf. *Ibid.*, p. 86. Del análisis de la sociedad mexicana intentado por Otero nos referiremos a aquellos aspectos generales susceptibles de interés para la caracterización de su pensamiento sociológico. Un trabajo pormenorizado sobre los aspectos que directamente se relacionan con la estructura social de México y una discusión notable sobre las influencias europeas en el sociólogo mexicano la encontramos en HERÓLES, JESÚS REYES, *El Liberalismo Mexicano*, Tomo II, *La Sociedad Fluctuante*, Facultad de Derecho, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958, pp. 89 y ss.

¹¹ OTERO, MARIANO, *Ensayo...*, pp. 37-39; 57.

¹² *Ibid.*, p. 47.

ter aleatorio de su riqueza.¹³ Por último el Clero, la más poderosa de las clases propietarias. La enorme riqueza acumulada explica su poder político, antes y después de la Colonia. La distribución de su propiedad en las ciudades y en el campo acredita su influencia moral y política en todos los ámbitos de la nación. Dos poderosas razones impiden, sin embargo, la formación de una teocracia en México; una deriva de la naturaleza de la propiedad del Clero, la otra, de la debilidad que revela la estructura de clase de este estrato social.

En efecto, la riqueza del Clero que deriva de la propiedad territorial presenta, como la propiedad vinculada de la pretendida "aristocracia" mexicana, la particularidad de no haber establecido las típicas relaciones feudales entre el señor y el siervo. Por tanto, "sus bienes raíces no fundaban una aristocracia territorial". A más, la otra fuente de su riqueza: los diezmos, presenta el mismo carácter aleatorio puesto de relieve por lo que respecta a la riqueza de los propietarios de las minas.

La otra poderosa razón que limita la influencia y el poder del Clero radica en su división en secciones—subclases—de intereses inarmónicos y aún, antagónicos. El alto Clero (Obispos y Cabildos eclesiásticos) goza de pingües rentas en contraste con la inmensa mayoría de clérigos diseminados en el país, celosos de la riqueza de sus superiores. Por otra parte, la sección compuesta por las órdenes regulares, relativamente independiente de la jurisdicción diocesana, introduce un elemento más de división en la clase clerical. Todo ello determina una "acción sin unidad" de parte de la más poderosa de las clases propietarias. Por tanto, ni aun sobre esta clase habría de estructurarse políticamente la nación mexicana.¹⁴ Su interna debilidad como estrato social impide una acción política concreta y definida; el régimen de su propiedad agraria la convierte en usufructuaria de una riqueza que no puede consolidar y que los meros arrendatarios no tienen interés directo en aumentar. En tanto que clase, opera sobre el Clero la misma delicuescencia señalada para el resto de las clases propietarias mexicanas.

¹³ *Ibid.*, p. 48.

¹⁴ *Cf. Ibid.*, pp. 37-47.

III

Diagnóstico de la Sociedad Mexicana

TAL es la estructura de la sociedad mexicana: "He aquí a la República" dirá Otero en frase que revela, quizás, la satisfacción que su análisis le produce. No se ignora, por cierto, a las clases no-propietarias, pero en virtud de la ecuación riqueza-poder, estructura económicosocial, estructura política, estos grupos, menos aún que las clases propietarias, pueden aspirar legítimamente a la dirección política nacional. El proletariado rural, urbano y minero-comercial, sumido en la ignorancia y la miseria, constituyen sí, grupos que importa redimir, pero que por su situación misma no pueden ejercer una acción efectiva orientada en el sentido de la libertad y del progreso.

El estudio expuesto de las clases sociales mexicanas describe los grupos formados en el seno de la sociedad colonial, cuya influencia económica y política se hace sentir en la etapa postrevolucionaria. A raíz de la Independencia dos clases sociales, "como creadas de nuevo", complicaron notablemente el panorama; su acción, eminentemente negativa, ha determinado en gran parte el atraso económico y la desorganización política de la nación. Se trata de la clase comercial extranjera y de la clase militar. La primera, dedicada a una actividad en sí misma no productiva, presenta todavía el inconveniente de identificar sus intereses con los del extranjero, constituyendo por tanto una fuerza negativa para la integridad nacional; la segunda, formada en el período revolucionario, entraña un peligro permanente para la administración civil y para la paz interior. No será, pues, sobre la base de estas dos clases, que la República habrá de estructurarse social y políticamente.¹⁶

El diagnóstico de la sociedad mexicana realizado por Otero no puede, en apariencia, ser más desolador. Ninguna de las clases que descubre su análisis sociológico reúne las condiciones de poder material y de influencia moral suficientes para llevar a cabo la obra de la organización nacional. Por otra parte, la lucha de clases, las contradicciones que las oponen, no pueden redundar en beneficio de la armonía social: "Todas estas clases. . . , se lanzaron a la lucha en defensa de sus propios

¹⁶ Cf. *Ibid.*, pp. 73-77.

intereses y por sus íntimas convicciones".¹⁶ Sería erróneo, sin embargo, considerar las teorías de Otero como meramente explicativas y contemplativas. Por el contrario, se trata de comprender la estructura de la sociedad mexicana para modificarla, para transformarla. Pero esta obra de renovación sólo es posible realizarla a través de la clase media —que de intento mencionamos de último:

Pero si bien todas las diversas secciones de propietarios particulares entre los que estaba repartida la propiedad raíz y mobiliaria, eran aisladamente débiles, y si ninguna contenía elementos que la hiciesen dominar a las demás; en una nación en que las clases que pudieran llamarse altas no existían o eran ya débiles, ya frágiles, y en que la clase baja estaba reducida a la última nulidad, la clase media (que constituía el verdadero carácter de la población, que representaba la mayor suma de la riqueza, y en la que se hallaban todas las profesiones que elevan la inteligencia), debía naturalmente venir a ser el principal elemento de la sociedad, que encontraba en ella el verdadero germen del progreso y el elemento político más natural y favorable que pudiera desearse para la futura constitución de la República.¹⁷

La reorganización de la sociedad mexicana ha de ser, pues, obra de la clase media. Ella, naturalmente, habrá de poseer el poder político; su función más específica consistirá en el desarrollo del capitalismo, pues éste traerá consigo —idea clásica del liberalismo— mejoras para el proletariado y para el espíritu.¹⁸

IV

Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana (1847)

DESDE el punto de vista sociológico la obra escrita de Otero se reduce, de hecho, a las concepciones analizadas, expuestas en su notable Ensayo. En 1848 apareció, sin embargo, uno de los más importantes opúsculos de la folletería mexicana del

¹⁶ *Ibid.*, p. 55.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 48-49.

¹⁸ Cf. *Ibid.*, p. 82.

segundo cuarto del siglo XIX. Su título: *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana, en el año 1847*¹⁹ revela la preocupación que los acontecimientos de ese año —invasión de los Estados Unidos y cercenamiento del territorio mexicano— produjeron en el espíritu del autor. Un estudio comparativo entre el *Ensayo* de Otero y el opúsculo citado, revela con muy pocas probabilidades de error, que con el pseudónimo de "Varios mexicanos" es el mismo Otero quien se aboca nuevamente, en tal especial coyuntura histórica, al diagnóstico de la sociedad mexicana.²⁰

En el *Ensayo* y en las *Consideraciones* encontramos, en efecto, la misma división de las clases mexicanas, el mismo enfoque del papel negativo del comercio extranjero,²¹ idéntica concepción sobre la división en secciones de la clase clerical,²² análoga consideración sobre el papel positivo de las clases medias.²³ Sin embargo, no todo es repetición en el folleto que nos ocupa.

Otero ha mejorado y perfeccionado en las *Consideraciones* el ideario sociológico expuesto en el *Ensayo*. Ha precisado la importancia de la proyección de la vida colonial, "vida tan puramente vegetal"²⁴ en el período de la Independencia; ha completado la clasificación de las clases mediante la caracterización de la burocracia, "la clase de los empleados";²⁵ ha señalado con claridad el papel improductivo de las clases privilegiadas frente a las clases "industriosas". Pero, lo que es más importante todavía, con mayor nitidez que en el *Ensayo*, ha puesto de relieve la diferencia fundamental existente entre su concepción de la sociedad mexicana basada en la división en clases, y las concepciones que intentan comprender la desorganización

¹⁹ VALDÉS Y REDONDAS, Impresores, Calle de las Escalerillas número 2, México, 1848, 56 pp.

²⁰ El investigador norteamericano Max Savelle, según noticia proporcionada por Leopoldo Zea, ha señalado a Otero como el autor de las *Consideraciones*. Como se trata de una información oral, no fundamentada en estudio escrito que conozcamos, nos vemos obligados a indicar las razones por las cuales consideramos que es Otero, efectivamente, el autor del opúsculo que analizamos.

²¹ *Consideraciones* . . . , p. 8 y ss.

²² *Ibid.*, p. 33 y ss.

²³ *Ibid.*, p. 21.

²⁴ *Ibid.*, p. 48.

²⁵ *Ibid.*, p. 38 y ss.

política de la República acudiendo a la noción de la inferioridad de la raza mexicana.

En términos generales de opúsculos de Otero no es otra cosa que un alegato contra aquellos que fundándose en la aparente pasividad del mexicano con motivo de la invasión norteamericana lo consideran "un pueblo afeminado, y... una raza degenerada, que no ha sabido gobernarse ni defenderse".²⁶ La explicación, según Otero, no está en el factor raza, sino en la "viciosa educación y peor organización".²⁷ La explicación por la raza es superficial y vulgar. De hecho, "EN MEXICO NO HAY NI HA PODIDO HABER ESO QUE SE LLAMA ESPIRITU NACIONAL, PORQUE NO HAY NACION".²⁸ Y no hay nación, porque la sociedad no se ha organizado y adecuadamente estructurado en cuanto a sus relaciones materiales y en cuanto a las clases sociales destinadas a transformar radicalmente aquellas relaciones.

Las *Consideraciones* añaden, por tanto, mayor significación al ideario sociológico de Otero. En lo fundamental, se repiten los puntos de vista de *Ensayo*, pero su reiteración frente a las teorías racistas, en los momentos en que los hechos históricos daban pábulo a las mismas, demuestran su coherencia y rigor conceptual. Importa recordar, por vías de comparación, que en esa misma época Sarmiento consideraba la raza como uno de los factores determinantes del proceso social, y Gobinau, poco después, estructuraba toda una sociología en función de categorías racistas.

En esta forma culmina el pensamiento sociológico de Otero. Su análisis le ha revelado un determinismo social que opera lo mismo en la sociedad mexicana que en cualquier otra sociedad. Pero este determinismo no se resuelve en fatalismo. Recordemos su tesis principal: Las relaciones materiales determinan el proceso social, pero el hombre transforma a su vez esas relaciones materiales: "Necesitamos... un cambio general, y este cambio debe comenzar por las relaciones materiales de la sociedad, por estas mismas relaciones que hasta hoy han decidido de nuestra situación, y que en todos los pueblos de la tierra han producido los diversos fenómenos sociales que hemos visto".²⁹ Su concepción sociológica es, pues, simultá-

²⁶ *Ibid.*, p. 3.

²⁷ *Ibid.*, p. 4. La misma frase es repetida en la p. 45.

²⁸ *Ibid.*, p. 42.

²⁹ *Ensayo*, p. 81.

neamente determinista, realista y revolucionaria. Se trata de un determinismo que reconoce la existencia de leyes que regulan el proceso social y de un realismo que descubre la objetividad de las mismas. Su pensamiento es revolucionario en cuanto que la comprensión objetiva y realista de los hechos sociales sienta, conscientemente, las bases de su transformación racional en el sentido de la libertad y del progreso. El agente de esta renovación es la clase media, industriosa, productiva, progresista; sólo ella "constituirá" la nación afirmándose frente a las clases militar y clerical, privilegiadas, improductivas y retardatarias. Por todo ello Otero representa en su época la máxima racionalización de un proceso social y político que históricamente se plasmará en la Reforma mexicana. Pero las categorías sociológicas que empleó trascienden el marco inmediato de espacio y tiempo que las condicionan enriqueciendo substancialmente el acervo científico mexicano e hispanoamericano.

V

Otero y la Sociología Hispanoamericana

Es evidente que una concepción de tan definidos contornos como la de Otero habría de operar, parcialmente al menos, sobre la base de ideas y análisis sociológicos previos. Desde este punto de vista es incuestionable la influencia de las obras de José María Luis Mora (en las *Consideraciones* Otero se refiere, prohibiéndolo, al estudio que de la clase clerical realiza Mora en *México y sus Revoluciones*). Mora, efectivamente, un lustro antes que Otero (1837), había señalado la existencia en México de clases sociales con intereses específicos.³⁰ Si bien se refiere, sin mayor explicación, a las clases productoras, propietarias, medias, privilegiadas, etc. . . . nos ofrece en cambio una

³⁰ "La población mexicana puede dividirse en tres clases, la militar, la eclesiástica y la de los paisanos. La más numerosa, influyente, ilustrada y rica es esta última que se compone de negociantes, artesanos, propietarios de tierras, abogados y empleados: en ella se hallan casi exclusivamente en el día las virtudes, el talento y la ciencia, ella da el tono a las demás y absorbe toda la consideración del público". MORA, JOSÉ MARÍA LUIS: *México y sus Revoluciones*, Tomo I, Editorial Porrúa, S. A., México, 1950, p. 88.

adecuada caracterización de la clase clerical y militar —con seguridad utilizada por Otero. Como este último ve en la naciente burguesía —clases medias o industriales en la terminología de Otero, clases medias o de los paisanos en la de Mora— el núcleo social alrededor del cual ha de girar la vida política de la nación. A pesar del criterio más analítico y diferencial de Otero, se podría establecer un paralelismo de correspondencias importantes y divergencias adjetivas entre las clases que Mora señala y las que Otero analiza. Ello no obstante, existen diferencias substanciales que giran en torno a la noción de las relaciones materiales como fundamento de la estructura sociopolítica y de la lucha de clases como principio generador de la dinámica social. Estas nociones, apenas esbozadas en Mora, se encuentran ampliamente desarrolladas en Otero.

La misma fundamental diferencia que podemos descubrir entre Mora y Otero, opera todavía si confrontamos al sociólogo mexicano con Esteban Echeverría. En uno y otro los motivos sociales surgen como soluciones concretas a los problemas que con carácter emergente e imperativo plantea la realidad americana. En Echeverría encontramos también el concepto de la división de la sociedad en clases. Pero, a más de no realizar un estudio diferencial de las clases argentinas, el ideario del pensador platense se resuelve fundamentalmente en una concepción histórica centrada en la actualización del programa revolucionario de Mayo y en una concepción sociológica enraizada en el tema romántico de la armonía de las clases. Y nada tan alejado del romanticismo como el realismo social de Mariano Otero.

Hay, sin embargo, un realismo social argentino comparable al de Mora y Otero. El fenómeno es, por lo demás, hispanoamericano. Expresado a través de motivos que en otro lugar —coordinando conclusiones dispersas de diferentes trabajos sobre Historia de las Ideas en América— hemos diferenciado bajo el rubro de positivismo autóctono, o expresado a través de formas teóricas inmediatamente inteligibles bajo la categoría de realismo social, el pensamiento hispanoamericano del segundo tercio del siglo XIX se aboca con criterio realista e intención revolucionaria al estudio de fenómenos de la historia y de la sociedad americana. De estos estudios decíamos —sin por ahora detenernos en otros países— ha resultado un realismo social mexicano y, no obstante Echeverría, un realismo social argentino.

Desde el punto de vista de la historia del *pensamiento* hispanoamericano —marginando toda confrontación con la histo-

ria de su literatura— los motivos románticos se presentan, en el período que nos ocupa, sensiblemente desdibujados frente a los motivos realistas. En el caso de México sería imposible comprender a Mora, y más específicamente a Otero, a través de las categorías del romanticismo. Por lo que respecta a la Argentina es legítimo considerar el romanticismo social de Echeverría— como el de Francisco Bilbao en Chile— como un resultado directo de la influencia recibida en Europa de los saint-simonianos y los románticos franceses. Todo ello sin contar con que en el seno mismo de las doctrinas de Echeverría se encuentran los gérmenes de un realismo que Sarmiento impulsará y Alberdi llevará a un clímax sin paralelo en el campo económico y filosófico.

Y hemos dicho bien. En Argentina el realismo social desembocará, precisamente con Alberdi, en una de sus formulaciones más intransigentes al pretender reducir a las cuestiones sociales y políticas los temas y problemas de toda filosofía auténticamente americana. Es en el campo filosófico donde culmina, pues, el realismo social argentino. Por motivos que no interesa dilucidar, el dominio estrictamente sociológico, en comparación con México, queda notablemente disminuido en la Argentina. Las intuiciones magníficas del *Facundo* de Sarmiento son irreductibles a la racionalización científica y a la sistematización sociológica. Los *Estudios Económicos* de Alberdi agotan problemas demasiado especializados para poder proyectarse a través de formas teóricas sistemáticas en la sociología. Pero es precisamente en el campo sociológico donde el realismo mexicano alcanza su más alta calificación. Las obras de Mora y Otero no intentan, como las de Alberdi, encontrar los fundamentos de una filosofía adaptable a la realidad americana. Pero el estudio intenso de que hicieron objeto a la sociedad mexicana los condujo, especialmente a Otero, al empleo de un instrumental de conceptos sociológicos que en su época ni aun en Europa había alcanzado un grado de desarrollo científicamente estimable. En esto consiste su aporte substancial al progreso de las ciencias sociales en Hispanoamérica.

Otero y la Sociología Europea

EL que Otero haya actualizado en México algunas de las concepciones fundamentales de la sociología europea posterior, no

implica exageración alguna. *Define el pensamiento hispanoamericano del segundo tercio del siglo XIX el haber alcanzado formulaciones teóricas propias surgidas, en lo que tienen de característico, del intento de comprender (para transformar) una realidad social y política de contornos específicos.* La influencia de europeos como Bentham, Constant, Lamennais, Leroux, Sismondi, etc., es evidente. Pero reducir el aparato conceptual de los pensadores hispanoamericanos de este período a las concepciones del pensamiento europeo inmediatamente anterior implica un error de perspectiva fácil de desvanecer con sólo estudiar las conclusiones alcanzadas por los hispanoamericanos en comparación con los rasgos típicos de las teorías europeas que sobre ellos influyeron. A este respecto el pensamiento de Otero es singularmente significativo.

La influencia de autores europeos en Otero —por lo demás adjetiva en comparación con la de José María Luis Mora— puede escindir-se en dos vertientes principales: la del liberalismo clásico, Bentham y Constant en particular, y la del romanticismo social, Sismondi y Considerant en especial. Por lo que toca al liberalismo, parece legítimo reconocer la influencia de Constant a través de la división, por éste establecida, entre clases propietarias y no-propietarias.³¹ Otro tanto podemos observar en relación con el romanticismo social. Con excepción de este rasgo común, todo tiende a oponer el realismo de Otero al romanticismo social o literario europeo. Inútil buscar en Otero concepción alguna que pueda identificarlo con los postulados típicos del romanticismo social: armonía cósmico-sociológica, armonía de las clases sociales, primacía de la pasión sobre la razón, renovación del cristianismo, Falansterios, "Familisterios", etc.³² Y al revés, inútil buscar en el socialismo utópico europeo las características que con mayor exactitud definen el pensamiento sociológico de Otero: las relaciones materiales como determinantes de la estructura socio-política, la lucha de clases como principio explicativo de la dinámica social, el progreso como consecuencia de la transformación de las relaciones materiales por parte de las "clases industriales", etc.

³¹ Cf. CONSTANT, BENJAMÍN, "*Principes de Politique*", en *Oeuvres*, Bibliothèque de la Pléiade, Librairie Gallimard, Paris, pp. 1145-1154.

³² Cf. PICARD, ROGER, *El Romanticismo Social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

Conclusión

LA comparación que hemos brevemente realizado entre el pensamiento sociológico de Otero y la sociología hispanoamericana y europea de su época nos permite formular algunas conclusiones concretas. Por lo pronto hemos de identificarnos con el juicio de Jesús Silva Herzog, uno de los pocos estudiosos que ha investigado, aunque en breves páginas, la significación de Otero en la Historia del pensamiento mexicano:

Muy pocos escritores de fines de la primera mitad del pasado siglo tuvieron como Mariano Otero un juicio tan relativamente completo, tan acertado sobre la influencia de lo económico en la historia. El, que a sí mismo se catalogaba como liberal moderado, se adelantó sin saberlo a la concepción materialista de la historia de Marx y Engels, o del realismo histórico, como llama a esa teoría Henri Sée. Engels y Marx esbozaron por primera vez esa teoría en *La Sagrada Familia*, obra publicada tres años después de la de Mariano Otero. El mérito del escritor mexicano parece indiscutible. Si hubiera escrito en Londres o en París en la lengua de Inglaterra o de Francia, tal vez su nombre hubiera alcanzado hace tiempo fama universal.³³

La importancia del pensamiento sociológico de Otero no se agota, sin embargo, en la circunstancia de haber utilizado un aparato conceptual análogo al que poco después empleará Marx y el marxismo. La concepción de las clases sociales y su función histórica, el hecho relevante de que el concepto de las "relaciones materiales" de Otero posee un contenido substancialmente idéntico al de las "relaciones de producción" en Marx, constituyen ciertamente circunstancias en sí mismas altamente significativas. Con razón o sin ella se ha señalado también, en el caso de Echeverría un "socialismo autóctono",³⁴ y en el de Alberdi, un materialismo histórico paralelo y aún anterior al de Marx. Todo ello demuestra —es el punto que nos interesa destacar— la existencia de modalidades del pensamiento his-

³³ SILVA HERZOG, JESÚS, *El Pensamiento Económico en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pp. 48-49.

³⁴ SÁNCHEZ VIAMONTE, CARLOS, "El Pensamiento Liberal Argentino en el Siglo XIX", en el Volumen Colectivo: *El Liberalismo y la Reforma en México*, Escuela de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957, pp. 246-247.

panoamericano que, bien se manifiesten a través de proposiciones paralelas a las de un positivismo europeo que se ignoraba, o a través de postulados paralelos a los de un marxismo que se desconocía,³⁵ configuran una estructura de pensamiento fundamentalmente realista cuya exacta definición importa descubrir. Esta definición, es claro, será el resultado de investigaciones monográficas necesariamente previas desde el punto de vista metodológico. El pensamiento de Otero ofrece al respecto uno de los fundamentos más sólidos. Si Alberdi representa su culminación económica y filosófica, en Otero encontramos su máxima expresión sociológica.

³⁵ La coincidencia de motivos "marxistas" y "positivistas" en la generación de 1837, y más tarde en el cientificismo argentino, explica seguramente el error de Alejandro Korn —tan justamente criticado— consistente en la identificación de marxismo y positivismo. Esta falsa apreciación la encontramos también en otros representantes de la reacción anti-positivista argentina.

PRIM, UN ARCHIVARÓN DEL SIGLO XIX

Por R. OLIVAR-BERTRAND

PASARON, por fortuna, los años en que apenas se levantaban voces en defensa de ese siglo, el XIX, alumbrador de la ciencia y de la técnica, impulsor de las inquietudes artísticas y literarias de que en el nuestro, orgullosamente, nos vanagloriamos. Pudo Bartrina tocado de "mal metafísico", escribir que

el siglo diez y nueve
nació cabeza abajo,
y el corazón se le saltó del pecho,
y resbalando le cayó en el cráneo.
Y por esta razón, sólo por ésta,
los hijos de este siglo caminamos
llevando el corazón en la cabeza.¹

Lo cierto es que ya antes de que terminara ese siglo de pasión política (¡sin política no se podía vivir!, suspira, al comprobarlo hoy, los súbditos de regímenes de fuerza), Rubén Darío lo defendería en la décima XI a Máximo Jerez:

...¿Quién se atreve
a blasfemar así ahora,
ante la luz redentora
de este siglo diez y nueve?
¿No sentís que ya se mueve,
que ya se incorpora el mundo,
que un letargo profundo
hoy sacude?

Y como la defensa nos llevaría lejos (aunque entretenidamente, lo confieso) aceptemos su simple enunciación para ambien-

¹ BARTRINA, JOAQUIN MA.: *Algo*, Barcelona, Libr. Española, 1881; p. 132.

tar desde el principio el esbozo biográfico del archivarón de estas páginas, compendio de libros² cuya erudición desdeñó siempre a los Secos-como-Polvo. Una vez más no resisto a la tentación de recordar a uno de mis mejores maestros, don Francisco Rodríguez Marín, quien, al sorprender un bostezo, me aseguraba que era indicio infalible de sueño, ciertamente, pero también de aburrimiento. . . El mismo don Francisco que ante un ceño adusto certificaba que era la seriedad propia de los filósofos, pero también de los. . . Plateros, que vagan por el mundo sin la gracia del que nos legó Juan Ramón. ¿Converceríamos de estas verdades como puño los Secos-como-Polvo, acostumbrados a moler el de los archivos sin acertar nunca a cincelar su espíritu en una frase amable?

Porque lo ponemos en tela de juicio, preferimos acudir a la memoria de Juan Prim y Prats, nacido en Reus, el 6 de diciembre de 1814, en el hogar de sus padres don Pablo Prim y Estapé, capitán del regimiento del Príncipe, y doña Teresa Prats y Vilanova, hija de un comerciante establecido en la industriosa y ya mencionada ciudad catalana. En ella se cría y recibe los primeros elementos de cultura, hasta que, en 1834, ingresa como voluntario en el primer batallón de "Tiradores de Isabel II", cuerpo franco que se distinguió por su arrojo en la incipiente guerra carlista. Una de las compañías la mandaba su propio padre. Es Prim por estas fechas físicamente delgaducho, de espaldas estrechas, pero abombado el pecho; la tez morena, velloso hasta la barba hendida, y el bozo, bozo de varón en ciernes. Estatura, mediana. Todo su cuerpo, músculo fino y ágil. Y sobre el cuerpo, la atalaya de sus ojos caladizos. En lo moral, tres cuartos de lo mismo. Novias muchas. Amor ninguno. Y una devoción forrada de respeto: la que siente por su padre, el capitán, que fallece en este mismo año. La carrera militar de Prim se decide, al precio de su sangre, en estos años de cruenta y porfiada guerra civil, que termina bruscamente en 1840. Cinco años y pico de soldado y guerrillero, táctico y estratega, según el sesgo de la contienda, le habían entrado muy adentro para no sentir un cariñazo enorme por la profesión, una afición loca por el uniforme y un gustazo insustituible en el mandar. . .

² OLIVAR-BERTRAND, R.: *El Caballero Prim*, Barcelona, Miracle, 1952; 2 ts. (425 y 495 págs., respectivamente); *Así cayó Isabel II*, Barcelona, Destino, 1955; 436 págs.

Don Carlos, el pretendiente al trono de su difunto hermano el rey Felón, en competencia con su sobrina, la entonces ingenua Isabel, queda vencido. La primera guerra carlista había sembrado sus devastaciones por la ancha península con la consiguiente división y subdivisión de las conciencias. ¿Dos Españas? Lo escribí en otro lugar: ¡Mil Españas! Quizá tantas como habitan su solar. Años cruciales fueron para Prim los tres que siguieron a la terminación de la guerra. Importan, principalmente, porque en ellos logró las más preciadas y ambicionadas distinciones por todo español de la época: acta de diputado, títulos nobiliarios y el generalato. De la silueta de nuestro héroe algo nos informa su lenguaje, como el de sus conmititones: cuartelero, vulgar, en ocasiones grosero y desvergonzado. No emplea rodeos ni eufemismos. Aprovecha párrafos enteros de sus no muy copiosas lecturas; abusa de exclamaciones indecentes y gordas; cita frases francesas, incluso latinas mal escritas; entrevera en la redacción catalanismos sin cuento y no hace bascas por echar mano de las expresiones del pegadizo romanticismo, plaga de la que no se libran políticos, militares ni... comerciantes, que es decir mucho. El lenguaje no impidió a Prim ser todo un caballero en el amor, por ejemplo. No se puede afirmar que paseara de flor, porque no fue nunca mariposa; pero sí que, no encontrando el ideal, no tuvo inconveniente en acudir a Afrodita, apasionadamente, pero con mesura y tiento, con altivez y dignidad. Añadamos, para completar el perfil, que es Prim puntual en el pago de las deudas, que blasona de franqueza y goza de buen humor. Es, además, escrupuloso en su persona. Usa aceite para el pelo y polvillos perfumados para los dientes. Presta atención minuciosa a las prendas de su atuendo. Otro detalle: es... puntualizador, condición que con excesiva frecuencia solivianta el ánimo de los españoles. Pero éstas y otras características que algún día puntualizaré a mi vez en documentado estudio³ no deben ahora apartarnos de la secuencia en que se desarrolla la vida del más acabado hombre de acción del Ochocientos español.

Una revolución callejera había hecho abdicar de la Regencia a la reina María Cristina,⁴ que se embarca para Francia y

³ De él saldrá garante mi rico archivo.

⁴ Reina viuda de Fernando VII que a los pocos meses de quedar sin cónyuge adquiere otro, no de regia alcurnia, sino de estanquero.

proporciona al general Espartero la suprema magistratura del país. Pero el héroe de Luchana, que con breves alborotos y su poquito de tejemaneje se vio a la cabeza del poder, se pasó de listo. De los bajos de la milicia y del estado llano, las caballerías estilo Diego de León y los aldabonazos revolucionarios y proteccionistas hacen temblar la figura ecuestre de Espartero, en Barcelona con barricadas y en Madrid con fogosos discursos. Las consecuencias de esta contradanza se resuelven en otro embarque forzoso, ahora el del Regente para Inglaterra, desposeído a poco por decreto de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones (Venganza y desquite totales, muy españoles). Prim, que se había sublevado contra Espartero, desfila victorioso por las calles de la capital. Como gobernador militar de Barcelona, vence a los que en la ciudad condal pretendían ir "más allá" de lo que se trazaran los nuevos amos de la situación. Sin embargo, la política moderada de Narváez le aleja de los gubernamentales, se sacude las sospechas de haber tomado parte en "la conjuración de los trabucos" contra aquél y se marcha al extranjero, de donde regresa para cumplir como diputado en defensa de sus paisanos catalanes, de quienes se dudaba si eran o no españoles. . . Un ministro de la guerra, Córdova, le manda a Puerto Rico a fines de 1847.

"Las ventajas para el capitán general son bastantes", escribe a su madre: "manda en jefe y se parece a un virrey". Rey de hecho, en el terreno de su jurisdicción, con triunfos para serlo mucho más que el de puntillas y encajes que lo era de España desde el año anterior.⁵ En este su primer contacto con la tierra americana —Puerto Rico ahora, en diciembre de 1847— demostró previsión y desplegó dureza. Fue una bonita ocasión para ¡subir!, cierto, pero entre cristales sin empañaduras de cohecho. Reprime el bandolerismo haciendo escarmiento en el cuatrero José Ignacio Ávila, *el Águila*. A continuación, y a raíz de la sublevación de los negros en la Martinica, primavera de 1848,

El apuesto soldado de su real guardia, Fernando Muñiz, se convertirá con el tiempo en duque de Riansares y gran potentado. Azares del amor. . .

⁵ Don Francisco de Asís. "¿Qué piensas tú de un hombre que llevaba encima más puntillas que yo?", preguntó años después la reina Isabel al embajador en París, hablando de su primera noche de desposada.

acoge Prim en Puerto Rico a los blancos temerosos de los negros antillanos a quienes Francia había roto las cadenas de la esclavitud. Más aún, envía fuerzas militares a las islas danesas de Santa Cruz y Santo Tomás, y completa las medidas "sanitarias" con la publicación, el 22 de julio del *Código Negro* que establecía durísimas penas por los delitos de los esclavos contra las personas y la propiedad. El código era duro, y la dureza de quien lo dictó, diamantina. Poniendo en práctica ambas durezas, sofocó Prim en breves días la insurrección y excesos de los esclavos de Ponce, exterminando sin contemplaciones a sus promotores. Era Prim entonces más soldado que político, y como es preciso evitar la justificación del héroe —tarea que no incumbe a la historia—, recordaremos que por debajo del uniforme existe el hombre, anterior y superior al rey y al general, lo cual obliga a afirmar que la conciencia del hombre Prim quedó con una mancha, negra también y para toda su vida, en la primavera y verano de este año de 1848. En su haber como capitán general de la isla, señalemos, sin embargo, las medidas que firmó para lograr la prosperidad de Puerto Rico, que dependía, según él, de: a) el esfuerzo de cuantos a ella arribasen con sus bienes e industrias; b) del activo comercio que se consiguiera establecer con los más importantes mercados de América y Europa; c) de una bien trazada red de caminos que facilitaran el transporte, y d) del cultivo intensivo de grandes extensiones que interesaban, sobre todo, al procomún. La solución estaba, pues, en favorecer a los extranjeros, a quienes hizo concesiones en las medidas aludidas antes y que no importa ahora detallar.

El segundo contacto de Prim con la realidad americana lo hallamos registrado en su correspondencia a mediados de 1850, cuando él estaba en Londres. Se entera de la invasión de Cárdenas por Narciso López, y enjuicia la aventura del modo que sigue: "Las noticias recibidas de La Habana son muy serias. El general López desembarcó en la Isla con quinientos hombres. No creo que pueda conflagrar el país; pero, si el gobierno no anda listo, podrá hacer mucho daño". Sabemos que el juicio fue exacto. La presencia de López resultó fugaz, pero las consecuencias de izar por vez primera el pabellón de la estrella solitaria tuvo a la postre las consecuencias previstas por Prim. A ellas acudiremos más adelante.

LUCHA Prim de continuo en estos años por alcanzar un primer puesto —donde fuera y en lo que fuese— dentro, eso sí, de su trayectoria liberal. ¡Ah, mandar. . .! Gobernar como suprema autoridad en algo y poder así hacer valer su capacidad. El año 1853 solicita del Gobierno español la misión de estudiar en el campo turco la llamada guerra de Oriente, que iba a estallar entre rusos y turcos, ayudados estos últimos por franceses e ingleses. Oriente le brindaba aventuras en países de leyenda, prestigio internacional, peligro y emociones. . . , que necesitaba para curar la herida que, en sus amores, le acababa de causar la que con el tiempo sería su esposa, la mexicana doña Francisca de Agüero.⁶ La misión, que finalmente le fue confiada, ofreció a Prim magníficas oportunidades. Ganoso como estaba de ocupar un día los puestos cumbres de la nación, aquella guerra le venía como de molde para cosechar méritos, que nadie en el futuro le regatearía. Por de pronto, su impulso de hombre de acción no oscurece su visión un tanto filosófica de los tiempos que le toca vivir, como cuando en estas fechas de verano de 1853 escribe:

La codicia de la época, la Bolsa con sus agios está ahogando las ideas de honor, de dignidad, de caballerismo, y la sociedad se pierde sin remedio de las ideas nobles. . .

Pero la belicosidad le domina en operaciones que sólo está autorizado a. . . visitar.

Los hijos de gatos gustan de ratones, y el español, cuando ve camorras, siente hervir su sangre y no cede su parte ni al diablo.

Dos estancias se registran de Prim en el teatro de la lucha —márgenes del Bósforo, Bulgaria, orillas del Danubio—, lucha en la que, con consejos, se atrevió a intervenir, y de la que se llevó a España honores del sultán. A España —ya en 1854—, cuando la revolución de Vicálvaro por O'Donnell. Dulce y. . . Cánovas echó abajo una de las situaciones "sin honra" que, en

⁶ La niña no había querido salir del círculo de hierro en el que voluntariamente encerrara su cariño: "Renuncia a tus ideas políticas o te doy la mano", había dicho a Prim, según lo escribe éste al más íntimo de sus amigos. Paca, de familia acomodada y bastante beata, no gustaba del liberalismo de su don Juan.

Iberia, se alternan hasta nuestros días desde el primer cuarto del Ochocientos. A Prim le entraron unas ansias locas de volver a la patria. Ni turcos ni rusos le inflamaban como el amor o el odio de amigos y enemigos españoles.

Por faltarle el apoyo de la masa, su vuelta a la vida política significa una vez más para Prim un compás de espera. Alternando los viajes al extranjero con sus intervenciones políticas y el escarmiento de los moros de Melilla durante su paso por la capitanía general de Granada, transcurren dos años al final de los cuales recibe el grado de teniente general. Se presenta ahora como "defensor del trono constitucional, del progreso, del orden y de los intereses de Cataluña". Como consecuencia de sus renovadas protestas contra la situación social de sus paisanos, pasa por otro proceso el invierno de 1857, del que se libra con un destierro a Alicante, que trueca luego por París en atención al embarazo de su esposa, Francisca Agüero, con quien se casara el año anterior. Paquita, al fin, y vencidas las resistencias de una suegra de cuidado, se le había entregado. Prim, desaladamente, la había conquistado con hambre de mujer, hambre de ser marido de una mujer como Paca, con el misterio de las mujeres viajeras —Londres, París, Lyon, Vichy, Dieppe, Boulogne. . .—. Se le había brindado la niña que a él le convenía —mimosa y de gestos menudos—, aunque no era española. Le convenía por contraste con su propio temperamento y porque tenía, al parecer. . . , dote de un millón de duros.

De las incidencias del noviazgo y boda he escrito largamente en mi mentada biografía. El esbozo aquí de su carrera, a caballo de la vida hispánica, frena las digresiones sentimentales. Abandonamos, pues, la comezón de escribir sobre lo que Paquita significó en la vida de Prim, en la carrera de honores que ininterrumpidamente se sucedió, en su economía. . . Forzoso nos es acudir al arraigo en la política española de la Unión Liberal en la que encaja don Juan como "resellado", según los progresistas. Senador del reino —"incapaz de añorar un ayer"—, afina Prim sus dotes parlamentarias. Pero fue la guerra de África, por antonomasia —octubre de 1859 a abril de 1860—, la que dio forma definitiva a la faceta militar y política de la personalidad de Prim. En España, único país de Europa donde suelen fracasar las matemáticas, se da en abundancia corazoadas, hígados y. . . virilidad. De todo ello, y con valor sereno, fue Prim el prototipo en esta guerra. Mantenido al principio

en la reserva de las fuerzas, pasó a la vanguardia, y su persona, como las de los voluntarios catalanes, está indisolublemente unida a las batallas de los Castillejos, Cabo Negro, Tetuán y Wad-Ras. El marquesado, la grandeza de primera clase y los apoteóticos homenajes que se le conceden le colocan en los bordes de la leyenda. Juicios que preludian la cercana y plena madurez harto tempranamente segada mostraron que era Prim algo más que un general valiente. Terminadas las operaciones militares, y sin hacer mella en su ánimo los desbordamientos patrióticos de sus conciudadanos, escribe sobre Tetuán:

¿Qué vale, qué significa en su presente y porvenir? Nada más que un villorrio sucio e indecente, ahora y después y luego. . .

Contra aquellos entusiasmos, desea la paz, ya que, puesto en salvo el honor, Tetuán y sus veces no valían el sacrificio del último soldado español.

Fue al año siguiente cuando empezó Prim a llenar la página más gloriosa de su carrera, enlazada nuevamente con tierra americana, ahora la de México. En 1861, Gran Bretaña, Francia y España firmaban la Convención de Londres, con el propósito de exigir a México protección a las personas y haciendas de sus respectivos súbditos, así como garantizar el pago de obligaciones contraídas por la república hispana con las tres potencias europeas. Estas hacen caso omiso de las sensatas advertencias del secretario de Estado de los Estados Unidos, William H. Seward —entonces muy preocupados con su propia guerra de Secesión—, y emprenden la expedición, con todas las apariencias de las de castigo. Don Juan Prim, plenipotenciario y jefe militar del contingente español, desdeña la belicosidad matizada de desquite que animaba a algunos jefes españoles (Serrano), y advirtiendo los propósitos imperialistas de Napoleón III —a quien escribe sin rebozos— ordena la retirada de México, que también efectúan los ingleses —mayo de 1862—, dejando a los franceses la responsabilidad íntegra de la empresa que terminaría en Querétaro, cinco años más tarde, confirmando así la sagacidad del plenipotenciario español,⁷ y facilitando el triunfo de Benito Juárez, *el Impasible*; triunfo de México en definitiva. Prim pasó a La Habana por enésima vez, y de aquí

⁷ Genaro Estrada, Emeterio S. Santovenia, Miquel i Vergés y el que estas líneas escribe hemos podido alegar documentación inédita al historiar este magnífico episodio de la vida de Prim.

a los Estados Unidos—Nueva York, Washington, Potomac, Richmond— para ser testigo de la cruenta guerra civil que ensangrentaba a unionistas y confederados. En Madrid supo don Juan explicar la legitimidad de su honrada decisión en México y... llamar la atención sobre la potencialidad amenazadora de los estadounidenses.

A su regreso a la península, y tras unos meses de relativa contemporización con los unionistas, cuyos peligrosos juegos malabares para mantenerse en el poder se hacían demasiado patentes, reingresa Prim con todos los honores en el partido progresista, que se reorganiza. Por la pendiente de las revoluciones empieza a desligarse el más acabado hombre de acción del siglo XIX, nuestro héroe que intenta inútilmente convencer a la reina Isabel de la equivocada obstinación con que aparta del poder a sus correligionarios, los del partido progresista, el más liberal entre los *todavía* monárquicos. Ni la reina ni la camarilla ultramontana tienen remedio. Prim irrumpe en la trama de las rebeldías. Se suceden discursos, arrebatos, destierros y sublevamientos. A las circulares anticonstitucionales, se replica con levantamiento y conspiraciones organizadas en la propia península, así como en Portugal, Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, Suiza... No fue español, lo he escrito en otro lugar el espíritu que troqueló la secular sentencia de *nihil novum sub sole*. ¿Cómo acostumbrar un pueblo así a un mismo pienso político? La variedad desborda la forzada uniformidad. Este desbordamiento, índice de plétora de energías, de virilidad y de riesgo, lo reiteró España a lo largo del siglo XIX, con matices distintos a cada aparente naufragio. ¿Se destrozó a sí misma? Aparentemente. Para extranjeros miopes estuvo a punto de agotarse. Pero los arrestos de vitalidad heredados de nuestros abuelos nos impiden aceptar la apariencia. Nietos de varones fortísimos y de hembras jocundas, que con sus inquietudes asolaron el país con trombas bélicas y revoluciones de todo color, los vemos hoy que no lograron concertar sus voluntades para organizar el país, para acertar con la fórmula salvadora. ¿Pero caducos? La trayectoria fulgurante de Prim nos demuestra lo contrario.

LA decisión revolucionaria de Prim, adivinada por la maravillosa intuición del pueblo y temida en las alturas, es tanto más de admirar por cuanto él era, es una conmoción social, de

los que tenían algo que perder. Frente a las precauciones gubernamentales, el pueblo español, arrebatado por el olor y el empuje del macho, aguarda que un vendaval traiga a Prim, y no se asombra si otro vendaval se lo lleva. El propio Prim se entrega a la obra revolucionaria con ímpetu que acumulan los ímpetus pasados. Cumplidos los cincuenta años, toca espiritualmente su existencia, cree en ella, y se ha escrito ya que "todo el que de veras cree en su propia existencia anhela sellar con ella las existencias de los demás".⁸ Los españoles todos de los años 60, en el Ochocientos, quedaron marcados con el sello de Prim.

Muchedumbre de los que confesaban tener "la lepra de las ideas liberales" recorrían el mundo, algunos en buena armonía con los que deseaban y preparaban la regeneración y un fructífero ajuste de libertades tradicionales; otros procurando "hundir" prestigios para alzarse sobre las pavesas; muchos para radicarse en Ultramar, a un ritmo, que en dos años escasos el censo de la población española iba a ser el más bajo del globo. En constante lucha de intrigas contra los recelosos demócratas y los suspicaces unionistas, dirige Prim los golpes decisivos contra la monarquía de Isabel II: el del cuartel de San Gil (junio de 1866), el movimiento de agosto de 1867 y, finalmente, el de septiembre de 1868. Con la revolución de este año, encarnada en Prim, se abre el segundo paréntesis en el reinado de los Borbones. En las nebruras que el general veía en España le parecía descubrir un fanal de salvación en la aurora de una conmoción nacional, de una sacudida que hiciera retemblar, hasta los cimientos, la tradición española. Y no para desarraigárla ni destruirla, antes para revitalizarla, remozándola. El principio constitucional era el eje de su ideología. La corte de doña Isabel, por el contrario, se había complacido en el fraude de todas las constituciones, fueran éstas liberales o conservadoras. ¿Por qué no había de hacer él la revolución? Oliscaban los jefecitos de partidos la reciedumbre del general, y le temían. Y es que Prim se sentía muy liberal y nada demócrata. La doctrina socialista le producía escalofríos. Al concepto abstracto de la felicidad reglamentada, oponía el vivo ejemplo de las individualidades luchando para abrirse paso, haciendo sar-

⁸ MIGUEL DE UNAMUNO, *Almas de jóvenes*, Buenos Aires, Colec. Austral, 1944; p. 49.

casmo del mito de la igualdad y de las vaguedades del símbolo. Era Prim hombre concreto.

Victorioso el movimiento, a partir de la sublevación de la escuadra en Cádiz el 19 de septiembre de 1868, recorre Prim el litoral mediterráneo con un estado mayor de militares y amigos políticos. El 7 de octubre llega a Madrid, y al día siguiente se forma el primer Gobierno Provisional, presidido por Serrano, en el que Prim ocupa el Ministerio de la Guerra. Llevaba semanas repitiendo su consigna: unión y orden; que no debía haber sido un partido, el de la libertad; y un solo lema, el orden. La pasiones desatadas hicieron trizas, muy pronto, la consigna. La tarea de regeneración a que estaban comprometidos los cabezas de la sublevación se presentaba sembrada de espinas. Una de ellas, dolorosísima y llena de malos augurios, fue el grito de Yara, enardecido por la intransigencia del capitán general de Cuba, Lersundi, que cerró con llave el telegrama que reformistas cubanos y puertorriqueños le mandaran desde Madrid con el espíritu y las promesas liberales de la revolución triunfante. Ni qué decir que —aun cuando sustituido Lersundi por el prudente Dulce— los separatistas antillanos rechazaron el reformismo por inoperante. Querían ser liberales e independientes; gobernarse por sí mismos y ser. . . , ¡americanos! No tardaría Prim en estudiar seriamente el problema antillano, mezclado, lo sabemos hoy, con el de la esclavitud, cuya abolición inspira a Carolina Coronado por estas fechas uno de sus mejores sonetos. Otras espinas fueron la sublevación republicana y motines sangrientos que, reprimidos enérgicamente por Prim, restaron sosiego interno y prestigio en lo internacional a los ministros que con tan buenos propósitos acababan de asumir el mando de sus departamentos.

DE mediana estatura, magro de carnes, de mirada penetrante, se yergue la figura del marqués de los Castillejos, nuestro don Juan Prim. "Era esmerado en su tocado", nos refiere un contemporáneo, "puesto que habiendo pasado de los cincuenta y cinco años, ni se le vio calvo, ni las canas le blanquearon, siendo probable que el artificio del afeite arrebatará estas imperfecciones que traen los años y la vida agitada y trabajosa de la campaña y los azares y desazones de la política".⁹ En las Constitu-

⁹ BERMEJO, *Historia de la interinidad*, Madrid, 1876; p. 181.

yentes de 1869, se presenta Prim como alma del movimiento y espíritu de la constitución. Nombrado a poco jefe del Gobierno —Serrano pasó a Regente—, lucha Prim con tesón contra carlistas, federales y recelosos de la monarquía que el conde de Reus pensaba afianzar en España: una monarquía constitucional, sin compromisos con el pasado, liberal, moderada, conciliadora. . . Los exaltados, que en España siempre echaron a perder las situaciones liberales trataron inútilmente de hacer salir de sus casillas al general, soberano absoluto de su lengua, que responde a una cuestión incisiva de Figueres con la sonrisa en los labios: "En vano S. S. echa el anzuelo y la muleta, porque el ministro de la Guerra no ha de decir más que aquello que quiera decir". El tormento de los republicanos estaba en "la cuestión magna", la elección de monarca para la ilusoria monarquía constitucional y parlamentaria de Prim.¹⁰

El caballero que, de haber nacido en un siglo imperial, habría ido al par de las águilas de victoria en victoria, conocía sobradamente la maraña política, triste y encogida, de su patria para no hundirse en politiquillas asfixiantes. Don Juan Prim, seguro de su fuerza, de su tenacidad y disciplina, aspiraba por esta última a que España pudiera hombrearse con las más adelantadas naciones de Europa, *todavía* rectora del mundo. Una España en la que pudieran convivir los matices todos de la política y que todos los sentimientos religiosos—incluso los situados al margen de las prácticas litúrgicas— se vieran respetados. Eran sus propósitos, ante todo, que el orden partiera de arriba para que reinara en medio y abajo; reconquistar, además, sin arrogancias, el aprecio, el cariño y la amistad de las repúblicas hispanoamericanas; lograr el saneamiento de la hacienda y. . . , la seguridad de convencer a los republicanos de que "despacio, al paso, al paso", llegarían más pronto a la realización de sus ideales. En las entrañas de los exaltados—eran entonces los federales— la contundente energía de Prim no admitía bromas. Bajo sus golpes los españoles se percataron de que les era imposible poner en práctica su ideal político: la anarquía. No ya el arcádico vivir sin gobierno en una sociedad de ángeles, sino que el desorden, consecuencia fatal de aquel utópico vivir, resultaba inoperante cuando otro español como Prim

¹⁰ ¿Hubiese sido tan "ilusoria" de haber vivido diez años más don Juan Prim?

blandía la espada.¹¹ Por eso se le odió tanto, aun reconociéndole la integridad, flor rara en la alta política.

¿Sería posible encontrar un rey, fundar una monarquía? Se suceden las candidaturas. Las del príncipe Alfonso, Montpensier, Fernando de Coburgo, duque de Génova... , provocan sublevaciones en el campo y batallas en el parlamento. A Prim le tenían sin cuidado las irónicas poetizaciones que sobre la monarquía se permitía Castelar o las frías punzadas de Figueres. Ternes que ternes, los liberales a secas, inflamados de optimismo confiaban en sacar a flote la zozobrante barca de la España moral. El hecho de que ningún candidato alcanzara mayoría no implicaba para los monárquicos constitucionales renunciar al deseo de encontrar un rey, y con el rey una organización administrativa que, descentralizándola, infundiera vida al municipio. La candidatura del príncipe Hohenzollern provoca —por temores desbocados de franceses aprovechados por Bismarck, no por culpa de Prim— la guerra francoprusiana. A partir de este momento, la mente de Prim orientó su norte hacia la Casa de Saboya. El príncipe don Amadeo reunía a sus ojos las más altas prendas para ocupar el trono español. El país lo necesitaba, y el marqués de los Castillejos también, pues deseaba demostrar a todos sus rectas intenciones. Su tragedia empezó a fraguarse tan pronto como cobró visos de realidad la candidatura del duque de Aosta quien, finalmente, en la sesión de las Cortes del 16 de noviembre de 1870, resulta elegido rey de España.

Cabe inaugurar aquí nuevo párrafo para demostrar una vez más que Prim barajaba siempre realidades, y todas ellas las pasaba por el tamiz de su sensatez (*seny*) innata. Deseaba solucionar el problema antillano, zanjar con respeto y honra la insurrección de Cuba. Por eso —y con frecuencia a espaldas de sus propios ministros— mantenía laboriosas gestiones diplomáticas con el plenipotenciario de Norteamérica en Madrid, Daniel E. Sickles, y con patriotas del Caribe.¹² Preveía Prim la catástrofe si no se cortaba por lo sano con estériles patrioterismos y egoísmos inconfesables. Preveía, gracias a su experien-

¹¹ ¡"Vaya Ud. a saber de qué latitudes, no meridionales precisamente, procedían sus *genes*!", me dijo tiempo atrás un prestigioso biólogo.

¹² Resumidas esas gestiones en el segundo tomo de mi biografía sobre el General, mencionemos al historiador que mejor las ha estudiado, don Emeterio S. Santovenia.

cia directa de los Estados Unidos, que de persistir en la misma actitud, se apoderarían éstos de la perla antillana. Vale la pena transcribir en honor del gran patricio catalán la última tentativa de arreglo del problema cubano en la que se conseguía la previa autorización otorgada por Prim. Contenía las siguientes estipulaciones.¹³

a) España reconocería la independencia de Cuba; b) Cuba pagaría a España una suma equivalente al completo y definitivo abandono, por la segunda en favor de la primera, de sus propiedades públicas en la Isla, y en tal suma se entendería incluida la necesaria para garantir la deuda contraída por España con determinado Banco de La Habana y satisfacer las cantidades embargadas o confiscadas por el Gobierno colonial; c) Cuba no reconocería otras acreencias que las aludidas; d) aceptadas y ratificadas las bases, se suspenderían las hostilidades; e) España y Cuba celebrarían un tratado de comercio que debía entrar en vigor dentro de los primeros seis meses posteriores al reconocimiento de la emancipación de la Isla; f) Cuba potería a las personas y los bienes de los españoles residentes en la Grande Antilla, en cuanto los últimos no estuviesen en oposición con las leyes de la república. En el propio documento se fijó el procedimiento a que se ajustarían los trámites sucesivos de la negociación iniciada.

La expresada autorización de Prim ahorra veintiocho años de tragedia (de 1870 a. . . 1898), con pesado lastre de odios e incomprensiones que alargó aquélla hasta bien entrado nuestro siglo.

SALIÓ para Italia la comisión de las Cortes encargada de comunicar al príncipe don Amadeo su elección para ceñir la corona española. Paralelamente, el Gobierno preparó con minuciosidad la inminente puesta en marcha de la nueva monarquía. Así llegó el 27 de diciembre de 1870, y con él la intención aviesa que armó los brazos de la mercenaria espuma asesina de Prim. . . Materialmente, seis trabucos fueron los que causaron heridas mortales, pero la voluntad que los había reunido

¹³ SANTOVENIA, EMETERIO S.: *Prim el caudillo estadista*, págs. 203-245, 283.

no estuvo presente en la calle del Turco. Voluntad... , voluntades. Eran muchos, altos intereses y ambiciones los que sofocaba Prim con su firmeza, los que fundía con su tajante pragmatismo. Los extremistas de uno y otro signo se mostraban exacerbados contra el hombre que había sabido vencerlos en campo raso, "el único capaz de asentar en España sólidamente la paz que necesitaba y construir un nuevo estado eficiente y fuerte".¹⁴ A su vez, los jefecillos de los partidos intermedios tenían sus quejas, alimentaban sus recelos, formaban sus ilusiones a espaldas, naturalmente, de la política seguida por el general, la política del justo medio, hasta el día de hoy sin horizontes en España. Al enamorarlo de la lucha le llegó la muerte la noche del 30 de diciembre. A los que olvidando la política, admiraban en Prim al español bien nacido, no les quedó hueco en el alma para albergar dudas. Sintieron que perdían algo que les era propio, el hombre que con dotes de carácter y de inteligencia nada vulgares, bajaba a la tumba "en el instante más propicio para su reputación; cuando desmentía la voz de la maledicencia, que le atribuía propósitos personales en la prolongación de la interinidad".¹⁵ Efectivamente, Amadeo I de Saboya pisaba el puerto de Cartagena cuando Juan Prim y Prats era ya cadáver.

La conciencia colectiva se percató de que no quedaba heredero digno de su temple. A muchos les tenía esto sin cuidado. A éstos dediqué yo en otro lugar el párrafo que copio:

...en lo íntimo de algunos corazones, de algunos que a los cuatro días asistían al entierro y funerales, un inconfesable alboroto iba creciendo. Estos corazones no eran los asesinos, pero, bajo el luto que aparentaron, el asesinato les facilitaba apalpitación suave y ligera.

Después de un viaje caracterizado por la frialdad en que era acogido el monarca italiano, el 2 de enero de 1871 llegaron a Madrid don Amadeo y su séquito. Con unción religiosa sonó y se escuchó en las Cortes la voz del general Serrano en el discurso con que cerró el período abierto en septiembre de 1868. Así terminó la primera escena protocolaria de la nueva

¹⁴ Ha escrito don Eduardo Aunós (*Itinerario histórico de la España contemporánea*, 1808-1936, Barcelona, 1940; p. 171), por cierto no muy sospechosos de liberalismo.

¹⁵ BERMEJO, *Historia de la interinidad*, p. 1103.

etapa cimentada con la sangre del gran *conciliador*, a quien don Amadeo había rendido su último homenaje en la basílica de Atocha, antes de jurar la constitución. Añadamos que, pese el voluminoso, largo y turbio proceso que se abrió a raíz del atentado, y frente a las acusaciones prodigadas en folletos y libros, no ha podido aún señalarse con certeza a los asesinos.

Para Montero Ríos desde los tiempos del cardenal Cisneros había sido el hombre de Estado español que más había descollado. Desde los tiempos de Aranda, Campomanes y Olavide, no había tenido España espíritu más político y mesurado que el de Prim. Fue constitucionalista acérrimo. Preparó el pase de la hegemonía material a la espiritual y política de España sobre América, mereciendo, pues, el dictado de primer americanista. Aportó *civilismo* a la política española. Tuvo razón en rechazar el cuadro del pintor Regnault, porque Prim no adoptó nunca aires barricaderos. No fue, simplemente, un guerrillero, sino el único gran político español del siglo XIX, negador de medias tintas y de acomodamientos. Y lo había parido Cataluña, a pesar de haber desconfiado de las pasiones catalanas; como había desconfiado siempre de la Iglesia, de la grandeza y de la masonería, aun siendo él católico de nacimiento, grande de España y dignatario de las logias.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

(por orden alfabético)

- BELLIDO Y MONTESINOS, JUAN: *El general Prim en México y Castillejos. Anales Militares*. (Madrid, 1869). ESTRADA, GENARO: *Don Juan Prim (Glorias del Universo)*. (Barcelona, Manero Bayarri, s. f.). GIMÉNEZ Y GUITED, FRANCISCO: *Historia militar y política del general Juan Prim* (Barcelona, Lib de Plus Ultra, 1860, 2 vols.). GRAS Y ELÍAS: *Lo general Prim, Recoris de sa vida política y militar* (Reus, Vda. de Vidiella y P. Casas, 1907). GUILLAUMOUNT, HENRI: *Esquisses politiques. Juan Prim et l'Espagne* (Chaumont, 1870). JIMÉNEZ, F.: *Historia militar y política del general don Juan Prim*. (Madrid, 1860). LEONARDON, H.: "Prim et la candidature Hohenzollern" (*Revue Historique*, vol. I, 1900); "L'Espagne et la question du México" (*Annales des Sciences Politiques*, enero de 1901); *Ministres et hommes d'Etat. Prim*. (París, Alcan, 1901.). MIQUEL i VERGÉS, J. M.: *El general Prim en*

España y en México (México, Edit. Hermes, S. A., 1949.). OLIVAR-BERTRAND, R.: *El caballero Prim*, I, *Vida íntima, amorosa y militar*; II *Vida política y revolucionaria*. (Barcelona, L. Miracle, 1952.). ORELLANA, FRANCISCO, J.: "Historia del general Prim" (Barcelona, *La Ilustración*, t. I, 1871; t. II, 1872.). SANTOVENIA, EMETERIO S.: "Prim, el caudillo estadista" (en *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1933.). ZARCO, F.: *Don Juan Prim y su labor diplomática en Méjico. Comentarios sobre la intervención francesa, 1861-1863* (1930).

Dimensión Imaginaria

TRES POETAS FRENTE AL MISTERIO

(DARÍO, MACHADO, ALEIXANDRE)

Por José Luis CANO

SIEMPRE ha inquietado y atormentado al poeta, como al filósofo, el misterio de la existencia. Pero es, sobre todo, a partir del romanticismo cuando esa inquietud y esa pregunta sobre el enigma del hombre se convierte en tema poético (aunque no olvidemos el precedente soberbio de *La vida es sueño* de Calderón). Así Bécquer, lo llevará a sus *Rimas*, y antes que él nos dirá Espronceda en *El Diablo Mundo*, por boca de la Muerte:

En mí la ciencia enmudece;
y ávida, clara y desnuda,
en mí concluye la duda,
enseño yo la verdad;
y de la vida y la muerte
al sabio muestro el arcano
cuando, al fin, abre mi mano
la puerta a la eternidad.

Pero esa eternidad —madre amorosa en el verso del poeta romántico— no ha consolado siempre a los poetas que han venido después. No ha faltado quien, después de interrogarse a solas sobre ese *arcano de la vida y de la muerte*, ha querido grabar su dramática interrogación en el aire de su verso, y allí la ha dejado palpitar para que el lector, a su vez, se interrogue a sí mismo. Siempre recordaremos los conocidos versos de Rubén, tan citados:

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos
¡Y no saber adónde vamos
ni de dónde venimos...!

Ya Bécquer había escrito en una rima:

...ese soy yo, que al acaso
cruzo el mundo, sin pensar
de dónde vengo, ni adónde
mis pasos me llevarán.

Y el mismo Rubén, en el prólogo en verso a sus *Cantos de vida y esperanza*, había dicho también:

Y la vida es misterio; la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega
y el secreto ideal duerme en la sombra.

Otro gran poeta que sintió en lo más hondo el misterio de la existencia —con sus dos caras: vida y muerte—, y lo cantó con dejo de filósofo andaluz, soñador y estoico, fue Antonio Machado, quien en un breve poema de *Campos de Castilla* escribe estos versos:

Cantad conmigo en coro: saber, nada sabemos;
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...
Y entre los dos misterios está el enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida llave.
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

Machado se interroga, y la interrogación queda punzando el aire. Frente al enigma de la vida y de la muerte no hay respuesta. Y si la hay, la ignoramos. Por eso lo mejor es soñar, nos dirá siempre Machado. Y olvidar el misterio.

Los versos de Rubén, que hemos citado al principio —¡Y no saber adónde vamos / ni de dónde venimos!— han servido a otro gran poeta contemporáneo, Vicente Aleixandre, de punto de arranque para una meditación poética sobre el enigma

humano, entreverada en un poema amoroso. En efecto, Aleixandre los ha puesto, como cita, al frente de su poema *Entre dos oscuridades, un relámpago*, que pertenece a su libro *Historia del corazón* y cuyo comienzo dice así:

Sabemos adónde vamos y de dónde venimos. Entre dos
(oscuridades, un relámpago.

Y allí, en la súbita iluminación, un gesto, un único gesto,
una mueca más bien, iluminada por una luz de estertor.

Aunque sabemos, por confidencia del mismo Aleixandre, que la lectura, en su adolescencia, de un libro de Rubén fue decisiva o al menos sirvió de estímulo a su vocación poética, la influencia rubeniana en la poesía de Aleixandre es casi nula. Carlos Bousoño, en su libro sobre Aleixandre, cita sólo una huella de Rubén en unos versos de *Nacimiento último*. A ella habrá que añadir esa cita de los dos versos de Darío, con que inicia Aleixandre su poema *Entre dos oscuridades, un relámpago*. Aunque el comienzo de este poema, al que luego nos referiremos, parece contradecir el pensamiento de Rubén —*sabemos adónde vamos y de dónde venimos*, dice Aleixandre—, en realidad tal contradicción es sólo aparente, como hemos de ver, y el pensamiento expresado por ambos poetas es el mismo, aunque varíe la forma de expresarlo.

Darío, Machado, Aleixandre. Tres poetas frente al misterio. Pero, ¿cómo reacciona, poéticamente, cada uno de ellos, ante eso que los oradores románticos y postrománticos llamaban con lujo retórico, *los insondables arcanos de la existencia*?

Si recordamos los versos de Rubén, veremos que el poeta se limita en ellos a afirmar y lamentar la ignorancia del hombre frente al enigma de la vida. Más que una interrogación, es una elegía a la nesciencia del ser humano, una lamentación en la que no faltan alusiones al terror que invade al hombre ante la muerte, ni el contraste, tan característico de Rubén, entre el amor a la carne —*que tienta con sus frescos racimos*— y la fatalidad de la muerte —*la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos*.

Por su parte, el poemita de Antonio Machado, de tono reflexivo y de una extremada concisión, sabe concentrar en ocho versos una meditación filosófica sobre el enigma de la existencia, no sin impregnarla de contenido poético. La sentencia de

Machado viene a dar la razón a los versos de Rubén. Dice, en efecto, Machado:

...Saber, nada sabemos;
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos.

Metáfora tradicional la de este último verso, que hereda Machado de su predilecto Jorge Manrique. La visión de Machado es pesimista, pero serena, en su desolada reflexión, sin el grito doloroso con que termina Darío su queja. Admite Machado que en la vida hay luz, e incluso sabiduría. Pero ni esa luz ni todos los sabios del mundo, viene a decir Machado, nos aclaran nada sobre el misterio. La palabra —ese milagro, a su vez—, mueve prodigios, pero nada puede ante la inescrutabilidad de la existencia, salvo interrogarla. Y la Naturaleza —*el agua de la peña*— es puro misterio ella misma.

Veamos ahora el poema de Aleixandre *Entre dos oscuridades un relámpago*. Si arrancan, como vimos de los dos versos de Rubén —*¡Y no saber adónde vamos / ni de dónde venimos!*—, su relación con el poema de Machado no es menos evidente. Los dos mares ignotos —origen y fin de la vida— que evoca Machado, son, en el verso de Aleixandre, *dos infinitas oscuridades*. Y el *enigma grave* machadiano —la existencia—: un relámpago. Pero esta imagen de sombra-luz-sombra que se repite en Machado y Aleixandre, figura en el poema de este último imbricada con otra imagen de estirpe clásica: la de la fugacidad de la vida, el *fugit irreparabile tempus*, y en ese sentido, el verso de Aleixandre *entre dos oscuridades. un relámpago*, parece un eco de estos versos de Bécquer:

Al brillar un relámpago nacemos,
y aun dura su fulgor cuando morimos
¡tan corto es el vivir!

Por otra parte, el poema de Aleixandre posee un interés especial desde el punto de vista estilístico, porque en él la imagen visionaria continuada, tan característica de la poesía alexandrina —en este caso la vida como un relámpago entre dos oscuridades— se funde con otra de tipo tradicional: la vida —concretamente la vida de los amantes— contemplada como un largo y doloroso caminar, como una larga noche solitaria, oscuro desierto en que sólo una compañía —el amor— puede

LA SEGUNDA GENERACIÓN ROMÁNTICA ARGENTINA

ENSAYO DE APRECIACIÓN HISTÓRICO-POLÍTICA

Por Claude L. HULET

“**E**L talento verdaderamente inspirado no puede permanecer ajeno a cuanto lo rodea; mal su grado, tal vez sin darse cuenta de ello, será el intérprete de su tiempo, para corregirlo dominándolo acaso”.¹ Estas palabras de Carlos Guido y Spano, quien reúne más títulos que otro escritor alguno para ser considerado como el portavoz ideológico y estético de su promoción, resumen nítidamente la actitud ante su misión histórica y literaria de toda la segunda generación romántica argentina. Esta está constituida por un grupo de escritores que, demasiado jóvenes para intervenir en el derrocamiento del dictador Juan Manuel de Rosas, empezaron a hacerse notar esporádicamente después de la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852. Entre ellos figuran nombres tan conocidos como los de Carlos Guido y Spano (1827-1918), Lucio V. Mansilla (1831-1913), Estanislao del Campo (1834-1880), José Hernández (1834-1886) y Olegario V. Andrade (1839-1882).

Conviene asentar desde un principio que la segunda generación romántica argentina no es una prolongación de la primera encabezada por Echeverría, ni tiene más nexos con la de 1880 que el puramente cronológico. Es sí independiente, cohesiva y de contornos precisos. Los escritores que la integran nacieron casi en la misma década y respiraron los mismos aires; su formación fue parecida; mantuvieron relaciones personales entre sí; participaron juntos en acontecimientos históricos que, dentro del marco ambiental argentino, son de relieve; se inspiraron en la misma filosofía; conscientes de su solidaridad y de

¹ CARLOS GUIDO Y SPANO, "Conversación", *Ráfagas* (Buenos Aires, Igon Hermanos, Editores, 1879), II, 73. Artículo publicado en *El Río de la Plata*, el 5 de agosto de 1869.

su misión, reaccionaron filosófica, histórica y estéticamente contra los proscripciones de Rosas forjándose un programa político y una forma de expresión literaria claramente suya; y su auge, fugaz y tardío, correspondió al anquilosamiento de la primera generación romántica. En el presente ensayo nos limitaremos principalmente a trazar con el detenimiento que el espacio nos permite su actuación histórica y política. Dicho de otro modo, dentro del marco de su unidad vital haremos hincapié en su filosofía traducida al mundo de la acción. Nos proponemos analizar en otra ocasión su filosofía y sus principios estéticos.

Para formarse una idea cabal de la situación de la segunda generación romántica argentina, hay que remontarse hasta sus orígenes, que son en sus bases ineludiblemente concreciones políticas de la filosofía de la vida a que se adhirió toda la promoción. Echemos una ojeada atrás, pues, para enfocar los antecedentes generacionales del romanticismo argentino. Éste, como es sabido, a más de delatar alguna que otra influencia española (Larra, Espronceda), se interesó esporádicamente en el movimiento inglés (casi exclusivamente en lo ossiánico y en lo byroniano); pero demostró a las claras que tenía sus raíces fundamentales clavadas en la correspondiente corriente francesa. De esta última les cautivaron a los argentinos su originalidad lírica, sus bases historicistas (más tarde humanitarias) y su orientación política liberal. Por ser la política la concreción más inmediatamente patente de su filosofía, en la Argentina las dos generaciones románticas se prestan a ser enfocadas desde ese ángulo. Por las mismas razones, las dos deben su origen en parte a los partidos políticos que las precedieron, el Unitario y el Federal, que ocuparon la escena definitivamente entre 1824 y 1835. Los viejos Unitarios y Federales estaban empapados en los ideales del siglo XVIII. Utopistas, lo veían todo en términos teóricos y, sin perjuicio de degollarse unos a otros en no pocas ocasiones, estaban convencidos de la eficacia de la razón para resolver todos los problemas; era propio de ellos estar tan aferrados a sus principios idealistas que se mostraban muy intransigentes. Ambos grupos anhelaron para su país el mismo porvenir: una república independiente, unida y regida por las leyes. Si hubo una diferencia esencial, fue que los Federales eran un tanto más prácticos y realistas, los Unitarios algo más soñadores. Sin embargo, Juan Manuel de Rosas dio al traste con los partidos políticos y puso fin por

más de veinte años a todos los esfuerzos, tanto de los Federales como de los Unitarios, por constituir el país y adoptar una constitución. Derrocada la dictadura de Rosas, en 1852, los viejos antagonistas tuvieron continuadores en dos bandos nuevos, ambos liberales. Los Unitarios encontraron eco en los centralistas que se llamaban Liberales (los proscriptores de Rosas), que en el mundo de las letras constituyen la primera generación romántica. Los Federales lo encontraron en la segunda generación romántica, o sea en los jóvenes federales igualitarios que se llamaban Reformistas² algunos y Alsinistas³ otros. El resultado fue una generación literaria con dos programas conducentes a la misma finalidad política. Es que los Reformistas, más numerosos y con visión nacional, llevaron hasta sus últimas consecuencias su programa, traduciéndolo a la acción al pie de la letra. Por su parte, los partidarios de Valentín Alsina siguieron una política más localista y, por momentos, más centralista.

Los liberales habían aceptado del unitarismo su principio reaccionalista esencial y abogaron por la hegemonía de Buenos Aires sobre lo demás del país; pero modificaron su postura con una dosis suficiente de federalismo para aplacar a los gobiernos locales. Los Federales Reformistas y Alsinistas, más jóvenes que los Liberales, lucharon por la igualdad de todas las provincias y porque no fuese federalizada la provincia de Buenos Aires. No habían admitido todas las implicaciones del federalismo intransigente de sus mayores: lo transformaron reconociendo del unitarismo la premisa de que el gobierno de la nación tenía que poseer el mínimo de poderes necesarios para poder llevar a cabo su programa general en pro del bienestar de toda la patria.

Los dos grupos manifestaron una curiosa mezcla de influencias enciclopédicas, románticas y positivistas. Los Liberales, egresados los más de centros de enseñanza superior, aunque se dieron cuenta del fracaso de la razón pura y del idealismo

² Los Reformistas tenían, dentro del federalismo, una actitud conciliadora que abogaba por la reforma de la constitución de 1853 a fin de que Buenos Aires la aceptara y volviera a unirse al gobierno de la nación.

³ Los Alsinistas eran partidarios del jurisconsulto y gobernador de Buenos Aires, Valentín Alsina. Su política fundamental estaba encaminada a evitar que la Confederación Argentina tragase la provincia de Buenos Aires, convirtiéndola en capital de la nación.

abstracto del siglo XVIII, tan queridos de los Unitarios, conservaron como meta el sueño utópico dieciochesco; convirtieron en plataforma el historicismo romántico; y se valieron del positivismo realista para poner en práctica su programa de idealistas. Pensadores, aprovecharon la ocasión para transformar su romanticismo en acción, no tardaron en abandonar la poesía y se hicieron estadistas. Los Reformistas y Alsinistas, con contadas excepciones autodidactos, aunque conservaron del siglo de la razón el culto de la inteligencia, rechazaron su racionalismo mecanístico, se empaparon en el romanticismo humanitario y utópico y aceptaron del positivismo tan sólo los ideales de éste que estaban de acuerdo con su misticismo romántico. Soñadores, privados de la oportunidad de traducir su filosofía a la acción, se quedaron con el romanticismo, permanecieron fieles al verso y se hicieron poetas. No es nada paradójico ni debe extrañar que fuesen los Liberales los más realistas y los jóvenes Federales los más idealistas.

Las dos generaciones románticas tuvieron en común no pocas características y de ahí el origen, sin duda, de mucha confusión respecto de los elementos constitutivos de cada cual. Todos creyeron, cual más cual menos, en la perfectibilidad de la especie humana, en el progreso, en la democracia republicana, en el gobierno basado en las leyes, en la aplicación imparcial de estas últimas, en la dignidad del trabajo y en la certeza de lograr sus propósitos mediante la buena voluntad y el esfuerzo. Para conseguir la Argentina ansiada de todos, estaban convencidos de la necesidad de la inmigración europea para poblar los desiertos, de la educación de las masas para ponerlas en condiciones de cumplir con sus responsabilidades políticas y sociales, así como del aprovechamiento y explotación de los recursos naturales del país. Unos y otros pretendieron huir tanto de la demagogia como de la oligarquía. En dos palabras, todos fueron liberales en el sentido siglo XIX del vocablo.

Pero hay manifiestas desemejanzas; estriban en las diferentes filosofías que imperaban en los dos bandos, distintas maneras de ver la realidad que traían aparejadas dos clases de comunidad de acción. Conviene mencionar aquí la visión política y la actitud frente al hombre de cada una de las promociones. Los escritores de la primera generación padecieron del complejo del "grande hombre", cuyos corolarios positivos eran por una parte su centralismo y por otra su concepto mesiánico

de su propio papel en el desarrollo del país. Su historicismo—que ellos llamaban socialismo— fue más bien abstracto: habían descubierto la sociedad y se sintieron impulsados a buscar sus resortes, a desentrañar el secreto de sus manifestaciones contemporáneas estudiando el desarrollo de estas últimas a través de los siglos. Con las miras puestas en el pueblo en general y en el grande hombre representante y conductor de pueblos en particular, no les interesó mayormente el hombre en sí mismo. Se consideraron superiores a los humildes. Al gaucho, por ejemplo, lo desdénaron y lo describieron desde fuera; aunque capaces de admirarlo alguna vez, no se dieron el trabajo de ahondar en su personalidad a fin de comprenderlo, ni de simpatizar con su suerte lastimera. Los representantes de la segunda generación, más democráticos e independientes y menos ofuscados por el poder y la fuerza, no se interesaron en el historicismo en sí mismo, sino en su aspecto más inmediato y místico: el humanitarismo. A ellos no les preocupó el problema de la sociedad en conjunto, sino el del individuo y su relación con la sociedad: el lugar que ocupa y el que debería ocupar en ella. Fundamentales en su pensar fueron la justicia imparcial e igual para todos, el gobierno a base de las leyes y, sobre todo, la fraternidad de todos los hombres. Tuvieron hondo interés en el hombre y siempre estuvieron atentos a sus derechos y a su dignidad; prueba de ello es su preocupación por el destino de los humildes. "¡Extravío sin igual!—ha dicho Hernández, el que pudiera ser considerado como el jefe político del grupo. Se ha llegado a creer que el individuo aisladamente no representa nada, cuando es precisamente el derecho individual, la base del edificio social y político de los pueblos".⁴ Y en otra parte patentiza el ánimo de todos: "Infatigables y perseverantes en defender la causa de los oprimidos, no desmayamos antes de ver que las garantías individuales se conviertan en una verdad incuestionable y dejen de ser una simple y lujosa declaración de la ley".⁵ Por tanto, fueron celo-

⁴ El Acuerdo de San Nicolás lleva el nombre del lugar donde, a instancias del victorioso general Urquiza, se reunieron en 1852 representantes de varios partidos y grupos con objeto de fraguar un arreglo aceptable a todos sobre la composición y demás detalles relativos a la convocación de una asamblea constituyente.

⁵ JOSÉ HERNÁNDEZ, "La ciudad y la campaña, II", *Prosas* (Buenos Aires, Editorial Futuro, 1944), pág. 87. Editorial aparecido el 6 de octubre de 1869 en *El Río de la Plata*.

Los protectores de las garantías otorgadas al ciudadano por la constitución, simpatizaron con el gaucho, por cuya integración a la civilización abogaron y se interesaron por la suerte del inmigrante. También oriunda de esta actitud frente al hombre fue la solidaridad americana que caracterizaba a la generación, cuyo patriotismo rebasaba las fronteras argentinas para abarcar a las demás repúblicas del hemisferio.

La filosofía que vemos concretada en las susodichas ideas les llegó directamente mediante sus lecturas e indirectamente por medio de uno de sus propios correligionarios, Guido y Spano, así como por su asociación con el apóstol americano por excelencia del humanitarismo, el chileno Francisco Bilbao. Éste, revolucionario en Chile y en el Perú, estaba empapado en las ideas históricas, políticas y religiosas de Lamennais, Quinet y Michelet, para no citar más que a aquéllos cuyas casas había frecuentado. Tomó parte en la revolución de 1848 al lado de Quinet y, por recomendación de esos maestros y amigos franceses, se entrevistó en Italia con Manzoni. Radicado en la Argentina desde 1857, este portavoz de la propaganda liberal no tardó en atraer a los espíritus de la juventud federalista y fue uno de los defensores más elocuentes de la Confederación Argentina. Guido y Spano, que había conocido a Bilbao en Río de Janeiro en 1844, luchó en las barricadas parisenses al lado del pueblo en la revolución de 1848 y luego en 1852; presenció los fogosos debates en la Asamblea en los que Lamartine luchaba heroicamente pero sin éxito por asegurar la marcha de Francia hacia el liberalismo; como Bilbao, asistió a conferencias de Michelet y otros en la Sorbona y en el Colegio de Francia y, según parece, participó en el movimiento republicano brasileño antes de abandonar ese país, en 1851.

No menos importante fue la manera en que cada grupo quería conducir a la Argentina hacia la civilización. La primera generación ambicionó apartar a los argentinos de sus viejas tradiciones españolas, para ellos caducas, y encaminarlos hacia la europeización. Para realizar este propósito, buscaron la originalidad de lo suyo para mejor saber imponer la civilización, tal como la entendían, de grado o por fuerza. La segunda generación también anheló encauzar al país hacia la modernización, pero ella no vio por qué menospreciar lo suyo. Sin desdeñar las lecciones que le daba Europa, ni las ventajas materiales para la patria que traía el progreso, quiso llevarlo a cabo a base de la consolidación de lo original argentino.

Es curioso observar que la iniciación de la segunda generación en la política siguió líneas idealistas, mientras que sus primeros pasos en el mundo de las letras de molde respondieron a impulsos políticos, o sea prácticos. Aunque Del Campo se había aliado a los instigadores de la asonada centralista del 11 de septiembre de 1852, puede decirse que la participación política de la segunda generación data de los sucesos del año siguiente. Fue a raíz del levantamiento de la provincia de Buenos Aires contra la ciudad: el coronel Lagos quiso imponer por la fuerza a los porteños el Acuerdo de San Nicolás,⁶ de manifiestas tendencias federalistas. Aunque pudiera parecer paradójico al primer vistazo, entre otros jóvenes que acudieron en defensa de la ciudad se hallaban Carlos Guido y Spano y José Hernández, ambos de opinión federalista palmaria, junto con Estanislao del Campo, porteño ante todo. Es que, hombres consecuentes, se portaron de acuerdo con su carácter idealista, colocándose entre los sostenedores del gobierno legal y legítimo.

Los Reformistas estrenaron sus armas literarias participando en las escaramuzas políticas cuyo campo de batalla era la prensa periódica de la época. El motivo: la tirantez que existía entre Buenos Aires y la Confederación y la separación subsecuente de aquélla del gobierno de Paraná. El móvil: el deseo de los jóvenes federales bonaerenses de conseguir la unidad de la patria. Porteños los más y casi sin excepción hijos de Federales, la gran mayoría se adhirió al concepto conciliador que, sin dejar de ser muy federalista, aconsejaba la reforma de la constitución de 1853 de tal forma que Buenos Aires la aceptara y volviera al seno del gobierno de la nación, por entonces patentemente federalista. Esta postura, mas el hecho de que el diario más importante que abogaba por esta solución al problema se titulara *La Reforma Pacífica* dieron origen a que se les llamara Reformistas.

No duró mucho tiempo la ventaja tempranera de que disfrutaron los Reformistas de poder colaborar en diarios y revistas, como *La Revista del Nuevo Mundo*, *El Orden*, *Fray Supino*, *La Reforma Pacífica*, dirigidos por correligionarios suyos que les animaban a ejercitarse en las letras. La mayor parte de ellos, sin embargo, todavía jóvenes, no colaboraron asiduamente. Su momento anhelado no llegó hasta 1858, año en que

⁶ HERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 86.

muchos se encontraron en la necesidad de abandonar Buenos Aires. Aconsejaron la huida tanto la influencia cada vez más preponderante del partido Liberal, aliado por entonces a los elementos porteños deseosos de proteger sus intereses creados de dueños del único puerto del país, como el recrudecimiento de las pasiones en la ciudad sobre la cuestión palpitante de la constitución y sobre la reintegración de Buenos Aires al gobierno nacional. Hubo una verdadera emigración de Reformistas a Paraná, donde se reunieron a partidarios suyos que ya se hallaban en la capital entrerriana. Sin embargo, algunos jóvenes Federales de Buenos Aires con visión más localista, Alsiniistas (entre ellos Estanislao del Campo y Ricardo Gutiérrez), se quedaron allí y se pusieron al lado de los Liberales, creyendo que de esta manera podrían evitar la federalización de su provincia. Aunque en busca de la misma finalidad política, aquí es donde tomaron caminos diferentes los dos bandos políticos que formaban la segunda generación romántica. Los porteñistas lucharon dentro del partido Liberal en Buenos Aires, los jóvenes de Paraná dentro del Federal en la capital de la Confederación. Volverían a trabajar juntos a partir de 1868.

Estuvieron en la capital de Entre Ríos durante este período tan importante para el desarrollo de sus aptitudes las lumbreras de la generación, menos Del Campo: Guido y Spano, Mansilla, Hernández y Andrade, el más joven del grupo. Influyentes también son Miguel Navarro Viola (1830-1890) y Vicente Quesada por el empuje extraordinario que dieron a las letras de su época por medio de los diarios y revistas que fundaron y dirigieron, siendo notables entre otros varios la *Revista del Paraná* y, especialmente, la *Revista de Buenos Aires*, 1863-1871. De menor talla son figuras como Bernabé Demaría (1827-1910) y José M. Zuviría (1830-1891). En Paraná empezaron a abrirse paso en la vida pública bajo la tutela de los estadistas conocidos en la historia como "los hombres de Paraná", que por aquellos tiempos tenían a su cargo la Confederación Argentina. Guido y Zuviría fueron secretarios de ministerios; Hernández fue taquígrafo del Senado, secretario privado del presidente interino, Pederñera y, más tarde, sucedió a Francisco Bilbao en la dirección de *El Nacional Argentino*, el órgano oficial de la Confederación; Mansilla fue diputado suplente y secretario privado de Del Carril; Andrade fue jefe de la secretaría presidencial del presidente Derqui. Colaboraron al lado de sus mayores en *El Nacional Argentino*, así como en la *Revista del Paraná*.

No hubo de durar la feliz situación en que se encontraron los Reformistas. Los modestos éxitos que empezaban a alcanzar en el mundo práctico y político no tardaron en desvanecerse. También terminaron de un golpe sus relativamente pocos ensayos en la literatura que hasta la fecha habían visto salir en letras de molde. Fue Pavón (17 de septiembre de 1861) y la victoria de la política centralista de Buenos Aires. Tanto en esta batalla, como en la anterior de Cepeda, representantes de la segunda generación se batieron en los dos ejércitos opuestos: los Reformistas por la Confederación, los Alsínistas al lado de los Liberales por Buenos Aires. El resultado de la contienda fue un diluvio del partido Liberal de los proscritos de Rosas. Barrió las esperanzas de la juventud Reformista que, no obstante no haberse pegado el rótulo, no era menos liberal. La República Argentina vino a sustituir a la Confederación desaparecida, las agencias del gobierno nacional se trasladaron de Paraná a Buenos Aires, los jóvenes de Paraná se dispersaron y Bartolomé Mitre, antes gobernador de Buenos Aires, fue electo presidente del país unificado, en 1862. Un día parecen navegar con viento en popa y de la noche a la mañana se encuentran con que ya no tienen carrera política ni posibilidades de tenerla. Ya no tienen otro remedio que ganarse la vida como otro cualquiera; ya constituyen la oposición al gobierno con todo lo amargo que esta situación implica. Cortísima había sido la luna de miel de los Reformistas: a lo más tres años, muy poco cuando se tiene en cuenta que la política y el periodismo absorbieron la mayor parte de su tiempo y energías.

Con la entronización de los proscritos y su partido Liberal, junto con la creciente influencia de Buenos Aires sobre las demás provincias, les quedó vedada a los jóvenes de Paraná toda participación directa y oficial en la organización de la nación. Es decir, sin transigir con la oposición; pero rara vez se ha visto a gente menos dada a la intransigencia. Además, la actitud romántica melodramática que informa el carácter de todos, fuesen Liberales o Reformistas, era tal que ninguno veía más que negros y blancos puros; no había matices en su modo de ver. Así, de acuerdo con esta inflexibilidad tan característica de los románticos, el partido que goza del poder no nombra más que a sus adictos para desempeñar los puestos oficiales que le caen en suerte como vencedor en las elecciones. No queda nada para la oposición. De ahí que, además de ser periodistas, los más por vocación y todos por necesidad (en gran parte psicológi-

ca, pues la costumbre de pagar las colaboraciones no había de arraigarse hasta fines del siglo), haya quienes se dedican a las carreras más heterogéneas para ganarse el pan cotidiano. No estando cortados de la tela cada vez más positivista de la época, su temperamento idealista y artístico no les auguró mucho éxito. Guido y Spano probó fortuna en el comercio, Mansilla optó por una carrera militar, Andrade se dedicó a la contaduría pública y al funcionarismo en las provincias. Los únicos del grupo con título universitario, Navarro Viola, Zuviría y Quesada, siguieron la abogacía. Hernández, el Federal más acérrimo e intransigente de todos, se quedó en el Litoral donde, alternando con su carrera periodística cargos ministeriales, siguió apoyando la causa del federalismo con su firmeza característica. Casi todos la pasaron mal, aun en un período de creciente prosperidad y desarrollo económico generales.

Los jóvenes de Paraná no se contentaron con su suerte y buscaron medios para mejorarla. Puesto que el periodismo era la única arma a su disposición, echaron mano de ella esgrimiéndola con entusiasmo. Se agruparon en torno de diversas hojas efímeras de tendencia federalista, como *El Pueblo*, *La América*, *El Siglo*, *La Patria*, *El Constitucional*, *El Río de la Plata* y se lanzaron al ataque. Asestaron sus golpes al presidente Mitre, a sus ministros (entre ellos Sarmiento) y a su política. Algunos de los temas que se repiten más a menudo en sus prosas, temas reveladores de su idealismo vital, hacen patente el grado de divergencia ideológica que los mantenía antagónicos a los proscriptos: la justicia social, la dignidad del hombre, el lugar que corresponde al individuo en la sociedad moderna, el carácter sagrado de las garantías otorgadas al ciudadano por la constitución, el principio del gobierno representativo regido por las leyes, la aplicación imparcial de estas últimas, la libertad de prensa, la solidaridad americana, la estupidez de la Guerra de Paraguay y la conservación de la originalidad de la realidad argentina mientras que se llevaba a cabo la realización de una Argentina moderna. Su situación de ciudadanos al margen de las corrientes de la vida nacional no hubo de empezar a mejorar sino por el año de 1870. No sanó del todo durante la vida de los más.

Hay dos factores que, de más peso quizás que cualesquier otros, engendran la situación a que nos hemos venido refiriendo, a saber: el influjo de los poderosos y del ambiente filosófico. Los hombres políticamente poderosos suelen ejercer una

influencia muy visible y de alcance desmesurado sobre la opinión de su época; y todavía más si son a la vez escritores. No sólo pueden moldearla de conformidad con sus deseos, sino que también pueden hacer que se concentre sobre sí mismos el interés y la atención de la mayoría de los ciudadanos. Están en condiciones de controlar casi a su antojo la crítica (el silencio también es crítica) porque, formando parte de la minoría culta, ellos también son críticos; por un lado pueden alabarse mutuamente con éxito; por otro pueden defenderse ventajosamente respaldados por el prestigio de su nombre y del de su camarilla. Puesto que son fundadores, directores y redactores de gran parte de las publicaciones periódicas más influyentes y, de consiguiente, manejan esa poderosa fuente propagandística de acuerdo con sus aspiraciones, dominan la prensa. Además, como son también directores, jueces y jefes de sección de los círculos literarios de más categoría, está en sus manos influir poderosamente sobre el destino de los escritores más jóvenes. En dos palabras, son ellos quienes gozan de más crédito y prestigio y tienen más ascendiente sobre el hombre común. Pero hay más. Tal situación resulta aún más difícil para los escritores más jóvenes, sean contrarios o no de los poderosos, cuando la atmósfera de la época está cargada de actitudes patentemente antiespirituales —y, por consecuencia, antiliterarias— que ponen un énfasis cada vez más palpable en lo material y en el concepto según el cual la acumulación de bienes tangibles o el desempeño de cargos públicos vienen a constituir el criterio casi absoluto del éxito en la vida. La Argentina de mediados del siglo XIX reunió todas estas condiciones: los poderosos eran los Liberales, que equivale a decir la primera generación romántica, cuyo éxito deslumbrador les seguía a todas partes; la filosofía, el positivismo realista de tipo spenceriano, cuya diseminación y arraigo facilitaba por su vida y obra los proscritos.

Los jóvenes de Paraná pudieron sustraerse sólo a duras penas, y aún así no más que en parte, al olvido que las circunstancias les habían creado. Se les presentó la oportunidad de rehabilitarse a causa de una como casualidad que ocurrió en la dirección que tomaba la política durante la presidencia de Domingo F. Sarmiento; 1868-1874. Sarmiento experimentó dificultades con su propio partido, el Liberal. Había sido electo y había asumido el poder sin comprometerse con nadie, ni con el partido que lo había colocado en la presidencia. La libertad consecuente, sin embargo, trajo resultados muy molestos porque

su partido se había dividido en dos facciones sobre la cuestión de la ubicación definitiva de la capital de la nación. Los Nacionalistas querían federalizar no sólo la ciudad de Buenos Aires, sino también la provincia homónima. Los Alsinistas, ya llamados Autonomistas, seguían oponiéndose a que la provincia perdiera su independencia. Hostilizado en el Congreso por contendientes de los dos bandos, Sarmiento, político realista, buscó, entre otras medidas, para salir del apuro, el apoyo del interior nombrando ministro de Educación y Culto a Nicolás Avellaneda oriundo de Tucumán. Éste y otros expedientes conciliatorios acabaron por favorecer a los Federales porque, fuera de la ciudad de Buenos Aires, el país era primordialmente federalista de temperamento. Los Reformistas se apresuraron a martillar la cuña que Sarmiento había metido en el grueso del control que los centralistas de Buenos Aires guardaban celosamente sobre el gobierno nacional desde Pavón. De este modo aprovecharon el problema capitalino y la desunión de los liberales para ponerse en camino de restablecerse políticamente. José Hernández y su periódico, *El Río de la Plata*, ejercieron considerable influencia sobre las elecciones de convencionales a la constituyente de 1870, que debía reformar la constitución bonaerense. Como resultado, algunos viejos Federales salieron de nuevo a la escena política después de una ausencia de diez años. A más de Hernández, fundador, Guido y Spano, Navarro Viola y Quesada figuraron entre los colaboradores de la hoja de combate. Fue en aquella época cuando volvió a coincidir la política de los dos bandos en que se había dividido la segunda generación sobre la cuestión capitalina por el año de 1858.

El año de 1870 marcó una especie de renacimiento, un feliz agüero de lo que habían de ser las cumbres que alcanzarían con el tiempo las letras argentinas. Ya daba señales de perder su antigua vitalidad la influencia preponderante que hasta entonces había ejercido sobre la vida y literatura del período la generación de los proscriptos. Ya por el año aludido empezaron a aflojar las riendas visiblemente y a ceder el paso. El jefe de la promoción, Echeverría, había muerto en el extranjero hacía años; Alberdi, rencoroso y mal comprendido por sus coetáneos, permanecía en Europa; Vicente F. López ejercía la abogacía y escribía historia; el ex-presidente Mitre, ya senador, se dedicaba a la historia y a la política partidaria; Sarmiento, presidente, estaba ocupado en mantener unificado al país,

en subyugar a rebeldes caudillos provincianos y en llevar a feliz término la desastrosa Guerra del Paraguay; Gutiérrez, jefe de la Biblioteca, se ocupaba en investigaciones histórico-literarias y en la publicación de las obras de Echeverría; Mármol, falto de inspiración desde hacía tiempo y en vísperas de su muerte, callaba; hacía mucho que estaba muda también la lira del poeta menor, Luis L. Domínguez, ahora ministro de Sarmiento. En fin, los proscriptos ya no se dedicaban a las letras, o se les acercaban por el lado de los géneros menos personales. Habían empezado como revolucionarios; ya agotados, vinieron a parar al tradicionalismo. Esta situación coincidió con un suceso de suma importancia para la historia literaria argentina: la aparición de una promoción de críticos. Pero también lo fue para la segunda generación romántica, porque esos críticos noveles fueron los primeros en interesarse seriamente en ella. En realidad, data de 1870 el verdadero nacimiento del moderno género crítico en la Argentina. Claro que había despuntado admirablemente ya hacía tiempo con las atinadas investigaciones de Juan María Gutiérrez, pero éste había tenido que trabajar casi solo hasta el año aludido. Fue entonces cuando se presentó el pequeño grupo de escritores que se lanzaron a llenar la brecha abierta por el venerable crítico e historiador literario. A la cabeza de la promoción figuraban Santiago y José Manuel Estrada y Pedro Goyena, nacidos en la década de 1840.

Alrededor de 1870 los jóvenes de Paraná empezaron a sentirse un poco más cómodos, más dueños de sí y de su destino. Sólo por ese año comenzaron a aparecer en la prensa palabras alentadoras acerca de las relativamente pocas obras suyas que hasta aquel entonces habían salido a luz. Animados así, todos se hicieron más expansivos y principiaron a cantar públicamente lo que desde hacía tiempo quedaba en gran parte sin voz ni auditorio en su pecho o en sus cuadernos. Y eso a pesar de la apatía tan arraigada como generalizada hacia las letras que prevalecía por aquellos tiempos en el Río de la Plata; nutrida por el positivismo, se convertía a menudo en resentimiento cuando no en desdén. Su blanco predilecto era la poesía. Fue, pues, durante el decenio aludido cuando empezaron a hacerse conocer un poco por sus primeros libros. Mansilla publicó *Una excursión a los indios ranqueles*, 1870. Guido y Spano mandó a la estampa su primer libro de versos, *Hojas al viento*, 1871. Al año siguiente Hernández lanzó la primera parte del *Martín*

Fierro. Zuviría hizo imprimir *El peregrino del Plata y poesías diversas*, 1875. Andrade compuso *El nido de cóndores*, 1877. A diferencia de los Reformistas, los poetas de la segunda generación que se habían aliado con los Liberales alcanzaron considerable renombre mucho antes. Los porteñistas Ricardo Gutiérrez y Carlos Encina aparecieron en la escena en momentos en que casi no había poetas en Buenos Aires. Los de la primera generación y los Reformistas apenas ejercían el oficio. La mayor parte de estos últimos comenzaban no más a ensayar sus armas poéticas allá en la capital de la Confederación. Aquéllos, dueños de Buenos Aires, casi habían dejado de escribir en verso. Cuando se presentaron Gutiérrez y Encina, no había quien les disputase los laureles. De ahí que se le aplaudiera tanto a Encina (apenas tenía 20 años) por la lectura de su composición "Colón" en el Liceo Argentino, en 1858. Gutiérrez también fue reconocido como un alto valor poético desde 1860 cuando sólo contaba 24 años; fue a raíz de la publicación de *Fibra salvaje*, en 1860. Estanislao del Campo, el mejor poeta con mucho de los tres, recibió merecido renombre en 1866 con motivo de la publicación de *Fausto*. Terminada su labor de poeta, Del Campo reunió sus versos en *Poesías completas*. 1870. Gutiérrez lanzó los suyos en 1878 bajo el título de *Poesías escogidas*. Encina fue colmado de elogios en 1877 a resultas de la lectura de su composición "Canto al Arte", en los juegos florales que se verificaron en el Teatro Colón.

Desde tiempo atrás el progresismo estilo romántico había empezado a atraer a los Reformistas. Su deuda con el romanticismo personal se desplazaba hacia el social; esto se revelaba no sólo en la vida y prosas de estos escritores, sino que ya se traducía a la poesía. Se trataba del historicismo, pero ya no del de los proscritos. Consecuentes con la línea ética y universalizadora con que informaba su carácter el humanitarismo, en los jóvenes de Paraná el historicismo quedó actualizado y convertido en programa de nacionalismo profético y optimista, con sobretonos filosóficos. Aunque esta nueva concepción se halla plasmada óptimamente en Hernández y en Andrade, no falta ni en Guido y Spano, el más viejo de la promoción. A medida que iba extendiéndose esta actitud ético-social entre los poetas del grupo paranaense, el programa político de los proscritos se desvía cada vez más hacia el de los Reformistas. De pronto, éstos se apropiaron de la iniciativa y rejuvenecieron y fortalecieron sus ideas políticas traduciéndolas a la literatura,

lo cual en su caso casi equivale a decir a la poesía. Mirada bien la situación, no sorprende que de repente apareciese un "poeta oficial", ni tampoco que fuese, por añadidura, un joven representante de la segunda generación. Ese poeta fue Olegario V. Andrade. El poeta "condorero" no tenía pizca menos de romanticismo que sus correligionarios, pero sí desarrolló con preferencia temas progresistas tan del gusto de la dominante política liberal-federalista de las presidencias de Avellaneda (1874-1880) y de Roca (1880-1886).

El mismo sentimiento de bienestar alentador que tuvo como resultado la salida a las tablas literarias de los jóvenes de Paraná, más el viraje que sufrió el rumbo que llevaba la política nacional, fueron responsables por su reintegración a la vida pública. Si la suerte decidió mostrárseles menos esquiva a partir de 1870, hasta se atrevió a empezar a sonreírles desde 1874. Los motivos fueron los mismos. Todavía seguía en pie la cuestión de la capital de la nación, manteniendo divididos en Nacionalistas y Autonomistas a los Liberales. Pero ocurrió lo que había de aumentar este antagonismo y ponerlo aún más ardiente: el problema de las elecciones a presidente de 1874. Sarmiento apoyó la candidatura de su ministro Nicolás Avellaneda. Mitre fue el candidato de los Nacionalistas, Adolfo Alsina el de los Autonomistas. La lucha fue recia entre estos últimos. A causa de la triple división del partido Liberal, el ex-presidente Mitre parecía estar seguro de ganar la presidencia por segunda vez. En el último momento, sin embargo, se verificó la reunión del teatro Variedades. En ella ciertos elementos Reformistas (en primer término entre ellos Guido y Spano) persuadieron a los electores de Alsina, que no eran bastante numerosos a solas para elegir a su propio candidato, que votasen en favor de Avellaneda. Así fue estorbado el triunfo de Mitre y sus partidarios que querían federalizar toda la provincia de Buenos Aires. Desde ese momento empezó a hacerse visible la estrella de los Reformistas, por tanto tiempo políticamente desocupados. Al volver a la vida pública, ocuparon por regla general destinos que estaban a la disposición de la provincia de Buenos Aires. Eso era de esperar, ya que los Autonomistas, que contaban con el apoyo de la provincia, tenían mucha afinidad con los principios federalistas por los que abogaban desde hacía años los jóvenes de Paraná. Y así sucedió. Quesada (tenía 41 años) fue nombrado jefe de la Biblioteca de la provincia en 1871. Si bien Guido y Spano,

traído al gobierno por el ministro Avellaneda, ya había desempeñado por dos años el cargo de subsecretario del recién establecido Departamento de Agricultura, sólo en 1875 entró a hacer un papel oficial de algún relieve. Teniendo 48 años, se hizo cargo de los Archivos de la provincia. Hernández (con 45 años) fue electo diputado provincial en 1879 y senador en 1881. En 1880 se resolvió el problema capitalino a satisfacción de los Autonomistas y de los Reformistas (que ya habían fundado con los adictos del presidente Avellaneda el nuevo Partido Nacional Autonomista) mediante la federación de sólo la ciudad de Buenos Aires. En ese año Andrade (con 41 años) ocupó una banca en la Cámara de Diputados de la Nación. A Mansilla (tenía 45 años) se le eligió diputado en 1886. En época posterior Quesada fue nombrado embajador y Demaría fue electo diputado. Los más, sin embargo, no hubieron de gozar a sus anchas ni por mucho tiempo de la satisfacción de haber conseguido finalmente puestos públicos en Buenos Aires, después de tantos años de desanimadora actuación política de oposición.

La reintegración a la vida pública de los Reformistas, lo que en aquellos tiempos, repetimos, significaba en el reducido grupo de los hombres cultos que se les tenía una vez más por ciudadanos de primera clase, no acarreo ni su coronación literaria (la excepción fue Andrade), ni su reconocimiento como generación vital. Tampoco resultó la comprensión de que los dos bandos políticos de otros tiempos, los Reformistas y los más aplaudidos alrededor de 1880 por los críticos de las nuevas promociones fueron los más jóvenes de la generación: Andrade, de los jóvenes de Paraná, y Gutiérrez y Encina, de los porteñistas. He ahí la prueba más elocuente del atinado análisis de las letras argentinas anteriores a 1880 que Ricardo Rojas ha sintetizado en las palabras siguientes:

Nuestra sociedad había concebido primero la gloria eclesiástica de la colonia, después la gloria militar de la independencia, luego la gloria política de la organización nacional; pero no comprendía aún la gloria literaria ni el valor específico del arte en la civilización.⁷

⁷ RICARDO ROJAS, *Obras* (Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1948), VIII, 385.

La influencia de los proscritos había durado tanto tiempo que se produjo un salto estético en la mente de las promociones que nacieron después de 1840— hasta la generación del 80. Cuando apareció la crítica moderna por el año de 1870, ella se ocupó sólo momentáneamente de las lumbreras de la segunda generación romántica. En seguida, los críticos noveles volvieron los ojos hacia adelante, hacia la literatura francesa, sobre todo hacia las corrientes parnasiana y simbolista, o, reviviendo de modo anacrónico la batalla de *Hernani*, hacia el problema sobre si la Argentina poseía una literatura nacional. Se trató, pues, del momento transitorio que había de conducir al Modernismo. Por lo que toca a los Reformistas, el ambiente en general, el largo predominio político y literario de los proscritos, más casi dos décadas de actuación política de oposición los habían hecho tardar tanto en hacerse reconocer que la época de sus triunfos literarios no anticipó, como era de esperar, a la generación de 1880, sino que por poco coincide con su apogeo. No contaron en aquellos tiempos, ni cuentan hoy con el aparato o influencias políticas de los proscritos para mantenerse siempre a la vista del público y de los críticos. Los Reformistas y los Alsínistas de pronto se encontraron desplazados por las nuevas promociones y, como generación, han seguido indebidamente hasta hoy en una situación subalterna y medio olvidada. En el fondo, es casi una generación fugaz y casi sacrificada.

AMÉRICA EN LA OBRA DE ALGUNOS POETAS ESPAÑOLES

(UNA COMPENETRACIÓN DE DOS CULTURAS)

Por Vera F. BECK

ENTRE los españoles que vinieron a vivir en América hay que distinguir varios grupos. Unos llegaron por fuerza, sufrieron nostalgia y criticaron sin adaptarse jamás a la cultura del Nuevo Mundo. Otros, llegados por fuerza o no, encontraron lo español, admiraron lo nuevo y, quedándose españoles, se identificaron con su nueva patria. Nosotros vamos a presentar a algunos poetas de los que, a pesar de sentirse españolísimos, contribuyeron a la cultura americana como verdaderos hijos de la común madre-patria, revelando un hondo sentimiento por el suelo americano.

De los muchos españoles que se identificaron con la cultura hispanoamericana vamos a escoger algunos casos típicos de poetas, probando con documentos citados que del amor por la tierra adoptiva ha brotado una fuerte influencia en las letras americanas y, más bien, una compenetración fértil de las dos culturas: la de España y la de América. La durante la época colonial tuvo lugar un constante traslado de poetas españoles, muchos de los cuales quedaron aficionados a las bellezas de la patria americana. Recordemos en esta ocasión a los dos poetas más típicos de esa época, a Alonso Ercilla con su epopeya de la conquista de Chile, y a Bernardo de Valbuena con su *Grandeza Mexicana* y con sus églogas del *Siglo de Oro*.

Se imprimió la *Grandeza Mexicana* por primera vez en 1604 y pertenece a la literatura mexicana tanto como a la de España. Valbuena describe las excelencias de la ciudad de México no sólo en este poema, sino también en la sexta égloga de su *Siglo de Oro*, donde leemos:

"Luego que sentada encima de sus delicadas ondas vi una soberbia y populosa ciudad, no sin mucha admiración dije en mi pensamiento: ésta sin duda es aquella Grandeza Mexicana de quien tantos milagros cuenta el mundo".¹ Según Valbuena, México es la ciudad más bella que existe, entonces, en todo el continente. La adorna con todas gracias posibles, reales y mitológicas, para darle relieve excepcional. Y aun cuando no encontramos en el poeta un entusiasmo ardiente por la naturaleza mexicana, bien podemos juzgar su obra con Francisco Monterde" como testimonio de un escritor que ama a su patria y ve México favorablemente, y que, al pintarlo, no pierde la oportunidad de hacer resaltar lo que bueno en él encuentra".² En su descripción está llevado por el afán de hacer la grandeza de México digna de España, aprecia los detalles y describe con justeza el color y la forma de los objetos. Por el amor de México se ganó Valbuena la simpatía de los mexicanos y de los españoles y su obra llegó a formar parte significativa de las dos literaturas.

La tendencia del traslado de poetas a este continente siguió creciendo durante los siglos hasta conseguir proporciones importantes en nuestros días a causa de la Guerra Civil y sus consecuencias políticas. Después de la caída de la República muchos poetas españoles buscaron refugio en este hemisferio.

Entre los poetas más distinguidos de la "España peregrina"³ figura Camino Galicia por su poesía publicada bajo el nombre de León Felipe. Nacido en Zamora en 1884 ya escribió sus *Versos y oraciones del caminante* a la edad de dieciséis años. Mas los tres libros de esta colección no se publicaron hasta mucho más tarde. He aquí lo que el poeta mismo piensa de su obra: "... en estas páginas se unen la cultura de España y la de América en la visión universal misteriosa y profunda que sólo a la poesía verdadera es dado alcanzar. Los temas, las ideas, son productos de una comunión del alma castellana del poeta con los ideales puros del pueblo americano, síntesis poé-

¹ BERNARDO DE VALBUENA, *Grandeza Mexicana* y fragmento del *Siglo de Oro* y *El Bernardo*, Ed. y prólogo de Francisco Monterde, Univ. Nacional Autónoma, México, 1941, p. XI.

² *Ibid.*, p. XXIII.

³ Este título que se usa para indicar a los españoles desterrados por la Guerra civil, lo dio José Bergamín a una revista que publicaba en México en los años 1939-40.

tica de las aspiraciones del viejo y del nuevo mundo".⁴ Aunque sus poemas muchas veces se deslizan hacia la simple prosa, no sufren menoscabo por ella. Este poeta hondamente español no se siente desterrado en América: simplemente ha multiplicado su patria y su americanismo arranca de un conocimiento y un amor profundos. León Felipe ha vivido en varios países de América, pero sus raíces más hondas las ha echado en México. Su libro de doctrinas, elegías y canciones que lleva el título *Español del éxodo y del llanto* fue dedicado de homenaje de gratitud a Lázaro Cárdenas, entonces Presidente de la República Mexicana y fundador y presidente honorario de la Casa de España en México, y vamos a ver por qué:

"Yo no soy un refugiado que llama hoy a las puertas de México para pedir hospitalidad. Me la dieron en esta tierra hace dieciséis años cuando llegué aquí por primera vez, solo y pobre. Se me abrieron todas las puertas de este pueblo y el corazón de los mejores hombres. Después, México me dio más: amor y hogar; una mujer y una casa... Y otra cosa de importancia: la Casa de España me abrió sus puertas y tengo que decir con gratitud: 'Españoles del éxodo y del llanto, México os dará algún día una casa como a mí'".⁵

En la sangre de León Felipe hay un sabor americano, romántico y místico. Después de volver a su España en 1930, ha cruzado el mar otra vez arrancado de la patria dolorosamente. Lo recuerda en su *Antología Rota* dedicando partes extensas a *La España de la Sangre*:

Hay dos Españas: la de la tierra... y ¡la de la sangre!
 ¡La que nos importa a nosotros!
 A nosotros... y a vosotros hispanoamericanos...
 A vosotros... poetas de América...
 A vosotros... y a mí...
 La que tenemos que defender juntos...
 España... la España inmortal de la sangre... limita
 al sur... con una puerta inmensa que mira al Mar
 y un cielo de nuevas constelaciones.
 Por esta puerta salí yo...

⁴ LEÓN FELIPE, *Versos y oraciones del caminante*, Libro tercero (Instituto de las Españas en los EE. UU., N. Y., 1930).

⁵ *Ibid.*, *Español del éxodo y del llanto* (Casa de España, México, 1939). Recitado en el Palacio de Bellas Artes de México en un acto organizado por la Casa de España, el 12 de septiembre de 1939.

Por esta puerta nos empujó el Viento...
hacia los brazos abiertos de América.⁶

El misticismo poético de León Felipe se junta estrechamente a una lealtad agradecida:

La España de la sangre
está en las latitudes del aire y de la luz...
y me lleno de una ruidosa alegría
cuando oigo voces extrañas y celestes
que me anuncian que he de venir a ser
no un ciudadano de México, de Guatemala,
de Chile, de la Argentina, de Nicaragua,
sino un ciudadano de América.
Y este honor, ... este diploma,
esta ciudadanía continental americana,
lo he de ganar... no con la lanza de los conquistadores...
sino con la espada del verbo.
de la luz y de la justicia...

A cada paso que doy, una puerta nueva me abre
y una cara amable, sonriente y familiar
se adelanta siempre para decir:
¡Pasa, ... esta es tu mansión!

¡Mi casa es inmortal!
y no tiene fronteras...
La sangre no tiene fronteras como el Amor.
América es la patria de mi sangre.⁷

León Felipe se hizo conferenciante en todos los países de América llevando el mensaje auténtico de hispanidad y formando un lazo eficaz entre España y el continente americano. Fijémonos al final en su definición de la Hispanidad:

Hispanidad, tendrás tu reino, pero tu reino
no será de este mundo...
Cuando se muera España para siempre
quedará un ademán en la luz, y en el aire un gesto...
Hispanidad será aquel gesto vencido,
apasionado y loco del hidalgo manchego.

⁶ *Ibid.*, *Antología Rota* (Pleamar, B. A., 1947), 1920-47, pp. 264 (p. 214).

⁷ *Ibid.*, p. 216.

Sobre él los hombres levantarán mañana
 el mito quijotesco y hablará de hispanidad la historia
 cuando todos los españoles se hayan muerto.
 Hispanidad será este espíritu
 que saldrá de la sangre y de la tumba de España
 para escribir un Evangelio nuevo...⁸

Aparte de otros tantos poetas trasplantados no podemos sino mencionar a uno que amó este continente sin buscar refugio en él, a Federico García Lorca. Aunque él mismo dice: "Yo soy español integral y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos", al llegar a Cuba en 1930 escuchó y sintió el ritmo acogedor de la poesía afrocubana y en su obra consiguió la compenetración más íntima de América y de España. Su estancia en Cuba significó su incorporación espontánea y definitiva a la vida americana. Allí pasó "los meses más felices de su vida";⁹ allí fueron felices él y su poesía. Se le antojaba Cuba como una especie de Andalucía con influencias yanquis y conquistó los medios poéticos de la isla por asalto y simpatía. El sol y el mar cubanos le fascinaron por la semejanza con la luz y el mar andaluces y Federico parecía dispuesto a no irse nunca de ese rincón del mundo hasta que fue proclamada la República en 1931. En Cuba escribió su poema dramático *Así que pasen cinco años*, una de las causas de su aclamación triunfal en América, sobre todo en la Argentina, donde se representó póstumamente con un telón dibujado por Rafael Alberti. Con su sensibilidad poética García Lorca penetró hasta la ciudad poliforme y mecánica de Nueva York aunque ésta pertenece a un mundo tan remoto del suyo. Mas, al llegar de los Estados Unidos a Cuba, manifestó su pasión por esa tierra hispanoamericana en el poema *Son de negros en Cuba*:

Cuando llegue la luna llena
 iré a Santiago de Cuba,
 iré a Santiago en un coche de agua negra.
 Cantarán los techos de palmeras.
 Iré a Santiago. Cuando la palma quiere ser cigüeña, iré a Santiago.
 Y cuando quiere ser medusa el plátano, iré a Santiago.
 Iré a Santiago...

⁸ *Ibid.*, *Ganará la luz*, p. 132.

⁹ ANGEL DEL RÍO, *Federico García Lorca* (Rev. Hip. Moderna, VI, 3-4, 1940, p. 193).

¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!
 ¡Oh cintura caliente y gota de madera!
 Arpa de troncos vivos. Caimán. Flor de tabaco.
 Siempre he dicho que iría a Santiago
 en un coche de agua negra. Iré a Santiago;
 Brisa y alcohol en las ruedas, iré a Santiago;
 mi coral en la tiniebla, iré a Santiago.¹⁰

Hasta en su poesía gallega García Lorca recuerda Sudamérica y canta en sus *Seis Poemas Galegos*:

Bos Aires ten unha gaita
 Sobre do Rio da Prata
 que o toca o vento do norte
 coa sua gris boca mollada . . .
 Aló, na rúa Esmeralda
 ao longo das rúas infindas
 os galegos paseiaban
 soñando um val imposible
 na verde riba da pampa . . .¹¹

Las Españas históricas le extendieron las manos a este hijo de su patria-madre; la joven generación americana escuchó su voz cariñosa y le alzó a su ídolo; la literatura hispanoamericana sigue inspirada por la obra españolísima de Federico García Lorca.

Hablando del éxito de Federico García Lorca en la Argentina mencionamos la representación aclamada de *Así que pasen cinco años* con el telón dibujado por su amigo, el poeta Rafael Alberti, y hemos de confesar que fue uno de los poemas menos conocidos de éste que despertó nuestro interés en el tema presentado. En 1951 la editorial Losada en Buenos Aires publicó *Buenos Aires en tinta china*, dibujos de Attilio Rossi con poema de Rafael Alberti y prólogo de Jorge Luis Borges. La obra nos descubre vistas fieles de casas, calles, parques y esquinas bonaerenses tales como existían en el momento observado y como siguen transformándose diariamente. Los dibujos así como el

¹⁰ FEDERICO GARCÍA LORCA, *Poeta en Nueva York*, con cuatro dibujos originales, poema de Antonio Machado y prólogo de José Bergamín (Ed. Séneca, México, 1940).

¹¹ *Ibid.*, *Obras completas*, vol. 2, p. 221; *Cântiga de neno da tenda* (Ed. Losada, B. A., 1938-44). Seis poemas galegos, 1935.

poema están divididos por barrios. La primera parte está dedicada al Centro de la ciudad y el poeta la compara a una Guía de Turismo dirigiéndose a la ciudad con estas palabras cariñosas:

¡Ojalá que algún día
a tu amor se despierte por amor de esta Guía!¹²

Cuando trata del barrio Sur, manifiesta semejante afecto:

Ciudad, amo tus torres, pero por eso no creas
que amo menos tu río desde tus azoteas.¹³

El Río de la Plata le causa nostalgia porque "por tu río", ciudad, puse mi pie en tu tierra". Y sigue enamorado del río y de su nueva patria:

¡Oh Río de la Plata, abarcarte quisiera! . . .
yo, andaluz, y de Cádiz, quiero verte azulado
y un blanco puro al centro, de bandera argentina. . .¹⁴

La canción a la Boca, el barrio marítimo de Buenos Aires, está llena de nostalgia y de alegría por ser marinera como lo son las ciudades de Andalucía. El carácter del barrio Norte es distinto:

Sosiegan mis latentes nostalgias populares
en la Plaza Italia sus cines y sus bares,
y más que nada el viento de libertad, el viento
que diera a Garibaldi, ciudad, su monumento.
A sus pies, barrio Norte, te suelto mis honores.¹⁵

En las Barrancas de Belgrano se pasean dos amantes y el poeta canta con ellos:

Ciudad, te amo. Ciudad, me amas.
Enamoradas cantan las ramas.¹⁶

¹² *Buenos Aires en tinta china*. Dibujos de Attilio Rossi, prólogo de Jorge Luis Borges, poema de Rafael Alberti (Ed. Losada, B. A., 1951), p. 20.

¹³ *Ibid.*, p. 68.

¹⁴ *Ibid.*, p. 95.

¹⁵ *Ibid.*, p. 118.

¹⁶ *Ibid.*, p. 144.

Con canciones a los barrios Oeste y Flores se acaba la obra y el poeta se dirige por última vez a su ciudad adoptiva:

El canto, con el libro, ciudad, aquí termina.
Verso y línea se unieron para ti en tinta china.
A. Rossi hizo el dibujo y R. Alberti el cantar.
Si nos olvidas, nuestro no será el olvidar.¹⁷

Las dos firmas que dejamos al final son las de dos poetas mejor conocidos: la de Pedro Salinas y la de Juan Ramón Jiménez. ¿Les parecerá que a estos poetas los hayamos colocado en este asunto fuera de su sitio? Pues, fijémonos en lo que escribió Juan Ramón de su inspiración americana en una carta a Enrique Díez Canedo de Washington el 6 de agosto, 1943: "... En la Florida empecé a escribir otra vez en verso... Una madrugada me encontré escribiendo unos romances y unas canciones que eran un retorno a mi primera juventud y en 1941 una embriaguez rapsódica, una fuga incontenible empezó a dictarme un poema de espacio, en una sola interminable estrofa de verso libre mayor..."¹⁸ De esta inspiración resultaron los libros titulados *El Espacio* y *el Tiempo*. Además, veamos la impresión que se llevó Juan Ramón de Nueva York en su *Diario de un poeta recién casado*. Llamó el poema *Felicidad* y confiesa en él:

¿Subterráneo? ¿Taxi?
¿Elevado? ¿Tranvía?
¿Omnibus? ¿Carretela?
¿Golondrina? ¿Aeroplano?
¿Vapor? No.
Esta tarde hemos pasado
New York ¡por nada!
en rosa nube lenta...¹⁹

Si no creyéramos en el profundo sentimiento de Juan Ramón hacia la tierra hispanoamericana, ¿cómo podríamos explicarnos que en 1951, al regresar el poeta gravemente enfermo a Puerto

¹⁷ *Ibid.*, p. 177.

¹⁸ ENRIQUE DÍEZ CANEDO, *Juan Ramón Jiménez y su obra*, p. 138 (El Colegio de México, 1944).

¹⁹ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Libros de Poesía* (Aguilar, Madrid, 1957, pp. 1408); *Diario de un poeta recién casado*, p. 319.

Rico, allí recobró la salud hasta poder reanudar su labor intelectual y ser incorporado a la Universidad de Puerto Rico? Al clima favorable tuvo que unirse el afecto y la voluntad de vivir allí para conseguir tal milagro. Y ¿por qué habría el poeta descrito sus impresiones sobre la naturaleza tropical y la diversidad de tipos y de varias formas del habla española en Puerto Rico?^{19a} ¿Por qué habría prologado una antología de Poesía Puertorriqueña para niños si no fuera por el mismo cariño que le tenía a Puerto Rico al titular uno de sus homenajes *Isla de Simpatía y Primor*? Además, ¿por qué hubiera establecido *La sala de Zenobia y Juan Ramón Jiménez* en la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, regalándole su biblioteca entera con ejemplares particulares de libros y con los dedicados a él por los autores? No cabe duda que la destinó a la Universidad de Puerto Rico por ser la isla su lugar preferido del continente. Le tuvo un afecto profundo y al mismo tiempo, acabados los días de su vida allí, dejó su obra imborrables huellas en esta isla del Caribe.

Tal vez algunos de los que conocían a Pedro Salinas se opongan a su inclusión en nuestro marco, sabiendo que durante los años que pasó en los Estados Unidos el poeta desterrado sufrió un hambre enorme de España, una nostalgia causada por la separación de lo suyo. Empero, Iberoamérica le impresionó hondamente, como lo reveló en una carta a Dámaso Alonso en 1947. "Acabo de regresar de un estupendo viaje por Sudamérica: qué de cosas he visto, qué paisajes imponentes, qué ciudades, qué iglesias, ésas de Quito, qué gentes! Y se saca la misma emoción siempre: Qué grande ha sido España y con qué alegría y firmeza puede uno andar por estas tierras!"²⁰ Como Juan Ramón, Salinas también pasó varios años en Puerto Rico. Allí, en su discurso *Aprecio y defensa de la lengua* que es un llamamiento a todos para que dediquen a su lengua el amor que se merece, confesó el poeta español: "En las calles de San Juan, en los pueblos de la isla, he vuelto a respirar español y he sentido una gratitud al pasado, al presente, a los que me dieron mi idioma al nacer, y a los que siguen hablándolo a mi

^{19a} *Poesía Puertorriqueña*. Antología para niños. Con unas palabras de Juan Ramón Jiménez. Fiesta para la poesía y el niño de Puerto Rico, 1938. (La Habana, Institución Hispanocubana de Cultura, 1938).

²⁰ DÁMASO ALONSO, *España en las cartas de Pedro Salinas* (Insular, 7-8, VII, 74, febrero, 1952).

lado".²¹ El verdadero encomio poético de la isla de Puerto Rico nos dejó Pedro Salinas en el poema *Contemplado*, que contiene catorce variaciones y un Tema introductorio. Era el hechicero mar de San Juan que cautivó la sensibilidad del poeta en tierras lejanas hasta conocerlo bien y enamorarse de él.

De mirarte tanto y tanto
te he dado nombre . . .
¡Si tú has sido para mí
el contemplado, el constante Contemplado!
Desde que te llamo así . . .
ya nunca me eres extraño . . .²²

Ya hemos dicho que Juan Ramón, el andaluz universal, dedicó a Puerto Rico sus libros, su sala, sus muebles. Pedro Salinas, aunque fallecido en Boston, le entregó su cuerpo "como prenda que se entrega en prueba de fe y adhesión, porque amaba a Puerto Rico, a su tierra, a su mar, a su gente, y porque la isla le fue más habitable que ninguna otra parte de América".²³ Allá ha ido a dormir, junto a su mar que tanto amaba, guardado su sueño por la vieja fortaleza española, el Morro; en el antiguo cementerio de Santa Magdalena reposan los restos del poeta Pedro Salinas.

En este ensayo hemos tratado de subrayar un rasgo frecuente en la obra de algunos poetas españoles trasladados a América, a saber su amor y gratitud hacia la nueva patria. Muchos poetas españoles han llegado a vivir en América. Unos sufrieron nostalgia, otros criticaron lo que les era extraño sin poder adaptarse a la cultura del Nuevo Mundo. Otros más admiraron lo nuevo, encontraron lo español, se identificaron con su nueva patria y con su obra se han incorporado a la cultura americana influyendo en ella por una acción y entendimiento recíprocos. Alonso de Ercilla admiró el paisaje y la naturaleza chilenos. Bernardo de Valbuena con su canto a México, manifestó un hondo afecto por el Nuevo Mundo. De la *España peregrina* León Felipe se arraigó en México, Rafael Alberti en la Argentina. Juan Ramón y Pedro Salinas prefirieron a Puerto

²¹ PEDRO SALINAS, *Aprecio y defensa del lenguaje*. (Pronunciado en la Univ. de Puerto Rico, el 24 de mayo de 1944).

²² *Ibid.*, *El Contemplado*, p. 18 (Edit. Stylo, México, 1946).

²³ LUIS MUÑOZ MARÍN en *Hispania*, 35, Núm. 2, Mayo 1952 (*Homenaje a P. Salinas*).

Rico a las demás tierras americanas. Federico García Lorca amó a Cuba mientras su obra influyó asimismo en la Argentina y en todos los demás países de habla española.

El amor de estos poetas españoles por la tierra americana abarcó el continente y de su cariño brotó un entendimiento mutuo, una simpatía y obras que influyeron profundamente en la cultura de los acogedores países hispanoamericanos. Con todo, nos será grato saber que con nuestro ensayo conseguimos demostrar esa fusión espiritual seleccionando y documentando representativas obras y firmas españolas que se han incorporado a la vida cultural de América sin perder el carácter fundamental del espíritu de su madre-patria.

EL ENCANTAMIENTO DE FEDERICO GANA

Por *Ernesto MONTENEGRO*

I

LA obra del cuentista chileno Federico Gana goza hasta hoy de rango preeminente en nuestra literatura por la verdad íntima que descubrimos en sus caracteres y en el ambiente de la vida campesina. La justeza de la observación, la sobriedad campechana del estilo y, más que todo, la entrañable simpatía humana que trasmina cada página de esos breves relatos, han logrado que se les proclame representativos del alma nacional, aun por encima de aquellos profesionales del criollismo que idealizan los tipos populares y deforman el lenguaje en obsequio de lo meramente pintoresco. La virtud comunicativa de sus "Días de Campo" reside acaso en que los años más impresionables de su infancia y adolescencia los pasó en su heredad nativa de la provincia, pero todavía más han de provenir de su actitud personal frente al pequeño mundo que va a acompañarle con sus vividas memorias para el resto de su vida.

Desde muy joven Federico Gana debió presenciar en sus temporadas de vacaciones más de un incidente como el que yo le oí contar con gracia hartamente intencionada a una de sus parientes. Cierta vez que la familia Gana se hallaba pasando las horas de calor en los corredores de las casas del fundo "El Rosario", en compañía de unas visitas de la capital, acertó a traspasar el portón un hombrecito ya canoso que, montado en un caballo percherón, venía a reclamar unos pavos de su pertenencia que se habían pasado a rastrojear en los barbechos. Con miras por lo visto a darse ánimos y darle al mismo tiempo más fuerza a su demanda, se acompañaba con uno de esos estrafalarios policías rurales de entonces, jinete en un mampato de mala muerte y armado con un chafarote que por poco no topaba al suelo.

Un rato largo estuvo la pareja plantada en medio del patio, aguantando las miradas curiosas y sonrientos de los santiaguinos, a la espera de que el dueño de casa quisiera tomarles razón de su presencia; pero viendo que el caballero seguía recostado en su escaño descabezando una siesta, el viejo se descolgó hasta el suelo y después de mucho tragar saliva se puso a tartamudear que no por ser pobre iba a dejar que se quedaran con lo suyo, y que de no darle buena cuenta de sus pavos, correría derecho para el pueblo a llevarle su queja al juez.

Entonces —recordaba ese testigo de la familia Gana— se vio algo tremendo, pero que no por eso dejó de parecerles sumamente divertido a las visitas, y fue que al darse cuenta de esos rezongos don Federico Gana Munizaga, el patrón del fondo, no hizo más que incorporarse en toda su estatura y con un vozarrón que hacía temblar las vigas, gritar ¡fuera de aquí!, para que el policial se agachara en su montura, le clavara espuelas al petizo y se hiciera humo puerta afuera, mientras que el dueño de los pavos (falto de tiempo para averiguar que uno de ellos ya había pagado sus culpas en la olla) se empinaba en vano por alcanzar el estribo, haciendo visajes de espanto igual que en presencia de un terremoto. Eran tales los apuros y forcejeos del pobre hombre, que los presentes fueron saliendo en puntillas para adentro, no se sabe si de pura lástima o por ir a reírse a sus anchas lejos de la formidable presencia del hacendado.

Si entre los testigos del desacato hubo alguien que mirase con simpatía al culpable, no sabemos que se atreviera a intervenir en su favor ni menos a sostenerle la estribera, ya fuese por no ofender al dueño de casa o bien por no faltar a la costumbre de guardar distancias con el inferior. Tampoco hay constancia de la actitud de Federico, el hijo mayor de la casa, allí presente, de donde se infiere que debió seguir fumando en silencio en su rincón, con ese su aire abstraído y como perplejo, aun cuando sea dable suponer que incidentes de esa naturaleza abrirían surco indeleble en la memoria del futuro escritor.

II

FEDERICO Gana y Gana había nacido en Santiago en 1867. Emparentado con algunas de las primeras familias de la Colonia, cuenta entre sus ascendientes militares y poetas, políti-

cos y funcionarios públicos, diplomáticos y mineros de profesión. Su padre pasó a estudiar ingeniería de minas en Inglaterra, allá por los años en que su primo Alberto Blest-Gana, el fundador de la novela en Chile, estaba cursando ingeniería civil en un politécnico de Francia. Ya dueño de una carrera, don Federico se casó con su prima Rosario, sobrina e hija adoptiva del General Gana, el mismo que andando el tiempo llegaría a Ministro de la Guerra del Presidente Balmaceda.

Se cuenta que doña Rosario Gana fue mujer muy donosa y con ideas bien categóricas, por lo que toca a las prerrogativas de su clase. Junto con mantener una severa disciplina doméstica, no dejó nunca de sostener que la tradición de la familia imponía a toda la parentela femenina la obligación de ser bonitas, y en cuanto a las jóvenes que aspirasen a emparentar con ella, habían de aportar linda presencia, rango y fortuna al patrimonio común. Pocos testimonios nos quedan acerca del carácter de don Federico Gana Munizaga, salvo el recuerdo reverente que el hijo guarda a su memoria; es la "sombra venerada" que invoca en la dedicatoria del único libro suyo que apareciera en vida del autor. Pese a la sospecha de fantaseador e iluso que recae sobre el minero de ley, la hombría con que don Federico bregó hasta lo último por rehacer la fortuna de la familia, debió infundir en tal hijo ese respeto casi supersticioso que toda naturaleza sensitiva y ensoñadora llega a sentir por quien encara resueltamente una vida de acción.

Una tía de Federico tuvo por marido a un ingeniero inglés, Mr. Sewell, dueño de unos minerales de cobre en la cordillera de Rancagua. A la muerte de su cuñado, don Federico entró a resguardar los intereses de su hermana viuda, y así fue como doña Rosario y sus hijos pasaron a compartir con él las asperezas y las esperanzas de la faena minera en la fundición de orillas del Cachapoal. La sangre norteña de los Munizaga debió caldearse a poca costa a la vista de los mantos verdosos o rojizos que afloraban entre los manchones de nieve. Pero explotar minerales de baja ley, por abundantes que fuesen, sin otros medios que unas cuantas barretas y tropillas de burros para bajarlos al plan, era empresa vana y agotadora. Peor que eso, todo el producto de las cosechas de El Rosario iba tragándose el boquerón insaciable de la mina. Así pues, cuando un consorcio norteamericano ofreció unos cuantos miles de dólares por la propiedad, los Gana prefirieron salvar sus tierras de El Rosario. Por todo beneficio, el hijo mayor de la familia

sacaría de su experiencia minera el tema para su dramático episodio "Regina", rebautizado más tarde "En la Montaña" al pasar al libro.

A su hora alcanzó Federico hasta los colegios santiaguinos y la Universidad; pero lo que perdura en su obra de escritor es lo que aprendió en sus correrías por los campos de Chile. Ya hombre se deleita en sus escapadas al fundo de Linares, allá por el tiempo de las cosechas, que es también la temporada de caza. Recorriendo los potreros y las alamedas, o seguido de sus perros y con la escopeta al brazo, se pierde días enteros por las quebradas o entre los tupidos matorrales de la vega. Para un hombre de su temperamento, la cacería es lo que la pesca con caña para el aficionado: un mero pretexto para retornar al seno de la madre naturaleza, aspirar el aire libre y meditar en la soledad.

En 1890 recibe su título de abogado. Uno no puede dejar de preguntarse cómo fue que un hombre con tan poca afición a lo práctico se resignó al árido estudio de los códigos. La única explicación que nos parece plausible no es de las más convincentes, pero aquí está: su padre se había dejado arrebatar las posibilidades de una fortuna, al ceder a los argumentos de un consejero legal, con las consecuencias ya conocidas para sus expectativas de minero. ¿No probaba eso que un hombre de ley podía proteger mejor que cualquier hombre de empresa los intereses de su familia? Su madre, doña Rosario, decidió pues que su hijo fuese abogado.

Unas cuantas semanas en el estudio de un consejero de las altas finanzas bastaron a curar a Federico de cualquiera ilusión que pudiera sustentar tocante a sus capacidades forenses. Su madre vino a allanarle el camino empeñando a sus relaciones sociales en obtener para él un puesto de segundo secretario en la legación en Londres, que pronto iría a presidir su tío don Domingo Gana. Ya entonces se suponía que una vueltecita por Europa con un sueldo en oro esterlino no dejaría de ensanchar la visión mental de un joven despierto, de buena presencia y con buenos apellidos. Queda siempre el peligro de que los refinamientos de la vida europea le lleven a mirar con disgusto y desdén hacia el rincón nativo; pero en el peor de los casos tendrá oportunidades de hacer un matrimonio ventajoso. A los veinticinco años de edad, Federico Gana va en camino de un halagüeño porvenir. Sus camaradas debieron envidiar rabiosamente su suerte.

III

A fines del siglo pasado Europa gozaba de una paz y prosperidad perfectas, salvo una que otra revuelta colonial y la escuálida miseria de sus barriadas industriales. Londres era la imagen rediviva de la Roma Imperial, y por otra parte, el paso hacia el Continente estaba casi tan expedito como la travesía de los puentes del Támesis. París invitaba a un espectáculo todavía más novedoso, con sus perspectivas monumentales, los bulevares hormigueantes de muchedumbre festiva, sus cafés reminiscentes de las páginas de Mürger, y los puestos de libros y estampas en los malecones del Sena. Por otra feliz coincidencia, apenas unos años antes el profesor Ernest Dupouy y el conde Melchior de Vogüé volvían de los confines de Rusia con las nuevas de hallazgo de una estupenda literatura. El libro de este último, *Le Roman Russe*, estudiaba fervorosamente a los tres maestros del género, Ivan Turguiénev, León Tolstoy y Fedor Dostoyevsky.

Federico Gana debió leer la obra primigenia de Turguiénev, sea en la edición francesa que lleva el título de *Notes d'un Chasseur* o en la inglesa que lo traduce por *A Sportman's Sketches*. Fue en uno u otro caso una de esos fenómenos de fecundación literaria que bastan a despertar una vocación incipiente. La influencia de los "Relatos de un Cazador" sobre el cuentista chileno es algo más profundo que el impulso a la imitación y el "pastiche" tan frecuente en el literato criollo. En el caso que nos ocupa es más bien asunto de afinidades electivas, coincidencias de ambiente y formación individual, y aun de ciertas semejanzas en el carácter y los hábitos del pueblo eslavo y el nuestro.

Según propia confesión de Turguiénev, su madre fue uno de esos tiránicos propietarios rurales del antiguo régimen que por una falta cualquiera mandaban azotar a sus siervos hasta dejarlos privados del sentido. Viuda a los pocos años de matrimonio, su instinto materno se había polarizado sobre su primogénito en una pasión absorbente y despótica que no dejaba cabida a la ternura ni a las expansiones del alma juvenil. Esos amargos episodios de los *Relatos de un Cazador* que muestran al desnudo el egoísmo y la crueldad de las costumbres rurales, serían pues como un descargo de conciencia por cuanto vio y calló dentro y fuera del ambiente doméstico. Algunos incidentes en las narraciones de Federico Gana muestran cierto para-

lismo con los que describe el maestro ruso, por cuanto los patrones chilenos también solían tener el genio arrebatado y la mano dura cuando llegaba el caso de probar quién mandaba, si bien sea aún más frecuente en ambos casos el abuso de la fuerza de parte de los que sirven de instrumento a los amos, aún más que los amos mismos.

Tiene el primer libro de relatos de Turguénev un tono de confianza personal, de espontaneidad, y con todo eso, de amargo trasfondo, que debió ser para el joven chileno como una sorpresiva revelación de su propio pasado, como el encuentro con un hermano mayor hasta entonces ignorado. La sorprendente conjunción de sus experiencias se explica, es claro, por el hecho de provenir ambos de la clase propietaria; más extraordinaria es la similitud en su manera de "sentir" la belleza y el misterio de la naturaleza. Pero lo que debió llevar al colmo el entusiasmo del aprendiz de escritor, debió ser el descubrir en el maestro ruso un alma gemela en sus impulsos de repulsión por lo que hay de mezquino, de cruel y cobarde en tantas criaturas revestidas de autoridad o simplemente más fuertes que su víctima. Uno y otro recurren en ocasiones a la ironía para acentuar su intención; pero de preferencia les basta presentar la escueta realidad para lograr todo el efecto artístico que se proponen. A ejemplo de los novelistas ingleses, uno y otro prefieren referir sus experiencias en primera persona singular, porque no sufra alteración la imagen en medio del tumulto de la vida exterior.

La estada de Federico Gana en Europa dura poco más de un año. Una revolución corta su carrera diplomática y le devuelve a la patria, todavía convulsionada por odios y rencores cavernarios. De su vida en el extranjero quedan huellas veladas de un episodio sentimental no menos misterioso que otros aspectos de su vida íntima en Chile, y del que no se guarda más evidencia que un retrato de mujer y uno de sus poemitas en prosa dedicado "a la Extranjera". Esta parece haber sido una joven de la nobleza alemana que él debió conocer en las recepciones de las embajadas, y cuya rúbrica de trazos varoniles aparece medio borrosa al dorso de un perfil de medallón que acentúa su prestancia en la curva voluntariosa de los labios. Hé aquí el poemita en su lenguaje tan de la época:

LONDRES

Fue allá —¿te acuerdas?—, en la ciudad inmensa y famosa, que envuelven brumas y nieves, donde floreció nuestro amor.

¿Te acuerdas? En nuestro incierto paseo dejamos atrás el gran río sobre cuyas aguas oscuras y silenciosas reverberaban las llamas inquietas de los faroles como una fragua enorme y fantástica.

Y en aquel anochecer de invierno tú murmuraste a mi oído, con una voz perfumada de amor, estrechando mi brazo tembloroso contra tu corazón:

—¡Huyamos muy lejos, no sé adónde!

Y como poseídos de un vértigo marchamos rápidamente un instante por las callejuelas oscuras y pobres de aquella ciudad extranjera.

Después, fatigados y tristes, regresamos.

¡Esa ha sido toda nuestra historia!

IV

DE 1892 adelante Federico Gana se pasea por las calles de Santiago al atisbo de algo o de alguien que le señale un rumbo definido. La práctica de la abogacía será mejor dejarla para más tarde, como recurso de última instancia. Entretanto podría volver a El Rosario a ayudarle a su padre en la vigilancia de las faenas del fundo. Pero por agradable que sea la vida de campo a lo largo del verano, y tanto como se presta para las buenas lecturas junto al fuego en la estación lluviosa, Federico siente que ha vuelto a encariñarse con la ciudad y la charla entre amigos de confianza. Además le han llegado rumores de que las cosas van mal por allá, a causa del peso de las hipotecas, los perjuicios de las heladas y demás achaques del tiempo.

Lo que mejor recuerda de su vida en el campo son esos retazos de experiencia humana que enriquecieron sus años juveniles, de cuando paraba su caballo junto a alguna vivienda humosa, con el piso de tierra salpicado de goteras, y se detenía a conversar con un par de viejos inquilinos del fundo, para quienes seguía siendo el niño de la familia. Otras veces era el encuentro fortuito con antiguos conocidos o gente forastera en el cruce de dos caminos. Siempre que pasaba al galope

frente al palenque donde se juntan los peones a platicar de sus andanzas, entre largos silencios punteados de risas o de bostezos, él los saludaba de lejos con un guiño amistoso, al tiempo que ellos se descubrían de buena gana en señal de bienvenida. En ocasiones se juntaba a un corro a indagar por la salud de un servidor retirado del fundo o para imponerse del trato que se daba a los "afuerinos". Unos y otros lo reconocen por un buen intermediario con el patrón, con esa ciencia no aprendida del hombre del pueblo. "El patroncito da confianza" era el juicio que todos se habían formado de él. Por su parte se daba el gusto de llamar a cada uno por su nombre de pila o el apodo de rigor, condoliéndose en sus percances o tratando en broma sus trifulcas y amoríos, según los casos. En su presencia los capataces eran menos tercos con su cuadrilla, y los peones tenían buen cuidado de no maltratar a los animales de trabajo mientras él anduviese en las cercanías.

Devuelto al ambiente nativo, ahora debió sentir los llamados de la vocación literaria. En algún armario del fundo quedaron los tomos de su Balzac y su Flaubert. Sus primeros ensayos muestran a las claras la influencia de Turguénev. Pero, como le había ocurrido a su pariente, el novelista Blest-Gana, el fuerte contraste de la cultura europea con el ambiente nativo pondría más de relieve, por reacción natural, su chilenidad latente. Todo lo que necesita por el momento para empezar a escribir de firme es un rinconcito apartado del bullicio y las tentaciones. Aquí en los barrios céntricos de Santiago uno se tropieza a cada paso con viejos amigos de colegio que apenas nos divisan nos abren los brazos para no soltarnos ya hasta tenernos arrinconados contra una esquina del bar. Llegan luego otros conocidos en compañía de caras nuevas que se muestran ansiosas por trabar conocimiento con uno de esos afortunados mortales que se dieron un paseíto por las Europas y hasta saborearon la regalada vida de los diplomáticos. Las relaciones de Gana al ir dilatándose con el tiempo hacia los barrios populares, admitirán camaradas más obsequiosos y no menos ávidos oyentes. Sus antecedentes de familia le libran de preocupaciones por la categoría de sus amistades de ocasión, cuanto más que posee como pocos el arte de levantarlas a su altura, sin condescender por su parte a chocarrerías o bajezas. Pero a todo esto el tiempo sigue corriendo, los treinta años se le vienen encima y nada definitivo se presenta.

Hasta que un buen día un camarada de la niñez y hombre

de su cuerda, Gustavo Valledor Sánchez, le propone asociarlo a la publicación de una revista de *élite*, como entonces se decía, donde han de darse a conocer talentos inéditos como el suyo. A principios de 1894 apareció el primer número, reducido a un cuadernillo de 16 páginas con el ambicioso título de *El Año Literario*. En la tercera entrega se publica un breve relato de Gana intitulado "Por un Perro", que se llamará "Un Carácter" al ser incorporado en volumen diez años más tarde. Al lado de las croniquillas de aparatosas naderías, imitadas de modelos parisinos de segundo orden y que por eso mismo irán firmadas con pseudónimos franceses, esa primera prosa de Federico Gana resalta por su saludable textura, la seriedad del asunto y lo genuino del sentir. Allí se nos revela ya el novelista de la tierra que se iba a echar encima la pesada tarea de romper el primer surco en el campo de la novela rural dentro del estilo culto.

Desde aquellos días en que pudo comprobar de cerca el alto prestigio de la profesión de las letras en el Viejo Mundo, Federico Gana debió pensar que la única vocación que encuadraba con su espíritu y su temperamento era la carrera del escritor. Para el hombre que anda en busca de sí mismo en un mundo que no le ofrece asidero, la posibilidad de crearse una imagen ideal de la vida dentro de la literatura es lo que puede ofrecerle una satisfacción más entrañable. En el caso particular de Federico Gana, precisamente la circunstancia de que la profesión de las letras tuviese entre nosotros tan poco de disciplina regular, debía aparecérselo como una promesa todavía más tentadora. Pues bien, desde el momento en que ve abrirse para él esa puerta de escape, echa mano de la poca o mucha resolución de que es capaz y decide no ser en adelante ni más ni menos que un escritor.

V

EN el curso de los veinte años que siguieron a la publicación de su primer cuento en *El Año Literario*, Gana escribió sin prisa ni renuncios lo más granado y revelador de su obra. Cuando allá por 1900 se pronuncia en Chile la tendencia a incorporar a nuestra literatura los tipos, las costumbres y hasta el lenguaje popular, sus cuentos son los que salvan mejor las limitaciones del género regional. Si no se le proclamó jefe

de escuela fue por haberse comprendido a tiempo la imposibilidad de despertar celos sectarios en una naturaleza tan libre y tan negada a la lucha. Por lo demás, con una veintena de relatos de pocas páginas, un manejo de poemitas en prosa y vagos planes para la novela *La Palanca* en que habrían de figurar mineros y bandidos de la cordillera, lo que debe sorprendernos es que su obra sea acaso la que menos haya sufrido en prestigio y popularidad con el correr del tiempo. El secreto está a mi ver en que toda ella es la expresión de un empeño desinteresado del éxito momentáneo, una obra de amor puro, y quien dice tal cosa, dice comprensión.

Aquel primer cuento de Gana, *Un Carácter*, revela ya la profunda convicción del autor en cuanto a la trascendencia de cada existencia humana, por humilde que sea su condición. El asunto puede resumirse en unas cuantas palabras. Un sujeto deforme y malgestado que no presenta a primera vista un solo rasgo simpático, se halla ante el juez para responder del asesinato con ensañamiento de un ricacho de la vecindad. Al elegirle sus antecedentes, declara que ni siquiera está seguro de su nombre, pues desde chico se oyó llamar *El Mono*. Tampoco puede dar domicilio conocido o el de alguien que responda por él. "Todo lo que yo tenía era un perrito que me acompañaba a todas partes, le dice al juez; pero a ese señor que ahora está muerto se le ocurrió matármelo, porque sí, nomás". Entonces él lo esperó en una parte sola del camino y le pegó hasta dejarlo tan muerto como su perro. "¿Pero no pensaste que te iban a fusilar por eso?", interroga la voz neutra del magistrado. El reo se encoge de hombros, asegurando que no le importa lo que hagan con él ahora que le falta su perro, su único amigo. Y cuando se llevan al criminal de su presencia, el juez se queda con la cabeza sumida entre las manos, cavilando como tantos otros en cómo conciliar la ley y la justicia humanas.

Ese héroe sin gloria hace recordar de lejos al jorobado Kaciano, apodado *La Pulga*, de los *Relatos de un Cazador*. Esta era también una criatura huraña y desamparada, que adoptó a una chiquilla tan desvalida como él. Pero hemos de detenernos en el relato intitulado *Biruk*, del mismo Turguénev, para hallar una aproximación más convincente con el que lleva el título de *Crepúsculo en Días de Campo*. Biruk, el guardabosque de la estepa, ha pillado a un leñador furtivo en el acto de cortar un árbol, lo sujeta con sus manazas y después de ligarle los brazos, lo empuja hacia su vivienda. El autor pre-

sencia el suceso, y a él se vuelven los ojos del prisionero en demanda de clemencia; luego, en un impulso de desesperación, el culpable encara a su captor y lo desafía a saciar allí mismo su venganza. Pero cuando Biruk se le viene encima es para arrancarle las ligaduras y dejarlo que se eche a cuestras la leña, al mismo tiempo que se excusa ante el *barin* por no saber resguardar mejor los intereses del amo.

En el caso de *Crepúsculo*, una pareja ya anciana se ve atajada por el mayordomo del fundo cuando llevaba a rastras un atado de ramas y hojas secas. El hijo del hacendado se halla también presente, y de él imploran compasión los viejos, disculpándose con que esos puñados de fajina eran para el velorio de su nieto huérfano. La actitud de los culpables es mucho más resignada que la del ruso; recurre más bien a lo patético y sentimental, sin alcanzar el relieve y movimiento del relato *Biruk*. Con todo, hay, en ambos casos, el mismo despertar del sentimiento humanitario en presencia de una autoridad moral superior, como si la piedad estuviese dispuesta a temperar la justicia en el corazón del hombre siempre que no la atajen la rutina o el miedo.

Idéntica protesta contra las aberraciones del egoísmo sentimos en las airadas palabras del mozo que sale al encuentro del entierro de la Maiga, y en el cuento de Turguénev *Yermolai y la molinera*, cuando ésta expone cómo sacrificó un amor de la juventud por no privar a su patrona de sus leales servicios. La acerba ironía del maestro ruso es ciertamente un recurso más eficaz que la abyecta resignación del desheredado criollo; pero el nudo de la cuestión es más bien de diferencias de psicología en cada pueblo y de dones individuales de parte de cada autor.

Queda todavía una última coincidencia de actitud entre ambos escritores. En uno de sus poemas en prosa, Turguénev cuenta su encuentro con un mendigo que le tiende su mano sucia y cubierta de lacras, en espera de una limosna. El pasante echa mano a su portamonedas, pero lo ha dejado en casa; y en su confusión, llevado de un impulso generoso, estrecha aquella mano repugnante, diciendo al mismo tiempo: "Perdone, hermano por esta vez". "Gracias, señor, responde el portadioso; esto es también una caridad". El autor chileno refiere en su cuento *Candelilla*, cómo el peón que lleva ese apodo se sale al paso una tarde para pedirle que le oiga su descargo, pues no quiere irse de la hacienda sin que él sepa que si le han

despedido por inútil, no es a causa de sus vicios o de mala voluntad, sino por haber quedado baldado para toda la vida cuando le tocó pelear en la guerra, defendiendo a la patria. El patrón chileno, no menos sensible a la compasión que el gran señor ruso, le dice al peón con un dejo de sequedad en la voz, como para desimular sus sentimientos: "Pásame tu mano". Y el relato termina con estas palabras: "Me la tiende en silencio, y yo estrecho con fuerza en la oscuridad, aquella diestra mutilada de un héroe humilde e ignorado, como tantos otros".

VI

EL concepto de la valía de la personalidad humana es esencialmente en ambos autores el que sustenta siempre todo artista creador. Así Turguénev advierte en un entierro en la aldea: "Una de las campesinas era una vieja de semblante descolorido, pero su fisonomía desencajada por el dolor conservaba una expresión digna y severa". El autor chileno observará a su turno a dos peones que se han detenido a conversar en sus horas de descanso nocturno, a cielo raso: "Aquella banal conversación de dos gañanes que hablaban confidencialmente de sus pequeñas vidas miserables, ofrecíanme un interés tan hondo como los millares de mundo resplandecientes que rutilaban sobre mi cabeza".

En los días de la juventud del autor, el campesino chileno se hallaba desamparado de cualquiera protección legal. El "inquilino" de una hacienda disfrutaba del producto de una faja de terreno con su rancho, ya en el faldeo o al borde del estero, a condición de trabajar en las faenas de temporada y turnarse en la guardia de las casas, velando el sueño de la familia del patrón. Si un servidor de esos pedía una mejora en su condición, la respuesta era de ordinario: "Tu padre y tu abuelo sirvieron sin chistar hasta sus últimos días, y ahora que los tiempos están más duros para todos, debías darte por contento con que sigamos dándote trabajo".

Por consenso de los lectores y de la crítica nacional, el cuento *La Señora* sería el mayor acierto de caracterización de Federico Gana. Contiene este relato ciertos recursos de técnica y atisbos psicológicos que conviene destacar. El autor se presenta en él como un joven despreocupado que va a regañadientes y por expreso mandato de su padre a alquilar unas yuntas

donde un propietario de las cercanías. Todo se muestra contrario a su disposición de ánimo: la tarde calurosa, la travesía por caminos pesados y polvorientos, el desagrado de tener que entenderse con un "nuevo rico", naturalmente grosero y para colmo de males, solterón, lo cual viene a desvanecer por anticipado la esperanza de divisar al fin de la jornada una carita frescachona y unos ojazos prometedores al trasluz de las enredaderas de una reja.

Sus aprensiones se confirman con la acogida seca de hombre muy atareado que le dispensa don Daniel Rubio, el flamante propietario. Pero como al mismo tiempo le promete la más meticulosa atención en escoger bien de madrugada los mejores bueyes para cumplir con su vecino, el narrador se resigna a aceptar hospitalidad por esa noche y compartir la cena con tan antipático sujeto. Hasta aquí todo se ajusta al ambiente convencional: la sorpresa viene con la entrada en la sala de una viejecita muy sencillamente vestida de negro, pero dueña de esa distinción y reserva señorial que hablan por sí solas de pasadas grandezas. Esta presencia inesperada y misteriosa, junto con el desdoblamiento de la personalidad del dueño de casa, son los resortes dramáticos de la historia.

En don Daniel Rubio tenemos un sugerente indicio de la filosofía social del autor. El ambiente y la herencia son casi todo lo que cuenta para el escritor naturalista, cuando en realidad lo único que sabemos es que el individuo es la suma imprevisible de innumerables factores, y en definitiva la preocupación capital del artista creador. Al calor de unos copiosos tragos de mosto, sale a relucir en el propietario rústico el orgullo del hombre del pueblo que es hijo de sus obras. Porque su misma soltería, acusa a un carácter con un gran caudal de respeto propio, visto que no podría aspirar a una mujer superior que llenara sus aspiraciones, y cualquiera otra acaso sólo se resignase a aceptarlo por su dinero. Por el momento quiere demostrarle a un hijo de rico cuanto hay de mezquino y egoísta dentro de su clase, y cómo él ha sabido pagar los beneficios de un alma noble. "Porque ha de saber usted, dice vaciando otra botella, que esta señora que usted vio no es ni mi madre ni menos mi esposa, sino la Señora. Ella me recogió y me hizo hombre cuando gozaba de sus bienes; después yo salí a ganarme la vida, me formé a fuerza de mis sudores, y cuando llegué a saber que ella había quedado sola y en la calle, me fui a buscarla y le dije: "Aquí, señora, está su chino, que viene a ofrecerle su casa

para que usted no ande experimentando voluntades y vuelva a mandar como antes, y siga siendo la Señora”.

Resumido así el cuento no puede llevar a los extraños el escalofrío de emoción que sobrecoge al hijo de la tierra chilena al reconocer en ese rasgo de equidad y hombría el alma generosa de nuestro pueblo, la esencia del espíritu criollo en la pródiga anchura del Nuevo Mundo. Pero no por eso el punto de vista del autor iba a dejar de ser fiel a su formación y su naturaleza señorial. Aristocracia y pueblo se entienden cada vez que la guerra o la política nivela las clases y levanta al soldado raso a generalísimo. Las clases intermedias, en cambio, sufren las pullas de derecha e izquierda, por su apego a los convencionalismos sociales y su afán de imitación. El culto del maestro Balzac por la tradición nobiliaria y la realeza, se refuerza con el desdén de Flaubert por las preocupaciones burguesas, y de todas esas preveniones el chileno amasa su cuento de los años de madurez y desencanto, *Visperas de Bodas*, el único también en que deja de lado los temas campesinos para encararse con la precaria realidad del “medio pelo” en el vecindario santiaguino de ultra-Mapocho. Esa historia de 1920, de tono sarcástico hasta la caricatura, mezcla ciertos rasgos autobiográficos como silueta de contraste con la figura de “arriviste” de un boticario intrigante y politiquero, encarnación autóctona del impecadero Monsieur Homais.

VII

Al acercarse a los cuarenta años de edad, en 1906, Federico Gana pone un paréntesis a su vida bohemia y se casa. Doña Rosario no tenía objeción valedera que oponer a la novia, como no fuese la sospecha de que le faltara ambición para arriesgar su porvenir con un niño grande como era su hijo Federico. Anticipándose a las contingencias domésticas, la madre renovó en su favor viejas costumbres patriarcales y se llevó a la pareja a la mansión colonial del general Gana. Allí el escritor continuó su manera de vivir incierta y vagamente expectante. Pronto iban a recomenzar las escapadas en busca de la tertulia de otros tiempos, y con el pasar de los años se hizo más y más problemática la vuelta al hogar. No ocurrieran las cosas de otro modo si doña Blanca, en vez de aventurar su porvenir con un hombre de letras hubiese dado en el capricho de casarse con

un explorador de comarcas remotas o con un capitán de alta mar.

Interesada la joven desposada y madre en mantener unida a la nueva familia, se empeñó durante un tiempo en atraer a su casa al grupo de amigos de su marido. Allí solían presentarse con el aire contrito de escolares en día de exámenes, Nicolás Peña Munizaga, cronista teatral; René Brickles, autor de novelas románticas y folletines históricos; Emilio Rodríguez Mendoza, el *A. de Géry* de las columnas del diario *La Ley*, con su apostura de espadachín y los pulmones de un pregonero de bando colonial, y con ellos el incorregible Gustavo Valledor. La presencia de Valledor era la prueba más mortificante que la dueña de casa podía echarse a cuestras, pues debía estar convencida de que él era la influencia maligna que toda esposa leal busca para disculpar las calaveradas de su marido. Pero ni aun esos sacrificios tenían siempre su recompensa, pues solía ocurrir que el buen Federico fuese el único de los contertulios que se olvidase de comparecer a la cita en su propia casa.

Viéndole regresar ensimismado de una de esas correrías misteriosas, ella le decía:

—¿Por qué no vas a acariciar a tus hijas, si aseguras quererlas tanto y hallarlas tan lindas?

—Porque tengo el pudor de mis sentimientos, era la respuesta de siempre.

Entretanto los años siguen pasando, lentos y alucinados al comienzo, luego más apresurados y confusos. Muy de tarde en tarde, Gana entrega a un diario o revista un nuevo cuento o algún trozo impresionista que ha dado en llamar "Manchas", en el lenguaje de sus amigos los pintores Juan Francisco González y Alfredo Valenzuela Puelma, que se empeñaron en presentar su retrato en la exposición de Bellas Artes. Otro grupo de sus compañeros de letras, sostenido por Pedro Prado, organiza la editorial "Los Diez" y en 1916 publica la primera edición de sus cuentos con el título de *Días de Campo*.

En el curso de los dos decenios que van del "Año Literario" a la publicación del libro, los gustos del público no han cambiado gran cosa, con excepción de cierta juventud avanzada. Así cuando Federico Gana, cediendo a la presión de sus amigos, se presenta en el Ateneo a leer su cuento *La Maiga*, la gente adinerada que ocupaba la platea no disimuló su disgusto de que le pusieran por delante una heroína de tan baja estofa. (Por una singular coincidencia, el mismo año el público norte-

americano se llamaba a escándalo por la publicación en una revista de la historia de Stephen Crane, "Maggie", una muchacha de la calle"). Como se oyeran algunos siseos al terminar Gana su lectura, sus amigos lo rodean aplaudiéndole; pero él, sin darse por ofendido, no se cansa de repetirles a manera de disculpa: "¿No les decía yo que esto no iba a servir?"

Una leyenda mística del Lago Tiberiades cierra el período de producción de Federico Gana, al influjo de sus lecturas del Kempis y Santa Teresa, más ciertas reminiscencias de aquel *Jesucristo en Flandes* de sus años juveniles de devoción a Balzac. De entonces a hoy han aparecido los *Cuentos Completos de Federico Gana*, con una breve noticia biográfica de Tomás Gatica Martínez (Nascimento, 1926), y ocho años más tarde una recopilación de sus cuentos y poemas en prosa, al cuidado de Julio Molina Núñez. Por último, la editorial Cruz del Sur incorporó a sus colecciones para suscriptores un pequeño tomo antológico, encabezándolo con un penetrante comentario crítico-biográfico de J. S. González-Vera. Otros estudios de la obra de Gana muy dignos de atención son los que le dedicó el crítico Hernán Días Arrieta (*Alone*) en *La Nación* y *El Mercurio* de Santiago; el maduro estudio de Domingo Melfi en su libro *El Viaje Literario* y otro de R. Silva Castro en la revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción.

VIII

EN 1916 la familia Gana-Subercaseaux fue a avecindarse en San Bernardo, en la quinta veraniega de los suegros del escritor. El pueblecito de aquellos años era un retiro harto acogedor, al margen del ajetreo de la capital; sus calles sombreadas de acacias, su plaza tan quieta como un claustro conventual, invitaban a ese reposo contemplativo que atrae a las gentes fatigadas por los años o los reveses de la fortuna. Para Federico Gana, San Bernardo tenía además el aliciente de la vecindad con algunos escritores y artistas: Manuel Magallanes, Augusto Thomson, el pintor Ortiz de Zárate y Baldomero Lillo, el de los fuertes cuentos mineros de *Subterra*. Con este último particularmente iba a mantener la amistad más bien correspondida de su vejez, y pronto llegó a ser visitante habitual del caserón que Lillo ocupaba con sus hijos a pocas cuerdas de su quinta. Cruzando las calles desiertas, donde las ramas de los

huertos se asomaban con aire de reclusas curiosas por encima de las bardas, Federico llegaba a eso del atardecer a la vivienda de su amigo, cuya arboleda matizada de viña trepadora debía hacer retoñar en él añoranzas de El Rosario, la heredad perdida.

Los dos amigos se iban al huerto a gozar de la frescura de la tarde. Baldomero hablaba con voz sorda y hueca, punteada por una carraspera crónica que se trajo de sus muchos años en los campamentos de las minas de carbón de Arauco. Por su parte, el visitante, más expansivo, se ponía a planear en grande para el porvenir. Eran dos naturales sin revés, dos almas sin hiel, hermanadas tardíamente por su vocación de las letras y su honda comprensión humana. Uno de ellos sabía de sobra que los achaques de la salud no le dejarían rematar su obra con una novela de la vida en las salitreras del Norte, y el otro debía terminar por reconocer que todas esas fantasías con que animaba la charla no podían ya engañar a nadie, ni a él mismo.

Federico Gana se acerca a los sesenta años cuando escapa de nuevo hacia sus rincones preferidos de Santiago. Sus ausencias del hogar se hacen cada día más secretas, como de presonaje incógnito que baja a perderse entre la muchedumbre anónima. Su pelo encanecido comienza a ralear, la frente se ve más ancha que nunca, y las guías lacias del bigote concluyen por velar la sonrisa de antaño. Por eso, cuando a comienzos del Otoño de 1926 se acoge al hospital de San Vicente, que ya sirviera de antesala de la muerte a los poetas Pedro Antonio González y Carlos Pezoa Véliz, el autor de *Días de Campo*, se declara bien avenido con la idea de poner fin a las dilatadas vacaciones en que ha dejado de pasar la mejor parte de su vida. No se muestra ni huraño como González ni caviloso como Pezoa, sino más bien ligero de ánimo y en actitud serena hasta lo último. Da a entender que por algún tiempo venía sintiendo que le flaqueaba el corazón, o en otros términos, que sufría de ese cansancio de vivir que es como el desgaste del metal por donde falla al fin la cuerda del reloj. Siempre afable y efusivo, no gasta las preciosas horas que le quedan por vivir en convenciones o vanos arrepentimientos, sino que aprovecha todos los momentos para conversar, o mejor dicho para invitar a sus visitantes a que le cuenten cuanto ocurre, a condición de no abusar de los temas solemnes o tristes.

Con esas palabras de conformidad está por llegar a su capítulo final la vida de Federico Gana. La *Imitación de Jesucristo* y *Las Moradas* de la beata de Ávila siguieron siendo por

un tiempo su lectura preferida. Pero acaso por mantener un ancla firme en esa realidad que siente tambalear bajo sus pies, ha traído de contrabando a San Vicente una *Historia de la Filosofía* del racionalista Abel Rey, en el original francés. Las monjitas que sirven de enfermeras le dan una estampa devota para marcar la página en esa lectura que tanto parece interesarle. Pero como también esta ocupación concluye por fatigarle, o sencillamente porque se le acabaron las fuerzas para cortar los pliegos, la lectura se interrumpió a medio camino de los Enciclopedistas del siglo dieciocho.

Con su larga figura descarnada, la frente altísima y los rasgos de la fisonomía como espiritualizados por el agotamiento corporal, el paciente trae al recuerdo de sus amigos escritores la imagen de otro hidalgo de estirpe castellana que a la vuelta de mil aventuras y descabros vino a recobrar la conciencia de la realidad en su lecho de muerte. El hidalgo criollo resume también su vida en unas cuantas palabras que al parecer nada explican, pero que bien pudieran disculparlo todo: "Todo lo que me ha pasado fue por ser escritor", dice simplemente a sus íntimos, y éstas fueron sus últimas palabras hasta el momento de morir.

LA RESPUESTA DE "LA PITITO"...

Por *Fernando LEÓN DE VIVERO*

CORRÍA la Semana Santa. Una rara y densa borrrina envolvía a la ciudad de Ica (Perú), allá en las postrimerías del siglo XVIII. Un sudario de tolveneras cubría el largo campo reseco. Los viejos parrales, como gigantes e inmóviles arañas, apretujaban ansiosos la savia que se daba en cuentagotas, los mangos retorciéndose de sed, y las verriondas socas y resocas del algodón nativo sólo mostraban en su agria desnudez unas cuantas bellotas pasmadas. Los recios y tallados campesinos de Callango, creían a pie juntillas que sus antiguos dioses castigaban duramente a la Naturaleza por no descargar otra vez la mano sobre los hombres. Las divinidades se vengaban en lo máspreciado para los humanos: en la tierra.

En Ica las piadosas mujeres, rememorando el drama de la Vía Crucis, vestían de riguroso luto. Sus plegarias atropelladas y fervorosas llenaban las naves de las ocho iglesias, los amplios salones de las casonas coloniales, los humildes recibos de los criollos, o las pobres ramadas de las chozas de caña y barro. Los hombres, también trajeados de negro, unían sus bisbisantes oraciones a las de los contritos familiares. Los aciagos recuerdos de los terremotos y los temblores que devastaron los primeros asientos de la villa —fundada por Jerónimo de Cabrera—, no se borraban de las mentes ingenuas. Se prendían aferradas a ellas. A través del tiempo, la tragedia que sacudiera a la población adquiriría tonos más sombríos, y los comentarios de la gente, sabor más acre.

En el ambiente tristón y pueblerino pesaba el doble plomo de la adversidad y el pesar. Y con la lancinante reminiscencia de la Crucifixión que los oradores sagrados describían en sus mínimos detalles, afloraban ahora las insepultas penas personales e íntimas, o los inacabables quebrantos familiares. Las calles parecían encalados cuarteles de cementerio, cuyo silencio fúnebre apenas rompían los grupos cabizbajos que retornaban

de las capillas aledañas, o el eco lejano de los murmullos en los templos. Los ancianos que hacían memoria, no recordaban momento igual, ni crisis económica semejante, pues, ese año como en los tres anteriores, las aguas del río escasamente mojaron las cabeceras del valle... Y bien sabían ellos que tierras enjutas no producen... Pensaban, con razón, que no habría uvas que fermentar, pallares, frijoles, choclos, camotes y calabazas, caña de azúcar que morder, o moler, y frutas que saborear. Se confiaba en la Providencia, porque no podían fincar la esperanza en la tierra prieta y sedienta.

Todos, pesimistas, aseguraban en los habituales corrillos de las boticas, de las plazas y de los atrios que aun en el Sábado santo las campanas echadas a volar, tendrían retañir de agonía cuando no dejos de desolación.

El Cabildo —contagiado del opresivo sentimiento popular y de mancomún con las comunidades y órdenes religiosas— resolvió entonces desagrar públicamente al Señor por las acciones y las faltas de los pecadores no arrepentidos, prohibiéndose a partir de tal Sábado santo y durante dos meses las reuniones de carácter social, los bailes, festejos, quema de cohetes, castillos, corridas de toros y representaciones teatrales. Además, arrastrado por la tradición, o empujado por la fe, acordó la celebración de solemnes rogativas al Señor de Luren —el venerado patrón de la ciudad— a quien sacarían en andas hasta el río, para que ese año —en diciembre—, enviase abundantes y fecundas avenidas que salvaran de la miseria al noble y laborioso pueblo iqueño.

HAY que suponer que más que el propio mandato de inflexibles regidurías y la fugaz aparición de fantasmas envueltos en sábanas blancas, pesó y sopesó en el ánimo público —para no arrostrar los peligros de la noche— el insistente rumor de las torvas pandillas de malhechores que asaltaban sin respetar sexo, edad y condición. Lo cierto es que a partir de las primeras sombras, nadie se atrevía a salir, y si por alguna circunstancia extrema veíanse constreñidos a ello, procuraban atravesar las polvorientas calles, protegidos por reforzada compañía de guardaespaldas. De otro lado, el regidor Cobián, hombre de carácter fiero, farol en mano y al frente de robustos y armados alguaciles, verificaba la ronda del cercado. Estaba decidido a cumplir y hacer cumplir al pie de la letra las prescripciones

urgentes y ¡guay! del que cogiera in fraganti. . . La expiación sería a punta de lanza.

CERCA de la primitiva iglesia de Luren vivía doña Juana Luisa Rosales y Macedo, más conocida por el mote de "La Pitito". Moza, hermosa y jacarandosa, de ojos sagaces y pestañosos que encadilaba astutamente, nariz, enérgica, boca pulposa y de pronunciado trazo sensual, cabellos ondulados y de un marcado negro azabache, piernas finamente torneadas, cintura juncal y caderas onduladas, lucha en el diálogo y recocida en hablas de amor, diestra por instinto y afable por temperamento, recibía siempre hospitalaria a los ricos que anhelaban soltar la rienda. Por su casa limpia y encalada, en la que los jazmines, las diamelas, los floripondios, los claveles, alhélies y albahacas acentuaban el hechizo, desfilaron los señores y los señoritos de la localidad, y uno que otro potentado ganadero de Ayacucho, o minero opulento de Huancavelica, que solía pernoctar en la ciudad. De ella, unos guardaron gratos minutos, algunos, tierna amistad, y no pocos, gratitud y experiencia.

El regidor Cobián, corto de alcances, aunque bastante celoso de la función cabildante, la traía entre ojos. . . No podía verla ni en pintura. La detestaba con sus cinco sentidos. Sus actividades lo ponían en ascuas. Partidario acérrimo del matrimonio sacramental, no toleraba ni vacaciones de los enyugados, ni escapatorias liberadoras de los jóvenes. En eso, no cedía. Que si estos últimos buscan mujer, exclamaba: "¡A casarse se ha dicho!". Obseso, meditaba, en sancionar a "La Pitito", a la que luego proscibiría de la región. Inclusive, un día, más arrebatado que de costumbre no vaciló en anunciárselo. Se deleitaba con el escarmiento. Desgraciadamente para sus planes, "La Pitito" gozaba de tan poderosas influencias que, a la corta o a la larga, anulaba los temerarios impulsos de la incauta autoridad, o las drásticas órdenes impartidas. Burlándose de él, repetíale con frecuencia el adagio castellano de que "Más tiran tetas que carretas", y el bueno del Regidor no bien oía el sabio refrán, se encendía de coraje, y vencido, ponía pies en polvorosa.

Aquel Sábado de Gloria, en que el Regidor rondaba por la barriada de Luren, divisó unas luces tenues que filtraban del dormitorio de "La Pitito". La ocasión la pintan calva, monologaba. Por ventura, llegó la hora de penar a esta maldita.

Necesitaba un pretexto y Dios me lo ha dado. Hoy si que le aprieto las clavijas. Forzando la marcha, en un santiamén alcanzó la casa. Por los póstigos de la ventana llegaban hasta él las ansias, el orgasmo y las fatigas que exacerbaban su rabia de burócrata dispéptico. Inelegante, maquinal, ciego de ira, golpeó a puño cerrado la ventana. Se imaginaba que la feliz pareja caería en la red y contestaría a topa tolondro sus imperinentes preguntas, para así identificar al amante y someterlo igualmente a la Justicia. Mas los golpes sucesivos y violentos no provocaban ninguna respuesta. Los vecinos, alarmados por la bullanga, avanzaron hacia la casa y trataron de calmar al Regidor, pero éste erre que erre persistía en su demanda. Nada. Ya no escuchaba acecidos. No se oía el más leve movimiento. Atronado, golpeó de nuevo la ventana, e invocando el nombre del Rey, interrogó, tenaz: .

—¿Quiénes están ahí?, malditos. ¿Qué están haciendo...?, ¿qué están haciendo...?

"La Pitito", harta de sus despropósitos, replicó sarcástica:

—"Gente sobre gente, haciendo gente para el Rey...".

El Regidor, en berlina, volteó las espaldas y santiguándose huyó como alma que lleva el diablo... .

EL CUENTO Y LA NOVELA EN HISPANOAMÉRICA

RECORRIDO A LO LARGO DE LA HISTORIA Y ANTOLOGIA
DE ANGEL FLORES

I

GRACIAS a la *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*, del profesor Ángel Flores, publicada este año por la compañía editorial neoyorquina Las Américas, se dispone de un volumen guiador que comprende las dos formas narrativas y reúne útiles datos biobibliográficos acerca de los autores.

Para el lector de *Cuadernos Americanos*, es ya familiar el nombre del escritor a quien se debe esa obra: apareció al frente del tomo de *Índices* de esta revista, que abarca desde el número inicial hasta el centésimo. Su deuda hacia él se renueva cada vez que desea consultarla con fruto.

El lector de otras revistas se encontró con él, poco antes, al ver en las páginas de *Etcaetera*, de Guadalajara, Jal., en 1958, su "análisis e historia de nuevas tendencias literarias" que tituló *El realismo mágico en la ficción narrativa hispanoamericana*.

Los lectores de habla española, en general, lo habían conocido y estimado en su justo valer, desde 1935, porque La Nave madrileña publicó ese año su biografía de *Lope de Vega*, la cual dio nuevamente a las prensas la bonaerense editorial Losada, en 1949, dentro de su colección de Grandes Biografías.

PARA el lector de habla inglesa, Ángel Flores era conocido desde antes, pues Brentano publicó en Nueva York, en 1930, la biografía del mismo dramaturgo español: *Lope de Vega, Monster of Nature*, de la cual procede la versión castellana debida a Guillermo de Torre.

El profesor Flores que ha interpretado la obra de Kafka, en *Franz Kafka Today* (University of Wisconsin, 1958), organizó el material procedente de dos simposios; uno de crítica también kafkiana: *The Kafka Problem* (New Directions, N. Y., 1946) y otro de crítica cervantina: *Cervantes Across the Centuries* (Dryden, N. Y., 1948).

Ha dispuesto varias antologías, además de la que ahora se comenta, destinadas a estudiosos de la parte norte del continente: una, de cuentistas hispanoamericanos: *Fiesta in November* (Boston, 1942); otra, de cuentistas españoles: *Great Spanish Stories* (Modern Library, N. Y., 1956), y está en prensa la de cuentistas alemanes: *XXth Century German Tales*.

Otras publicaciones antológicas suyas son las tituladas: *Masterpieces of the Spanish Golden Age*, antología del Siglo de Oro español (Rinehart, N. Y., 1957); *An Anthology of French Poetry from Nerval to Valéry*, antología bilingüe de los simbolistas franceses, y *Anthology of German Poetry*, Antología bilingüe de poetas alemanes.

A la precedente enumeración de sus libros y estudios, habría que agregar otra que contuviera los títulos de traducciones suyas, como la justamente elogiada que hizo de una poesía de T. S. Eliot: *The Waste Land*, la cual fue publicada en Barcelona en 1929 y ha sido reproducida en varios países de Hispanoamérica.

Del castellano al inglés ha traducido obras de españoles: Cervantes, Lope de Vega, Unamuno, Jarnés, Gómez de la Serna, y de hispanoamericanos: Germán Arciniegas, Miguel Ángel Menéndez, Pablo Neruda y otros poetas y prosistas de Centro y Suramérica. Ha sostenido secciones literarias en *New York Herald Tribune* y en diversas revistas del continente.

Sin pretender dar aquí completo su *curriculum vitae*, que no podría omitirse en un acto académico, sí conviene añadir que el profesor Ángel Flores, puertorriqueño de origen, maestro desde hace varios años, es catedrático de literatura hispanoamericana y de literatura comparada, en Queens College.

Tales datos, preferentemente bibliográficos, darán al lector de esta nota una idea de la preparación que posee el profesor Ángel Flores, autor de la *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*, quien por su "erudición, buen gusto, agudeza, discernimiento y amplísima visión", fue elegido para realizarla.

II

DESDE hace más de medio siglo existen antologías de cuentistas hispanoamericanos. En la actualidad, casi cada país tiene la suya, y algunos de ellos disponen de varias, las cuales coinciden en la elección de determinados autores y difieren acerca de otros.

Las que limitan su radio a un país o período, al enfocar obras y autores quien está familiarizado con ellos y los observa en la proximidad, tienen las virtudes y los defectos inherentes a esa clase de libros donde sólo se halla una visión, parcial, de lo propio —que no siempre es lo que mejor se conoce.

También hay algunas antologías que abarcan, en conjunto, el cuento hispanoamericano, y otras que pretenden suprimir obstáculos —fronteras, idiomas diferentes— e incluyen, dentro de un vasto panorama, autores brasileños, haitianos y estadounidenses.

Aquellas parten de las primeras antologías de cuentistas hispanoamericanos publicadas en España, para llegar a las impresas en nuestros días, en el continente. De las que incluyen al Brasil, mencionaremos la que recientemente seleccionó, desde el Perú, Anibal Quijano; entre las de aspiración continental, recordamos la que hizo en México, en 1952, Francisco Rojas González.

COMO otros volúmenes colectivos —las abundantes antologías de poetas y prosistas hispanoamericanos—, los antológicos de cuentistas no estaban libres de caer en cierta parcialidad: "de prejuicios *nacionalistas* y *patrioteros* que necesaria y lamentablemente ofusca al crítico, haciéndole dar exagerado relieve a la literatura de 'su' país, en perjuicio de la de otros también americanos", según apunta la editorial *Las Américas*.

Parece convenir a la imparcialidad de la crítica, en este aspecto, la circunstancia de que el antólogo pertenezca a un país diferente de aquel cuyas obras examina, para seleccionar las mejores con mayor libertad de criterio, sin que en él influyan presiones amistosas o pareceres contrarios al suyo.

En cuanto a la calidad de las obras, al valor intrínseco de las mismas, que tanto importa en la elección de páginas destinadas a perdurar —despojadas de su valor circunstancial, transitorio—, debe recordarse también que el juicio de un extraño, si está capacitado para emitirlo, frecuentemente anticipa el fallo, de generaciones posteriores, de los conterráneos del autor a quien se juzga.

En su *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*, el seleccionador se vio libre de aquel peligro, no sólo por la firmeza de sus opiniones sino por el hecho de que en el país vecino, como al frente de su obra advierten los editores, "los programas académicos... eliminan la patria de Ángel Flores".

EL título de la misma viene a justificar el plan y el contenido antológico. Su autor se propuso historiar y elegir ejemplos para ilustrar sus afirmaciones: contar la historia de la novela y el cuento en Hispanoamérica y ofrecer un buen conjunto de páginas de una y otro.

Los estrechos lazos que unen a novelistas y cuentistas, aun en el caso—con tanta frecuencia presente en la realidad—de que ambas formas narrativas, la extensa y la breve, no procedan de la misma pluma, le condujeron a ofrecer, juntos, cuentos y capítulos de novelas.

No solamente lo convenció de la urgencia de brindarlos así, al lector, la simultaneidad con que se dan, a veces, novela y cuento en los mismos escritores hispanoamericanos; también lo obligó a eso la dificultad que surge cuando se trata de deslindar, por ejemplo, el cuento largo y la novela corta.

No retrocedió ante otros obstáculos como el de tener que pasar constantemente de una a otra formas narrativas, al historiarlas y seleccionarlas, y lo hizo aun a riesgo de exponer su obra al natural desequilibrio resultante de ese alternativo divagar por senderos diferentes.

III

SEGÚN el mismo profesor Flores declara, en nota puesta al pie de la página inicial de su obra, para establecer las sucesivas etapas históricas siguió "la división cronológica presentada por José A. Portuondo en *La historia y las generaciones*" (Santiago de Cuba, 1958).

Dividido así el tomo en tres partes, la primera corresponde a las generaciones de 1823-1844 y 1845-1879; la segunda, a la generación 1880-1909, y la última, a las generaciones de 1910-1939 y la actual, que se inició en 1940 y cuyo fin llegará, según esa teoría, cumplidos los veintinueve años previstos para su existencia generacional, hacia 1969.

Aunque no sea aquí el sitio adecuado para discutir esa "división cronológica"—tan brillantemente expuesta y sustentada con la inteligencia y madurez de José Antonio Portuondo—, no se dejará pasar como inadvertida, sin expresar alguna inconformidad con ella.

Porque, aun admitido el punto de partida y la celeridad con que se suceden la generación romántica y la postromántica—veintiún años para la primera y veinticinco para la segunda—, no es fácil aceptar lo isócrono del paso en las generaciones modernista y postmodernistas. Al menos, la actual parece acelerarlo nuevamente.

DE acuerdo con esta división cronológica, al organizar su *Historia y antología*, el profesor Flores parte de Fernández de Lizardi —tras los tres párrafos introductorios, en los cuales está presente, aunque no aparezca mencionado, Pedro Henríquez Ureña.

Dentro de esa parte inicial se hallan incluidos, con aquél, Esteban Echeverría, Cirilo Villaverde, Alberto Blest Gana, Jorge Isaacs, Ricardo Palma, Nataniel Aguirre, Juan León Mera y José Milla.

Entre los novelistas y cuentistas de la generación inmediata (1880-1909), se encuentran Eugenio Cambaceres, Rubén Darío, Eduardo —por errata, en el índice, Eugenio— Acevedo Díaz, Emilio Rabasa, Tomás Carrasquilla, Rafael Delgado, Baldomero Lillo, Rufino Blanco Fombona, Leopoldo Lugones, Roberto J. Payró, Enrique Larreta, Javier de Viana, *Augusto D'Halmar*, Abraham Valdelomar, Mariano Azuela, Eduardo Barrios, Horacio Quiroga, Enrique López Albújar, José Rafael Pocaterra, Ventura García Calderón, Alcides Arguedas y Benito Lynch.

A la última parte corresponden las obras de José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes, Luis Durand, José Díez-Canseco, Rómulo Gallegos, José de la Cuadra, Carlos Reyles, Jorge Luis Borges, Augusto Céspedes, Mariano Latorre, Ciro Alegría, *Salarrué*, Enrique Amorím, Jorge Icaza, Agustín Yáñez, Felisberto Hernández, Marta Brunet, Arturo Uslar Pietri, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Eduardo Mallea, Miguel Ángel Asturias y algunos menos conocidos.

POR esa enumeración —de la cual se suprimieron sólo contados nombres de autores a quienes se aludirá aquí después—, podrá apreciarse la amplitud de visión y contenido de esta historia y antología de cuentistas y novelistas hispanoamericanos que abarca, en siglo y medio, los de una veintena de países.

De cada autor, que va situado cronológicamente según ya se dijo, se da una síntesis biográfica —en algún caso, de modo autobiográfico—, la cual varía en su extensión, pues se concedió más amplitud a aquellas vidas que la requieren, como la de Quiroga, porque es necesario conocerlas en detalle.

A continuación vienen los datos bibliográficos; primero, del autor, en el aspecto en que se le presenta —dentro de la ficción, únicamente—, y después sobre el mismo y su obra: la bibliografía crítica.

En ambos aspectos: el biográfico y el bibliográfico, Ángel Flores aparece, en general, bien informado; sobre la existencia de cada autor, en sus rasgos más importantes para conocerlo y relacionarlo con su

tiempo, y acerca de su obra y su trascendencia: sus juicios, por fuerza breves, son precisos y suelen ser exactos. El estudioso ganará con su conocimiento.

IV

COMO es natural en una obra del tipo de la que aquí se examina, el historiador y el antólogo —que tienen que marchar juntos e ir de acuerdo siempre, ya que el primero se apoya en el segundo y viceversa—, no pueden sustraerse al imperativo de sus preferencias, generalmente razonadas, acerca de los autores y las obras que han escogido.

En su primer aspecto, el de historiador del cuento y la novela, el profesor Flores acertó casi siempre al elegir el mejor guía que pudiera conducirle al conocimiento de las vidas y las obras estudiadas, para sintetizar aquéllas y seleccionar lo que conviniera de las segundas.

Por lo que hace a su conocimiento de las épocas y las circunstancias que pudieron influir en la producción de cada obra, tampoco se atuvo a sus propias fuerzas; esto es, buscó el apoyo que necesitaba en diversos testimonios, y acertó a encontrar el que pudiera serle más útil.

Puede afirmarse, en general, que merced a esa amplia, adecuada información por él recogida, el historiador tiene una idea cabal del terreno que explora —la cual, a su vez, sabe transmitir al lector—, y logra el fin que se propuso con la selección de páginas que constituyen su antología: dar idea de la evolución del cuento y la novela, en Hispanoamérica.

SERÁN muy contadas, por consiguiente, las inevitables objeciones que toda antología provoca en el lector —quien piensa en lo que él mismo habría escogido o desechado, si hubiera tenido que hacerla— y las rectificaciones que su libro requiere.

En cuanto a lo primero, sin duda en la novela hispanoamericana, en general, existen figuras de primera importancia —aquellas, mayores, cuyas obras son de conocimiento obligatorio para quien desee estudiar ese aspecto de la literatura—, y hay que convenir en que todas ellas están incluidas en este libro.

Las discrepancias aparecerán, no al tratarse de aquellos grandes novelistas cuyos nombres se cuentan con los dedos de una sola mano, sino al advertir la ausencia de algunos de quienes les siguen o la

presencia de un nombre o de una obra que no se esperaba encontrar en la antología.

Diferencias más numerosas pueden surgir, entre el autor y el lector, cuando se trate de algunos cuentistas rechazados o preferidos por uno u otro, ya que en tal terreno hay que seguir, ineludiblemente, el camino de las personales simpatías por determinada obra de la que se ha gustado largo tiempo y que duele ver excluida.

DESDE luego, en el grupo de novelistas y cuentistas de las generaciones romántica y postromántica, se percibirá la ausencia, entre otros, del chileno José V. Lastarria, del argentino José Mármol y de los mexicanos Luis G. Inclán e Ignacio M. Altamirano.

De aquellos de la generación inmediata, no están incluidos el cubano Carlos Loveira, el argentino Manuel Gálvez, el chileno Pedro Prado, el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez y los mexicanos José López Portillo y Rojas y Federico Gamboa.

De los cuentistas, en particular, es sensible la exclusión, en aquellos grupos, de dos de los nuestros, ya clásicos: José María Roa Bárcenas y Vicente Riva Palacio, aun prescindiendo de los que iniciaron aquí esa forma narrativa.

Entre los cuentistas de la generación inmediata, la del modernismo, complacería la presencia, por lo menos, de Manuel Gutiérrez Nájera—a quien el profesor Flores sólo ha visto en un aspecto: aquel que explica sus censuras—y de Ángel de Campo, *Micrós*, también omitidos.

LA enumeración se prolongaría demasiado, al llegar a los escritores del presente, si hubiera de reclamarse un sitio en la antología, para muchos otros cuentistas y novelistas que están ausentes de sus páginas.

No nos detendremos a formar aquí esa lista de aquellos a quienes se desearía ver en este libro, porque independientemente de que otros comentaristas la hagan, comprendemos que el autor se fijó un límite, y aunque hubiera deseado ser más generoso, no podía aumentar en exceso el volumen de su obra.

A cambio de posibles inclusiones, alguno podría ser suprimido en una reimpresión futura. Quizás el uruguayo Nataniel Aguirre. El lector se sorprende, al hallar a Julio Posada R., uruguayo; a Francisco A. Coloane, chileno; a Lino Novás Calvo, español vecindado en Cuba, y algún otro.

Entre los escritores rescatados del olvido por Ángel Flores, figuran el dominicano Juan Bosch, con *El alzado*; el boliviano Augusto Céspedes, con *El Pozo*; el colombiano Hernando Téllez, con *Espuma y nada más*; el chileno José Santos González Vera, con *El tabernero catalán*.

EN cuanto al mayor o menor acierto del antólogo, en la elección de páginas, dentro del conjunto que presenta, alguien observará, por ejemplo, que Rubén Darío estaría mejor representado allí, como cuentista, con otro título que no fuera el de *La matuschka*, de exotismo convencional: ambiente ruso, desplazado.

También podría objetarse la amplitud concedida a algunas obras, al seleccionar de ellas extensos capítulos que el autor consideró necesario incluir, aunque el número de páginas que ocupan en la antología no esté de acuerdo con la importancia del novelista.

No se incurre aquí en el error de señalarlos porque, aparte de que saltan a la vista de cualquier lector atento, se considera que el antólogo tuvo alguna razón para hacerlo así, aunque no lo explique.

DE otros errores o erratas sí debe hablarse, para evitar que se repitan en ediciones futuras, como las que sin duda tendrá este libro, y en otros que lo sigan después, si quienes lo utilicen didácticamente no las advierten a tiempo.

De *El Periquillo Sarniento* se dice (p. 7) que "comenzó a aparecer en el folletín de un periódico mexicano", inicialmente, "en la segunda década del siglo XIX"; mas precisamente Fernández de Lizardi lo publicó, por entregas, cuando su periódico había quedado suprimido al faltar la libertad de imprenta.

Al hablar el historiador del argentino Esteban Echeverría, asienta (p. 8): "cuando publica su explosiva novela corta *El Matadero* (1837)"; y sabido es que no la pudo publicar entonces, aunque la dejó escrita antes de marchar al destierro, en la época de Rosas.

No se cree responsable al profesor Ángel Flores de alguna errata en nombres y apellidos, como al pluralizar el primero de los de Riva Palacio, una vez, y al cambiarse el del colaborador de Rubén Darío en la novela *Emelina*, Poirier, que en la página 155, por cambio de letras, resulta Poriner. Otras erratas son, por fortuna, de aquellas que "el buen criterio del lector subsana".

COMO advierte la casa editorial Las Américas, al frente de la *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*, en ella quedó eliminada "la patria de Ángel Flores": Puerto Rico.

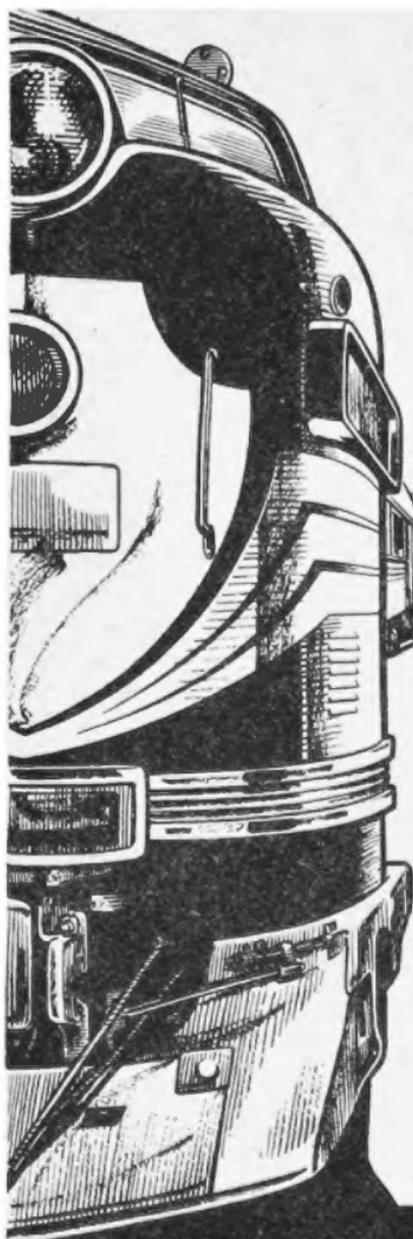
Esto se debió, según queda expresado, a "las mismas exigencias de los programas académicos, que incluyen en los cursos de literatura hispanoamericana tan sólo a los países que son miembros de la Unión Panamericana".

En la misma advertencia se añade: "afortunadamente la antología de cuentistas puertorriqueños compilada por Concha Meléndez, y que nuestra editorial publicará muy pronto, suplirá en parte lo que Flores angustiosamente se vio obligado a pasar por alto".

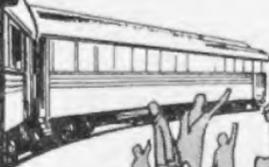
Conocedores de la capacidad intelectual y los méritos que reúne la autora de *Figuración de Puerto Rico*, deseamos que ese propósito se realice en breve, para completar dignamente la obra iniciada por el profesor Ángel Flores, con su *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*.

Francisco MONTERDE

SE ACABO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 5
ENERO DE 1960 EN LOS
TALLERES DE LA CASA
EDITORIAL CVLTVRA T. G.,
S. A. AV. REP. DE GUATEMA-
LA 96, MEXICO, D. F. SIENDO
SU TIRADA DE 2,050 EJEMS.



**seguridad
comodidad
y
economía**



- ✓ Modernos y nuevos coches de primera clase con asientos numerados, sin cobro adicional.
- ✓ Servicios pullman a los más bellos lugares Turísticos del país!



FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

C E R V E Z A



BEBIDA ELABORADA CON MATERIAS ALIMENTICIAS

LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen substancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso.

México, D. F.

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO
COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLÉS

y

ELEANOR B. ADAMS

•

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
141 pp., rústica, \$130.00

•

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
239 pp., rústica, \$200.00

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855

TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	Los seis números	30.00	3.00
1945	Números 1, 4, 5 y 6	25.00	2.50
1946	Los seis números	25.00	2.50
1947	Números 1, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	„ 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	„ 2	20.00	2.00
1951	Números 2 y 5	20.00	2.00
1952	.. 1 al 4	20.00	2.00
1953	.. 2 y 6	20.00	2.00
1954	.. 6	17.00	1.50
1955	.. 1 y 6	17.00	1.50
1956	.. 1, 2, 4 y 5	17.00	1.50
1957	„ 1 al 5	17.00	1.50
1958	.. 2, 3 y 6	17.00	1.50
1959	Los seis números	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 75.00
Otros países de América y España Dls. 7.30	
Europa y otros Continentes	„ 8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México	\$ 15.00
Otros países de América y España Dls. 1.40	
Europa y otros Continentes	„ 1.65



Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

SUR

REVISTA BIMESTRAL

I N D I A

VICTORIA OCAMPO: Introducción. • JAWAHARLAL NEHRU: Crisis del espíritu • GANDHI: La democracia y el pueblo; Miscelánea; Mujeres; Pobreza en medio de la abundancia; Autodisciplina; Ahimsa o el camino de la no violencia; Religión y verdad • JAWAHARLAL NEHRU: Rabindranath Tagore • RABINDRANATH TAGORE: Tres poemas; La religión de un artista • S. RADHAKRISHNAN: El Buda y su mensaje • HUMAYUN KABIR: La literatura de la India • Poemas de MOHAMMAD IQBAL • BUDDHADEVA BOSE • P. S. REDGE • SUBRAMANYA BHARATI • ASOKE VIJAYRAHA y MAHADEVI VARMA • BAHABANI BHATTACHARYA: Habla un autor • Relatos de SARAT CHANDRA CHATERJEE • MAULANA ABUL KALAM AZAD • C. RAJAPALACHARI • MANIK BANDYOPADHYAY y ROOP KATHAK • P. NEOGY: La Pintura India • NARAYANA MENON: Música y danza en la India • AMITA MALIK: La cinematografía en la India.

2 5 9

JULIO Y AGOSTO DE 1959.

San Martín 689

BUENOS AIRES, ARGENTINA.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

Director-Editor (permanente): ALFREDO A. ROGGIANO.

Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa.

Director Literario (1959-1961): JOHN E. ENGLEKIRK.

Department of Spanish and Portuguese,
University of California, Los Angeles.

Comisión Editorial (1959-1961): Alceu Amoroso Lima, Donald F. Foguel-
quist, Ernesto Mejía Sánchez, Helena Percas, Allen W. Phillips,

Aníbal Sánchez Reulet y José Vázquez Amaral.

Secretario Tesorero Ejecutivo: MYRON I. LICHTBLAU.

Department of Romance Languages,
Syracuse University, Syracuse 10, N. Y.

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 4.00 Dls. para E. U.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, diríjase al
Director-Editor. Para suscripciones o compra, diríjase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir
la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noti-
cias literarias; textos y documentos para la historia literaria mo-
derna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía
hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en
América.

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

HUMANISMO

Nos. 55-56.

MAYO - AGOSTO 1959

Revista de orientación democrática.

De nuestro sumario:

Eli de Gortari.

LA SIGNIFICACION FILOSOFICA DE LA EVOLUCION

Fidel Castro Ruz.

FIGURES

José Gatria.

COMPLEJO INDUSTRIAL AZUCARERO DE CUBA

Ismaél Diego Pérez.

FUENTES SEMITAS DE LA CULTURA HISPANICA

Gastón García Cantú.

GOGOL, 150 ANIVERSARIO

Luis Cardoza y Aragón.

NOTAS SOBRE EL ARTE ABSTRACTO



APARTADO 6664.

LA HABANA, CUBA

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Días.
1.—CANARAS LA LUZ, por León Felipe		
2.—JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por <i>Castro Léal</i>	10.00	1.00
3.—RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea	10.00	1.00
4.—RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	10.00	1.00
5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet	(agotado)	
6.—VIAJE POR SURAMERICA, por Waldo Frank	(agotado)	
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez	18.00	1.60
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor	(agotado)	
9.—MARTI ESCRITOR, por Andrés Baudry	(agotado)	
10.—JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio Bermann	10.00	1.00
12.—CORONA DE SOMBRA, por Rodolfo Usigli (segunda edición)	(agotado)	
13.—EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	10.00	1.00
14.—MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por <i>Jesús Silva Herzog</i>	10.00	1.00
15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	10.00	1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz	(agotado)	
17.—LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez	10.00	1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por Gustavo Falcó	(agotado)	
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (em- patado)		
20.—SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00	1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomas Bledsoe</i>	12.00	1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES MIENTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arciniegas	(agotado)	
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvear <i>Acosta</i>	12.00	1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvear <i>Acosta</i>	15.00	1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell	5.00	0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	5.00	0.50
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo	10.00	1.00
30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	10.00	1.00
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes	10.00	1.00
32.—ACTO POETICO DE Germán Pardo García	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento miloslo. <i>Verónica castellana de León Felipe</i>	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LENAIA, por José Tiquet	10.00	1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	12.00	1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García	10.00	1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Cossío del <i>Pomar</i>	18.00	1.60
38.—OTRO MUNDO, por Luis Sudres	18.00	1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Torriello	20.00	1.80
40.—EL HECHIGERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
41.—POESIA RESISTE, por Lucila Feláquez	12.00	1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	18.00	1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardona y <i>Aragón</i>	15.00	1.50
44.—RAZÓN DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvear	9.00	0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria	7.00	0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García	15.00	1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdaleno	9.00	0.90
50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Casas	5.00	0.50
ORZOCO Y LA IROPIA PLASTICA, por José G. Zano	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Núms. 1 al 100, por Angel Flores	30.00	3.00

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1960 (6 núms.)

MEXICO	75.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	7.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	8.80

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	15.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.40
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	1.65

Ejemplares a traídos, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Leopoldo Zea
Jesús Silva Herzog

Latinoamérica y la guerra fría.
¿Comunismo o democracia social? Es-
quema para un libro.

Manuel Villegas López
Benjamín Carrión

El primer día, otra vez...
Hacia la Segunda Independencia. Ecu-
ador en 1959.

Notas por MAURICIO DE LA SELVA y EUGENIO FERNÁNDEZ MÉNDEZ.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Emilio Sosa López
Víctor Raúl Haya de la
Torre
Salvador Echavarría
Frederic H. Young

El hombre y sus peligros en nuestro
tiempo.
Sobre la revolución intelectual de nues-
tro siglo.
El arte como conocimiento.
William James psicólogo, moralista y
pragmatista.

Nota por ANTONIO SALGADO.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Romualdo Brughetti
Luis Nicolau D'Olivera
Ricaurte Soler
R. Olivar Bertrand

Tiwanaku; etapas de su arte.
Resurrección de Menandro.
El pensamiento sociológico de Mariano
Otero.
Prim, un Archivarón del siglo XIX.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

José Luis Cano
Claude L. Hulet
Vera F. Beck
Ernesto Montenegro
Fernando León de Vivero

Tres poetas frente al misterio (Darío,
Machado, Aleixandre).
La segunda generación romántica ar-
gentina.
América en la obra de algunos poetas
españoles.
El encantamiento de Federico Gana.
La respuesta de "La Pitito".

Nota por FRANCISCO MONTERDE.